

STAR M

Sisters

MINTIE
DAS

EL MUNDO
QUE SE HUNDE

Cinco chicas y un barco,
un paso adelante en la
tradicional historia de piratas...

de

Lectulandia

Charlie, Sadie, Liu, Raquel e Ingela son cinco chicas valientes que surcan los siete mares a bordo de un barco robado para localizar a sus familias, desaparecidas durante el infame día de la Destrucción. Ellas consiguieron sobrevivir y ahora, sin más armas que su determinación y coraje, despliegan a su paso una coraza de fiereza y heroísmo que las mantiene a salvo en un mundo dominado por hombres.

Lectulandia

Mintie Das

El mundo que se hunde

Storm Sisters - 01

ePub r1.0

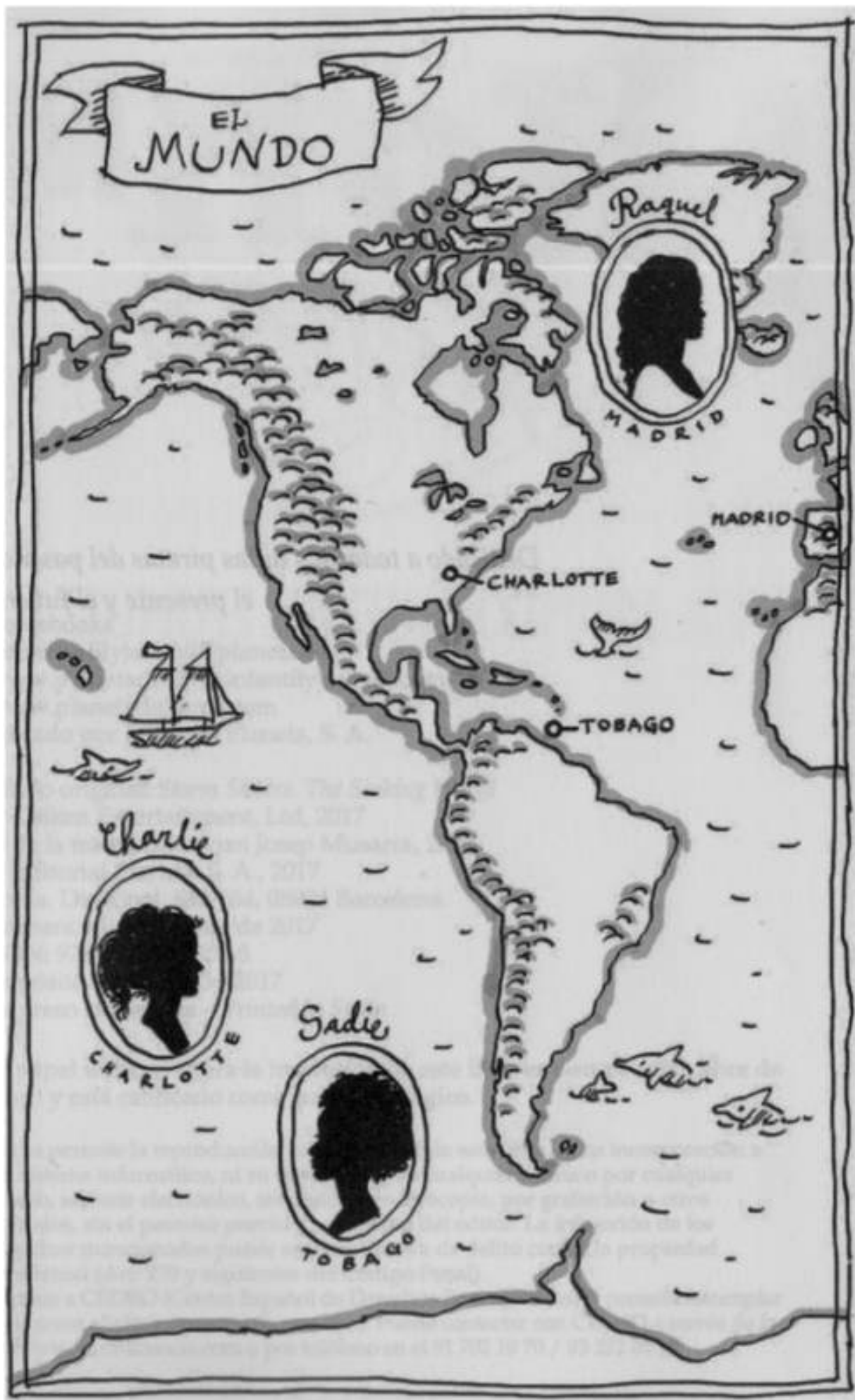
Titivillus 20.03.2018

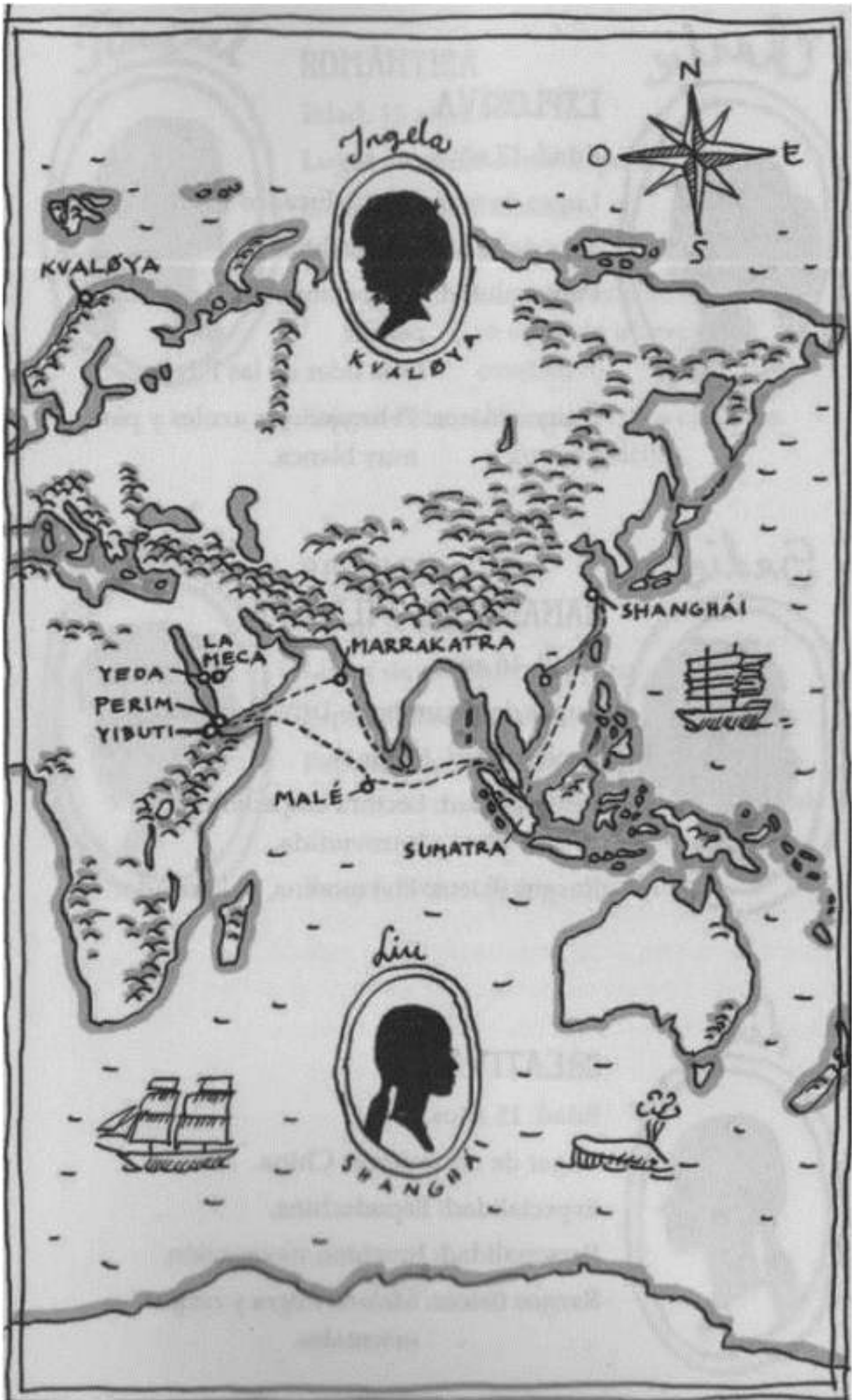
Título original: *Storm Sisters: The Sinking World*
Mintie Das, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a todas las niñas piratas del pasado,
el presente y el futuro







EXPLOSIVA

Edad: 17 años.

Lugar de nacimiento: Estados Unidos.

Especialidad: Espadachina.

Personalidad: Temperamental. Actúa sin pensar.

Rasgos físicos: Pelirroja, ojos azules y piel muy blanca.

Es la líder de las Pirettes.



SANADORA Y FILÓSOFA

Edad: 16 años.

Lugar de nacimiento: Trinidad y Tobago.

Especialidad: Pócimas.

Personalidad: Lectora empedernida. Introversa.

Rasgos físicos: Piel morena, pelo rizado.



CREATIVA

Edad: 15 años.

Lugar de nacimiento: China.

Especialidad: Espadachina.

Personalidad: Inventos, navegación.

Rasgos físicos: Melena negra y rasgos orientales.



ROMÁNTICA

Edad: 15 años.

Lugar de nacimiento: España.

Especialidad: Puñales...

Personalidad: Romántica, pero tras su apariencia amable se esconde un espíritu combativo.

Rasgos físicos: Morena de ojos castaños y gestos gráciles.



REBELDE

Edad: 11 años.

Lugar de nacimiento: Noruega.

Especialidad: Es una ladrona escurridiza.

Personalidad: Valiente e intrépida. Su aspecto angelical esconde un volcán.

Rasgos físicos: Rubia, ojos claros...

En el mar, somos libres. Libres de ser nosotras mismas,
libres de ir a donde queramos, libres
de decir cuanto pensamos.
No nos menosprecian por nuestro sexo
ni color de piel. Aquí somos iguales.

Y, así, es en el mar donde quisimos vivir.
Vivir como nuestros antepasados.

Los libros de historia nos desdeñarán. Os convencerán
de que las chicas no son listas, no son valientes y
no son poderosas. Compartimos nuestra historia para
demostraros que sí lo somos. Y lo más importante,
compartimos nuestra historia para que sepáis
que vosotras también lo sois.

BITACORA DEL BARCO (o sea, BITARCO)

Querido diario:

(illy! Será mejor que no me olvide de que esto no es un diario. ¡De lo contrario, a Charlie le va a dar un saponcio!) Querido barco:

Estamos a cosa de un día de Shanghái, donde Liu planea visitar a su padre. En realidad no le apetece verlo, pero tiene que pedirle —rogarle, más bien— que nos permita seguir navegando con su barco. Liu está tan nerviosa que no prueba bocado desde ayer (aunque debo admitir que todas estamos revueltas después de una semana entera con Sadie en la cocina).

Ojalá tengan pepinos en el mercado de Shanghái. ¡Vaya ensalada de rechupete le haría a Liu! Y lo que sobrara me lo colocaría en esos ojos de mapache que se me han puesto. ¡Qué pesadillas sufro a todas horas, incluso de día! Siempre es la misma: un hombre sin rostro le clava una espada a papá.

illy, de nuevo! Me voy por las ramas, así que ahora vienen esos datos tan aburridos

Fecha: Julio (o agosto, vete a saber).

Posición: $38^{\circ} 53.6$ N $08^{\circ} 48.6$ E. (Le preguntaré a Liu.)

Velocidad med.: 5,2 nudos.

Viento: E, 10-18 nudos (Ingela ha dicho que hoy

era fácil trepar a los mástiles).

Clima: parcialmente nublado. Los rizos se me están volviendo locos con tanta humedad.

¡Besitos, barco! (Siento no poder ponerte nombre, pero Liu nos dice que no nos encariñemos mucho contigo, por si al final resulta que su padre nos obliga a devolverte.)

Raquel

Remaban en silencio. La luna menguante apenas las iluminaba. Pero siempre se sentían a gusto en el agua. Incluso en un foso oscuro y profundo que conducía a una ciudad prohibida.

Siempre atentas a la detallada carta que les leía Charlie, llegaron a la puerta oriental del extenso muro de ladrillo que circundaba la Ciudad Antigua de Shanghái. El bote de remos apenas cabía por la puerta oriental; un pequeño arco, en realidad.

—Haz girar la popa hacia la izquierda y pasaré remando —le susurró Charlie a Raquel.

Lograron entrar, pese a que el costado derecho del desvencijado bote chocó con la gruesa pared. Las dos chicas se agacharon. Todos los extranjeros que trataban de penetrar en la Ciudad Antigua iban a la cárcel. Aunque la carta aseguraba que no había guardias a aquel lado del muro, Raquel se santiguó con rapidez en cuanto hubo salido de dudas.

Charlie señaló un enorme jardín de rocalla que tenían delante.

—Creo que debemos ir allí.

Pararon de remar, y la barca se deslizó con suavidad hasta la orilla. Charlie hundió la bota de equitación en la hierba mullida. Tenía el corazón en un puño. Esa mañana había recibido la carta anónima que explicaba en detalle la misteriosa misión, y apenas había podido procesarla. Solo en aquel instante, mientras caminaban de puntillas sobre el puente de bambú, fue consciente del peligro que corrían.

Y además, había arrastrado a Raquel a aquella aventura. Lo mejor habría sido ir con Liu, una muchacha tranquila con nervios de acero. Pero Liu estaba visitando a su padre, por lo que no tuvo más remedio que llevar a Raquel. A esta se le daban muy bien los idiomas, y parecía poseer un sexto sentido con la gente. Por eso la apodaban *Embajadora*. Además, tenía cada vez más destreza con el *panchi*, el antiguo arte de lucha con daga de los Storm.

Todos los Storm se ejercitaban en el *panchi* desde la infancia. Por eso Raquel

llevaba encima varias dagas, cuchillos arrojados e incluso su preciado *dirk* o daga escocesa. Dadas sus características (no pesaban más de un kilo ni medían más de dos palmos), todas las armas eran fáciles de esconder, y absolutamente letales en lugares demasiado concurridos como para blandir una espada. Por eso Raquel pensaba que podrían serle muy útiles aquella noche.

Charlie saltó sobre el estanque de las carpas. Por puro instinto, manoseó la única perla que colgaba de la liviana cadenilla de plata que llevaba al cuello. Por lo general, detestaba las joyas. Excepto aquel sencillo collar que su padre le dio el día en que su madre los abandonó. Diez años más tarde, Charlie perdió a su padre un día en que lo llevaba puesto; once meses después, seguía sin quitárselo. A veces pensaba que le proporcionaba buena suerte, aunque no pensaba reconocerlo, por miedo a que la consideraran tan supersticiosa como Raquel. Se metió la cadenilla bajo la blusa. Algo le decía que esa noche iban a necesitar todos los talismanes que tuvieran a su alcance.

Llegaron a la enorme rocalla.

—Mejor será que subas tú —le pidió Raquel: con sus botas de talón alto no podía escalar.

Charlie le echó una mirada al calzado.

—¡Ya te dije que no te pusieras esa ridiculez! —masculló.

Raquel dio un taconazo en el suelo.

—¡No puedo disfrazarme con la facilidad con que lo haces tú, Charles! ¡Necesito accesorios!

Habían creado las Pirettes, un grupo de peligrosas muchachas piratas, para hacer en público lo que casi ninguna otra chica se atrevía a hacer. Pero se disfrazaban de hombres cuando querían ser discretas. Porque las mujeres eran presas, objetivos o juguetes de los hombres, siempre y en todas partes. Ellos, en cambio, gozaban de una impunidad total. Incluso podían asesinar, si se lo proponían.

Como Charlie era de miembros alargados y caderas estrechas, le resultaba más fácil disfrazarse de chico. Le bastaba con ponerse las botas de pirata de suela plana y unos calzones mugrientos.

Pero Raquel era otra cosa: demasiado bajita para sus quince años (Ingela, que tenía once, le sacaba tres dedos) y con una incipiente silueta de reloj de arena. Para compensar, calzaba unas botas con tacones de medio palmo. Se las había robado a un noble menudito que estaba durmiendo la mona.

Charlie alzó los ojos hasta el punto más elevado de la rocalla. Aunque no trepaba como la pequeña Ingela, que debía de estar durmiendo en el barco, le bastaba con sus robustas pantorrillas y sus musculosos brazos.

—Cómo pesas, hija. A que lo que cocina Sadie te gusta más de lo que reconoces... —la regañó Raquel mientras la ayudaba a encaramarse por las rocas. Luego se secó la frente con el dorso de la mano.

Charlie siguió subiendo mientras se volvía hacia Rachel y le susurraba:

—Ya acabo. No tengo por qué llegar arriba del todo. Me detendré cuando vea la

antorcha.

Por fin llegó a un lugar estable donde podía sostenerse. Desde allí divisaba todo el recinto. El aire estaba impregnado del olor a lilas y flores de cerezo. La magnificencia de los jardines Yu, con sus pabellones, arroyos, patios y árboles antiguos y enormes, era evidente incluso de noche. Pero las muchachas no estaban allí para contemplar el paisaje. Charlie se volvió hasta divisar la antorcha encendida, y bajó a toda prisa por la rocalla.

—Tenemos que pasar al otro lado —le dijo a Raquel—. Hasta una pared con la figura de un dragón. Sígueme.

Se marcharon en medio de un silencio enervante, roto solo por los grillos. Hasta la más ligera de sus pisadas parecía estruendosa. A Charlie la sorprendió que, a pesar de su ridículo calzado, Raquel mantuviese el equilibrio.

Llegaron a la pared del dragón. Allí las esperaba una mujer china enfundada en una capa. Era muy bajita y llevaba una antorcha en la mano. Les lanzó una mirada severa.

—Parece que viene horda entera de elefantes. ¿Cómo dos chicas hacéis tanto ruido? ¿Y por qué venís dos si carta solo para una?

—No podía venir sola. Además, pensé que necesitaría ayuda con el idioma.

«Y, por último, tenía demasiado miedo como para venir sola.»

Charlie tuvo el buen criterio de no decir esto último en voz alta. Cuadró los hombros y se apartó los cabellos pelirrojos del rostro. Solo podían contar con la ayuda de aquella mujer, que arqueó las cejas.

—¿Hablas chino? —preguntó en un español impecable. Raquel se aclaró la garganta.

—Un poco, aunque tú hablas mi idioma mucho mejor que yo el tuyo —respondió con un no menos impecable dialecto de Shanghái.

Charlie sonrió. Había sido todo un acierto prescindir de Sadie (un ratoncito de biblioteca) y de Ingela (totalmente impredecible) y decantarse por Raquel.

La mujer asintió con gesto aprobatorio.

—Poneos esto. Así. Y daos prisa. Guardia pronto llega para relevo. —Les entregó sendas capas grises como la que llevaba puesta—. Vamos a lugar no seguro para extranjeros. Sobre todo para chica extranjera. Aunque chica extranjera piensa que parece príncipe extranjero con bota muy alta.

Apagó la antorcha y se volvió. Raquel la contemplaba con una sonrisa ovejuna, pero el rostro severo de la mujer no se ablandó.

—¡Chist! —las riñó, y se llevó a los labios su afilado dedo índice—. ¡Como ratón, no elefante! ¡O despertaréis toda ciudad!

Charlie y Raquel levantaron más los pies. Tenían miedo hasta de respirar, para no hacer ruido. Una vez franqueada la puerta, un puente. Al otro lado había cuatro guardias armados, dos a la derecha y dos a la izquierda.

Las muchachas se detuvieron.

—Pasos cortos como míos. No pasos grandes de extranjera. ¡Y bajad cabeza! — les susurró la mujer.

Las chicas obedecieron. Uno de los guardias dio una voz y la mujer se detuvo de pronto. Raquel recitó en silencio los nombres de todos los santos que recordaba.

La mujer se quedó con la cabeza gacha mientras respondía en un dialecto que ni Raquel ni Charlie reconocían. La frente de Charlie se perló de sudor.

El guardia dio otra voz. Raquel respiró hondo. La mujer echó a andar, esta vez con pasos más rápidos. Las muchachas la siguieron hasta llegar a un gigantesco *paifang*. El arco pintado de rojo parecía tocar la luna. A cada lado había un puntal adornado con *kanjis*. Un dragón de cuello retorcido y aliento de fuego presidía el techo de baldosas multicolores. Charlie lo contempló.

—¿Dónde estamos?

La mujer sacó una navaja y Charlie, al instante, trató de empuñar el alfanje que llevaba bien oculto bajo su abrigo largo. La mujer le golpeó la mano con habilidad para que la apartara.

—En este lugar, hombre malo muy rápido. No tiempo para espadas. —Metió la mano bajo la capa de Raquel—. Esto mejor. —Escondió la navaja entre las ropas de la muchacha, a la altura de la cadera. Raquel asintió, aunque era muy escrupulosa con su espacio personal.

La mujer sacó otro cuchillo más pequeño. Charlie creyó notar que la desconocida llevaba cinco cuchillos en total. Los marineros, los marinos y los caballeros de esa época podían llevar armas. Pero ¿quién llevaba tantas? Los guerreros *panchi* y los piratas de los tiempos modernos. Estos últimos podían llevar hasta ocho armas blancas, que utilizaban para cortar cuerdas, conseguirse la comida y defenderse. Charlie contempló a la pequeña mujer china. Como no había mujeres piratas, salvo en las historias ficticias sobre las Pirettes que las muchachas hacían circular, debía de haber otra explicación para aquel arsenal de bucanero. A Charlie le habría gustado investigar un poco más, pero la severa mirada de la mujer le dio a entender que no era buena idea. No obstante, tomó el arma que esta trataba de esconder bajo su ropa.

—Puedo hacerlo yo sola, gracias.

Y ocultó el arma bajo la tela con un gesto más discreto que el que la mujer había empleado con Raquel.

—Seguir de cerca —dijo la mujer mientras pasaba por debajo del *paifang*. Poco después, las asaltó un tropel de sonidos y olores, a un mundo de distancia de la paz imperante en la Ciudad Antigua. Era más bullicioso incluso que el barrio extranjero donde habían atracado. Pero se presentía el peligro. Ambas se alegraron de ir armadas.

—¿Esto también pertenece a Shanghái? —preguntó Raquel. La respuesta llegó en forma de olor a deliciosos *xiaolong bao*.

La mujer las condujo por un laberinto de calles y callejuelas iluminadas por farolillos de papel y rebosantes de gente y comercios. Dejaron atrás los edificios

antiguos de mansiones con aleros que se curvaban hacia arriba, estandartes dorados que colgaban de las balaustradas de mármol y paredes rematadas con esculturas de bestias míticas.

Llegaron a lo que parecía una calle principal con abundantes tabernas abarrotadas. Parecía como si la fiesta acabara de empezar. Raquel se contuvo para no arrasar con una bandeja llena de *tangcu paigu*: le encantaba el olor a costillas con salsa agridulce. A Charlie le rugieron las tripas al inhalar el delicioso aroma de las cabezas de pescado encurtidas en salsa de soja.

La calle olía al vinagre de arroz fermentado con el que se preparaban el *jiang luobu* y el *pai huanggua*. Los cantantes de ópera y los ladridos de los perros formaban una orquesta que, unida al sudor y el caos demencial, creaba una energía palpitante y abrasadora a partes iguales.

Pasmadas, las muchachas apenas podían seguirle el ritmo a la anciana. El instinto de supervivencia se activaba al pasar por aquellos callejones oscuros.

Al llegar al final de uno de ellos, la mujer se detuvo frente a lo que parecía una tienda abandonada. La puerta se abrió antes de que llamaran, y un hombre salió. Era enorme, a lo largo y a lo ancho.

La mujer se volvió hacia las niñas.

—Bueno, aquí estáis. Yo ya he cumplido. —Metió la mano en el bolso de algodón. Sacó un tigre de fino bambú, y se lo entregó a Charlie—. Dáselo al señor Chang.

—¿Esto? —Con incredulidad, Charlie lo sostuvo. No estaba segura de que aquella baratija pudiera ayudarla a descubrir quién había aniquilado a los Storm—. ¿Y quién es el señor Chang?

Pero su interlocutora se marchó sin mediar palabra. De pronto, dos gruesos y tersos brazos agarraron a Charlie y a Raquel y las metieron en el edificio. El hombre señaló al frente con un dedo rollizo:

—El señor Chang.

—¿El señor Chang está aquí? —chapurreó Raquel—. ¿Estás seguro? Yo no veo a nadie. ¿Quién es el señor Chang?

El portero no parecía propenso a dar explicaciones. Las agarró y cargó con una sobre cada hombro. Charlie se defendía a puñetazos, pero aquello era como golpear una plancha de acero.

—¡De verdad que no hace falta! Sabemos andar solitas.

Las soltó cuando llegaron al pie de una escalera de caracol y les dio sendos farolillos.

—Señor Chang —repitió, y señaló escalera arriba con el mismo dedo rollizo.

Las niñas subieron, en vista de que no tenía sentido hacer más preguntas.

—¿Es la decisión más juiciosa? —inquirió Charlie—. Porque ¿adónde nos lleva esto?

Raquel se encogió de hombros.

—¿Y qué quieres que hagamos? Hemos tratado de descubrir por nuestra cuenta qué sucedió aquel día, y ya ves el éxito que hemos tenido.

Charlie arqueó una ceja mientras subía.

—¡Santo...! —exclamó al llegar al último rellano.

Raquel subió a toda prisa.

—¿Qué?

Se quedó sin habla. Había una enorme sala circular, con un techo abovedado de jade verde que parecía de una sola pieza. A través de una lujosa cortina de bambú vislumbraron un extenso cubil en el que reinaba el lujo más puro.

—El señor Chang vendrá a veros en cuanto pueda. Os pide que lo esperéis dentro —les dijo con voz de niña una sonriente diosa de porcelana ataviada con el típico *chángpáo* floreado. Lo llevaba muy ceñido y dejaba entrever una silueta larga y esbelta.

Unas manos invisibles las despojaron de las capas grises y la anfitriona las guió por la sala. El corte alto de su *cheongsam* dejaba al descubierto una pierna de color blanco y cremoso.

Tras una nueva cortina de bambú las esperaba un cubil oscuro, repleto de esplendorosa riqueza. Raquel respiró hondo. Alguien apartó unas cortinas de seda y vieron unos divanes turcos con cojines de terciopelo, y mesillas de café laqueadas en rojo. Unos lujosos tapetes con estampados sugerentes cubrían las ventanas, y unas arañas de luces muy bajas iluminaban la sala.

—Sentaos, por favor. El señor Chang vendrá enseguida —les dijo la anfitriona, sonriente, y las guió hasta un diván vacío que se hallaba en el centro de la sala.

Allí se entremezclaban hombres y mujeres, chinos, europeos y árabes. Pero tenían un rasgo en común: las pupilas encogidas como ojos de aguja.

—*Ya-p'ian* —susurró Raquel lo más bajo que pudo.

Charlie asintió con un ligero temblor. No necesitaba que le tradujeran lo que decía Raquel. *Opio*. Estaban en un fumadero de opio. En una *hua-yan jian* o «sala para fumar flores».

Se pasó el dedo por el collar. Era muy consciente del interés que suscitaban. Deseó llevar la prenda con el cuello más alto de todos. Tal vez pecara de ingenua, pero no parecía que aquellas gentes de ojos vidriosos y poses lánguidas supusieran peligro alguno para ellas. Desde luego que en el fumadero se oía el murmullo del deseo carnal, pero, a decir verdad, todos ellos parecían demasiado drogados como para poder hacer nada. Charlie se dio una palmada en el muslo, agradecida por todas las armas que llevaba.

—Por favor. —Una abuela de ojos vidriosos, tumbada frente a ellas en un diván, les ofreció una pipa larga y ricamente adornada con plata y chagrín.

Ambas negaron con la cabeza, con incredulidad.

—Pues entonces, a más tocamos —replicó la mujer, y se rio con voz ronca. Se volvió hacia un anciano. Charlie supuso que era el abuelo.

La abuela sorbió de la pipa con fruición, como si de ambrosía se tratara. Charlie se cubrió la nariz, porque el humo acre de olor dulzón le revolvía el estómago. Además, le recordaba que la primera vez que había utilizado su espada contra otro ser humano había sido en un lugar como ese, hacía once meses. Ya había desenvainado el alfanje mientras entrenaba, pero solo entonces empleó la espada contra carne de verdad, con intención de herir... o de algo peor.

Los drogados y borrachos de ambos sexos eran sus víctimas predilectas: resultaba más fácil robarles. Charlie iba, sola o con Liu, y los aguardaba a la puerta de los salones, las tabernas y los fumaderos. En las escasas ocasiones en que se encontraban con algún pendenciero y Charlie tenía que derramar sangre, huían como almas que lleva el diablo. Conseguían un succulento botín con el que podían agenciarse algo de comida o acercarse a su destino. Nunca les bastaba para dejar de robar.

Y al final dejaron de robar. Pero a costa de que Charlie, o al menos la parte de Charlie que se consideraba buena persona, quedara herida. Miraba el fumadero de opio, los rostros de los clientes, de una hermosura grotesca. Víctimas fáciles. Y por eso se encontraba a disgusto.

—No deberíamos estar aquí. Tenemos que marcharnos.

Por su lado, Raquel estaba agitada: pensaba en la espada del soldado sin rostro que le había atravesado el corazón a su padre.

—Es la única pista que tenemos. —Se volvió hacia Charlie. Una mirada resuelta, dura como el acero, centelleaba en sus ojos castaños—. Nos quedamos.

Charlie suspiró, poco acostumbrada a recibir órdenes. También había perdido a su padre aquel día terrible. Raquel tenía razón: debían quedarse.

—El señor Chang ya está listo para recibirnos —les dijo la anfitriona, tras una espera que se les antojó interminable—. Seguidme, por favor.

Charlie y Raquel se incorporaron de un salto, contentas de poder marcharse de allí, y la siguieron hasta unas pesadas puertas de madera, adornadas con una rebuscada representación del ave fénix.

Se abrieron solas. Dos hombretones las hicieron pasar. El hombre que se hallaba al lado de Charlie le tendió una mano enorme con dedos gruesos como salchichas. Charlie le miró, confusa. ¿Acaso querría una propina?

Raquel puso gesto exasperado.

—El tigre. Quiere el tigre.

—Ah, claro —exclamó Charlie, acordándose de que lo llevaba en la mano. Se lo entregó. Y entonces, por primera vez, Charlie distinguió en el fondo una imagen apenas visible, en forma de ojo. Frunció el ceño. No conocía el símbolo, pero tampoco tenía tiempo para pensar en ello. El hombre al que se lo había entregado le hizo un gesto de asentimiento al que estaba al lado de Raquel. Las hicieron pasar a un enorme despacho con ventanas de suelo a techo. La sala era tan espléndida como el fumadero, y estaba adornada con alfombras persas y objetos laqueados de color rojo. Pero ya nada las impresionaba. Excepto, tal vez, el hombre de aspecto severo que las

esperaba sentado tras un enorme escritorio de madera oscura.

—¿Usted es el señor Chang? —le preguntó Charlie, convencida de que el hombre no hablaba inglés. Las miró con desdén.

—Otra mujer occidental que, en vez de escuchar, quiere que la escuchen. Los bárbaros sois así —les contestó el señor Chang en inglés.

Raquel reprimió un suspiro. Charlie entraba en todas partes como un elefante en una cacharrería. A Raquel le habría encantado sacar la daga y enseñarle al prepotente de Chang cómo se las gastan las mujeres occidentales, pero sabía que, dadas las circunstancias, la gentileza le serviría mucho más que la fuerza, de modo que le hizo una reverencia.

El señor Chang se animó.

—Veo que por lo menos una de vosotras sabe comportarse como una señorita. Siéntate, por favor. Tu compañera también puede sentarse, si quiere.

Obedecieron. A Charlie le costaba encontrar una postura cómoda: aquella silla de marfil parecía un instrumento de tortura. Cuando por fin se dio por vencida, alzó la vista y se encontró con las miradas ceñudas de Chang y Raquel.

—¿Querías que te trajera otra silla, o tal vez unos cojines para que estuvieras más cómoda? —preguntó el señor Chang. Todo en él era condescendencia.

—No, estoy bien. ¡Gracias! —le respondió con una sonrisa de oreja a oreja que mostró todos sus dientes. Al señor Chang no le gustó aquella vulgaridad tan manifiesta. Raquel tuvo que contenerse para no arrearle un bofetón, por provocar de manera deliberada a Chang. ¿Por qué tenía que buscar siempre conflictos?

—Señor Chang, si me permite la osadía... Es un honor para nosotras estar aquí, y queremos expresar nuestro aprecio por su gentileza y su generosidad. Le damos las gracias por haber accedido a reunirse con nosotras. —Raquel miraba al suelo para no mirarlo a los ojos—. Sabemos que es usted un hombre muy importante, con muchos asuntos que atender, y por eso mismo no queríamos molestarlo.

—Tú no me molestas —contestó, mirándola a los ojos—. Con todo, no sé en qué puedo ayudaros.

—Pero ¿no era usted quien deseaba que viniéramos? —inquirió Raquel, tratando de disimular su confusión.

—No —replicó el señor Chang, sin dar más explicaciones.

—Esa mujer pequeña y malcarada que nos ha traído hasta aquí ¿no trabaja para usted? —preguntó Charlie, claramente molesta—. Entonces ¿quién ha organizado esto?

—Me llegó un contacto anónimo —le señaló el señor Chang, sin dejar de mirar a Raquel.

—¿Y solo porque se lo dijo un desconocido accede a reunirse con gente de la que no sabe nada? —observó Charlie.

El señor Chang no respondió. Pero su mirada se endureció todavía más. Charlie había traspasado otra línea. Lo más probable era que el señor Chang hubiese aceptado

algún tipo de pago a cambio de aquella reunión, pero un hombre tan turbio no lo reconocería jamás.

—¿Quién lo ha sobornado por nosotras...?

—¡Charlie! —Raquel levantó la mano—. Por favor, no eches a perder con preguntas necias esta inapreciable oportunidad de conversar con el señor Chang. — Cuando le pareció que la cólera del señor Chang se había calmado un poco, le dirigió la palabra con cautela—. Tan solo buscamos información. Tenemos entendido que el padre de Charlie, el señor Andrew Drake, le suministró lírium. ¿Es así?

—De vez en cuando comercio con lírium.

¿Comerciaba con lírium? Charlie guardó silencio, sin poder creérselo.

Durante cientos de años, su gente, los Storm, habían tenido una manera de mantener el suministro de agua a salvo de las enfermedades que antaño destruyeran sociedades enteras. Para ello recogían y procesaban el lírium, una planta que se hallaba en las profundidades del océano. La vendían o la intercambiaban por dinero, o por bienes que los ayudaban a sobrevivir, pero a un precio irrisorio. Los Storm habían sido guardianes del mar desde tiempos remotos. Su divisa era proteger a los menesterosos y destruir a cuantos hacían el mal. Uno de sus deberes consistía en proporcionarle lírium a la gente. No lo hacían para obtener un provecho, ni por negocio.

Sin embargo, al señor Chang, que comerciaba con opio, no parecían interesarle las obras de caridad.

Por fortuna, Raquel estaba pensando lo mismo que Charlie.

—Entonces ¿el señor Drake le ofrecía el lírium a usted, y usted se lo daba a quienes lo necesitaban?

—¿Que se lo daba? —Resopló ante esa mera idea—. Yo no trabajaba directamente con el señor Drake. Solo lo vi en una ocasión, cuando me presentó a su socia. Trabajo con ella.

—¿Una mujer? ¿Quién? —exclamó Charlie.

Raquel le estrujó de forma discreta la mano, con la esperanza de hacerla callar.

—Señor Chang, por favor, ¿sería posible que nos contara algo acerca de esa mujer?

El señor Chang tamborileaba con los dedos sobre el escritorio. Había llegado al punto en el que ambas lo irritaban.

—No tengo ni idea de cómo se llama, pero sí sé que, a pesar de su sexo, es inteligente. Refinada. —Le hizo un gesto a uno de sus guardias—. Por favor, acompáñalas afuera.

Raquel se mordió el labio. El señor Chang hablaba inglés con mucho acento, pero también con fluidez. De hecho, la historia de cómo un hombre tan culto había acabado en el negocio del opio debía de ser interesante de por sí. Le intrigaba sobremanera que el señor Chang se refiriese en tiempo pasado a Andrew, pero no a la mujer.

Los guardias dieron un paso adelante, pero Raquel se plantó con firmeza sobre la lujosa alfombra.

—Parece que todavía trabaja con esa mujer. ¿Cómo se llama?

Charlie le sonrió a Raquel. Le estaba demostrando que era una buena auxiliar.

El rostro del señor Chang se puso tan rojo como sus mejillas de café laqueadas.

—¡Niñatas estúpidas! ¿Es que os pensáis que en este trabajo utilizamos nuestros nombres de verdad y nos invitamos a tomar el té?

Un cosquilleo descendió por el brazo de Raquel. Su madre le había enseñado idiomas, pero el don de «leer» lo que pensaban los demás provenía de su padre. El señor Chang mentía.

Charlie, movida por la intuición, opinaba lo mismo que Raquel. Se inclinó hacia ella para susurrarle al oído:

—¿Quieres pegarle fuego en los pantalones a ese mentiroso, o prefieres que lo haga yo?

Charlie estaba desesperada por desenvainar la espada, pero Raquel prefería que ambas salieran con vida de allí.

—Por ahora no hace falta ningún fuego. Déjame que lo intente yo.

Se aclaró la garganta y bajó la voz, dispuesta a engatusar a su interlocutor.

—Mi muy apreciado señor Chang, la alegría que sentimos por hallarnos humildemente en su presencia es enorme. Lo único que queríamos era hallar algunas respuestas. Nos dijeron que un hombre importante como usted podría tener alguna información. Por favor..., le agradeceremos mucho cualquier consejo que nos pueda dar.

Charlie tuvo que esforzarse por no vomitar. Clavarle una espada en el pecho al señor Chang habría sido mucho más eficaz, y mucho menos humillante, para ambas.

El señor Chang suspiró. Su rostro recobraba poco a poco el color de la tiza.

—Yo solo conocía al señor Drake como «A» hasta que vosotras dos, so lerdas, me habéis dicho su nombre entero. A ella la conozco como «H».

—¿Y había trabajado usted en el negocio del lírium junto con Andrew Drake, señor Chang? —replicó Raquel, tratando de disimular su incredulidad.

—Eso es lo que os he dicho. —Hizo como si blandiese una varita mágica—. No me interesa lo más mínimo desmentir los cuentos de hadas que habéis oído, niñas.

Charlie no se podía creer que su padre hubiera tenido algún tipo de relación con un canalla como el señor Chang.

—¡Mentiroso! ¡Mi padre no habría colaborado nunca con un pedazo de basura que trafica con drogas!

El señor Chang apretó la mandíbula y cerró el puño.

—¿Y quién eres tú para juzgarlo? ¡Juas! Tu padre no era «un pedazo de basura que trafica con drogas», pero de todos modos era inglés, ¿verdad? Pues bien, fueron los británicos quienes introdujeron el opio en China. Lo trajeron de contrabando por Bengala y por toda la India. ¿Sabéis una cosa? Los europeos no se hartan de la seda,

el té y las porcelanas chinas, pero a nosotros no nos interesan ni vuestra lana ni vuestras especias insulsas. Así que esta es vuestra manera de equilibrar el balance contable, como se suele decir. —El hombre le lanzó a Charlie una mirada lasciva—. ¡El año pasado, tan solo la Sapphire East Trading Company importó dos mil cajas de opio!

Ambas dieron un respingo al oír el nombre de la Sapphire East Trading Company. La SETC era la corporación más poderosa del mundo entero y su influencia abarcaba prácticamente todos los campos, desde la política, el gobierno, los bancos y la construcción, hasta la salud y la provisión de alimentos. Pero su principal responsabilidad consistía en asegurar barcos —sobre todo, las grandes flotas mercantes— y en mantenerlos a salvo cuando cruzaban los mares. En cierta ocasión, las muchachas habían descubierto un plan de la SETC para saquear las flotas que la propia empresa aseguraba y, sin quererlo, se habían transformado en sus enemigas juradas. O más bien en enemigas del directivo supremo de la Sapphire East Trading Company: Rogers Barrish.

Rogers Barrish era uno de los hombres más admirados y poderosos del hemisferio occidental, quizá del mundo entero. No tenían la menor intención de cruzarse en su camino, ni de desatar su cólera. Lo único que quería Charlie, disfrazada de Pirette, era asaltar a un par de matones borrachos para desplumarlos. Pero descubrió un plan para saquear unos navíos mercantes estadounidenses. Entonces la pequeña Ingela, con sus dedos escurridizos, robó un mapa del despacho de Rogers Barrish. En su interior hallaron papeles secretos que incriminaban a Barrish como autor del plan. Tal vez aquello encerrase una lección del karma contra los asaltos y los robos, pero no fue eso lo que más les llamó la atención. Desde los fatídicos acontecimientos de más de seis meses antes, tenían muy claro qué clase de canalla sin escrúpulos era el todopoderoso Rogers Barrish. Y peor aún: Rogers Barrish sabía que lo sabían. Por ello, se habían convertido en el objetivo de uno de los hombres más peligrosos en el mundo entero.

Charlie hizo rechinar los dientes, asqueada, y Raquel le tapó la boca. Por lo que sabía de Rogers Barrish y de la Sapphire East Trading Company, no le extrañaba que estuvieran implicados en el sucio comercio de opio.

—Le agradecemos que nos haya entregado su tiempo, señor Chang. Le damos las gracias por su generosidad —dijo Rachel despidiéndose. Pero el señor Chang no hizo caso y les gritó nuevas órdenes a sus hombres. Raquel cruzó los dedos para que las acompañaran hasta la salida, aunque, a juzgar por la ferocidad de su tono, tal vez les estuviera diciendo que las ejecutaran a ambas.

Charlie captó el mensaje de Raquel. Mejor salir vivas de ahí que tener la última palabra. Al menos, en aquel caso. Guardó silencio mientras los dos guardias las escoltaban por lóbregos pasillos hasta una escalera estrecha y oscura que, por suerte, conducía al exterior.

Volvieron a enfundarse las capas y se marcharon por el laberinto. Charlie

compensaba su carencia en habilidades sociales con una memoria casi fotográfica de calles y mapas. Guió hábilmente a su compañera por callejuelas y callejones. En esta ocasión no se fijaron en los nuevos aromas y sonidos. Por el contrario, anduvieron en silencio, sumidas en sus reflexiones... sin darse cuenta de que alguien las seguía.

BITARCO

Fecha: 28 de agosto.

Posición: Shanghái, China.

Clima: Lluvioso.

Esto no es una BITARCO oficial, porque todavía nos hallamos en tierra. De hecho, estoy escribiendo esto para que quede constancia de que sé que Charlie se trae algo entre manos. Sé que hace unas pocas noches se escapó vete a saber adónde con Raquel. Sé que volvieron muy tarde. Y también sé que últimamente habla todavía menos de lo que es habitual. Como no me diga cuál es el secreto, le echaré un laxante en la comida.

Hablemos de algo más positivo: Liu regresará dentro de cuatro días.

¡Ojalá venga con el barco!
Por ahora me despido (PAMD).

Sadie

—¡Me ha metido el vestido en el té!

Liu le dirigió una mirada malévola a su hermano pequeño, sentado al otro lado de la mesa. Antes de que nadie se diera cuenta, sacó de la taza de té la manga de campana de su *jifu* de seda con brocados. Sus hermanos sabían que, por delgada que pareciese, era capaz de tumbarlos.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó Zhang Tao, con la sonrisa orgullosa que solía dedicarles a sus hijos varones. El padre de Liu rondaba el metro noventa y era ancho de hombros y pecho, por lo que su mera presencia intimidaba, tanto en la sociedad de Shanghái como en su propia familia. Sobre todo cuando se sentaba en el descomunal «trono imperial» de color rojo y dragones tallados que se erguía en el centro del salón.

Zhang Tao volvió el rostro hacia su hijo pequeño, Fu. Este sentía la mirada de rabia de la primogénita, y llegó a la conclusión de que lo más inteligente sería callarse.

—Mmm... No pasa nada, papá —respondió, mientras se llenaba la boca con trozos de ciruela pasa. Liu dejó escapar un leve suspiro de frustración: no lograba recordar qué paso de la ceremonia del té iba a continuación. Había consagrado casi toda su miserable estancia de dos días con su padre y sus hermanos a aprender el sagrado *Gongfu Cha*. Ya no sabía cuántas veces se había quemado las manos al derramársele agua caliente mientras practicaba con las diez partes del ritual. Se había quedado en blanco cuando examinaba los delicados instrumentos dispuestos sobre la bandeja de goteo laqueada en negro, con la esperanza de que alguno le resultara familiar. «¡Ahhh! Es ese.» Había llegado al paso 3, *wú lóng rù gong*, que literalmente significaba «el dragón negro entra en el palacio».

Liu no necesitaba alzar la vista para percibir el ardiente menosprecio de su padre, que departía con sus tres hijos varones. «No cabe ninguna duda, aquí está el dragón.»

Iba a sacar las hojas sueltas de té que había en el interior del *cháchí*, pero se detuvo. ¿Cuántas veces le había gritado el desagradable instructor de la ceremonia del té por utilizar las manos desnudas? Liu sacó la cuchara de bambú y llenó la tetera *Yixing* con *oolong*.

Zhang Tao había desafiado a Liu a aprender el arte de elaborar una taza de té perfecta. A cambio le ofrecía el uso continuado del barco. Liu se lo había tomado como un juego. La muchacha siempre había destacado cuando su madre le impartía lecciones de cartografía y navegación, y por ello estaba segura de poder pasar la última prueba de Zhang Tao, quien —como siempre— la infravaloraba por un iónico motivo: su sexo.

El *Gongfu Cha* era más difícil de lo que Liu se esperaba, pero había algo aún peor: hacerlo ataviada con un *buyao*. Liu casi desenvaina el alfanje cuando esa misma mañana seis criadas de mirada severa la despertaron al despuntar el alba. Se afanaron durante casi cinco horas por transformar sus largos rizos castaños en una flor de loto, y luego se los sujetaron con el *buyao*, un pesado ornamento de oro adornado con grullas de jade y ristras de perlas cultivadas. No hicieron caso de sus protestas, aunque la abuela que más se estaba ensañando con uno de sus rizos se llevó un buen codazo.

Liu se inclinó hacia delante muy poco a poco: no quería que sus cabellos se acercaran demasiado a los candelabros de plata que la flanqueaban. Casi todas las familias chinas se consideraban afortunadas por permitirse unos pocos farolillos en cada habitación, pero la enorme mansión de su padre estaba llena de candelabros de mesa y de pared.

Alzó la tetera más grande como le habían enseñado, y empezó a derramar el agua hirviendo, con lo que creó la ilusión de una fuente. La barriguda de gelatina de Fu subía y bajaba bruscamente, porque le había dado la risa floja al ver aquel chorro.

—¡Mira, papá, parece magia! —gritó.

«En realidad no lo es, porque estoy de pie frente a ti», pensaba Liu para sus adentros. Pero qué tonto era aquel crío. Sonrió sin dejar ver los dientes, para darse un aire recatado, como le había enseñado el maestro de té.

De pronto, el peso de la arcilla le hizo aflojar el brazo. La tetera chocó con una grulla de jade, que rodó sobre la mesilla y golpeó en la frente a Fa, el hermano mayor de Fu.

La habitación, que ya era nauseabunda por culpa del olor empalagoso del incienso de canela, quedó sumida en un angustioso silencio. Incluso se callaron los canarios amarillos que Liu había llevado para alegrar el ambiente siempre severo de la casa. «Traidores.» Lo único que se movía era el chichón de la frente de Fa, que parecía crecer a ojos vistas. Liu se imaginó, aterrada, pasando la vida en tierra, con esa gente, condenada a inacabables ceremonias del té. Tenía que actuar con rapidez.

—¡Estas manos mías de hombre no están hechas para sostener objetos tan preciosos y delicados! Os suplico perdón por mi carencia de gracia femenil —se disculpó. Agachó la cabeza y se cubrió el rostro con un abanico. Rezó por que aquel gesto funcionase, y al mismo tiempo rogó perdón en silencio a su madre, que debía de revolverse en su tumba.

—¡Es cierto, sus manos son como de hombre! ¡Mirad qué grandes y peludas! —exclamó Fa.

—¡Y también sus pies! —intervino Fu—. ¡Nuestra hermana es un cadáver de gigantón!

—¡A veces huele como un hombre! —añadió Feng. Liu pensó que alguien que esparcía gases por toda la casa no tenía derecho a criticar el olor de los demás.

—Qué orgulloso estoy de tener unos hijos tan compasivos y dispuestos a perdonar los muchos defectos de su hermana —proclamó Zhang Tao, con el rostro preñado de alegría. Se volvió hacia los tres muchachos—. Después de todo, tenemos la obligación de convertirla en una señorita de verdad. Si no lo conseguimos, la vergüenza recaerá sobre toda la familia —explicó, mientras repartía palmaditas en las cabezas.

Liu deseaba arrancarse las grullas de jade de la cabeza y arrojárselas a Papá Querido. En cambio, se imaginó los rostros de Ingela, Charlie, Sadie y Raquel. Aunque no las unían lazos de sangre, ellas eran su verdadera familia. Era Sadie quien le preparaba un extraño mejunje de jengibre y valeriana cuando Liu se mareaba en el mar. Había presenciado los primeros pasos y oído las primeras palabrotas de Ingela. Charlie las había protegido durante todo aquel tiempo y las había defendido contra viento y marea. Y luego estaba Raquel. Apenas se llevaban unos días, pero lo que las hacía «gemelas» era otra cosa. Raquel conocía todas las debilidades y fortalezas de Liu, y sabía apoyarla como nadie. No necesitaban palabras. El vínculo que la unía a las cuatro muchachas era más fuerte que la sangre. Haría lo que fuese por ellas.

Liu respiró hondo y empezó con el paso siguiente.

Para su sorpresa, el resto de la ceremonia transcurrió sin contratiempos. Sirvió las últimas gotas de té que quedaban en el *chaichai*. No le temblaron las manos. Liu aguardó a que terminaran, sin atreverse a respirar. No se podía creer que su fortuna, y la del resto de las muchachas, dependiera de una taza de té. En tierra, todas ellas estaban atadas a algo. En su caso, a un padre fanático y unos hermanos malcriados. Pero en el mar eran libres.

Pasó revista a las caras de sus familiares, pero las tazas de té se las tapaban. Su destino estaba ligado a tres tragos. El primero era el más breve, el segundo era el que de verdad permitía disfrutar del té, y el tercero y último era para saborear el regusto. «Uno, dos, tres...»

Zhang Tao fue el primero en dejar la taza sobre la mesa.

—Está bien.

Liu saltó de alegría. Un remolino de grullas de jade y de perlas cultivadas se agitó en torno a su cabeza.

—Entonces ¿tendremos el barco?

Zhang Tao frunció los labios y entonces se volvió hacia sus hijos.

—Muchachos, por favor, dejadme a solas con vuestra hermana.

Los chicos apuraron el té a toda prisa y se escabulleron del salón. Liu se sentía como si las grullas de jade aún danzaran, pero dentro de su cabeza. Se preparó para lo que Papá Querido pudiera decirle.

—Habíamos acordado que tenías que aprender a servir una taza de té perfecta. Aunque no haya sido perfecta, te ha salido muy bien. Sobre todo, si tenemos en cuenta que era la primera vez.

¿Su padre estaba alabándola? ¿En serio? Liu pensó que quizá se había desmayado y aquello era un sueño.

—Por lo tanto, sí, tendrás el barco...

—¡No me lo puedo creer! Grac...

Zhang Tao alzó la mano e hizo callar a Liu.

—Eres demasiado parlanchina. Liu, tienes que aprender a hablar tan solo cuando te hablen.

Liu se mordió la lengua y asintió. Las cinco niñas habían perdido a la mayor parte de sus familiares en el Día de la Destrucción. Las madres de Raquel, Charlie e Ingela aún vivían, pero no querían saber nada de sus hijas. Liu era la única que había conservado a su padre, y no solo se sentía muy culpable frente al resto de las muchachas, sino que además se agarraba a Zhang Tao de una manera que antes no habría querido ni necesitado.

—¡Ha llegado a mis oídos que nuestra flota ha zarpado con éxito hacia Japón! — oyó. Era Ming Hua, un respetado anciano que en otro tiempo había sido asistente del abuelo de Liu y después había pasado a servir a su padre.

Zhang Tao le arrojó una mirada desdeñosa a Ming Hua, y lo frenó en seco.

—Tengo una discusión con mi hija.

Ming Hua se inclinó.

—Lamento haberos interrumpido, señor. Pero es que me dijisteis que os avisara en el mismo momento en que llegase la noticia.

—¡Ahora que ya has hecho lo que te mandaron, vete!

Liu miró hacia otro lado mientras su padre despachaba a su anciano consejero de confianza. Ming Hua siempre había tratado a Liu como si fuera su sobrina favorita. Ella había saltado sobre sus rodillas y él le había dado montones de dulces. Liu no salía de su asombro: ¿cómo podía su padre tratar así al anciano delante de ella? Pero la prioridad de Liu era el barco, así que no se atrevió a defender a Ming Hua.

Zhang Tao se recostó en su trono. El fulgor de las velas lo alumbró en toda su majestad de dragón. Liu y su padre compartían la anchura de frente y la testarudez. Todo lo demás era un desencuentro continuo. Muerta Mai, su madre, ¿por qué tendría que sentirse unida a su padre?

Se aclaró la garganta antes de continuar.

—Como te decía, tus amigas podrán disponer del barco. Por un tiempo indefinido. Si preparas otra taza de té.

—¡Síiiii!

Era demasiado fácil. Tenía que haber trampa.

Cuando Zhang Tao estaba por medio, siempre había trampa.

Zhang Tao tamborileo con los dedos sobre los brazos del sillón.

—Para tu futuro marido.

Y ahí estaba la grande, enorme y gigantesca trampa.

—¿¿¿Qué??? —farfulló Liu, sin importarle que fuese la primera en hablar—. ¿Marido? ¿Es que te has vuelto loco? Pero ¡si solo tengo quince años!

—Exacto, y el año que viene tendrás la edad mínima legal para casarte. La que tenía mi madre al casarse. Y uno menos que el que tenía tu madre.

—¡Y mira lo bien que os funcionó a los dos! —gritó entre lágrimas. Zhang Tao consideraba que sus desgraciados diez años de matrimonio con Mai habían sido el mayor fracaso de su vida, y había prohibido hablar de ello. Pero a Liu no le importaba lo que le pudiera molestar. Si Mai hubiera estado allí, le habría arrancado la cabeza a Zhang Tao por la mera idea de casar a Liu a su edad.

—¡Tu madre tenía la boca y el cerebro de un hombre! ¡Era insoportable! —Desvió la mirada y se pasó el dedo por la cicatriz de quince centímetros que le atravesaba la sien por detrás de la oreja. Era el rastro de una herida que le había infligido Mai y que marcaba el final de una unión carente de lealtad. Zhang Tao prosiguió con voz baja y monótona—. Mi paciencia y mi generosidad para contigo han sido extremas, Liu. Hace seis meses te presentaste a mi puerta y me pediste un barco, y me apiadé de ti. Te di el barco y te dejé jugar a tus juegos de pirata mientras tratabas de averiguar quién había matado a tu madre. ¿Y qué descubriste?

Liu se encogió de hombros.

—Exacto —dijo Zhang Tao con una sonrisa burlona—. Lo único que tenemos

claro es que ha muerto. Lo que significa que ahora soy el único responsable de tu crianza. Así pues, no tiene ningún sentido que discutamos, porque en realidad solo podrás hacer lo que yo te diga. Estas son mis condiciones. Es hora de que ocupes el puesto que te corresponde en la sociedad como señorita, esposa y, con el tiempo, madre. Y tus amiguitas, que por desgracia no tienen un padre que se preocupe de su futuro, pueden llevarse mi barco, si tú te quedas aquí... donde tienes que estar. — Hizo una pausa para mirarla a la cara—. ¿Y bien? ¿Estás de acuerdo con mis condiciones, o prefieres que mañana por la mañana recupere mi barco?

Le ofrecía la libertad para sus amigas al precio de la suya propia. Demasiada carga para ella. Liu cayó de rodillas. Habría hecho lo que fuera por sus hermanas.

—Sí. Acepto tus condiciones.

* * *

Sha-kalam. Así era como su pueblo se autodenominaba en el idioma tribal africano que habían hablado cientos de miles de años atrás. *Sha-kalam* designaba una poderosa perturbación que se manifestaba con fuerza en el mar. Si se traducía literalmente, *sha-kalam* significaba *stormr* en escandinavo antiguo, *sturm* en alemán y *sturme* en inglés medio. Durante los últimos quinientos años, su pueblo había empleado el término inglés moderno: *storm*.

Liu se acariciaba los cabellos con suavidad. Tras la discusión con su padre había fingido un dolor de cabeza para no cenar con él. Sin embargo, había empezado a dolerle de verdad por la mañana, cuando las doncellas acudieron a quitarle el *buyao* y una de ellas, un tanto sádica, le arrancó unos pocos cabellos. Se frotó el cogote.

—*Sha-kalam* —susurró. Después de todo aquel tiempo, aún le resultaba tan exótico, tan extraño, tan seductor... Jamás había oído nada sobre los Storm hasta nueve años antes, cuando había subido al *Storm Uno* junto con su madre, Mai.

Mai y los otros Storm la instruyeron en su historia, filosofía y normas. Al principio le pareció uno más de los cuentos que su madre le contaba para ir a dormir. No le parecía que nada de lo que explicaban fuese real ni guardase relación alguna con ella.

A lo largo de los siglos habían sido muchos los enemigos que habían luchado por el control del mar. Todos ellos habían sido derrotados por los Storm, los antiguos guardianes de las aguas. Habían acudido de todos los rincones del globo, tenían un barco en cada uno de los ciento ocho mares, y eran tan diversos como los océanos a cuya defensa consagraban sus vidas. Solo ellos conocían sus respectivas identidades y estaban unidos por la misión común de proteger a los necesitados y destruir a cuantos hacen el mal.

Generación tras generación, los poderes de los Storm pasaron de madres y padres a hijas e hijos. Esos poderes no eran mágicos, como los de los guerreros voladores y los dragones que respiraban fuego en las fábulas que le gustaban a Liu. Los

conseguían tras años de entrenamiento en los que alcanzaban sus límites físicos y mentales. Se enseñaba a los Storm a proteger el mar a cualquier precio, con métodos concebidos y perfeccionados a lo largo de los siglos, que habían tomado prestados de guerreros como los iraqueses, los ninja, los Inmortales persas y la Guardia Varangia del Imperio bizantino.

Los Storm habían aprendido a minimizar la necesidad de oxígeno, con lo que podían contener el aliento bajo el agua durante períodos de tiempo prolongados. Eso los ayudaba a encontrar el lírium, la planta que les permitía limpiar las aguas de todo el mundo. También disponían de técnicas para minimizar el arrastre y maximizar la propulsión en el agua, y así lograban una perfecta flotación horizontal, que los ayudaba a nadar más rápido, más fuerte y durante más tiempo que la mayoría de los humanos y que muchas criaturas marinas. Eran flexibles, hábiles y veloces como nadie. Ello les daba ventaja combatiendo con las armas y con las manos desnudas. Además, habían desarrollado el arte del *panchi*, el método de lucha con daga propio de los Storm. También gozaban de una gran inteligencia. Al cabo de millares de años en el mar, los Storm poseían un conocimiento enciclopédico de la vida marina. Nadie conocía como ellos la flora y la fauna marinas, así como el clima, las técnicas náuticas y el equipamiento.

Los Storm eran más formidables que los héroes míticos de las historias de Mai, porque existían de verdad. La nave de Liu, *Storm Uno*, transportaba a la mayoría de los miembros de la élite de los Storm, los mejores entre los mejores. Liu aún se estremecía al recordar la fuerza bruta del padre de Ingela, Knut, alto como una montaña, cuando asestaba una combinación *panchi* de gancho de izquierda y patada. O la rapidez del padre de Charlie, Andrew, con su espada de dos manos. Con ella podía derribar a piratas muy bien armados, o a capitanes de flota hambrientos de batallas. Por no hablar de la madre de Charlie, la cartógrafa de la nave, que tenía un sentido extraordinariamente preciso para la navegación.

Liu dejó el cepillo para el cabello. Al principio se había enfadado mucho con Mai por no haberle hablado antes de los Storm. Sobre todo, porque Liu se había pasado sus primeras semanas en el *Storm Uno* en la enfermería, víctima de mareos. No entendía nada, y ni se le pasaba por la cabeza que aquella pudiera ser su manera de vivir. La instrucción informal de los Storm empezaba con el nacimiento, y la formal cuando los niños tenían cuatro años. Comenzaban con cuestiones básicas, como aprender a contener el aliento bajo el agua durante períodos prolongados (porque la mayoría de los Storm empezaban a nadar antes que a caminar) y dar volteretas. A los seis años, Liu pensó que ya había llegado tarde.

Pero el entrenamiento físico no lo era todo. También estaba la fortaleza mental. Storm era una filosofía y, para algunos, tal vez una religión. Estaban ligados a muchas ideas, normas y responsabilidades. El Storm no se practicaba. Había que serlo. Se trataba de una nueva forma de vida que Liu jamás habría imaginado.

Pero, al cabo de cierto tiempo, Liu no se limitaba a imaginársela. De hecho, ya

vivía una vida de Storm. Le encantaba, aunque, desde luego, no era fácil. Por una parte, el mar era una alfombra mágica que le permitía viajar alrededor del mundo. Liu también descubrió que se le daba bien inventar aparatos. Aunque ninguno de ellos fuera muy útil, Mai y los demás adultos la animaban a continuar. Además, se veía en un barco repleto de niños y niñas con los que podía jugar. Como en el *Storm Uno* vivían más de doce familias, era como si Mai y la propia Liu formaran parte de un mundo enorme que les daba la bienvenida. Liu apreciaba sobremanera el sentimiento de pertenencia que le confería ese barco.

Por otra parte, estaban atados por el estricto código Storm de ética y moral que Liu, a veces, no comprendía. Andrew Drake, el padre de Charlie, había sido capitán del *Storm Uno* y lo gobernaba con firmeza. Todo estaba muy regulado. Se levantaban a las seis de la mañana. La instrucción de los niños se prolongaba hasta las siete de la tarde, y entonces se iban a cenar. Aunque Liu aún no sabía expresarlo con palabras, le parecía como si los Storm guardaran secretos que le estaban vedados, preguntas que sabía que no podía formular. No obstante, siguió con su alegre vida de Storm, porque eso mismo eran Mai y su nueva familia.

Pero después del Día de la Destrucción, en el que los ciento ocho barcos Storm sufrieron un ataque y los propios Storm fueron exterminados, Liu había empezado a formularse preguntas que antes habrían sido imposibles. ¿Qué significaría ser Storm después de que Storm dejara de existir?

Liu se contempló en el espejo. Dio un respingo al ver el reflejo de su vistoso cubrecama rosado. Después de dar a luz a tres hijos, y de haber estado a punto de morir en los tres partos, la segunda mujer de Zhang Tao había renunciado a tener una hija. Sin embargo, sí había cumplido su sueño de decorar la habitación de una niña y le había llenado la suya de cojines mullidos con diversos tonos de salmón, rosa, fresa y coral. Liu miró a su alrededor y le entraron ganas de vomitar. El «infierno rosa» se había transformado en su prisión. Seguiría encerrada allí hasta que Zhang Tao le encontrase un marido, sin duda más beneficioso para los negocios del padre que para el corazón de la hija. Le resultaba inimaginable un marido que fuera bueno para su corazón en plena adolescencia.

—Sha-kalam —dijo. Parecía que lo dijese por última vez. Ya no tenía Storm. Ya no tenía a Mai. Ya no tenía el mar. Ni tenía a sus hermanas. Se metió en la cama. Una tras otra, quitó las muñecas de cerámica de ojos vidriosos y sonrisas repulsivas que la doncella le colocaba sobre la cama todas las mañanas, de acuerdo con los deseos de su madrastra. Algunas de ellas hacían mucho estrépito al estrellarse contra el suelo, otras se resquebrajaban casi en silencio. Ni siquiera eran las ocho, pero Liu no tenía energías para bajar a desayunar con Zhang Tao. En realidad, no tenía fuerzas para hacer nada, salvo dormir. Por lo menos, ese día no tendría que fingirse enferma, porque por dentro todo le dolía de verdad.

BITARCO

Fecha: 30 de agosto.

Posición: En tierra, Shanghái, China.

Latitud: $31^{\circ} 13.3332'$ N.

Longitud: $121^{\circ} 27.4836'$ E.

Clima: Lluvioso. Húmedo. Asqueroso.

Técnicamente no sería necesario escribir en el BITARCO mientras estamos en tierra, pero alguien debe tomar nota de nuestra actividad —o nuestra inactividad— mientras estamos en Shanghái. Liu no habla nunca de su ciudad natal y por eso no sabía lo que nos íbamos a encontrar. Pero ¿cómo habría podido prepararme para encontrar tifones en tierra? (Según Sadie la Lista, habría venido preparada si me hubiera leído uno de sus patéticos libros.)

Técnicamente esta lluvia no es un tifón, pero no para NUNCA. No deja de mojarnos, acribillarnos y lanzarnos en todas las direcciones. Podría haberme sumergido en el Yangtsé durante las últimas dos semanas y no me habría mojado tanto.

Ingela dice que con este pelo empapado, enmarañado y apelmazado parecemos una camada de chuchos roñosos, y yo me temo que además debemos de oler como si lo fuéramos, con toda la mugre, el estiércol, el lodo y la porquería que la lluvia esparce por todos lados. No obstante, las cuatro buscamos más y más pistas todos los días.

aunque nos conducen a callejones sin salida. Raquel y yo hemos tratado de descifrar la conversación con el señor Chang, pero nos ha planteado más preguntas que respuestas.

No sabemos quién es "H". Ni siquiera sé quién envió la carta que me puso en contacto con el señor Chang. Algo me dice que debería comentarlo con Sadie, no hay quien la iguale descifrando este tipo de misterios. No me gusta contarle nada porque es una chismosa, y además siempre le parece mal todo lo que hago. Pero merecerá la pena consultárselo si a cambio descubrimos qué les pasó a nuestros padres.

¡Este viaje habrá sido una pérdida de tiempo si Liu no consigue el barco! Volverá pasado mañana. Seguro que ha estado un par de semanas con todos los lujos, calentita y sin tener que empaparse. (¡Al menos podría habernos invitado a un té!) ¡Nos iremos de aquí en cuanto escampe!

Charlie

Charlie se sumergió en el agua sin hacer el menor ruido. Aunque estaba en pleno centro de Shanghái, parecía hallarse a un mundo de distancia del fumadero de opio. El junco de Liu o, para ser más precisos, el junco del padre de Liu, pasaba inadvertido entre las embarcaciones atracadas en el río Yangtsé. Pero no querían correr riesgos, así que toda discreción era poca.

Charlie movió vigorosamente las piernas para calentarse.

Hacía demasiado frío como para salir a nadar a medianoche. Se decía a sí misma que no quería irse a dormir porque temía despertar a Sadie. Pero esta dormía como un tronco, como siempre. Ingela también roncaba en cubierta.

Raquel se hallaba en el extremo opuesto de la cubierta. Parecía como si estuviera bailando a la luz de la luna. Combinaba pasos y patadas, y movía los brazos al compás del un, dos, tres de sus pies. Lo acompañaba con un giro brusco, pero elegante. Tal vez Raquel estuviera algo loca con sus santos y sus supersticiones, pero su habilidad social había sido decisiva al tratar con el señor Chang.

Charlie se sumergió. Para ella, el mar era la vida, la aventura, la libertad, la familia... Todo.

Había nacido en el *Storm Uno* y no había conocido nada más que el mar. De hecho, su padre, Andrew Drake, había sido capitán del *Storm Uno* hasta donde la muchacha podía recordar, presidente del Consejo Storm y líder de todos los Storm. Charlie se toqueteó el collar de perlas. Su padre se había encargado de solucionarle su vida entera.

Sadie y su familia habían llegado al *Storm Uno* desde otro barco de los Storm que navegaba en el Caribe, cuando tan solo tenía cuatro años y Charlie contaba con cinco. Su madre, Josephine, se anudaba pañuelos largos de seda en torno al cabello y era la persona más inteligente que Charlie hubiera conocido jamás. Josephine era la farmacéutica principal del *Storm* y siempre andaba mezclando pociones, igual que Sadie hacía ahora.

Josephine estaba casada con el padre de Sadie, Henry de Wit, pero había conservado el apellido de soltera, Wayo. A Henry no le importaba. Sadie era una gran lectora, igual que su padre, pero, a diferencia de él, era una auténtica cotilla. Pero la verdadera estrella de la familia De Wit-Wayo era el hijo, Taye. Era el Storm con mayor talento de su generación, o tal vez de toda la historia.

Charlie nadaba con brazadas cortas. Había dos cosas que Charlie tenía siempre presentes: que los Storm eran los guardianes del mar desde tiempos antiguos, y que su misión consistía en proteger a los menesterosos y destruir a cuantos hacían el mal. Los Storm no conocían el miedo, y lo demostraban al salvar barcos civiles inocentes de los ataques piratas, al liberar contingentes de esclavos, al recolectar lírium o al luchar contra las armadas reales.

Charlie no podía servir como soldado de los Storm porque aún no había cumplido veintidós años. Siempre se enteraba tarde de todos los acontecimientos relevantes, en parte porque su padre llevaba muy en secreto los asuntos de los Storm. Nada de ello empañaba el enorme orgullo que le producía pertenecer a los Storm, aunque sus identidades fueran secretas y sus gestas heroicas no quedaran registradas.

Charlie daba patadas en el agua. Recordó cómo, después de Sadie, llegó Raquel. No se acordaba de qué parte de España provenía su familia, pero sí de lo mona que estaba con sus tirabuzones y sus labios de color cereza. Parecía una muñeca. Al principio, Charlie y Sadie la esquivaban, convencidas de que se vendría abajo. Pero no tardó en ganarse un sitio en su cuadrilla y demostrar que estaba a la altura de las grandes.

Luego llegó Ingela, que apareció literalmente de la nada. Knut —el rebelde favorito de todo el mundo y mejor luchador de los Storm— se presentó a bordo con un bebé, y como mínimo causó sorpresa. Ya tenía al menos un niño, Axel; pero esa niña no tenía madre, aunque circulaba el rumor de que Ingela era hija ilegítima de una mujer de la corte real de Dinamarca y Noruega.

Le daba la risa solo de pensar que esa juerguista ladrona, peleona y malhablada

podiera ser una princesa. Admiraba en secreto la decisión y el coraje de la pequeña vikinga. En buena medida provenían de Knut y del medio hermano mayor de Ingela, Axel, si bien Charlie recordaba que ella misma, cuando era más niña, se había parecido mucho a Ingela. Se preguntaba cuándo había cambiado. Charlie dejó de nadar y se quedó haciendo el muerto. Para entonces el agua estaba templada y confortable. Era capaz de quedarse así toda la noche, y con toda probabilidad lo haría.

La última en unirse a la nave Storm había sido Liu, que ya tenía seis años cuando cierto día se había presentado acompañada por su madre. Mai había crecido con los Storm antes de abandonarlo todo para casarse con el padre de Liu. Charlie conocía la historia en detalle, pero sabía que Mai se había visto obligada a aceptar un matrimonio concertado a los dieciséis años. Una década más tarde había vuelto con los Storm y había retomado el entrenamiento, y se había ganado enseguida un lugar en el Consejo Storm y como cartógrafa del barco. Charlie siempre había pensado que Mai también desempeñaba algún otro papel. Parecía que el padre de Charlie, como presidente del Consejo Storm, buscara siempre a Mai para pedirle una cosa u otra. De hecho, Charlie creía haberlos visto discutir en algunas ocasiones.

Tal vez fueran imaginaciones suyas. La verdad era que no confiaba en sus recuerdos, porque ya nada le parecía real. Al menos, nada que hubiera sucedido antes del Día de la Destrucción, el famoso DD.

Unos soldados sin rostro habían asaltado la nave Storm y matado a Mai, a Josephine, a Henry, a Knut y a su padre, y a todos los demás. Charlie tenía dieciséis años y era la mayor de los pequeños, y la líder de las muchachas. Eso era lo que su padre le había enseñado. La había entrenado para que lo fuese. Pero aquel día, cuando le dio la señal, aún no estaba preparada. No estaban preparados. Los soldados sin rostro con sus espadas que entrechocaban y armaban estruendo. Los chillidos. El humo negro y denso. Charlie sentía un nudo en la garganta, porque recordaba la mezcla sofocante que se habían esforzado por no inhalar.

—¡Charlie! ¡AHORA! —había mascullado su padre, y aquella vez Charlie había sabido que tenía que escucharlo. ¿Se había dado cuenta, en aquel momento, de que eran las últimas palabras que su padre le decía? Como siempre, Charlie había obedecido las órdenes de su padre y había corrido en busca de las muchachas.

Charlie las había guiado hasta la borda del bajel. Las muchachas iban con las blusas subidas hasta la frente para protegerse del humo negro. Habían practicado en centenares de ocasiones lo que había que hacer durante un ataque, pero no estaban preparadas para uno de verdad.

—¡No! —chilló Ingela.

—¡No! —rogó Sadie.

—¡No! —rezó Raquel.

Tan solo Liu permaneció en silencio. Luego se oyó una fuerte explosión, y a continuación el rugido de un incendio. ¡CRAC! Una potente vibración había sacudido el barco. Charlie se volvió. Un cúmulo de llamas rojas y anaranjadas se les acercaba.

Adelantado a las llamas, un soldado a quien no podían ver el rostro cargaba de frente contra ellas. Llevaba la cabeza cubierta con un yelmo de cobre. La boca quedaba cubierta por completo, salvo por un pequeño agujero para respirar. Había dos ranuras en el cobre que debían de corresponderse con sus ojos. Sin advertencia alguna, agarró a Raquel y la separó de las otras muchachas. Charlie trató de desenvainar la espada, pero Hugo se interpuso entre ambos.

—¡Papá! —gritó Raquel.

El padre de Raquel nunca había sido luchador. Hugo no había visto en su vida una batalla de verdad. Pero eso no le impidió herir al soldado en el brazo derecho con su alfanje. El soldado soltó a Raquel y fingió entregar la espada, pero entonces, de pronto, arremetió contra Hugo y le atravesó el corazón con su arma. Charlie agarró a Raquel, pero no pudo impedir que viera cómo la espada daba muerte a su padre.

Raquel trató de liberarse de los brazos de Charlie, pero no tuvo fuerza suficiente.

—¡Suéltame! —chilló.

El fuego cobraba vigor y un nuevo grupo de soldados con el rostro oculto corrió hacia ellas. Charlie sentía que Raquel trataba de liberarse, pero no podía —no quería— soltarla. Al cabo de unos segundos, Raquel cedió. Sentían el calor del fuego y oían los gritos finales de sus seres amados. Solo era cuestión de momentos que los soldados las mataran también a ellas. Las cinco muchachas comprendieron que no les quedaba otra salida.

Charlie tragó saliva con fuerza. Liu y Raquel se miraron, mientras que Ingela volvió hacia delante su mirada de acero.

—¡Dos!

Se dieron las manos. Sadie temblaba con tal violencia que hizo temblar también el brazo de Charlie.

—¡Tres!

Y saltaron.

* * *

Las lágrimas saladas de Charlie se mezclaron con el agua dulce del Yangtsé que le salpicaba en la cara. Había revivido, una vez más, el peor día de su vida. Habían pasado once meses y no se había borrado ninguno de los sonidos, olores e imágenes. Y Charlie no podía escapar del doloroso vacío que acechaba dentro de todos ellos. Más bien parecía que se intensificara cada nuevo día que pasaba sin que la búsqueda del quién, el cómo y el porqué diera ningún fruto.

Todo lo que sabían era que, en el mismo día, todos los barcos Storm de los ciento ocho mares habían sido destruidos, y que los Storm habían desaparecido por entero. Excepto ellas. Eran las únicas que habían sobrevivido. E igual que en el DD, el Día del Desastre, tendría que ser Charlie quien garantizara la supervivencia de todas. Y, con todo, no estaba preparada para ello.

Charlie se sumergió bajo el agua y chilló donde nadie podía oírlo.

* * *

Sadie tomó un bocado de *zongzi*. La combinación de arroz pegajoso y pasta dulce de alubia envuelta en hojas de bambú era un desayuno típico de Shanghái. A veces, si desayunaba tarde, la mujer del puesto de venta de *zongzi* que había en el puerto le vendía las sobras por un precio ridículo. Aunque a Sadie le resultara algo empalagoso, no dejaba pasar la oportunidad de comer barato.

—¡Por favor, déjalo ya, Sadie! —exclamó Charlie, mientras su amiga se metía en la boca el último pedazo de su segundo *zongzi*. Si hubiese podido, Charlie no habría comido nada más que boles de azúcar todo el día.

—¡Raquel solo tiene quince años! No habrías tenido que llevártela a... —Sadie miró a su alrededor y luego susurró—: un fumadero de opio.

Charlie rio a carcajadas. Sadie solo era un año más joven que Charlie, pero su extrema prudencia y su sempiterna preocupación la hacían parecer una abuela. Charlie no había conocido a sus abuelas, pero se las imaginaba como Sadie.

—Como ya te he explicado, abuelita, no sabía que fuéramos a meternos en un *hua-yan jian*. —Lo pronunció como si tratase de expulsar una bola de pelo de la garganta. No podía con los idiomas, al igual que su padre. Por ese motivo él, como capitán de la nave Storm, había ordenado que todos sus tripulantes hablaran en inglés. Aunque no era la lengua materna del resto de las chicas, todas habían crecido con el inglés, y para alivio de Charlie se comunicaban siempre en este idioma. Las dos chicas se tumbaron y dejaron que el sol de la mañana las calentara. Una brisa leve les llevó la fragancia melosa de las flores doradas que se abrían por toda Shanghái. La luz arrancaba destellos a las aguas del río, como si hubiera habido un millar de pequeños diamantes en el agua.

Sadie era como una lechuza, y tenía por costumbre no acostarse hasta las tantas, por lo que a veces no había manera de levantarla hasta las diez de la mañana. Charlie guardaba demasiadas energías como para dormir, y a las siete ya había salido a practicar esgrima o a nadar. Pero, muy a su pesar, necesitaba los consejos de Sadie, y por ello le convenía ajustarse al horario de esta última.

—Por lo menos, reconócelo. ¡Si no os ocurrió nada fue por pura suerte! ¡Tendríais que haber ido conmigo, o por lo menos avisarme! —insistió Sadie, y le dio un golpecito en el brazo.

Charlie exhaló un suspiro prolongado. No paraba de pensar en los sucesos del día anterior. ¿A qué se refería el señor Chang cuando habló de una colaboradora femenina? No tenía el menor sentido. Sadie poseía un don para resolver misterios de todo tipo. Veía lo que se le pasaba por alto a Charlie, por lo que esta decidió «confesar» y contárselo todo a Sadie. Y eso la exponía a un sinfín de sermones y críticas.

—No, no fue pura suerte. No nos ocurrió nada porque somos inteligentes y precavidas. En realidad, Raquel se las compuso muy bien. —Agarró el último zongzi que quedaba en el plato y se lo zampó de un mordisco—. No te lo conté porque no nos habrías dejarlo ir. Y solo te habría llevado si nos hubieran exigido hacer un examen de ortografía o escribir el resumen de un libro. Así que ahora que necesitamos a alguien inteligente recurro a ti. Mira esto.

Sadie apartó el rostro.

—Por favor, aprende a comer con la boca cerrada y luego hablamos de favores. ¡Eres una salvaje!

Charlie abrió la boca y dejó a la vista un mazacote de comida.

—El señor Chang pensó lo mismo. Pero él habló de «bárbaros».

Hacer enfadar a Sadie era tan fácil que no podía culpar a Ingela por provocarla a todas horas. Hablando de lo cual, ¿dónde estaría? Vio a lo lejos dos pequeñas figuras que pescaban. Se alegró de que Ingela no hubiera tratado de ahogar a Raquel y las dos pudieran trabajar juntas. Lo que significaba que podía concentrarse en Sadie. Charlie le dio un codazo.

—¿Se te ocurre algo?

Sadie enrolló entre los dedos la carta anónima. Estaba pensando en todo lo que le había dicho Charlie. Pero seguía sin encontrarle sentido. Leyó la carta una vez más.

Sé que habéis estado buscando pistas sobre Andrew Drake. También sé de una persona que podría daros información. Sin embargo, tendréis que seguir todas mis normas:

- 1. Una embarcación os esperará en el estanque de la Orquídea Blanca. Remad hasta la puerta oriental de la Ciudad Antigua. Los guardias hacen una pausa desde las diez y cuarto hasta las diez y media.*
- 2. Id hasta el jardín de rocalla. Trepad hasta el punto más elevado y buscad a una mujer con capa gris. Estará en el centro de los jardines Yu con una antorcha encendida.*
- 3. En cuanto hayáis visto la antorcha encendida, pasad por el muro del dragón. Tenéis que hacer todo esto durante los quince minutos de descanso de los guardias. Si no habéis llegado antes de las diez y media, la mujer se marchará.*

4. Si lográis encontraros con la mujer antes de las diez y media, ella os llevará a ver a alguien que posee información. Seguid al pie de la letra todas sus instrucciones, porque de lo contrario no os llevará a ver a esa persona.
5. Si no lográis encontrar a la mujer en el tiempo convenido, os aconsejo que abandonéis rápidamente la zona, porque si os descubren os encarcelarán.

Sadie levantó la mirada.

—Bueno, somos del *Storm Uno*. Andrew era el capitán, el presidente del Consejo Storm, y también venía a ser como Dios en nuestro barco. —Charlie le hizo una mueca a Sadie—. No me malinterpretes, no es que quiera meterme con tu padre, pero tienes que reconocer que lo controlaba todo. Y con *todo* quiero decir TODO.

Charlie arqueó una ceja cansada.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que parecía que todo pasara por Andrew.

Lo cual tenía sentido, porque el *Storm Uno* era el comando central y allí se encontraba el Consejo. El lírium como tal no había sido nunca un secreto, pero solo los Storm sabían cómo encontrarlo, dónde encontrarlo y cómo procesarlo para purificar las aguas.

Sadie hizo una pausa para asegurarse de que Charlie estaba siguiendo su explicación.

—Ya lo entiendo, señorita. —El tono condescendiente de Sadie enfurecía a Charlie, pero esta trató de no alterarse—. Prosiga usted.

—Así pues, tendría sentido que la «H» con la que el señor Chang dice estar trabajando sea una Storm. Lo más probable es que esa mujer, porque dejó claro que era una mujer, ¿verdad?, lo más probable es que estuviera en el Consejo, si de verdad Andrew trabajaba con ella. —Sadie arrugó la frente—. Pero conocemos al Consejo entero. Estaban mi madre y mi padre, Mai, Knut, Andrew, por supuesto, y mucha otra gente. Ahora todos ellos han muerto...

—Y no sabemos de ninguna mujer cuyo nombre empezara por una H. —Charlie golpeó la cubierta con el puño—. ¡Maldita sea! El señor Chang era la mejor pista que teníamos y no ha hecho más que jugar a las adivinanzas con nosotras. Lo más probable es que todo eso no sea más que un cúmulo de mentiras. Estamos hablando de un traficante de drogas.

—Sí, pero de todos modos hubo alguien que se tomó muchas molestias para que pudieras hablar con el señor Chang.

—Y eso es raro, porque nunca había visto a esa mujer china que nos guió por la

Ciudad Antigua. No entiendo por qué envió esa carta ni por qué nos ayudó.

—¿Y por qué piensas que fue ella quien escribió la carta? En primer lugar, la carta se refiere a la mujer china en tercera persona. Mira esto. —Sadie dejó de retorcer el papel y subrayó la segunda norma con el dedo—. «Buscad a una mujer con capa gris.» Si la mujer china que os guió hubiese sido la autora de la carta, habría hablado de sí misma en primera persona. Además, ¿no decías que apenas hablaba inglés? —Sadie subrayó otro pasaje—. Esto está escrito en un inglés perfecto. —Le acercó la carta a Charlie para que la inspeccionara—. De hecho, está escrito en un inglés *americano* perfecto.

Charlie asintió.

—Tienes razón. Buen trabajo, Sadie. Entonces está claro que esta carta la mandó un americano. Pero ¿quién?

Sadie se había desbocado y sería difícil detenerla. Se sacó una lupa del bolsillo y examinó la carta. ¿Cómo se las arreglaba Sadie para llevar tantos y tan variados objetos en los bolsillos?

—Además, hay algo especial en el tono. No sé, como si la persona que la ha escrito te conociera. Aunque la carta no se dirija a nadie en concreto, te dice en tono severo que tienes que seguir las normas, como si supieran que eres el tipo de persona que no las seguirá. —Sadie apoyó el mentón sobre ambas manos—. Pero ¿de dónde salió ese anónimo?

—Un mensajero lo trajo al barco. No era un mensajero oficial, tan solo un muchacho.

Sadie alzó el rostro, pero no apartó la lupa del ojo.

—La carta no se dirige a ti. ¿Vino en un sobre en el que figurara tu nombre?

—Sí, ahora que lo dices, sí. Pero lo tiré. Y me emocioné tanto con la carta que no se me ocurrió cómo podían conocer mi nombre. —Charlie bizqueó bajo los rayos del sol, que de pronto se habían vuelto demasiado brillantes—. En realidad, el sobre iba al nombre de Charlotte.

Charlie se estremeció. Le habían puesto el nombre de la ciudad de su madre, Charlotte, en Carolina del Norte, en los recientemente fundados Estados Unidos de América. Charlie detestaba su verdadero nombre, porque le sonaba remilgado y formal, y además le hacía pensar en su madre, que la había abandonado.

Sadie hizo una mueca.

—Es raro, porque nadie te llama Charlotte desde que éramos pequeñas. —No se molestó en añadir que nadie había osado llamarla Charlotte desde un día en que había noqueado a Axel, el hermano mayor de Ingela, por haberse burlado de su nombre—. Y Raquel me dijo que habíais tenido la extraña sensación de que os seguían tras salir del fumadero de opio, ¿verdad?

—No fue más que una sensación. No podemos demostrarlo. —Charlie jugueteaba con el collar—. ¿Adónde quieres ir a parar, Sadie?

—Aunque te llamara Charlotte, y no Charlie, hay alguien que...

—Alguien que sabía mi nombre y que sabía muy bien dónde podía encontrarme —susurró Charlie. Sintió un súbito escalofrío. Había alguien que sabía quién era y dónde podía encontrarla—. Pero ¿cómo? No utilizamos nuestros nombres ni siquiera en los artículos de las Pirettes que escribimos y damos a conocer. —Charlie estaba frenética—. No habrás empezado a poner nuestros nombres, ¿verdad, Sadie?

Sadie negó con la cabeza.

—¡Pues claro que no! ¿Para qué? Son historias totalmente ficticias acerca de nuestros *alter ego*. No pongo nada que pueda identificarnos.

Charlie tan solo escuchaba a medias la respuesta de Sadie, porque su cerebro ya estaba con otra cuestión.

—Habíamos atracado en un lugar remoto. Así pues, ¿cómo me encontraron? —Ella misma sintió como sus mejillas palidecían—. ¡Dímelo, Sadie! ¿Cómo sabían quién soy, y cómo encontrarme?

Sadie sostuvo la carta contra el sol y la examinó con la lupa.

—Porque nos vigilan.

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando? ¿Nos vigilan? ¿Quiénes?

—No lo sé, pero échale una ojeada a esto. —Sadie sostuvo la carta en el mismo ángulo y le pasó la lupa a Charlie—. ¿Lo ves? Tienes que sostenerla contra el sol con la lupa. Por eso no lo habíamos visto antes.

De pronto, la mezcla de arroz pegajoso y pasta de alubias dulce burbujeó en el vientre de Charlie. Oculto en la carta, tan difícil de ver que había que bizquear incluso con la lupa, vio el símbolo de un ojo humano.

BITARCO

Fecha: ME DA IGUAL.

Posición: ME DA IGUAL.

Clima: ME DA IGUAL.

HE UIDO QUE XARLIE Y SADIE SUSURRAVAN
 DUNA CARTA Y Q A XARLIE LA BIGILAN UN
 OJO O ALGO LA BIGILA. XARLIE SE LO
 MERECE POR IR EN MISION SECRETA A UN
 FUMADERO DOPIO SIN MI. NO SOY UNA NINYA.

LIU BUELVE HOY. ESPERO QUE TENGA LA
 NABE.

Ingela

—Eso no es un pepino, Raquel. Es una especie de verdura china —explicaba Sadie, sin perder la calma, pero con un tono que trataba de imponerse a la cacofonía de tenderos, comerciantes y animales de granja que se juntaban en el mercado de Shanghái.

Sadie había llevado también un libro con ilustraciones de frutas y verduras, pero se dio cuenta enseguida de que buena parte de las tupidas hortalizas y los frutos extraños y espinosos no figuraban en sus páginas. Trató de oler algunos por si así podía identificarlos, pero el abrumador aroma a pescado y marisco le llenaba la nariz. Desde anchoas aliñadas con especias hasta sepias trituradas y anguilas secas. En su vida había visto ni olido tanto pescado y marisco.

Pero Raquel agarró igualmente una cosa larga y amarilla que, sin lugar a dudas, no era un pepino. Y entonces Sadie se la arrancó de las manos sin inmutarse y se encaró con las tres muchachas.

—¿No habéis consultado nunca una enciclopedia? —Sostuvo el libro en alto—. Una enciclopedia es una red de información sobre el clima, las verduras o lo que sea. ¡Y la tenéis a vuestra disposición!

Una vaca con manchas marrones que se hallaba a su lado mugió para hacerles

saber que estaba de acuerdo, y luego dio una patada en el suelo y las salpicó de fango. Sadie no les dijo que al libro que tenía entre manos le faltaban la mitad de las páginas, por miedo a que perdieran el interés. Pero ¿qué interés? Para el caso que le hacían...

Sadie suspiró. En el *Storm Uno* habían tenido una biblioteca de verdad, en la que lo mismo te encontrabas libros de anatomía que obras de Shakespeare. En el momento presente, la «biblioteca» de Sadie consistía en unos pocos libros que había logrado sacar de vertederos de basura, la mayoría con páginas arrancadas o secciones enteras llenas de pegote. Ingela le había conseguido un ejemplar completo de *Robinson Crusoe*, así como una versión intacta de *La anatomía del cuerpo humano*. La muchacha aseguraba que los había ganado jugando a los dados, pero Sadie estaba segura de que el libro de anatomía lo había robado del despacho de algún médico distraído. De todos modos, Sadie daba gracias por los dedos hábiles de Ingela y por su propia memoria, que garantizaba que todos los libros que había devorado en el barco siguieran dentro de su cabeza.

Una vez más, sostuvo el libro en alto.

—¿De verdad? ¿Ninguna de vosotras siente curiosidad por saber lo que es un lichi?

Ingela dejó de hacer malabarismos con un trío de limones, para alivio del tendero que la había estado vigilando durante los últimos dos minutos.

—Oh, oh, Fifi se nos está poniendo descarada. Mejor que le des un mordisco, Raquel. —Ingela se rio y agarró una naranja. El tendero frunció el ceño.

Sadie le puso mala cara a la impertinente canija.

—Para empezar, tendrías que dejar de llamarme así. Ya está bien. Ya sé que los cabellos no me quedan bien después de tanta lluvia, pero no me parezco en nada a un perro. Y, en segundo lugar, ni se te ocurra arrojarme esa pieza de fruta.

Ingela se puso a ladrar como un perro o, más bien, a gañir como una cachorrita. Después le arrojó la naranja a Sadie y le acertó de pleno en la nariz.

—¡Bellaca! —gritó Sadie, y se arrojó contra Ingela.

Esta, ágil y veloz, la esquivó. Saltó sobre una jaula de conejos y se arrastró por la calle atestada como si de un juego se tratara. Pero el vendedor de un puesto de cacahuets apartó el carretón y la echó a patadas, convencido de que era una ladronzuela.

—¡Está bien, está bien! ¡Ya me marchó!

—¡Te pillé! —gritó Sadie, pero apartó la mano de golpe—. ¡Puaj!

Ingela, que no se distinguía nunca por su limpieza, había quedado cubierta de fango de la cabeza a los pies.

Charlie se interpuso entre las dos y exhaló un largo suspiro.

—¡Basta ya, chicas! ¿No queríamos pasar inadvertidas en un sitio como este, repleto de mujeres? Ladrando y arrojándonos fruta no lo conseguiremos. —Arqueó la ceja derecha—. Sadie, sabes muy bien que la manera más rápida de lograr que Ingela

haga algo es decirle que no lo haga. Tú misma te lo has buscado.

Ingela sonreía con malicia. Charlie entornó los ojos de una manera tan exagerada que prácticamente se le quedaron en blanco.

—Y tú podrías dejar de actuar como una niña pequeña.

Comentario que solía poner de los nervios a Ingela. Agarró un pomelo.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Charlie, y retrocedió poco a poco. Agarró una col. O tal vez fuera una lechuga. Nunca le habían gustado las verduras.

—¡Parece que he llegado a tiempo para la pelea! —dijo una voz familiar.

—¡¡¡Liu!!! —gritaron, y corrieron a abrazarla. Raquel fue la primera en llegar hasta Liu y faltó poco para que la hiciese caer al suelo.

—¿Tienes el barco? —masculló Ingela, que siempre iba al grano y llevaba dos semanas en ascuas.

Liu asintió. Las muchachas se pusieron a saltar arriba y abajo, y se fundieron con Liu en un abrazo de grupo.

—¿Estás de broma? ¿Y no has tenido que vender tu alma? —preguntó Sadie. No conocía a Zhang Thao, pero, a juzgar por las historias que contaban Mai y Liu, no parecía un hombre fácil. De hecho, todas se habían quedado estupefactas cuando les ofreció el bajel.

—¿De verdad que ha sido tan fácil? —preguntó Raquel.

Saltaba a la vista que Liu estaba de los nervios. Sadie era curiosa por naturaleza, y Raquel habría sido capaz de detectar una mentira a kilómetros de distancia. Las muchachas nunca se mentían. Pero en aquel momento Liu no tenía fuerzas para revelarles el espantoso ultimátum de su padre.

—He tenido que aprender a preparar una taza de té perfecta.

—Pues vaya horror —dijo Charlie a media voz—. A nosotras nos habría encantado poder tomarnos una taza de té en un hogar cálido y seco.

Sadie arrugó su frente de liso caoba.

—No les hagas caso, Liu. Charlie lleva demasiado tiempo en tierra —dijo, casi en tono de reproche—. ¿Quién es ese tío con cara de palo y sin cejas que tienes detrás?

Liu no podía más. Su padre le había permitido que fuera a despedirse de las chicas con la condición de que la acompañara uno de sus lacayos. Este, además, llevaba consigo una sorpresa.

—Viene con el título de propiedad del barco. Mi padre quiere regalar...

—¿Qué... qué has dicho? ¿Tu padre quiere darnos el barco? —Charlie no se lo podía creer—. Entonces ¿ahora va a ser nuestro?

Liu se limitó a asentir, consciente de que rompería a llorar si hablaba.

Las muchachas no paraban de dar botes. Excepto Raquel, que miró a Liu a los ojos.

—Aquí hay gato encerrado. ¿Qué te pasa, Liu?

Esta parpadeaba para contener las lágrimas.

—Es que... yo...

De pronto, solo se oyó la voz fuerte y explosiva de Ingela, que se impuso al tumulto que reinaba en el mercado:

—¡Si soltáis la bolsa con el dinero, os dejaré marchar!

Charlie vio que le había sacado el alfanje a un grupo de chicos. Las cuatro corrieron a detenerla.

—¡Sabes muy bien que aún no deberías llevar un arma como esa! —la riñó Sadie en cuanto estuvieron con ella—. ¿De quién es eso?

Ingela respondió sin alterarse, mientras miraba a los muchachos con el ceño fruncido.

—Es uno de los de Charlie. ¡Y ya puedo usarlo!

Entonces Sadie se volvió furiosa hacia Charlie.

—Yo no se lo he dado. ¡Esta pequeña ladrona debe de haberlo robado! —Charlie dio un paso hacia Ingela—. Ingela, suéltalo y vámonos. Son más que nosotras, y no estamos preparadas para esto.

Charlie los contempló. Debían de ser de la edad de Ingela. El que empuñaba la daga parecía deseoso de pelear.

—Pero ¡es que estaban tratando de robarle la bolsa de dinero a una anciana! ¡Y tenemos la obligación de ayudar! —arguyó Ingela.

—¡Estamos obligadas en el mar, no en tierra! —la corrigió Raquel.

—Y quién sabe si todavía tenemos esa obligación... —trató de razonar Liu.

—¡Sois todas una cuadrilla de cobardes carahígado!

Raquel, Liu, Charlie y Sadie se miraron, confusas. Ingela y sus insultos inventados...

—¿Cara qué? —preguntó Raquel.

—¿Nos estás diciendo que somos unas flojas? —preguntó Sadie.

—¡No importa! —gritó Ingela. Luego se volvió hacia las chicas y les susurró—: ¡No merecéis ser Storm!

De pronto, el muchacho que tenía la daga rugió y arremetió contra Ingela.

Sadie chilló.

Ingela también gritó. Agarró el alfanje con ambas manos y asestó un mandoble. Le cortó la camisa al muchacho. Las otras chicas miraban asombradas y en silencio, pero entonces la airada cuadrilla de chicos las obligó a pasar a la acción.

Charlie desenvainó su alfanje, que hasta entonces había llevado oculto bajo el abrigo, con lo que forzó a su sorprendido atacante a retroceder. Sadie les arrojó limones, naranjas, pomelos y, para terminar, un pollo entero.

Los tenderos, los comerciantes, e incluso los animales de granja se detuvieron para contemplar la cada vez más escandalosa pelea. Los balidos de un coro de ovejas y los gruñidos de unos cerdos convivían con los vítores y gritos de ánimo de los transeúntes. Hasta los bebés dejaron de chillar y llorar, hipnotizados por la escena.

—¡Liu! ¡Agáchate! —avisó Raquel, antes de propinarle un rodillazo en la barriga a un muchacho con el que en otras circunstancias tal vez habría coqueteado. Le guiñó

un ojo y le sonrió antes de que se desplomara cual saco de patatas.

Liu vio que el chico que tenía la bolsa de dinero corría hacia la salida.

—¡Detenedlo! —gritó, y trató de abrirse paso a codazos entre la multitud. Saltó sobre una cabra y echó a correr a toda velocidad.

Sadie agarró una caja de manzanas y saltó frente al muchacho. Entonces arrojó la fruta por el suelo y tanto el ladrón como Liu chocaron contra un puesto del mercado.

Sadie corrió hacia ellos.

—¿Estás bien?

Poco a poco, Liu levantó la cabeza.

—Creo que sí. ¿Qué ha pasado con el bandido?

El muchacho se estaba sentando en el suelo, pero, a juzgar por el peculiar ángulo en el tobillo y los fuertes chillidos, debía de haberse roto la pierna.

—Ese no se irá a ningún lado.

Sadie ayudó a Liu a ponerse en pie. Entre las dos, arrancaron la bolsa de dinero de las manos sorprendentemente fuertes del chico y se marcharon con las otras.

La pelea terminó, y la multitud se dispersó, aunque aún se oían algunos vítores y palmadas. Sadie y Liu regresaron con la bolsa de dinero. Charlie y Raquel apenas sufrieron algunos cortes y moretones. Pero, después de resbalar y caerse por el suelo mugriento, estaban tan sucias como Ingela.

Sadie se acercó para examinar el corte que Ingela tenía en la frente.

—Tenemos que suturártela.

Unos reguerillos de sangre descendían por su rostro de querubín. Sadie sacó un pañuelo y trató de restañar la herida, pero Ingela le dio un manotazo.

—¡Pues yo prefiero quedarme con la herida como recuerdo de mi victoria! —exclamó esta, al tiempo que blandía en alto el alfanje. Las chicas pusieron cara de exasperación, pero Ingela no les hizo ni caso. Le quitó la bolsa de dinero a Liu y se dispuso a devolvérsela a la tendera. Con unas maneras más propias de una reina en el momento de ordenar a un caballero, Ingela devolvió la bolsa y le sonrió con orgullo a la anciana. La vendedora tomó el dinero y agarró una cesta de ciruelas, y entonces se oyó otro aplauso, esta vez más leve.

—Nos ofrece una pequeña recompensa —explicó Liu, la única que comprendía las palabras de gratitud de la mujer.

—No deberíamos aceptarla. No es así como hacemos las cosas.

Liu se volvió hacia Sadie.

—Yo pienso que sí deberíamos. Tengo hambre.

Cuando estaban a punto de coger la cesta, un monje con un papel de noticias impresas llegó con muchas prisas a donde estaba la mujer. Le mostró el papel y, fuera de sí, le susurró algo al oído. La anciana se quedó helada y dejó caer la cesta. Las ciruelas rodaron por el suelo, pero no pareció que se diera cuenta. Estaba boquiabierta. Alzó un dedo huesudo y retorcido, y señaló al grupo de muchachas.

—*Xiezi* —susurró en chino.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —preguntó Ingela, y se volvió hacia Liu. Esta se acercó a escuchar, pero ya no era necesario: la anciana y el monje estaban chillando:

—*Xiezi! Xiezi!*

El hombre sostuvo en alto el papel, para que todo el mundo lo viera. Varios de los hombres que estaban entre la multitud sacaron sus propios ejemplares del *bao zhi* local de Shanghái.

Allí, en lo más alto de la página, bajo el titular: «¡Alerta! Van armadas y son peligrosas», había un artículo sobre un traicionero grupo de muchachas piratas que entablaban peleas, robaban a las ancianas y provocaban todo tipo de desastres en la tierra y en el mar.

La ilustración que acompañaba al artículo era un dibujo de las Pirettes.

—¿También mandaste un dibujo de nosotras? —le susurró una enfurecida Charlie a Sadie.

—Esto... Bueno, es que Raquel y yo pensamos que sería una buena idea, porque muchos periódicos llevan ilustraciones. —Sadie se mordió el labio—. Está claro que no pensamos en las consecuencias de mostrar el rostro. —Sadie examinó las figuras sobre el papel que las miraban a la cara—. ¡Ni tampoco que el dibujo de Raquel se pareciera tanto a la realidad!

Charlie asintió.

—Sí, puede que Raquel dibuje demasiado bien.

Charlie miró en derredor. La semejanza tampoco había pasado inadvertida a las gentes del mercado de Shanghái.

—*Xiezi! Xiezi! Xiezi!* —gritaban a coro.

Liu tragó saliva.

—*Xiezi...* O sea, escorpiones. Así es como llaman a las Pirettes. Es decir, a nosotras.

—¡Diles que se equivocan! —exclamó Charlie—. ¡Detenlos!

—¡En serio, Liu! ¡Tienes que hacer algo! —gritó Sadie.

Liu vio de reojo al lacayo de Zhang Tao. Las emociones le habían hecho olvidar que esa parte de su vida había terminado. De pronto se le ocurrió una idea. Necesitaba que las chicas corriesen como si no hubiera un mañana. Liu le quitó el alfanje a Ingela.

—¡Eh! —gritó Ingela, pero Liu la apartó a un lado. Carraspeó para aclararse la garganta. Le daba pánico hablar en público; máxime, con el dialecto de Shanghái. Pero, si quería salir con bien de allí, tendría que realizar la actuación de su vida. Hizo acopio de coraje y gritó las barbaridades más amenazadoras que se le ocurrieron.

—¿Estás segura de que eso es lo que tienes que decir? —preguntó Raquel—. No suena nada bien.

Liu le respondió con una mirada de súplica. Raquel no entendía de qué iba todo aquello, pero comprendió que Liu debía de tener sus razones. Entonces la imitó: enseñó los dientes y gruñó a la muchedumbre.

Sadie se volvió hacia Raquel.

—¿Qué estás haciendo?

Pero Raquel no le hizo caso y siguió gruñendo.

La muchedumbre se enardecía por momentos. El lacayo de Zhang Tao se había abierto paso entre la multitud y corría hacia Liu. La muchacha no tendría otra oportunidad. Con todas sus fuerzas, chilló un último insulto.

Un hombre gritó algo, y de pronto toda la horda cargó contra ellas.

—¿Qué ha dicho? —exclamó Sadie.

El lacayo de Zhang Tao fue a parar al suelo ante la turba encolerizada.

Liu negaba con la cabeza.

—¿Y qué más da? ¡¡¡CORRED!!!

Empezó a llover. Eso las favorecía, porque frenaría a la multitud, pero al mismo tiempo las calles empedradas se volvieron mucho más resbaladizas. Liu rogó por que las chicas pudieran seguirla. Miró atrás. Charlie le pisaba los talones, seguida por Raquel e Ingela. Sadie se había quedado rezagada, pero, para alivio de Liu, la muchedumbre no le había dado alcance.

Parecía que los perseguidores se daban por vencidos, sobre todo las madres con niños pequeños a cuestas y los ancianos. Apenas quedó un grupo cada vez más pequeño de hombres de mediana edad enfurecidos y unos pocos adolescentes. El monje que había empezado el jaleo encabezaba la jauría.

Liu los observó. El lacayo de Zhang Tao les pisaba los talones. Tenía que pensar algo enseguida. Conocía bien la ciudad. Sin embargo, apenas había pasado por esa zona. Rezó en secreto por estar guiando a las demás por el buen camino.

Reconoció el dragón verde que colgaba en la tienda de dulces. Zhang Tao los llevaba hasta allí cuando quería hacerles un regalo especial, aunque a Liu siempre le daba la mitad que a sus hermanos, porque la muchacha tenía que conservar una figura «esbelta».

Bajó corriendo por la loma, con cuidado para no resbalar sobre las rocas húmedas. Si conseguían superar esa calle, serían libres. Liu aceleró.

Al cabo de un instante se adentraron en el cementerio. Liu trataba de no pisar las tumbas. Se detuvo en una fuente grande, situada en el centro.

Agotada y contenta, se dejó caer al suelo enfangado. El plan había salido tal como lo había planeado. Charlie, Raquel e Ingela llegaron a continuación. Sadie las seguía de cerca. Los perseguidores se detuvieron a la entrada. No entraron, aunque el monje agitaba el puño en el aire. La madre de Liu no había prestado nunca mucha atención a las supersticiones chinas, pero su padre sí. Por eso recordaba numerosas conversaciones sobre sepulcros embrujados. La turba llegó a la conclusión de que no merecía la pena despertar a los muertos para capturar a las *xiezi* y se retiró poco a poco.

El lacayo de Zhang Tao debía de ser supersticioso, porque tampoco las siguió al cementerio. Charlie, Ingela y Raquel se dejaron caer al suelo al lado de Liu. La lluvia

comenzaba a amainar.

—¿Se han marchado? —preguntó Raquel, mientras trataba de recobrar el aliento. Liu asintió.

—Ya se han ido casi todos. Según las supersticiones chinas, en los cementerios hay fantasmas. Por eso he pensado que la multitud no nos seguiría hasta aquí. Aunque algunos tal vez no crean en las supersticiones.

Raquel se sentó en el suelo.

—No es una superstición. Los chinos no son los únicos que lo creen. Nosotros, los españoles...

—No nos interesa, Raquel. —Ingela escupió y se secó el sudor con la blusa—. Que alguien me traiga agua.

—Ven conmigo, Raquel —dijo Liu, y le dio la mano para ayudarla a levantarse—. Que no te vea nadie —susurró Liu, y ambas se marcharon, caminando agachadas tras las lápidas, hasta un sauce grande y siniestro que se erguía al otro extremo del cementerio.

—¿Para qué hemos venido hasta aquí? —preguntó Raquel.

—Para resucitar a los muertos —respondió Liu, al tiempo que se escondía detrás del árbol—. Sígueme.

El truco del cementerio había funcionado con todos los miembros de la turba menos con dos. El monje y un hombre calvo, de mediana edad, continuaban buscándolas. Liu agitó el sauce mientras emitía unos gemidos graves y profundos. Raquel siguió su ejemplo. El árbol parecía poseído por todos los espíritus malignos que, según Zhang Tao, vivían en aquel cementerio. Liu vio desde su escondrijo que el monje y el calvo se detenían y miraban. Ambos dieron unos pasos vacilantes, pero entonces el calvo se detuvo, se volvió y corrió tan rápido como pudo hacia la salida del cementerio. El monje también se marchó, tal vez porque creyese en fantasmas, o tal vez porque sabía que no tenía nada que hacer contra cinco muchachas armadas con cuchillos.

Liu y Raquel regresaron con las demás.

—¿Qué diablos significa esto, Liu?! —gritó Sadie. Tenía el cabello empapado, no sabía si de lluvia o de sudor.

—Volvamos al barco. Cuando estemos allí os lo explicaré todo.

A pesar de que estaba agotada, Sadie miró a Liu con gesto reprobatorio.

—Has incitado a una multitud enfurecida a perseguirnos. Quiero respuestas.

Charlie respondió por Liu.

—No. Lo que ha puesto a toda esa gente contra nosotras ha sido la historia inoportuna que enviaste a las autoridades, junto con la ilustración. —Negó con la cabeza—. ¡Se supone que esos artículos sobre las Pirettes tienen que publicarse cuando ya nos hemos marchado! ¡Y no tendrían que ir acompañados por unos dibujos en los que se nos reconozca!

Raquel sonrió.

—¿Tan bueno te parece el dibujo?

Sadie señaló a Charlie con el dedo.

—Ahora no me culpes. Reconozco que metí la pata al publicar la historia antes de que nos fuéramos de aquí. Pero ¡ha sido Liu quien los ha provocado para que nos persigan!

Ingela metió baza.

—Tú has tenido la culpa, Sadie. Tú siempre tienes la culpa. No olvides que he sido yo quien ha recuperado el dinero de la anciana.

—Y de hecho eso es lo que ha comenzado todo el follón. Tu ego desmesurado —replicó Sadie.

Ingela se puso en pie de un salto y la miró con rabia.

—Por favor, repite lo que me acabas de decir.

Pasó los dedos por la empuñadura del alfanje.

—¡Ingela! —gritó Charlie—. ¡Guárdalo de una vez! Hoy ya nos has metido en bastantes problemas. —Luego tendió la mano—. ¡O mejor, devuélvemelo, ladrona! —Ingela no le hizo caso, y se sentó con la espalda apoyada en la fuente. Una ligera brisa las enfrió. Estaba anocheciendo en el cementerio. Parecía un sitio agradable. Siempre que no pensaras en los centenares de cadáveres enterrados allí.

Charlie se volvió hacia Liu.

—¿De verdad los has provocado porque querías que nos persiguieran? —Charlie supo la respuesta en cuanto vio el rostro culpable de Liu—. Explícate.

Liu arrancó un tallo de hierba y lo retorció entre los dedos.

—Sí. Les he dicho que más les valía agarrarnos antes de que les hiciéramos daño.

—Y yo he colaborado. —Raquel miraba al suelo—. Les he gruñido y tal. Pero sabía que teníamos que ayudar a Liu, aunque no supiese qué se traía entre manos.

Liu respiró hondo y se lo dijo.

—Porque mi padre os regala el barco. Pero, a cambio, quiere que regrese y viva con él. Y que me case. —A duras penas pudo *obligarse a sí* misma a decir *esta última* palabra—. Ese hombre que me acompañaba había venido para evitar que escapara.

Las cuatro se volvieron hacia ella.

—¿Qué?

—¿Ibas a vivir con tu padre?

—¿Ibas a casarte?

—¡Ni hablar! ¡No lo permitiremos!

Sadie las hizo callar.

—Ha sido una idea inteligente. Y peligrosa, si no hubiéramos logrado escapar todas. Pero lo hemos hecho, así que podemos decir que ha sido una idea inteligente. —Entonces su tono de voz se suavizó—. Pero ¿eso quiere decir que te vas a fugar? ¿Que vamos a tener que robar el barco de tu padre?

—¡Por supuesto que se va a fugar! —exclamó Ingela—. ¡Liu no se va a casar! ¡Ya encontraremos otro barco!

Las demás no abrían la boca. No podrían «encontrar» otro barco con la misma facilidad. Habían tardado cuatro meses en conseguir aquel, y casi habían muerto en el intento.

Charlie y Liu habían desvalijado a fumadores de opio y borrachos. Ingela había aprendido a robar frutas, verduras y todo tipo de objetos de valor en las tiendas, y Sadie y Raquel eran expertas carteristas. Habían perfeccionado la técnica de llevar una cesta grande y molesta por calles abarrotadas. Sadie se disculpaba profusamente cuando la cesta chocaba con alguien, y Raquel aprovechaba la distracción para llevarse la cartera de la confiada víctima.

Sadie se ruborizaba al recordar aquellos días, pero lo cierto era que habían hecho todo lo que tenían que hacer para seguir adelante tras el DD. Habían emprendido una búsqueda desesperada de los Storm que pudieran seguir con vida. Habían investigado con discreción en todos los puertos a los que llegaban. Cada vez que tenían noticia de que otro barco Storm había sucumbido a un ataque, se veían arrojadas más y más lejos de sus raíces, sus familias y su antigua vida Storm.

Su nueva vida había girado en torno a un único eje: la supervivencia. Se habían dado cuenta de que su única esperanza era el padre de Liu. Era rico, y lo más importante: tenía barcos. Por ello habían recurrido a robos, préstamos y asaltos para pagarse el camino hasta Shanghái. Habían dormido en callejones, habían viajado como polizonas y, cuando era posible, habían robado caballos. Si no tenían a mano barcos ni caballos, caminaban bajo el sol abrasador, o bajo una lluvia fría, hasta que sus pies llenos de sabañones empezaban a sangrar. Habían sufrido hambre durante días y días, hasta el punto de que Charlie pasaba sus agitadas noches soñando con comida. Entonces, cierto día, después de casi cuatro meses de viaje, cuando Sadie estaba segura de que ya no podrían continuar, habían llegado a Shanghái.

Las otras muchachas querían acompañar a Liu, pero esta había insistido en ir sola a hablar con su padre. Dos días más tarde regresó con la noticia de que les había prestado un barco para por lo menos seis meses y las demás no se lo creían. Por primera vez desde el DD, las muchachas gozaban de una verdadera oportunidad de vivir.

Sadie no se fiaba. En las historias que contaba Liu, Zhang Tao no parecía nunca una buena persona, por lo que Sadie no podía comprender que hubiera sido tan generoso entonces y tan cruel ahora.

—¿Cómo es que tu padre te dio primero el barco, y ahora, seis meses después, cambia de opinión y te presenta un ultimátum para que aceptes un matrimonio concertado?

Liu suspiró. Había pensado lo mismo durante los últimos días, pero no se veía capaz de hacer frente a la probable respuesta, y todavía menos de decírla en voz alta. Se limitó a encogerse de hombros y callar.

Sadie le puso una mano sobre el hombro.

—No pasa nada, no hace falta que hablemos de eso. Pero debes tomar una

decisión, porque habrá que actuar con rapidez. ¿Vamos a robar el junco?

Ese plan guió a Liu desde que le pidió a su padre que la dejara irse al mercado. Tal vez fuera la única causa de que provocase a la muchedumbre para que las persiguiera. Pero tenía que rendirse a la evidencia. Si lo hacía de verdad, no habría vuelta atrás.

—Sí —susurró Liu—. Me escaparé, y robaremos el barco de mi padre.

Liu no se creía que estuviera diciendo eso. Raquel y Sadie la estrecharon en sus brazos.

Charlie asintió y pasó a la acción. Que Sadie y Raquel se encargaran de la parte emocional. Lo que ella necesitaba era organizar un plan.

—De acuerdo. El lacayo habrá vuelto con tu padre. Va a enviar a más hombres.

Charlie se mordió el labio.

Ingela chasqueó los dedos.

—¡Irán al barco! Zhang Tao sabe dónde hemos atracado.

Liu apartó con gentileza los brazos de Raquel y de Sadie.

—¡Entonces no nos queda mucho tiempo! —Se puso en pie de un salto—. Tenemos que llegar al barco y...

Calló de pronto. ¿Llegarían al barco, y qué?

—¡Y zarparemos! —exclamó Charlie—. ¡Antes de que Zhang Tao y sus hombres nos capturen!

Las cinco muchachas corrieron por el cementerio en dirección al barco.

* * *

Llegaron demasiado tarde. El lacayo de Zhang Tao estaba de pie frente al junco. Lo más sorprendente era que había ido solo. Liu sonrió satisfecha. Los lacayos de su padre debían de pensar que un solo hombre se bastaba y se sobraba para dominar a cinco chicas.

La muchacha echó a correr cada vez más rápido. Así podría cargar todo su cuerpo contra él y dejarlo fuera de combate. Trató de frenar cuando vio sus aspavientos, pero ya había acelerado demasiado. Impacto contra él, y ambos rodaron por tierra.

El hombre dio de cabeza en el suelo. Por fortuna, allí no había piedra, sino tierra. Liu se golpeó la frente contra su mentón huesudo, se mordió el labio y le salió sangre.

—¿No habías visto que me rendía, torpe y estúpida muchacha? —le espetó el lacayo— ¡Eres tú quien ha agitado los brazos cuando ya era demasiado tarde! —replicó Liu, al tiempo que trataba de limpiarse la frente, aunque ¿para qué? Estaba hasta arriba de mugre. La noche había caído, pero la luna llena iluminaba aquella parte abandonada del puerto. El barco de Zhang Tao, el único hogar que habían conocido durante los últimos seis meses, se mecía al ritmo del suave oleaje. Liu observó al lacayo. Era lo único que la separaba de la libertad. Cerró el puño, dispuesta a hacer lo que fuera preciso para marcharse con el barco.

Charlie e Ingela corrieron hacia ellos, alfanje en ristre. Raquel y Sadie las seguían de cerca.

El lacayo volvió a agitar los brazos.

—No hace falta que saquéis las armas. No os haré ningún daño si no me veo obligado.

Liu asintió y les transmitió el mensaje a las chicas.

—Tu amabilidad es extraordinaria, pero nos las dejamos en la mano, por si acaso —replicó Charlie—. Dile que podemos ponérselo fácil, o también difícil. Y que en cualquier caso te vas a quedar con nosotras.

Liu tradujo el mensaje, pero no la amenaza. Mientras escuchaba, el lacayo se sacó una lata del bolsillo. Dio unos golpecitos en la tapa y la abrió. Para su sorpresa, Liu vio que contenía rapé, una mezcla de hojas aromáticas de tabaco ralladas muy finas que gustaba a los caballeros con recursos. Parecía de mala calidad. El hombre tomó una pizca entre el dedo pulgar y el índice. Luego se lo llevó a la nariz y lo inhaló, y dijo:

—Podría llevarte con tu padre y esperar a que me pague mi miserable sueldo. Pero algo me dice que si te dejas marchar puedes pagarme un precio más elevado que mi escaso salario.

Liu se cruzó de brazos. ¿Le estaba proponiendo que colaboraran para traicionar a Zhang Tao? Empezó a traducir, pero Raquel había entendido suficiente como para explicárselo a las otras muchachas.

—¡Ja! —exclamó Ingela, y blandió la espada—. Podríamos dejarte aquí sin pagar más precio que unos pocos golpes y moretones.

—¡No eres un caballero andante ni estás desafiando a nadie a un duelo! —le dijo Charlie entre dientes—. ¡Por favor, ya está bien!

—¡Cállate! —chilló Ingela—. ¡No eres mi jefa! —Y le dio un puñetazo en el brazo.

—¡Mocosa! —gritó Charlie, y se volvió para arrearle una patada.

Liu se volvió de repente y las miró con rabia.

—¡Ahora no es el momento!

Ingela aún tuvo tiempo de dar un rápido codazo antes de que las dos recobrarán la compostura.

—Eso se llama madurez —murmuró Sadie.

Charlie hizo caso omiso del comentario de Sadie y se quedó con la mano sobre el alfanje, a punto para atacar. Ingela le echó una discreta ojeada e imitó su pose.

El lacayo las miró con una sonrisa burlona que dejó al descubierto los pocos dientes parduzcos que conservaba.

Liu se enderezó. Quería recobrar cierta credibilidad después del ridículo número de Ingela y Charlie.

—No necesitamos que hagas nada por nosotras. Nos resultaría más fácil libramos de ti.

El lacayo metió la mano en un bolsillo interior de la camisa y sacó un sobre.

Liu se encogió de hombros y fingió no hacer caso.

—¿El título de propiedad? Zhang Tao lo revocará en cuanto sepa que he robado el barco.

El lacayo tomó otra pizca de rapé.

—Sí, pero revocar un título de propiedad lleva varios meses. Os vendrá bien si os paran navíos de guerra portugueses o ingleses.

Tenía razón. Con todo, Liu quería aparentar que no le daba mucha importancia a aquel hombre.

—Podríamos quitarte el título igualmente después de acabar contigo.

—Sí, podríais hacerlo. Pero entonces os quedaréis sin información importante. Y la vais a necesitar si queréis que Zhang Tao y sus veinticinco barcos no os encuentren.

Liu se mordió el labio; seguía escociéndole. Se volvió hacia las otras chicas, que acababan de escuchar la traducción de Raquel. Hicieron un corrillo.

—¿Quién es ese tío? —preguntó Sadie—. Porque tu padre es un hombre muy poderoso. ¿Cómo es que ese bicho raro está tan dispuesto a traicionarlo?

—Sí, ¿y qué tipo de información puede tener? —quiso saber Ingela—. Propongo que le demos una buena tunda, le quitemos el título de propiedad y nos marchemos.

—Por lo menos tendríamos que escucharlo —razonó Charlie—. Escapar de un tío como Zhang Tao no será fácil. ¡¿Ha dicho que tu padre es propietario de una flota de veinticinco barcos?! Vamos a necesitar toda la ayuda posible.

Raquel asintió.

—No creo que ese hombre sea un ciudadano modelo, pero por ahora trata de ayudarnos. En provecho propio, por supuesto.

Liu aceptó el consejo y se lo pensó un buen rato, antes de volverse hacia el lacayo.

—¿Y cómo sé que no vas a traicionarnos, igual que has traicionado a Zhang Tao? —Arqueó una ceja fina y curvada—. Dicho de otra manera, ¿por qué motivo me ayudas?

El lacayo escupió al suelo un grumo oscuro y vistoso.

Liu lo miró con asco.

—Me trae sin cuidado lo que le ocurra a una niña estúpida como tú. Yo solo quiero hacerle daño a Zhang Tao.

El odio que destilaban su voz y su mirada le dio escalofríos a Liu. Esta última lo miró de arriba abajo. Y entonces reparó en quién era aquel joven.

—¿Liang? —farfulló—. ¿Eres tú de verdad? Pero yo pensaba que mi madre te había puesto a salvo.

A Liu se le hizo un nudo insoportable en el estómago. «La caña de bambú.» Se sumergió en sus recuerdos, como si se hubiera sumergido en la porquería oscura y viscosa que Liang acababa de escupir al suelo.

Zhang Tao, Mai y ella no habían sido una familia feliz. Pero habían vivido bajo el mismo techo. Su casa era enorme, aunque no tanto como la residencia actual de Zhang Tao.

Aquella casa estaba repleta de criados que trabajaban a todas horas. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. Liu no comprendía que trabajaran para ellos, y pensaba que eran familiares y amigos.

En la parte de atrás de la casa, cerca del jardín en el que Liu solía jugar, había una caña de bambú colgada de la pared. Tenía la forma de un bastón ordinario para andar, con un grueso puño de latón. Liu había pasado por delante en centenares de ocasiones, pero nunca le había prestado atención. Hasta el día en que descubrió para qué se utilizaba.

Acababa de cumplir seis años y estaba jugando con una flamante pelota que le habían regalado sus primos.

Jugaba sola, porque todos sus «amigos» estaban ocupados. Entonces, la pelota salió del jardín. Liu sabía que solo podía salir si la acompañaba un adulto, pero pensó que si regresaba enseguida nadie se daría cuenta. Por eso se dispuso a marcharse de puntillas por la puerta de atrás.

Al principio no entendió nada. No se oían gritos, ni súplicas, ni siquiera un gimoteo. Tan solo el sonido de la caña de bambú que golpeaba carne y hueso. ¡CLAC! Liu se detuvo a averiguar de dónde provenía el sonido. A no más de veinte pasos había un muchacho de unos doce años que se protegía el rostro con las manos y se acurrucaba en un rincón. Liu reconoció a Liang.

La pequeña habitación era oscura, la luz solo entraba por una ventana pequeña, pero no le cupo ninguna duda de quién era la otra persona. Su padre. Liu se agachó tras la puerta. Una y otra vez, Zhang Tao levantó el bastón y golpeó a Liang en las piernas, la espalda y los brazos. ¡CLAC! ¡CLAC! ¡CLAC!

Soplaba una leve brisa otoñal, aunque el aire que salía de la habitación era agobiante. Asfixiante. Rancio. Pero lo que mortificaba a Liu era otra cosa. Escondida detrás de la puerta, veía perfectamente a Zhang Tao. Su cuerpo alto y sólido. Los pómulos tensos y llenos de ira. La sonrisa taimada en su rostro. Todo el horror, el miedo y el asco que Liu experimentaba palidecían frente a la sonrisa de su padre.

Pero ¿qué podía hacer, aparte de echar a correr? Volvió corriendo por el jardín, bajo la morera, por el lado del estanque de las carpas, hasta que se encontró con su madre. En aquel momento podaba un bonsái que le había regalado un amigo japonés. Liu había corrido tan rápido que apenas le quedaba aliento para contarle a su madre lo que su padre estaba haciendo con Liang. Consiguió no derramar ni una sola lágrima.

Mai corría aún más rápido que Liu. Cuando llegó a donde estaba Zhang Tao, la paliza ya había terminado, pero le bastó ver el bastón de bambú agrietado y al muchacho tirado en el suelo y cubierto de moretones para saber lo que había ocurrido. Mai llamó a gritos a la señora Wu, cocinera y doncella de la casa, para que

atendiese a Liang. Luego recogió el bastón de bambú, salió y cerró la puerta a su espalda.

Las competiciones de gritos entre Mai y Zhang Tao ya eran habituales. Pero después de aquel día, en el que Mai se marchó poco más tarde con unos cortes sin importancia, y tuvieron que llevarse a Zhang Tao en camilla, su vida cambió por completo. Mai tardó años en contarle la historia completa, y solo entonces Liu comprendió que su madre era una verdadera heroína.

Mai nunca había sido partidaria de contratar sirvientes, y menos si eran niños. Pero Zhang Tao le había replicado que así los niños, huérfanos en su mayoría, estarían protegidos y bajo techo, comerían en abundancia y cobrarían sueldos decentes. A regañadientes, Mai aceptó, con la condición de que Zhang Tao no los «disciplinara» con el castigo físico, que aún se practicaba en algunos ambientes prósperos de Shanghái.

Al descubrir que había roto su promesa, Mai se lo hizo pagar. Mientras Zhang Tao se recuperaba en el hospital, Mai se valió de sus antiguos contactos entre los Storm para trasladar a todos los servidores jóvenes a lugares seguros. El mismo día en que Zhang Tao volvía a casa, Mai y Liu partieron hacia el *Storm Uno*. Mai tardó dos años de disculpas, remordimientos y promesas en permitirle a Liu ver de nuevo a su padre.

Ahora Liu se hallaba frente al junco de Zhang Tao y se sentía arrastrada por una oleada de vergüenza. Mai se había enfrentado a Zhang Tao. Liu escapaba como una cobarde.

—Tu madre me llevó con unas monjas. Me trataron bien —explicó Liang, después de tomar otra pizca de rapé.

—Entonces ¿por qué volviste con Zhang Tao? —preguntó Liu, aunque el acerado veneno de sus ojos era respuesta suficiente.

—¿Sabes que ni siquiera me reconoce?

Liu miró al suelo. Ese hombre airado era muy distinto del muchacho atemorizado que se acurrucaba en un rincón. Liu lo había visto a diario durante las últimas dos semanas y no lo había reconocido. Pero su vida había cambiado mucho desde entonces. Llevaba años sin pensar en él. El sentimiento de culpa se mezcló con la vergüenza.

—Y aquí estoy, oculto pero a la vista de todos, conspirando contra él, y ni siquiera me ve. Puede que esto último sea peor que las palizas que solía darme... —Liang no terminó la frase.

Raquel le dio una palmada en el hombro a Liu.

—Quizá se me ha escapado algo de lo que habéis dicho. ¿De qué va todo esto? ¿Estáis hablando de venganzas, de monjas y de Mai?

Liu estaba tan sorprendida por el reencuentro con Liang que se había olvidado de las chicas. Se volvió hacia ellas.

—Lo siento, nos hemos desviado del tema. Luego os lo explico. De momento,

tendríamos que pagarle para que nos deje marchar de aquí.

Las cinco muchachas se miraron en silencio y accedieron sin necesidad de palabras. Sadie metió la mano dentro de la bolsa y sacó un puñado de monedas de pequeño tamaño.

Antes de que Liu se las diera a Liang, este respondió con tono despectivo:

—¿Tú qué te crees? ¿Que he venido a venderos dulces? ¿O un juguete nuevo?

—¡Tú mismo has dicho que estabas en esto para hacerle daño a Zhang Tao! —replicó Liu.

Liang dio un paso adelante. Charlie e Ingela también lo dieron. Liu levantó la mano para darles a entender que no ocurría nada.

—¡Y también te he dicho que no hago esto para ayudarte a ti! —Soltó un vaho de aire cálido y agrio a la cara de Liu—. En cuanto descubra que he participado en esto, me transformaré en una diana viviente. Y lo va a descubrir. La alegría de contemplar una derrota de Zhang Tao será muy dulce, pero eso no vale tanto como mi vida. Necesito dinero para pasar inadvertido durante un tiempo hasta que pueda desaparecer para siempre. Y, a diferencia de ti, no puedo escapar en el barco de papá.

Cada vez que soltaba su aliento impregnado de tabaco, *Liu* sentía los años de desprecio que habían hecho mella en él. Eso era lo que su padre le hacía a la gente. Liu sabía que no tenía el coraje de Mai, pero tenía que escapar de su padre como fuese. Por el momento, eso era lo único que podía hacer.

Liu se llevó la mano al interior de su sempiterno abrigo largo de color azul marino. Se había cosido un bolsillo para llevar el guardapelo sin peligro. Había tenido que empeñar la gruesa cadenilla de oro para comprar suministros y comida, pero no quería deshacerse del guardapelo.

—¡No, Liu! ¡No se lo des! ¡Te lo regaló tu madre! —gritó Raquel—. ¡Ya le pagaremos con otra cosa!

Pero no tenían nada más. Todas lo sabían. Liu abrió el guardapelo y sacó el pequeño retrato de su madre. Se lo volvió a guardar en el bolsillo. Por última vez, recorrió con los dedos la pieza oval de oro liso. Mai lo habría entendido.

Liang le quitó el guardapelo de las manos a Liu.

—¡No corras tanto, ladronzuelo! —gritó Charlie, y apuntó el alfanje a tan solo unos centímetros del pecho del hombre—. Tienes papeles e información que deberías darnos.

Liang le entregó el título de propiedad a Liu.

—La semana pasada, Zhang Tao envió sus diez juncos a Europa. Hace tiempo que se marcharon. Ayer mandó al norte el resto de su flota, casi todo bergantines, para un negocio a gran escala que quiere hacer con Corea y Japón. Por ello, lo mejor será que os marchéis al sur tan rápido como podáis. Para cuando pueda ordenar a sus barcos que den media vuelta y os persigan, ya podríais llevarle una semana de ventaja. Quizá dos.

Liu agarró el título robado. Desde luego que si seguía adelante ya no podría dar

marcha atrás.

Liang se volvió para irse, sin despedirse. Jugeteaba con el guardapelo que llevaba en la mano.

—Ah, y otra cosa. —Se volvió para contemplar por última vez a Liu—. Ya no utiliza el bastón de bambú con los muchachos.

Liu asintió aliviada. La propia muchacha había albergado la esperanza de que su padre hubiera abandonado aquella costumbre. Pensaba que, si no fuera así, se habría dado cuenta durante los días que había pasado con él.

Liang vio la mirada de alivio en el rostro de Liu. Estaba tan ciega como en otro tiempo lo había estado su madre. Y eso la hacía igual de culpable. Liang disfrutaría al revelarles la verdad. Se le acercó lo suficiente como para que oyese todas las palabras.

—Ahora utiliza madera de serpiente. Es mucho más robusta. No se agrieta con tanta facilidad.

BITARCO

Fecha: 2 de septiembre.

Posición: Saliendo de Shanghái.

Hemos zarpado casi inmediatamente después de separarnos de Liang. Marcharse de noche no es nunca una buena idea, pero no podíamos arriesgarnos a que Zhang Tao nos capturase. La luna llena nos da suficiente luz y una brisa fuerte nos permite ganar cierta velocidad.

Como decía Liang, nos dirigimos hacia el sur. He consultado los mapas y nos hallamos en el mar de Oriente, de camino hacia Zhejiang. He olvidado una gran parte de la mitología china que Mai me enseñó, pero hay algo que ahora me viene a la memoria. Donghai Longwang, el Rey Dragón del mar de Oriente, controla las tempestades y mareas en sus aguas. Su palacio de dragón está situado en alguna parte del fondo del océano, aunque a mí me parece que he escapado a duras penas de él y que en realidad se encuentra en el centro de Shanghái.

Por las noches no me cuesta nada convencerme de que todo esto es una pesadilla. Solo temo que la oscuridad no tarde en dar paso a la desagradable luz del alba, y que entonces no me vea capaz de manejar lo que yo misma he empezado.

En este momento, lo único que puedo hacer es huir. Mi única esperanza es que el Rey Dragón de verdad, Zhang Tao, no nos capture. Porque sería

el fin. No solo para mí, sino también para las demás.

L

Raquel salió a hurtadillas a la cubierta principal. Su cuerpo estaba extenuado. Pero, como casi todas las noches, su cerebro seguía muy despierto. Por lo general tenía que ir de puntillas, con todo el sigilo posible para no despertar a Liu. Pero aquella noche Liu tampoco se encontraba en su cama.

La luna llena iluminaba toda la cubierta y le permitía ver las dagas que ella misma estaba poniendo en línea, desde la más pequeña hasta la más grande, tal y como le habían enseñado a hacer Akule y Hakan, que la habían instruido en el *panchi*.

Todos los niños Storm empezaban a estudiar el *panchi* a los diez años, pero Raquel lloraba de lo mucho que se aburría en clase. Le gustaba más pintar cuadros y tocar la guitarra.

Por ello, Raquel fingía que escuchaba durante las lecciones de *panchi*, cuando en realidad vivía en una ensoñación continua. A pesar de las constantes amenazas de los maestros, a pesar de las continuas bromas de Liu, Raquel logró prescindir del *panchi* durante casi un año. Las demás niñas, incluso Sadie, lo hacían mejor que Raquel, pero a esta no le importaba.

Hasta que intervino la madre de Raquel. Tanto tiempo después, la propia Raquel aún no tenía claro si Rafaela se había dejado llevar por una genuina preocupación de madre, o si no podía soportar que su familia se quedara atrás en nada.

Rafaela se había criado en una familia de actores de teatro que iba y venía por su nativa España, Portugal e Italia durante todo el año. Hasta que se casó con Hugo, el padre de Raquel, apenas si había estado en el agua más de unas horas seguidas, y por lo general en góndolas, donde sus posibles pretendientes iban a admirar su belleza. Rafaela no había aprendido el arte del *panchi*.

Raquel interrumpió la tarea de afilar la hoja de la daga contra la rugosa piedra de amolar. Hacía años que no veía a su madre, pero los ojos fieros y los cabellos morenos y revueltos de Rafaela seguían muy vivos en su recuerdo. Con el tiempo tal vez se había imaginado a su madre más hermosa de lo que era en realidad, pero Raquel lo dudaba. De niña, había estado orgullosa de la belleza de su madre, como si de algún modo también fuera suya.

Raquel empuñó otra daga. En aquella época valoraba la atención que su madre le prestaba. Rafaela sufría a menudo períodos «oscuros», en los que pasaba días en la cama y se negaba a hablar con su marido y su hija. Raquel habría preferido cantar con su madre o, mejor dicho, escucharla cantar (siempre tenía que ser la protagonista), pero se dio por satisfecha con que su madre y ella aprendieran juntas el *panchi*.

El *panchi* combinaba patadas altas, presas y agarres, además de complejas habilidades en el manejo del cuchillo. Dedicaban el primer año a aprender las complicadas variaciones con las piernas, y a los buenos alumnos los instruían en el empleo de los cuchillos durante el segundo año. Aun cuando el *panchi* incluyese técnicas para matar, y tuviera como objetivo proteger a los Storm, el corazón de este método de lucha era el ritmo. Tal vez por eso le interesaba a Rafaela.

Aunque era una actriz e intérprete musical maravillosa, su virtuosismo con la danza no tenía parangón. Con la posible excepción de Hugo. Pese a que no parecían hacer buena pareja, casi todo el mundo sospechaba que se atraían precisamente por ser polos opuestos. Después de todo, son muchos los pecados que pasan inadvertidos en la pista de baile.

La danza era el modo que Rafaela y Raquel tenían para conectar. Aquella le había enseñado a su hija muchas de las danzas latinas populares en su tiempo. Pero, como Rafaela descomponía el *panchi* en una serie de movimientos y ritmos coreografiados, era la primera vez que Raquel podía compartir algo con su madre, en vez de admirarla desde lejos, como había hecho siempre.

Los dos meses durante los que habían «danzado» el *panchi* se contaban entre los más felices de la vida de Raquel. Su madre no pasó por un solo día oscuro. Por el contrario, al danzar con su hija se llenaba de una especie de luz, de una alegría que jamás había conocido.

Rafaela necesitaba estar siempre sobre un escenario, aunque no tuviese público. Por ello, ni Raquel ni la tripulación del *Storm Uno* se sorprendieron mucho cuando, pocos meses más tarde, regresó con la compañía familiar, que iba a dar un gran espectáculo en Sevilla. No obstante, Raquel se sintió igualmente herida al saber que su madre la abandonaba. Ninguna daga podría haberle hecho tanto daño. Una semana después de que se marchara, Akule y Hakan permitieron que la estudiante más aventajada, Raquel, empezara a aprender el combate con cuchillos.

La traición de Rafaela había conmocionado a Hugo. Este, a pesar de su don para «leer» a la gente, no había reconocido los signos que sí habían visto los demás. Raquel estaba segura de que cuatro meses más tarde, en el momento de morir, sus pensamientos aún giraban en torno a Rafaela.

Raquel se puso en pie. Soplaban un viento recio, que propulsaba el junco a gran velocidad sobre las olas pequeñas. Sus pies desnudos se aferraban a la cubierta en busca de un mejor equilibrio. Entonces se imaginó que sonaba la música. Aquella noche se trataba de la sencilla belleza de una melancólica guitarra española. Sacó la daga que llevaba oculta junto al muslo. Sus bordes profundos y serrados hacían de ella su arma favorita. Contó: «Uno. Dos. Tres». Y entonces: «Caída. Giro. Patada». Como le había enseñado su madre.

Pero no bailaba para su madre. Durante los últimos once meses, le había dedicado todas sus danzas a su padre. Se imaginaba que tenía enfrente al soldado sin rostro. Había sido su única pareja de danza desde el día en que asesinaron a su padre.

«Caída. Giro. Patada.» Y un último movimiento. Su madre no se había quedado con ella el tiempo suficiente como para que lo aprendiera. «Acuchilla. Acuchilla. Acuchilla.» Una y otra vez, Raquel hundió la daga en el corazón del imaginario soldado.

* * *

Charlie sumergió la galleta marinera en el «café» rancio. En realidad no era café, porque tan solo los ricos podían pagarse el de verdad. Con todo, Sadie se había propuesto hacerse su propia versión. Así, había mezclado un té negro fuerte con ciertas hierbas para mimetizar el subidón de la cafeína. El mejunje resultante sabía a agua mezclada con fango, pero esa mañana Charlie iba a necesitar tanta cafeína como fuera posible. Observó a las otras cuatro chicas. A juzgar por sus ojeras, también iban a necesitar un refuerzo de cafeína.

Soltó un largo suspiro. Había sido una noche difícil. Había pasado la mayor parte al timón, empeñada en lograr que el junco viajara a la máxima velocidad posible. Los vientos habían soplado a su favor y, por suerte, las aguas habían estado tranquilas durante la noche. Habían hecho progresos a lo largo de las últimas doce horas. Si todo andaba bien, llegarían aquella misma noche a Zhejiang, el primer puerto importante al sur de Shanghái.

Charlie bizqueó bajo la luz brillante del sol de media mañana. Colocó la jarra sobre la cubierta. En el junco había un comedor de verdad donde cenaban, pero si el tiempo lo permitía desayunaban y almorzaban en cubierta, bajo el sol, con la vista marina. Una manera perfecta de empezar el día. Siempre que no se padeciera una tremenda resaca, como pensaba Charlie mientras hacía esfuerzos por tragarse la galleta seca.

Como las normas que su padre había impuesto en el *Storm Uno* eran muy estrictas, Charlie apenas si había tenido ocasión de beber en demasía. Sin embargo, aquello no era la resaca que se podía padecer después de una noche de cerveza y whisky. Charlie ya comprendía que ese tipo de resaca podía ser terrible. Lo que probablemente padecían tanto ella como las otras chicas era una resaca mental, tan dolorosa como la provocada por la bebida, pero mucho más difícil de superar.

El día anterior, después de que las persiguiera la multitud, el terrible ultimátum de Zhang Tao a Liu, el odioso Liang e incluso el siniestro «ojo» de la carta, parecía obvio que les convenía marcharse lo antes posible de Shanghái. Pero, a la luz del día, empezaba a darse cuenta de lo que habían hecho. *Habían robado un barco*. Y no un barco cualquiera. Era el barco del sádico y vengativo Zhang Tao, un hombre que pegaba a niños pequeños con bastones... ¡y obligaba a su hija a casarse! Dios, o quien fuera que estaba al mando ahí arriba, les había hecho un gran favor al permitirles seguir con vida después del Día de la Destrucción. Pero Charlie no estaba nada segura de qué más favores podrían esperar. Bebió otro trago de café. Tenían que

trazar un plan.

—Esto es todo lo que he encontrado en la bodega —dijo Sadie, y dejó cuatro arrugadas piezas de carne de cerdo salada en el centro del círculo—. Tendremos que hacemos con provisiones en Zhejiang, porque no nos queda nada. —Sacó una pequeña navaja de bolsillo para cortar la carne—. No tenemos piezas suficientes para todas, así que dos de nosotras tendremos que compartir.

Charlie apartó el plato.

—Comed vosotras, chicas. Yo no tengo hambre.

Ingela agarró el trozo más grande y se lo metió en la boca. Entonces, en unos segundos, se dio cuenta de que no podría comérselo todo de golpe y escupió la mitad sobre su propia mano. Luego empezó a comerse esa mitad también. Charlie movió la cabeza con gesto reprobatorio. Ella misma no era un modelo de buenos modales, pero Ingela actuaba como si se hubiera criado entre lobos. De pronto, Charlie se acordó de Knut, el padre guerrero de Ingela, y de Axel, su rebelde hermano. De hecho, se podía decir que sí se había criado con un pueblo más feroz que los propios lobos: los vikingos. Charlie exhaló otro largo suspiro. Había llegado el momento de ponerse manos a la obra. Jugeteó con la perla que colgaba al extremo de su collar.

—Escuchad, tenemos que reunimos. —Se volvieron hacia ella—. Debemos trazar un nuevo plan.

Sadie se cruzó de brazos.

—Ni siquiera sabía que tuviéramos un plan antiguo.

Charlie hizo una mueca. Durante los últimos once meses, el pasatiempo favorito de Sadie había sido un juego llamado Cuestionar la Autoridad de Charlie. Por fortuna, aún no había ganado.

—Me sorprende, pero, si de verdad estás tan despistada, déjame que te lo explique. Nuestro antiguo plan consistía en sobrevivir, navegar y descubrir quién había estado detrás del Día de la Destrucción.

El agua salada las salpicó. Charlie lo agradeció. La sal enmascaraba el sabor amargo de su café.

—Podríamos decir que este plan no destaca por sus detalles.

Charlie se contuvo para no arrojarle a Sadie una de las galletas marineras, que estaban duras como una roca.

—Ese tono prepotente te lo puedes ahorrar para ese diario superaburrido que escribes. Sí, aunque te creas que es un secreto, todas nosotras sabemos que te apuntas en una libreta toda esa pesadez de pensamientos que tienes. Pero ahora necesitamos respuestas de verdad.

Ingela le puso cara agria.

—Sí, te robé el diario del sitio donde lo tienes escondido, dentro del libro grande de ciencias, y traté de leerlo, pero al final me dormí. —Negó con la cabeza—. Eres una mierdecilla, Sadie.

Sadie puso cara de exasperación.

—Gracias por la crítica constructiva, chicas.

Estaba a punto de explicar a aquel par de bobas que en su diario no escribía secretos, sino sus propios pensamientos filosóficos, y que estaría muy contenta de compartirlos cuando fuera. Pero se dio cuenta de que les entraría por una oreja y les saldría por la otra. Así que se volvió hacia Charlie.

—Como necesitas respuestas «de verdad», pienso que podríamos trazar el nuevo plan de la manera siguiente: sobrevivir, navegar, descubrir quién ha estado detrás del Día de la Destrucción, averiguar quién nos mandó esa carta y de dónde sale ese «ojo», y procurar que Zhang Tao no nos capture.

—¡Puaj! —exclamó Charlie—. ¿Y cómo vamos a hacerlo exactamente, señorita Cráneo Privilegiado?

—¡Chicas! ¡Calmaos! —les chilló Liu, y desplegó un mapa. En realidad, se trataba de piezas de tres mapas distintos pegadas con cola de pescado. Como los mapas eran caros, solían sacarlos de los mismos vertederos donde Sadie buscaba sus libros. O hacían como que no se enteraban cuando Ingela les llevaba uno sospechosamente nuevo.

—Creo que podríamos ir por aquí. —Marcó con el dedo un camino sinuoso que pasaba por Macao, Vietnam, Camboya y las Maldivas—. Eso significa que los pasos serán más estrechos. Sobre todo aquí, por el mar de Andamán y por Malaca. —Les indicó una pequeña franja de tierra y agua—. Pero esa es la gran ventaja del junco. Si Liang decía la verdad, los juncos de Zhang Tao se dirigirán a Europa, lo que significa que estarán demasiado lejos para virar y venir por nosotras. Así, tendrá que enviar a los bergantines. Los bergantines no maniobran con la misma facilidad que los juncos en los pasos estrechos.

Charlie asintió. Liu tenía razón. Los bergantines no se moverían con la misma facilidad que el junco, que avanzaba con gran ligereza por los pasos difíciles.

—Deberíamos detenemos en las Maldivas...; al menos, por un tiempo. Si es que Zhang Tao no nos ha capturado para entonces. —El rostro de Liu se ensombreció. Si las capturaba, no se limitaría a darles con un bastón de bambú.

Charlie echó una mirada al rostro amarillento y los ojos hundidos de Liu. A simple vista parecía que su resaca era la peor de todas.

—Eh, tienes que encontrar la manera de reconciliarte con esto, Liu.

Charlie trató de darle una palmada en la espalda, pero lo que le dio fue un golpazo. Liu tosió. Por suerte, Sadie se encargó de retomar la demostración de afecto y se puso a acariciarle los cabellos a Liu.

—Tomaste la decisión de huir porque era lo mejor para ti. Pero todas nosotras estuvimos de acuerdo en robar el barco, porque era la mejor decisión; en realidad era la única decisión que podíamos tomar todas nosotras. y al menos por ahora, parece que Liang ha respetado su palabra y no ha vuelto con Zhang Tao, porque, de lo contrario, ya tendríamos un barco pegado a la popa. Puede que Liang dijera la verdad, y que la flota entera de tu padre esté en el norte. —Charlie señaló el lugar cercano a

Shanghái adonde en teoría iba Zhang Tao—. Esta semana de ventaja nos ayudará mucho. —Sadie estrechó con fuerza a Liu para reafirmar ese alegre pensamiento.

A veces, la actuación conjunta de Charlie y Sadie como sucedáneo de padres hacía pensar a Liu en sus propios progenitores, que siempre habían discutido y se habían peleado por tener el control. Pero, por lo general, eran un equipo bastante bueno. Charlie había asumido el rol de padre protector y Sadie, el de madre cuidadora.

—Bueno, ya veo cómo podría funcionar esto —dijo Charlie—. Los monzones empezarán a soplar en cualquier momento, y eso nos podría servir como ayuda para ir hacia el sur. Tendremos que navegar durante un mes y medio para llegar hasta aquí. —Puso el dedo sobre las Maldivas—. Pero siento curiosidad... ¿por qué has elegido precisamente este sitio? El *Storm Uno* navegaba a muchas regiones del mundo, pero jamás a las Maldivas.

Sadie miró a Charlie a la cara.

—He elegido las Maldivas. Si alguna vez has leído uno de esos libros «aburridos» que escribo, tendrías que saber que el océano índico es muy cálido por allí.

Charlie miró a Sadie sin entender nada. La muchacha siempre hablaba en acertijos.

—¿Y...? ¿Quieres ir allí a practicar la natación y a ponerte morena?

Charlie soltó una risilla. Adondequiera que fuesen, parecía que la piel pálida tuviera que ser el modelo de belleza femenina. Sin embargo, todas las chicas gozaban de la vida al aire libre y del aspecto sano que esta les daba.

Una bandada de gaviotas que pasaba por el cielo descendió hasta volar a poca altura. Las muchachas, por puro instinto, cubrieron las galletas con las manos. Todo el que ha crecido en el mar sabe que tiene que proteger la comida de las gaviotas carroñeras. Aunque esas aves parecen tener unos estándares culinarios más elevados que los marineros y era probable que las galletas marineras les pareciesen incomedibles.

Una vez que las amenazadoras gaviotas hubieron pasado de largo, Sadie volvió a hablar.

—No, tenemos que ir a las Maldivas porque el lírium se encuentra en aguas cálidas. Allí será más fácil dar con él.

Charlie apretó los dientes. Una de las labores de los Storm consistía en recolectar lírium para poder procesarlo y así ofrecer agua limpia a las comunidades. Pero, en realidad, la búsqueda de lírium exigía la aplicación de un método difícil y peligroso en extremo que se llamaba *branquiar*.

Branquiar significaba descender a las profundidades del océano, hasta su tenebroso fondo, y permanecer allí por medio del control sobre la respiración. Se necesitaban años para llegar a dominar la técnica en cuestión. Los miembros de Storm empezaban a instruirse en cómo branquiar a los dieciséis años y empezaban a dominarlo a los dieciocho. Lo que quería decir que la única de las chicas que había comenzado a branquiar era Charlie y que su formación en ese sentido se había

iniciado pocos días antes del DD.

—¡No pluralices! Tendré que hacerlo yo sola. ¡Ya os lo he dicho centenares de veces, chicas! Sería demasiado peligroso que tratarais de branquiar.

La propia Charlie no había branquiado nunca sola. El lírium se cosechaba entre octubre y enero. Durante el año anterior ni siquiera habían contado con un barco, y encima hacía muy poco que habían perdido a sus padres. Por ello, ni siquiera se les había ocurrido tratar de branquiar.

—¡Eres una caraculo! —Ingela dio una patada en el suelo—. Liu nada mejor que tú, y yo soy tan buena como tú prácticamente en todo. Por lo menos lo seré cuando tenga tu edad. Por lo tanto, deberíamos ir a branquiar contigo.

Todas las chicas miraron a Ingela. Su confianza en sí misma era admirable, pero sus razonamientos no tenían ningún sentido.

—Charlie, todas nosotras podríamos empezar a branquiar antes de llegar a las Maldivas. Podríamos intentarlo incluso en Malaca. Cuanto antes, mejor. —Liu miró al suelo. Era difícil sacar el tema, pero alguien tenía que decirlo—. Necesitamos el dinero.

El peso de esta última frase era como un ancla que las sujetaba al fondo del mar. Era la razón inequívoca de las ojeras de Charlie. Sí, necesitaban dinero. No se trataba tan solo de disponer de monedas para comprarse la comida y todo lo necesario para subsistir. Debían conseguir una buena cantidad de dinero en efectivo. Habían ganado —o más bien robado— tiempo al llevarse el junco. La pregunta no era *si* Zhang Tao lograría capturarlas, sino *cuándo* lo haría. Si eran lo bastante listas, quizá pudieran esquivarlo durante unos meses, tal vez incluso un año. Pero cuanto antes abandonaran el junco y consiguieran su propio barco, mayores serían sus probabilidades de sobrevivir (o, por lo menos, de escapar del horrible destino que les hubiera reservado Zhang Tao).

Pero la solución no consistiría en branquiar.

—Aun cuando sacáramos grandes cantidades de lírium en cada uno de los días de toda la estación de branquiar, no conseguiríamos dinero suficiente para comprar un barco.

Los Storm habían tenido por costumbre intercambiar el lírium por suministros, o venderlo por poco precio, para que todo el mundo pudiera disponer de agua limpia.

Raquel, que era la que menos había dormido, se había pasado la mayor parte de la discusión entre la conciencia y el sueño. Pero llegó a la conclusión de que era el momento de decir algo.

—Quizá su valor sea más elevado de lo que creemos. El señor Chang dijo que sí era un negocio.

Sadie arrugó la frente.

—He pensado mucho en ello y todavía no entiendo lo que quería decir. No estaría bien que unas Storm vendieran lírium para enriquecerse.

—¿Storm? —Liu miró a su alrededor—. Pero ¡si Storm ya no existe! Tratamos de

encontrar supervivientes, pero no hubo ninguno. ¡Estamos solas en todo esto! Lo que también quiere decir que estaremos solas si Zhang Tao nos encuentra. ¿Vosotras entendéis que podré darme por afortunada si a estas alturas lo único que hace es obligarme a que me case? Le rompió el brazo a Liang por haber robado un trocito de pollo. Un trocito de pollo. Imaginaos lo que nos puede hacer a las cinco por habernos llevado un barco entero. ¡Por no hablar del ridículo que ha hecho ante toda la alta sociedad de Shanghái!

Charlie iba a decir algo, pero llegó a la conclusión de que sería preferible callarse. Liu, por lo general muy equilibrada, había necesitado aquel estallido. Estaba siempre tan tranquila y serena... jamás la habían visto expresar sus sentimientos. Salvo quizá Raquel, porque las «gemelas» lo compartían todo.

Raquel abrazó a Liu, y Charlie miró de reojo a Ingela, que podía ser la siguiente en explotar. Aunque era la que había pasado menos tiempo con los Storm, la pequeña era la que se adhería con mayor firmeza a sus raíces. No se cuestionaba en absoluto que formara parte de Storm y se ofendía mucho si alguien lo ponía en duda.

—Somos Storm. Tendremos que decidir qué es lo que eso significa para nosotras —dijo Charlie*, y enarcó una ceja para Ingela—. Aunque lo haremos en otro momento.

Se sorprendió al ver que Ingela se había quedado satisfecha con esto y que no decía nada.

Charlie prosiguió.

—El hecho es que, cuanto antes encontremos un nuevo barco, uno que nos pertenezca por ley, antes podremos devolverle este a Zhang Tao. Pero entretanto tendremos que sobrevivir, y en la situación que estamos tendremos que esforzarnos por no hacernos notar. Recolectar lírium podría ser una salida. No es la solución ideal, pero por ahora no contamos con mucho más.

Raquel golpeteaba con las uñas sobre su taza de té ya fría.

—Y el lírium es la única conexión que tenemos con el Día de la Destrucción. —Había repasado en centenares de ocasiones la conversación con el señor Chang y seguía sin encontrarle un sentido. Pero estaba cada vez más convencida de que el asesinato de su padre había estado relacionado con el lírium.

Charlie miró a Raquel con gesto socarrón. Había contado con que la muchacha añadiera un comentario. Pero Raquel no hizo más que sonreírle. Charlie tomó nota mentalmente de que debería hablar luego con Raquel sobre esa cuestión. En aquel momento tenían asuntos más urgentes.

Unas gruesas nubes blancas punteaban el cielo azul. Una brisa constante hacía avanzar el junco a gran velocidad y les daba cierto frescor en un clima cada vez más cálido. Todo presagiaba que el día sería hermoso. ¿Quién sabía si terminaría con las muchachas rodeadas por la flota de Zhang Tao, o si proseguirían el viaje hacia el sur?

Charlie respiró hondo y dejó que el aire salobre le llenara los pulmones. No era el mejor plan que se les pudiera ocurrir, pero tampoco tenían muchas alternativas.

Jugueteó con la perla del collar. Su padre. ¿Qué habría hecho su padre? Charlie tomó una decisión.

—¡Rumbo a las Maldivas! —exclamó, con todo el entusiasmo del que se vio capaz.

* * *

—¡Eh, ya lo sé! Diles que mordí al bebé. ¡Eso los asustará! —exclamó Ingela.

—¡Ah, claro! Como que aquí no ha habido nunca nadie que pegara mordiscos. — Sadie trazaba garabatos frenéticos sobre una hoja de papel—. ¡Esa sí que es buena!

Sadie entendía que la redactora en jefe de las *Crónicas de las Pirettes* era ella. No se trataba de un periódico de verdad, sino del nombre que le habían puesto en broma a la serie de historias de las Pirettes que Sadie se había inventado.

Ingela, siempre mentirosilla en la vida real, demostraba una previsible imaginación cuando se trataba de inventar historias de las Pirettes, sobre todo en las partes en las que había que poner violencia. Así, había colaborado con Sadie en docenas de historias durante los siete meses de existencia de las Pirettes.

Las cinco chicas se lo pasaban bien inventándose sus propias historias, pero el trabajo de las Pirettes era serio. Hacía siete meses Zhang Tao les había prestado el barco y habían tenido que enfrentarse con la realidad de que eran un grupo de muchachas solas en pleno mar. Se habían transformado en blanco fácil tanto en tierra como en el océano. En la mayor parte del mundo, una chica ni siquiera podía salir sola de su casa sin acompañante. ¡Y su situación era la de cinco muchachas adolescentes que vivían juntas! Así, para que nadie se metiera con ellas, se inventaron a las Pirettes.

—¿Seguro que no organizarás otro desastre? —Charlie le daba vueltas a la pluma. Por lo general prefería inventarse historias y dejar que fuese Sadie quien las escribiera—. No podemos permitirnos otra escena como la del mercado de Shanghái.

Sadie se volvió con tal brusquedad que estuvo a punto de derribar una vela. Después de cenar, habían decidido que pasarían la velada con las historias de las Pirettes. Así, la mesa donde habían cenado se había convertido en un gran estudio, con papeles y plumas naturales de ganso por todas partes. Organizar una sesión de lectura de poesía era como regalarle a Sadie su noche soñada. Sin embargo, la microgestión de Charlie estaba a punto de echársela a perder.

—¡Ya lo hemos comentado una docena de veces! Ayer, al ir a Shanghái por suministros, arrojé dos anónimos al periódico local, y una carta para la policía local donde se decía que las Pirettes se habían enfrentado a una banda de piratas, habían asaltado una serie de tabernas para llevarse cerveza y dinero, y habían provocado a una multitud enfurecida en Shanghái. Por supuesto que esto último no era ficción. — El sistema aún no estaba del todo definido, pero las Pirettes iban informando de sus aventuras por medio de cartas que enviaban a periódicos y policías locales. Todas las

chicas (excepto Charlie) conocían por lo menos un segundo idioma aparte del inglés, así que se unían para escribir en inglés, español, chino, noruego, italiano, portugués y francés. En teoría, las cartas provenían de honrados ciudadanos que habían presenciado algún delito de las Pirettes. Entonces, antes de que se marcharan del lugar, Sadie se encargaba de que las cartas llegasen a los sitios adecuados. Si la cosa salía bien, las cartas se transformaban en artículos de periódico, o llegaban al gran público de alguna otra manera y hacían crecer el mito de las Pirettes.

Las muchachas también escribían cartas en las que se hablaba de avistamientos de las Pirettes en diferentes lugares del mundo. Sadie había coleccionado los créditos de un montón de periódicos y se guiaba por ellos para mandar sus cartas a los respectivos directores. Así las historias sobre las Pirettes empezaban a circular antes incluso de que llegaran a puerto.

—Me has prometido que no mandarás más dibujos —le dijo Charlie a Sadie. En principio, tenía muy claras las ventajas de llevar a cabo todo aquel simulacro de las Pirettes. Además, Sadie realizaba un trabajo excelente al coordinarlo todo. De todos modos, el equilibrio entre pasar inadvertidas y protegerse era siempre delicado.

Sadie negó enérgicamente con la cabeza y pasó sus rizos esponjosos por la cara de Ingela y Liu, que se sentaban una a cada lado de ella.

—No, no lo he prometido. Seguiré con los dibujos. —Se encogió de hombros—. La cuestión es que no se parezcan tanto a nosotras.

Raquel dejó de dibujar y levantó los ojos.

—Me he pasado las últimas dos horas con este dibujo. Y puedes creerme si te digo que no es nada fácil dibujar esas cejas tan raras que tienes, ni los colmillos de Ingela. ¡Así que más os vale que lo mandéis!

Liu se acercó un poco más para ver mejor el trabajo de Raquel. Agarró un candelabro para iluminarlo.

—¡Anda, Raquel! ¡Los colmillos de Ingela no son tan grandes! Parece una vampira —dijo Liu entre risillas.

—¡Bueno, todas nosotras sabemos que esa diabla chupa la sangre! —replicó Raquel, resoplando.

Ingela corrió al otro lado de la mesa para inspeccionar el dibujo. Enseñó con orgullo su torcida sonrisa. Era evidente que le gustaba la apariencia cruel con que Raquel la había dibujado.

Sadie se volvió hacia Charlie.

—Los dibujos son útiles. A los periódicos les gusta publicar dibujos. Si les mandamos un dibujo, nos ponen más cerca del titular. Y eso significa que serán más las personas que lean sobre las Pirettes. Los dibujos no harán ningún daño, siempre que los haga llegar a periódicos de la otra mitad del mundo.

—Me imagino que sabes lo que haces —dijo Charlie, y dejó la pluma—. Sadie, yo hablo y tú apuntas. Empiezo a tener calambres en la mano —se quejó, aunque apenas había escrito unas pocas líneas. Soltó un enorme bostezo.

—¡Por favor! ¡No estaría nada mal que te taparas la boca cada vez que haces eso! —gritó Raquel, mientras trataba de apartar con la mano el aire que le había echado la otra.

—Tampoco estaría mal que de vez en cuando te cepillaras los dientes —se burló Sadie.

Todas ellas se echaron a reír, y Charlie más que ninguna. En el mundo de las Pirettes no existían ni Zhang Tao ni el Día de la Destrucción. En ese mundo, nada podía dañarlas y eran libres para hacer lo que quisieran. Aunque se lo inventaran todo, después de los dramáticos acontecimientos de los últimos días las chicas necesitaban desesperadamente una evasión como la del País de las Pirettes, aunque solo durase unas horas. Charlie se daba cuenta de ello. Le pasó la pluma a Sadie.

—¡Como no escribas, vuelvo a bostezarte en la cara!

* * *

Sadie caminó hasta el timón del junco, con cuidado para no derramar el té que llevaba en la taza. Las aguas estaban en calma, pero Charlie navegaba a tal velocidad que costaba mantenerse en pie. Sadie bizqueó de cara al sol de las últimas horas de la mañana, que brillaba sobre ellas con todo su fulgor. Poco a poco le acercó el té a Charlie.

—Eh, esta mañana no hay quien te despierte. Me ha parecido que esto te sentaría bien.

—¿Lo has preparado tú?

—No —respondió Sadie, con una sonrisa satisfecha—. Ha sido Raquel.

—Muy bien, pues entonces me lo voy a beber —replicó Charlie, y apartó una mano del timón.

—¿Sabes? ¡Me entran ganas de echártelo por encima!

—Tú pásamelo. —Charlie agarró la taza y la dejó a un lado—. Tienes razón: esta mañana no hay quien me despierte. Ingela y yo nos hemos pasado casi toda la noche turnándonos al timón. —Bebió un largo trago—. Lo más probable es que tengamos que repetir la próxima noche, si queremos poner distancia entre nosotras y Zhang Tao.

—Pero de todos modos deberías ir a echar una cabezada —le recomendó Sadie—. Liu, Raquel o yo misma podemos hacernos cargo durante un rato.

Charlie asintió.

—Puede que después de comer. Ahora cuéntame por qué has venido, porque desde luego tu interés principal no era ofrecerme un té.

Sadie la miró con una sonrisa avergonzada.

—Estás muy ojerosa... pero tienes razón. No es el único motivo por el que estoy aquí. Tengo una idea... ¿No podríamos pedir ayuda a mi hermano mayor y al de Ingela?

Charlie sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

—¿Con qué quieres que nos ayuden Taye y Axel, Sadie?

Sadie se encogió de hombros.

—No sé, a escapar de Zhang Tao.

—¿Y cómo quieres que lo hagan? Los Náufragos no tienen poderes mágicos ni nos pueden hacer desaparecer —explicó Charlie. A Axel, a Taye y a toda su cuadrilla los habían apodado «Náufragos». Charlie se esforzaba por parecer calmada y razonable.

—Sí, tienes razón. Pero se me había ocurrido que estaría bien contar con alguna ayuda. ¡De todos modos, no quiero que Taye se entere de que he robado un barco! Se llevaría un disgusto.

Sadie siguió en esta línea de pensamiento por unos segundos, mientras Charlie desconectaba. En medio de aquel desastre, lo único que le habría faltado era una visita de Taye.

De pronto, Liu llegó corriendo al timón. Parecía confusa y murmuraba algo.

—Nos ha encontrado.

—¿Qué has dicho, Liu? Repítemelo más claro. —Sadie se inclinó hacia la confusa muchacha para oírla mejor.

—Los hombres de Zhang Tao están aquí —espetó Liu por fin. Se volvió y señaló en dirección contraria a la del timón.

—¿Qué? ¿Dónde están?! —gritó Sadie, al tiempo que le arrebatava el catalejo a Liu. Dio un respingo. Desde luego. No muy lejos de ellas, en el horizonte, se divisaba un enorme bergantín que avanzaba con rapidez—. ¿Estás segura de que son ellos?

Liu se había puesto a temblar visiblemente. Asintió con la cabeza.

—Ese dragón de la bandera... Es su emblema.

—Pero ¿cómo han podido alcanzarnos tan rápido? ¡Si les llevábamos mucha ventaja! —Charlie dio un manotazo sobre el timón—. ¡Ese maldito Liang debe de habernos traicionado nada más dejamos!

El junco navegaba a tal velocidad que la brisa constante aliviaba a las chicas de los efectos de aquel sol abrasador. Pero de pronto Liu se dio cuenta de que tenía las manos pegajosas y de que estaba sudando.

—¿Qué importa lo que dijera Liang? El problema es que los hombres de Zhang Tao ya están aquí. Vienen por nosotras. ¿Sabéis lo que nos pueden hacer? —Liu veía pasar ante sus ojos imágenes de los fríos ojos de su padre, de la sonrisa que se formaba poco a poco en el rostro, del bastón de bambú. No podía dejar de temblar ni de sudar.

Sadie agarró a Liu por los hombros y le habló con voz tranquila.

—Liu, ¿dónde están Ingela y Raquel?

La muchacha hizo un esfuerzo por escuchar lo que le decía Sadie.

—En la sala de armas.

Lllamarlo «sala» era una exageración, porque la mayoría de las armas estaban

encajadas en una larga pared bajo cubierta. Como todo lo demás que viajaba en el barco, eran de segunda mano, y a menudo las habían montado con piezas de armas más antiguas, pero las chicas habían logrado hacer acopio de un arsenal decente, con un arco y sus flechas, varios alfanjes de modelos distintos, dagas, puñales y un par de pistolas de pedernal.

—Escúchame, Liu. Voy a ayudar a Charlie con el timón. Tú te quedarás aquí y me contarás todo lo que veas con el catalejo —le ordenó Sadie con una voz que transmitía calma.

Liu asintió. Sadie volvió con Charlie y agarró el timón. Era lógico que Liu estuviera más asustada que el resto, por todo lo que podía ocurrirle si Zhang Tao la capturaba. Con todo, se le hacía extraño verla tan agitada.

El junco continuó surcando las olas a una velocidad vertiginosa, pero el barco de Zhang Tao acortaba distancias.

—¡Nos van a alcanzar! —gritó Liu. El barco ya estaba muy cerca y Liu no necesitaba el catalejo para distinguir el emblema del dragón de Zhang Tao en su enseña. No había ninguna duda de que el barco pertenecía a su padre. Las había encontrado. Al pensar en lo que le sucedería cuando las viera, le temblaban las rodillas. Liu se agarró a la borda.

—Estamos en alta mar. No tenemos dónde escondernos. ¡Habrá que tratar de dejarlos atrás! —respondió Charlie, y al mismo tiempo se preguntó cómo podrían hacerlo. Si hubieran tenido cerca una cala o una ensenada, tal vez habrían podido meterse por aguas superficiales, por donde el bergantín de Zhang Tao no habría sido capaz de seguirlas. Agarró con más fuerza el timón. De acuerdo con sus cálculos y los de Liu, habría bastado con un día de navegación para alcanzar las aguas superficiales. Pero allí, en alta mar, estaban indefensas.

—¡Están preparando los cañones! —chilló Liu.

—¡¿Qué?! —le gritó Sadie—. ¿Tu padre ha ordenado a sus hombres que nos disparen?

Liu asintió en silencio. Por supuesto que Zhang Tao no se hallaba en el barco que los perseguía. Se había quedado en su casa, lejos de todo peligro, y debía de estar planeando las torturas que les haría sufrir. Liu sabía que querría venganza, pero no se le había ocurrido que pudiera mandar tras ellas un barco con órdenes de disparar. Por lo visto, le daba igual que su hija muriese.

—¡No podemos continuar con esto! —gritó Charlie. No llevaban cañones ni pedreros en el junco, por lo que no tenían manera de contraatacar ni de defenderse. Lo único que podían hacer era esconderse—. ¡Pongámonos a cubierto en la bodega! —Charlie le quitó el catalejo a Liu. No era experta en armas, pero parecía que el artefacto que los hombres de Zhang Tao querían disparar era una carroñada. La carroñada no era tan potente como un cañón largo, pero como tan solo pesaba una tonelada era mucho más corta y se cargaba con mayor rapidez—. ¡Esa gente va a disparar en cualquier momento! ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo! ¡VENGA!

Charlie y Sadie bajaron corriendo por la proa. Medio arrastraron, medio cargaron con Liu. Esta oyó el estruendoso rugido de la explosión y entonces vio el proyectil, y cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo, lo único que distinguió fue el navío en llamas. Lo que la sorprendió fue que no era su navío. ¡Era el barco de Zhang Tao!

Un tercer barco había emergido de la nada. ¿Sería un bajel pirata? Liu trató de mirar por el catalejo, pero el humo le impidió ver nada. Ni siquiera estaba segura de que lo que había visto fuese real. ¿Un tercer barco había llegado por detrás y había destruido con un cañonazo el de Zhang Tao? ¿Era posible? ¿De dónde había salido ese tercer barco? ¿Y por qué?

—¿Q-qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Liu. Sintió que las rodillas volvían a flaquearle.

—¡No lo sé, Liu! —gritó Charlie mientras volvía a trepar hasta el timón—. Pero ¡tendremos que dar gracias a nuestra buena estrella y marcharnos de aquí enseguida! ¡RÁPIDO!

BITARCO

Fecha: 14 de octubre (43 días en el mar).

Posición: Islas Maldivas.

3.2000° N, 73.2200° E. (A diferencia de las demás, he consultado el almanaque y conozco las coordenadas.)

Después de haber logrado (por los pelos) escapar vivos de Shanghái, y luego (por los pelos) del fuego del cañón, nos hemos pasado cuarenta y tres días perdidas en el mar. Bueno, lo de perdidas tal vez sea una exageración (por ahora), porque Charlie afirma que estamos siguiendo su plan.

1. Para empezar, el propio plan no era ninguna maravilla. Venía a ser algo así como sobrevivir, navegar y descubrir quién había estado detrás del Día de la Destrucción, descifrar la información que nos había dado el señor Chang y procurar que Zhang Tao no nos capturara. Y también nos dijo no sé qué de branguiar. Es un plan un poco vago, ¿verdad que sí?

2. ¿Quién la ha nombrado capitana y no se lo ha dicho a nadie? Charlie es la mayor de todas, tiene diecisiete años, pero no por eso tiene que ser ella la que mande. Tan solo tengo cinco meses menos que ella.

3. Quizá deberíamos evaluar los progresos de la capitana Charlie de cara a establecer una valoración objetiva de su actuación.

Empecemos por una breve recapitulación.

Sabemos que el bajel que estuvo a punto de darnos alcance era de Zhang Tao, pero no tenemos ni idea de quién disparó contra él. No sabemos si Zhang Tao ha enviado más barcos a perseguirnos. ¡No sabemos por qué el barco misterioso que disparó contra el de Zhang Tao dio media vuelta y se marchó en la dirección opuesta! Por culpa del humo y de las llamas, no podemos estar seguras, pero nos pareció que la gente que iba en cubierta era una banda de piratas. Si es así, ¿cómo es que no saquearon el barco de Zhang Tao ni se llevaron presos a los marineros? ¿Cómo es que nos salvaron e inmediatamente después se fueron?

Hemos seguido el plan de Charlie desde que salimos de Shanghái y hemos navegado por la bahía de Bengala hasta las Maldivas, un archipiélago del océano Índico (he incluido un mapa que encontré en Singapur en el que está marcada nuestra ruta). Los monzones empezaron a soplar hará un par de semanas y nos han empujado hacia el sur con brisa constante. Nos marchamos tan rápido de Shanghái que ni siquiera tuvimos tiempo para avituallarnos. (¡No pudimos hacer otra cosa, porque nos perseguía una muchedumbre enfurecida!) Por fortuna sí pudimos en el puerto siguiente, Zhejiang, pero no tanto como habríamos querido, porque el dinero de Shanghái no sirve en Zhejiang, ya que las dos ciudades son rivales. Por ello no pudimos comprar todo lo que necesitábamos. No habría pasado nada si la pesca hubiera sido buena, pero no lo ha sido.

De hecho, hemos descubierto que el dinero de Shanghái no tiene ningún valor fuera de China, y todo empieza a pintar mal. Nos quedan muy pocos

viveres, y esto habría podido terminar en desastre si no fuera porque navegamos a Sumatra dos semanas después de marcharnos de Shanghái. ¡Las gentes del lugar fueron muy generosas! Nos regalaron fruta, pescado e incluso jarras con carne salada.

Pero han pasado casi un par de semanas y la despensa vuelve a estar casi vacía. ¡Parece que en el océano Índico no haya peces! Acabamos de llegar a las Maldivas con la esperanza de tener mejor suerte aquí.

Nota de Charlie en supervivencia: notable bajo.

Hemos estado a punto de quedarnos sin viveres en dos ocasiones. Si no llega a ser por la buena gente de Sumatra, ahora mismo nos estaríamos comiendo entre nosotros. Por otra parte, no hemos vuelto a encontrarnos con los hombres de Zhang Tao. Pero, de todos modos, Charlie ha sabido maniobrar con el junco por aguas superficiales, ha navegado a ritmo veloz y ha logrado evitar que nos metiéramos en problemas.

Nota de Charlie en navegación: sobresaliente.

Tal como he escrito más arriba, todavía estamos navegando gracias a Charlie. Llevamos cuarenta días sin saber nada de Zhang Tao. Pero no estamos a salvo en absoluto.

Nota de Charlie en branquiar: suspenso.

Como proponía Liu, hemos hecho paradas a lo largo del camino para branquiar. Digámoslo con mayor concreción: hemos hecho paradas a lo largo del camino para que Charlie pudiera branquiar, porque no permite que nadie más lo intente al ser demasiado peligroso. Yo la verdad es que prefiero no branquiar, ya todo esto me da mucho

miedo. Pero la insistencia de Charlie en que nadie lo intente, aunque ella misma no haya encontrado nada por ahora, empieza a molestar a las demás. Tengo que decir que en el momento de escribir esto Charlie tan solo lleva treinta días branquiando. Se lo ha tomado en serio y empezó a branquiar antes de que llegáramos a Malasia, para ir cogiéndole el tranquillo. Quizá no tendría que ponerle tan mala nota, pero es que todavía no ha encontrado nada y por ello no tenemos lirium para vender. Y por eso lo de ahorrar dinero para comprar otro barco (si es que eso es posible) está igual que hace cuarenta y tres días.

Nota de Charlie en encontrar pistas sobre el DD: muy deficiente.

No hemos averiguado nada nuevo desde que estuvimos en Shanghái. Es verdad que tampoco podíamos quedarnos allí, pero si hubiéramos logrado descubrir qué era aquel "ojo" en la carta habríamos podido encontrar respuestas de verdad, en vez de las locuras que el señor Chang les contó a Charlie y a Raquel.

En realidad, podríamos adjudicarle a Charlie un aprobado bajo, lo que quiere decir que es muy floja. ¡Ya sé que esto es mezquino, pero es que estoy muy frustrada con ella! Veo la preocupación en su rostro, pero la verdad es que tendría que dejar de actuar como si fuera la capitana y entender que todas estamos aquí para trabajar juntas.

Hay algo que acongoja a Raquel y a Liu, pero no creo que sea el problema de las provisiones. Hace un tiempo que parecen encerradas en sí mismas. La verdad, no dejo de pensar en que hemos robado

un barco. Me imagino que debe de pesarle mucho a Liu. Pero no tengo claro qué es lo que le pasa a Raquel.

En cualquier caso, sus ojeras son cada vez más prominentes. Creo que voy a investigar (con objetivos médicos, no para fisgonear).

Ahora será mejor que me marche. Las otras siempre se quejan de que ocupo demasiado espacio (quizá porque soy la única que tiene algo interesante que decir).

Por ahora me despido (PAMD).

Dra. Sadie de Wit - Wayo

(¡Si Charlie se puede nombrar capitana a sí misma, yo me nombro doctora!)

Rogers Barrish aguardó durante un minuto entero al otro lado de la puerta. Tenía todo el tiempo del mundo y le gustaba hacerla esperar: solo eran aliados de conveniencia. Cuando por fin se decidió a entrar en la habitación, la mujer estaba en el sitio habitual, envuelta en sombras, mirando hacia otro lado. Habían trabajado juntos durante casi cuatro años y aún no le había visto el rostro. A veces soñaba que la estrangulaba con una gruesa cadena, y que entonces le arrancaba la capa y descubría que su rostro estaba horriblemente desfigurado. Pero intuía que la mujer no ocultaba el rostro porque tuviera una deformidad.

No entendía por qué tenían que encontrarse en aquella vieja casa desvencijada. Parecía una cueva, porque olía a sitio húmedo y cerrado, y en las habitaciones no había nada. La ventana solo mostraba la costa, las olas, las aves... El clásico paisaje banal de los típicos cuadros que se ven en los castillos antiguos.

Barrish prefería las vistas de su residencia en un cuarto piso del ajetreado centro de Londres. Desde allí admiraba, sentado con comodidad, a todas las mujeres que iban a la moda y que se pavoneaban arriba y abajo. Y él se limitaba a aguardar y a acechar a su próxima presa. Tal vez saliera a cazar después de la aburrida reunión.

—¿Tenemos algún problema? —preguntó la mujer.

Barrish sintió un escalofrío que le bajaba por la espina dorsal. La mujer nunca chillaba, pero su bajo tono de voz delataba una rabia gélida que resultaba mucho más temible. Barrish sospechaba que en otras circunstancias habrían podido divertirse juntos. Si a ella no le importara que la dominaran. Contempló desde cierta distancia la rígida postura de la mujer. Una sonrisa tímida afloró al rostro del hombre. Era probable que sí le gustara.

—¿Otra vez? —preguntó, y le mostró un periódico.

Barrish contuvo un suspiro. Hablaba en acertijos, como todas las mujeres. No tenía manera de saber de qué le hablaba si no se acercaba más a ella. En el pasado lo había intentado, y entonces reaccionó con ferocidad, con los reflejos de una gata. Sabía que no podía moverse de donde estaba.

—¿Disculpad, condesa?

La mujer le arrojó el periódico. Este cayó a sus pies. Barrish se negó a agacharse para recogerlo. Estaba claro que tenía un mal día.

—Se han burlado de usted una vez más, señor Barrish.

Barrish gruñó. Era un héroe de guerra, condecorado por la Armada, que había matado a docenas de amigos y enemigos. En aquellos momentos gozaba de un gran renombre como directivo supremo de la empresa más importante del mundo entero, la Sapphire East Trading. Nadie que hubiera osado hablarle en aquel tono había vivido para contarlo. Y eso le parecía más intolerable proviniendo del sexo débil.

Las mujeres eran meros adornos. Muñecas bonitas para exhibir y para jugar con ellas de vez en cuando. Cuando hablaban —y Barrish prefería que hablasen lo menos posible—, empezaban a decir tonterías y ya no eran divertidas.

Todo eso pensaba del ama de casa que tenía enfrente: que tan solo había tenido la suerte o las cualidades físicas necesarias para casarse con un conde. Así debió de hacerse con el título. Aunque, por supuesto, costaba saber qué ocurría bajo aquella gruesa capa. Había tenido la fortuna todavía más grande de quedarse viuda y heredar todas las riquezas de su marido. Estas, a ojos de Barrish, le habían dado un poder excesivo para una hembra.

El único motivo por el que Barrish accedía a tener tratos con ella era que durante los últimos cuatro años le había ayudado a conseguir grandes cantidades de dinero. De otro modo, la habría tenido encadenada en su habitación, como a todas las demás.

—¿Quién se había burlado antes de mí, condesa?

—Esas bestias de rapiña. La cuadrilla de piratas.

Barrish trató de recordar la última vez que unos piratas se habían burlado de él. Por lo general sucedía al revés. Pero a Barrish le daba lo mismo que la mujer siguiera hablando en acertijos. No tenía prisa.

—¿No podría concretar un poco más? —preguntó, con voz deliberadamente tranquila. Aunque era difícil sacar de sus casillas a esa mujer, Barrish le notó un tic. Se frotaba el anillo con la perla que llevaba en el anular de la mano izquierda. Barrish había conocido a muchas aristócratas a lo largo de su vida. Siempre iban cargadas de

joyas. Tenían que ponerse baratijas para tomarse un té por la tarde. Pero Barrish no había visto que la condesa se adornara nunca con nada, aparte de ese único anillo, que parecía una perla natural engastada en un sencillo círculo de oro. El tipo de joya que un colegial le habría regalado a su primer amor. Barrish nunca había podido acercarse lo suficiente como para examinarlo con detalle, pero no entendía por qué lo llevaba.

—¡Las Pirettes! —Miró por el ventanuco del rincón—. Aparte de leerme toda la prensa editada en dos mil kilómetros a la redonda, los barcos que atracan por aquí me traen noticias del mundo entero. Tengo que estar muy bien informada de lo que sucede por el mundo. Y doy por sentado que usted también, debido al cargo que ocupa en la Sapphire East Trading Company. En dos semanas me han llegado por lo menos cinco historias distintas sobre los desmanes de esas niñas piratas. ¡Si hasta provocaron la persecución de una turba en Shanghái! Aunque, a decir verdad, no entiendo cómo pudieron estar en Perú, París y Shanghái con tan poco tiempo de diferencia. —Dio un golpecito en la ventana con el dedo en el que llevaba el anillo—. Lo importante es que no cabe ninguna duda de que están ahí. Y de que pueden volver a pillarlo.

Se envaró al oír el nombre de las malditas Pirettes. Solo le faltaba que la condesa se entrometiera en aquel asunto. Pero ¡si no era más que una pandilla de chicas! Ya había puesto una pequeña «explosión» en su camino y volvería a intervenir si era necesario.

—Las Pirettes no suponen ningún problema —respondió, en un tono tan cordial como le fue posible.

La mujer amagó con volverse. Aún llevaba el rostro cubierto. En cierta ocasión, Barrish había vislumbrado un mechón de cabello rojizo. Siempre le habían gustado las pelirrojas. Y esta no se iba a salvar.

—No toleraré más errores como el que cometió con los estadounidenses, señor Barrish. Aquello nos costó demasiado tiempo y dinero.

Barrish se refrenó para no arrancarle hasta el último cabello pelirrojo. Le tembló la mano. ¿Con quién creía que hablaba? Cuando por fin la tuviera en su habitación, no habría misericordia.

Como la Sapphire East Trading Company aseguraba el noventa y cinco por ciento de los barcos que circulaban de forma legal por los océanos, Barrish tenía acceso a todas las rutas, los itinerarios y los manifiestos de envío imaginables. Cada vez que pasaba por su escritorio información sobre una flota de particular valor, o razonablemente desprotegida, Barrish alquilaba una cuadrilla de piratas para que atacase los barcos y les proporcionaba los detalles exactos de la ruta que iban a seguir durante el viaje. El acuerdo consistía en que los piratas se quedaban la mitad del botín y le entregaban el resto a él. Pero, como los piratas no se caracterizaban por su sentido del honor, Barrish también contactaba con la condesa, que enviaba a sus propios guardias privados a poner fin al asalto y, lo más importante, a robarles todo el botín a los piratas y a la nave mercante. Y gracias a este ingenioso plan urdido por

ambos, Barrish recibía su parte del tesoro, y además no podía demostrarse que estaba detrás de los ataques.

Solo la condesa estaba al corriente de este doble juego. Pero aquellas crías tan molestas se metieron en sus asuntos. Al parecer, las Pirettes habían atracado a un pirata de baja estofa contratado por Barrish para saquear unos navíos mercantes estadounidenses. El pirata les habló del ataque que se avecinaba. Y como buenas ciudadanas, las niñas informaron al capitán que tenía a su cargo los mercantes, y de ese modo frustraron los planes de Barrish y de la condesa.

Las muy necias no tenían ni idea de la implicación de Barrish en el plan. Y el generoso oficial, como muestra de aprecio, llevó a las Pirettes a las oficinas de Barrish. Este último representó su papel de directivo de empresa gentil y consciente de sus obligaciones. Les agradeció su civismo y la ayuda que le habían prestado a la Sapphire East Trade Company. Al principio pareció que las chicas se lo habían tragado todo, y que ahí acababa la cosa. Pero se llevaron consigo unos mapas valiosísimos que Barrish tenía sobre la mesa. Barrish no entendía cómo lo habían hecho. Aparte del valor intrínseco de los mapas, lo peor era que estos contenían sus planes para atacar las naves mercantes estadounidenses. Si las Pirettes se los presentaban a las autoridades no los considerarían pruebas válidas, pero les bastarían para descubrir el secreto de Barrish.

Aunque aquello le había irritado, esperaba no volver a cruzarse con ellas. De hecho, había tomado medidas al respecto. De ahí que el comentario de la condesa le resultara tan ofensivo. Se había quedado lívida al descubrir que un grupo de muchachas piratas había desbaratado sus planes. Pero el botín de los mercantes estadounidenses no menoscababa la reputación de Barrish. Era uno de los hombres más respetados del planeta, y ni una pandilla de niñas piratas salvajes ni una condesa avejentada podían medirse con él.

Pero ahora debía concentrarse en el dinero que la condesa obtendría del siguiente saqueo. El asalto a los barcos del sultán sería el acto de piratería más importante de su vida. Todos los años, el sultán de Marrakatra, uno de los hombres más ricos del mundo, emprendía una peregrinación religiosa, acompañada de tanto fasto que se había hecho célebre en todo el mundo. Sus dos barcos, el *Haman* y el *Shamana*, zarpaban del puerto de Marrakatra, cargados con las mejores joyas, té, obras de arte, cerámicas, sedas y especias que luego vendía en el puerto de Yeda, el principal acceso por mar a La Meca. Aquellas mercancías alcanzaban precios muy elevados en el mercado libre. En el viaje de vuelta, el *Haman* y el *Shamana* regresaban cargados de los lingotes de oro obtenidos con las ventas. Ningún pirata había logrado capturar uno de los barcos del sultán: se contaban entre los mejor guardados de todos los mares. La Sapphire East Trading Company ofrecía seguridad extra para garantizar un viaje sin percances. Sin embargo, aquel año serían la condesa y Barrish los encargados de su seguridad. Ambos estaban dispuestos a asaltar y a saquear los barcos del sultán. Planear el ataque a conciencia les había llevado dos años, y por fin

estaban preparados para llevarlo a cabo.

El botín sería inmenso y la condesa desempeñaba un papel esencial en el ataque. Aunque Barrish deseaba cruzarle la cara por su insolencia, no tenía sentido enfurecer a la bestia. Tiempo habría.

—Nos hemos hecho cargo de esta situación, condesa.

Contempló las aguas. Después de acabar con ella, tal vez la arrojaría a su amado mar. Pero desechó la idea: la condesa no se merecía indulgencia de ningún tipo.

—Entonces, confío en que todo irá bien, señor Barrish.

Para la condesa, la idea misma de confianza era ridícula. La última persona en la que había confiado era el muchacho que le dio el anillo con la perla que llevaba en el dedo. Lo conservaba como recordatorio constante de que no podía volver a confiar.

La confianza, igual que el amor y el honor, era una de esas estúpidas ideas que contaminaban el cerebro de las niñas que soñaban en vivir en un castillo con el príncipe de su vida. Había aprendido a una edad temprana que la única manera de hacerse con un castillo pasa por matar al príncipe o, en su caso, al conde. En sus cuentos de hadas no cabían ni el amor ni la confianza. Ya no. El asalto a los barcos del sultán era demasiado importante como para arriesgarse a posibles complicaciones. Pero, por el momento, dejaría a las Pirettes en manos de Barrish.

Sin más discusión, se volvió y se marchó por el pasillo largo y oscuro.

* * *

Ingela iba muy apurada por la cubierta del barco. Asía una caña de pescar de bambú con ambas manazas. Empezaban a salirle ampollas, pero no tenía tiempo para preocuparse por ellas y trató de hacer caso omiso del escozor. El primer tirón estuvo a punto de hacerla caer, pero recobró el equilibrio y separó las piernas para aguantar mejor. Los rayos brillantes del alba le daban de lleno. Si lograba liberar una de las manos, podría protegerse los ojos o hacerle gestos obscenos al sol. En cambio, optó por sujetar la caña con fuerza y bizquear.

Ingela había ganado cuatro cañas de pescar en una partida de cartas en la costa de Ceilán. Al principio pensó que le habían tomado el pelo. De hecho, le arreó un gancho de derecha a la barbilla del marinero que había perdido, y le habría pateado la rodilla de no haberlo impedido Charlie. Ahora trataba de capturar el séptimo pez de la mañana; un monstruo, a juzgar por la vibración del cable.

La caña de bambú era mucho más fuerte y flexible que las de madera de fresno, y le permitía pescar peces más grandes y apetitosos. Con ello les demostraría a las chicas que era capaz de hacer mucho más de lo que ellas pensaban.

Ingela contempló el cielo azul claro y despejado: podría pescar durante todo el día. No se divisaban gaviotas. Mejor, porque eran implacables con sus presas. Pero también eran perezosas; al menos, las de las Maldivas. Soltó la caña para secarse la frente. El sol calentaba más y más, con el rostro perlado de sudor. El aire olía a sal.

Era su aroma favorito.

Ingela sujetaba la caña de pescar, con los brazos aún tensos, pero el fresco cosquilleo del viento la relajó. Sonrió para sí misma. ¿Quién habría dicho que a los peces les gustaban los encurtidos? Liu tal vez se ofendiese al saber que Ingela había vaciado su última jarra, pero la perdonaría al ver todo el pescado que había conseguido con ella. Por otra parte, Liu se negaba a comer animales, incluido el salmón, que era el favorito de Ingela. Esta se enorgullecía de su sentido práctico y de su carácter aventurero, y consideraba una estupidez la política de Liu de no comer animales, porque las muchachas se pasaban la mayor parte de su tiempo en el mar. Con todo, tenía mala conciencia por haberle robado los encurtidos, y pensó que esa noche le pasaría una ración extra de arroz a Liu para compensar.

El pez se meneaba al extremo del cable y salpicaba agua hasta la cubierta.

—¡Qué es esto! —exclamó Ingela cuando el pez le enseñó los afilados colmillos. A juzgar por las escamas pequeñas y lisas que le cubrían el cuerpo, y por su desagradable rostro, se trataba de una barracuda. Pequeña, pero una barracuda al fin y al cabo. Y eso tenía mucho mérito.

Su padre, Knut habría estado orgulloso de ella. Descendiente de vikingos noruegos, era un gran cazador, luchador y pescador, y el mejor entre los Storm. ¡Aunque no supiera que los encurtidos podían utilizarse como cebo!

Había servido como intendente en el *Storm Uno*. Los intendentes preservaban el orden, solucionaban las disputas y ejecutaban los castigos. La propia tripulación los elegía para que sirvieran a los intereses de la tripulación, y en algunas embarcaciones tenían un poder idéntico al del capitán. Pero en el *Storm Uno* no era así, porque, según parecía, el capitán Andrew Drake no quería compartir el mando con nadie. Aun así, se había ganado el respeto de los Storm debido a su experiencia, fuerza de carácter y excelencia militar, y en muchas ocasiones había sido un oponente formidable para Andrew.

Pero Knut no le había contado esto a Ingela: era poco dado a jactarse o a contar secretos. Lo había descubierto ella. Cuando tenía ocho años, Knut le había puesto un mocho en la mano y le había ordenado que fregara el barco, e Ingela había obedecido, porque solía obedecer a Knut, aunque no de buena gana. Descubrió que la limpieza del barco era una excusa perfecta para esconderse por todos los rincones del barco y escuchar lo que se decía.

Ingela se había pasado toda su vida en el *Storm Uno*, igual que Charlie, y no tenía otros baños con los que compararlo.

Pero sin duda alguna era superior a ellos. A lo largo de los siglos había habido muchos *Storm Uno*, pero el bajel que habían construido Andrew y Knut plasmaba la visión de dos magníficos militares.

Ingela no soportaba la modestia de Knut al hablar de la construcción del *Storm Uno*. Por eso lo obligaba a contar la historia de su «nacimiento» tantas veces que podía recitarla en sueños. Y seguro que lo hacía, dada su inclinación a hablar

mientras dormía.

El *Storm Uno* era una fragata o navío de guerra de doscientas toneladas construida en Inglaterra hacia el año 1759. Su nombre original era *Jorge I*, en honor del monarca británico. Tenía tres cubiertas, la eslora habitual de los llamados navíos de línea (cincuenta y dos metros en la cubierta de cañones) y velas cuadradas en los tres mástiles. Era grande, pero veloz y fácil de maniobrar. Tal vez por eso los franceses lo habían robado y lo habían reconvertido en barco esclavista: *La Nantes*.

Knut y Andrew habían recibido el mando de sus respectivos batallones Storm cuando apenas eran un poco mayores de lo que ahora eran Axel, el hermano mayor de Ingela, y Taye, el hermano mayor de Sadie. Como Knut tenía tres años más que Andrew, debería haber llegado antes a comandante de batallón, pero su hostilidad hacia las autoridades (heredada por sus hijos) le había creado problemas con los supremos dirigentes del Consejo Storm. Por eso sus promociones habían sido merecidas, pero tardías. Al elegir un nuevo cabecilla, el capitán no ocultó su preferencia por Andrew, un burócrata y político nato.

Cuando les informaron sobre *La Nantes*, Knut y Andrew eran unos oficiales empeñados en demostrar su valía. Guiaron a sus batallones al combate y se negaron a rendirse durante los ocho días que duró la batalla frente a las costas de la Martinica. Knut estuvo a punto de perder la rodilla derecha. El carpintero de a bordo, que también hacía de médico, evitó la amputación. Pero a Knut le quedó una leve cojera de por vida. Andrew sufrió una lesión incurable en la espalda que se le inflamaba a veces y le provocaba grandes dolores, sobre todo durante las tempestades. A pesar de sus heridas, comandaron la victoria y recuperaron *La Nantes*. Después de liberar a los esclavos y dar muerte a la cruel tripulación, Knut y Andrew repararon de inmediato en el potencial y la fuerza del barco. Era lo bastante grande como para transportar una tripulación entera de Storm y, al mismo tiempo, veloz y ágil sobre las aguas.

Así pues, se emplearon a fondo para remozar la fragata. La disfrazaron de barco mercante, aunque equipada con cuarenta cañones. Era el barco de guerra definitivo. Construyeron viviendas comunales sobre sus grandes cubiertas, así como viviendas particulares, salas de entrenamiento, lugares de reunión, cámaras secretas, una cárcel, una biblioteca, una enfermería, e incluso una tiendecita. Había espacio suficiente para que los niños pudieran correr en libertad, y pasillos y pasajes ocultos para que los adultos pudieran dedicarse a sus actividades secretas. Dos años más tarde, *La Nantes* ya navegaba con su nuevo nombre de *Storm Uno*. El proyecto de Andrew y Knut se había hecho realidad: habían construido una ciudad entera que se desplazaba sobre el mar.

El Consejo Storm se reunía todos los domingos hacia eso de las nueve de la noche. Ingela aprovechaba para agarrar un mocho y ponerse a fregar. Por supuesto que debería estar acostada, pero Knut nunca había sido muy estricto al respecto. Y además, estaba discutiendo con Andrew.

No siempre discutían. De hecho, la mayoría de las reuniones que Ingela había

espiado eran aburridas. Discutían acerca de asuntos rutinarios como mapas, misiones y transgresores. Los transgresores eran las personas que se habían saltado alguna norma de los Storm. Como intendente, Knut determinaba el castigo y se encargaba de su aplicación. Solía ser indulgente, y apenas imponía sanciones leves. Andrew era más severo, pues opinaba que las transgresiones menores de hoy podían engendrar «perturbaciones» más graves en el futuro. A Andrew le gustaba mucho la palabra «perturbaciones», e Ingela no entendía su significado hasta que Sadie se lo aclaró.

Al principio trataba de arrimar la oreja a la puerta, o apoyaba un vaso de cristal. Pero Ingela no tardó en darse cuenta de que lo más efectivo era espiar a través de las paredes. Por impecable que fuera la construcción del *Storm Uno*, casi todos los barcos tienen algún hueco entre las tablas. El que había descubierto Ingela estaba en un trastero contiguo a la sala donde se celebraban los consejos de los Storm. Si se tumbaba, no solo lo oía casi todo, sino que incluso reconocía algunas caras.

Así fue como Ingela se enteró de que Andrew anunciaba la última y más importante perturbación. No llegó a saber de qué se trataba, porque un portazo inoportuno le impidió oír lo que Andrew decía. Para cuando se hubo acallado el estruendo, Knut había estallado en cólera, pero Ingela no llegó a saber por qué. Despotricó unos minutos hasta que Josephine, la madre de Sadie, lo calmó. El resto de la reunión transcurrió entre susurros. Eso no era lo habitual. Knut parecía envarado, como si hubiera estado a punto de entrar en combate, y Andrew, abatido, como si fuera consciente de su derrota. Josephine tenía el rostro ceniciento, y Mai, la madre de Liu, debía de tenerlo lívido, a juzgar por el contraste con el rojo de sus mejillas.

La semana siguiente no hubo reunión del Consejo Storm, porque un ejército de soldados sin rostro logró entrar en la ciudad marina y dar muerte a Andrew, a Knut y al resto de los miembros del Consejo. Ingela recordaba una y otra vez aquellos momentos, incluso en sueños. ¿Qué había dicho Andrew en aquella última reunión? ¿Había dicho una palabra que empezaba por «he»? ¿Un nombre propio? ¿O era la propia Ingela quien se lo había imaginado todo? La niña meneó la cabeza abatida. Nunca lo sabría.

Ingela sufría al pensar en el *Storm Uno* y, sobre todo, en Knut. Decidió concentrarse en la pesca y sacó la barracuda con un último tirón. El animal se revolcó sobre cubierta y la llenó de salpicaduras.

Ingela se lamió los labios cubiertos de sal. Aquella noche celebrarían un festín.

* * *

Después de media hora tratando de convencerse a sí misma de que podría dormir, Charlie reconoció la derrota y abrió los ojos. Se echó en torno al cuerpo la fina sábana tricotada y dejó los pies expuestos a la fría corriente que entraba en el dormitorio. Pensó en que siempre le había costado encontrar una sábana lo bastante

larga para ella y plegó las piernas para poder abrigarse los tobillos.

—¡Rrrr!

Charlie se levantó de golpe. Saltó de la cama, dispuesta para el combate. Los atronadores ronquidos de Sadie todavía la sobresaltaban. Cuando ambas eran pequeñas, Charlie se había pasado noches enteras en vela, convencida de que aquel bramido no provenía de la litera de abajo, sino de una bestia estruendosa y despiadada. Se metió el dedo en el oído derecho y sacó una pieza pequeña y redondeada de arcilla. Eran los improvisados «protectores antirronquido» inventados por Liu para no oír a la tigresa que dormía en la litera de abajo.

—¡Rrrr!

Charlie se rio por lo bajo. Los horarios de Sadie eran propios de un vampiro. Leía a la luz de una vela, o preparaba disparatados mejunjes de hierbas hasta que comenzaba a clarear. A juzgar por sus ronquillos, debía de haber trabajado hasta las tantas, y faltaban unas cuantas horas para que se levantara. Charlie había aprendido por las malas que despertar a Sadie antes de tiempo era como meter un palo en un avispero. El ataque era inevitable.

Por lo general, Sadie era la primera que se levantaba, pero, a juzgar por el barullo que se oía en cubierta, parecía que el pequeño monstruo ya estaba en pie. Tan temprano, y seguro que Ingela ya estaba dando problemas. Charlie no había dormido en ningún dormitorio tan estrecho como el del junco. Este se hallaba bajo la cubierta, según el diseño clásico, y era pequeño incluso para cinco personas. Pero la falta de espacio se compensaba con la brújula magnética, el timón en popa y el casco estanco, rasgos ausentes en los barcos occidentales. Mereció la pena robarlo.

Pero, durante la primera noche a bordo, Ingela se quejó de que aquello era como dormir en un ataúd y subió una cama a cubierta. Aquello contrarió a Charlie, que no quería perderla de vista.

A Charlie no le gustaba que una niña de once años apostara, pero debía reconocer que Ingela tenía talento con las cartas, los dados y todo lo que sirviera para engatusar a la gente y obligarla a entregar sus objetos más valiosos. Y lo cierto era que las ganancias que aportaba Ingela eran muy útiles.

Las reinas de las cortes escandinavas no parecían muy interesadas en contactar con sus hijas bastardas: ninguna quería verse con la madre de Ingela. Pero todas ellas guardaban recuerdos entrañables de su querido Knut. Aunque Charlie adoraba a su padre, a quien consideraba un héroe, Knut era el hombre más animado, fuerte y valiente que jamás hubiera conocido. Pese a los desastres sin fin que propiciaba Ingela, a Charlie le encantaba que se pareciera cada vez más a Knut y a su hermano rebelde, Axel.

Charlie sonrió para sí misma. Axel solo era dos años mayor que ella, pero el *Storm Uno* al completo, incluidos los adultos, lo respetaba. No solo porque hacía muy bien las tareas propias de los Storm, sino también porque siempre se guiaba por su criterio, sin importarle las consecuencias. No buscaba complacer a nadie. Por ello,

nadie se sorprendió cuando recogió los bártulos y se marchó. Tenía quince años. Tuvo una charla con Knut e Ingela durante el desayuno, y a la hora de la comida ya se había marchado. Cuatro años más tarde navegaba por los mares con su propia cuadrilla de bribones. Aunque no tuvieran una denominación oficial, las chicas les habían puesto el «cariñoso» apodo de «los Náufragos».

Estos se habían reciclado: aparecían nuevos miembros, y otros dejaban el grupo para ir a la cárcel, el hospital o incluso el cementerio. Ahora eran un sólido grupo de cuatro muchachos, entre los que se contaba Taye, el hermano mayor de Sadie. Charlie sintió un nudo en el estómago. No podía pensar en ello.

Los motivos últimos de los Náufragos siempre habían sido un misterio. Parecían ubicuos, y estaban dotados de una confianza y una despreocupación de las que las chicas carecían.

Charlie arrugó la frente. Debía concentrarse en lo más importante: hallar el lírium. Habían matado a su padre justo cuando Charlie empezaba a aprender a branquiar, la técnica que empleaban los Storm para conseguir el lírium. Ninguna estaba tan preparada como ella, aunque su instrucción solo había durado tres meses. Charlie se estremeció. Cuando empuñaba la espada, no sabía lo que era el miedo, pero si estaba sola en las tenebrosas profundidades marinas, se sentía envuelta por todo tipo de horrores y miedos: a ahogarse, a asfixiarse, a ser devorada por un tiburón o estrangulada por un pulpo.

El miedo le impedía encontrar el lírium. Sin lírium, no sobrevivirían. Y si ellas no estaban, nadie podría descubrir qué había pasado con sus familias.

Charlie sintió el deseo de pasarse el resto de su vida en la cama. Pero, como había hecho todas las mañanas desde el Día de la Destrucción, pensó en Knut, en los padres de Sadie, en el padre de Raquel, en la madre de Liu, y en su propio padre.

—¡Rrrr!

Charlie asintió.

—Tienes razón, Sadie. Tendría que despertarme.

¡Qué curioso! Les resultaba más fácil ponerse de acuerdo cuando una de las dos estaba prácticamente inconsciente.

Charlie respiró hondo y se levantó de la cama. Los capitanes no pueden permitirse el lujo de sentir miedo.

* * *

La amarra que aseguraba el bote de remos sufrió una sacudida. Un cabo que salía del agua. Liu lo agarró y empezó a tirar. En menos de diez segundos, los cabellos rojizos de Charlie emergieron a la superficie verdosa. La muchacha tomó aliento con respiración entrecortada. Se apoyó con todo su peso sobre la boya, una cesta vacía atada con el cabo opuesto de la amarra que le sujetaba la cintura.

—¿Has visto algo? —preguntó Liu, aparentando más optimismo del que sentía en

realidad.

Charlie ni siquiera se molestó en responder. Su única preocupación era meterse todo el oxígeno que pudiera en los pulmones. Aunque estaban en octubre, el agua de las Maldivas era cálida y acogedora. Apoyó la cabeza en la boya y dejó que el sol le calentara la nuca.

—¡Charlie, llevas casi dos horas así! —«Aquí, durante una semana, y en otros sitios durante los treinta días anteriores», pensó Liu, pero se abstuvo de decirlo en voz alta—. ¿Por qué no dejas que lo intente yo? —Charlie levantó bruscamente la cabeza—. ¡Sabes que nado mejor que tú! ¡Y también buceo mejor!

Charlie se arregló el pañuelo blanco que le sujetaba la cola de caballo. Los japoneses creían que el color blanco asustaba a los tiburones. No estaba segura de que fuese cierto, pero cualquier consejo era bienvenido si con él evitaba ataques de los tiburones.

—¡Esto te ayudará de verdad! —exclamó, y volvió a anudar las «gafas submarinas» que Liu había inventado esa misma mañana. Le había adosado un cristal al fondo de una cesta pequeña y ovalada. Según Charlie, al nadar con los ojos abiertos le resultaría más fácil encontrar el lírium. Nada más lejos de la realidad.

—¿Me escuchas, Charlie? —insistió Liu—. Creo que tendrías que dejarme branquiar. Nado y buceo mejor que tú.

Liu era demasiado joven como para haber empezado a aprender a branquiar antes del Día de la Destrucción, pero había acompañado a Charlie un número de veces suficiente como para cerciorarse de que ni todas las gafas submarinas del mundo la iban a ayudar.

Un leve oleaje mecía el bote. Las aguas eran tan claras que se podía ver hasta diez metros de profundidad. Los bancos de peces rojos, blancos, amarillos, púrpura y negros se mezclaban con el coral rosado, verde y naranja, y creaban una espectacular mezcla de colores.

—Creo que necesitaré más piedras. —Charlie abrió la bolsa de cuero que llevaba atada a la cadera. Debía de pesar unos diez kilos, lo que en teoría facilitaba el descenso.

Liu metió la mano en el saco y dejó caer cinco piedras sobre las manos de Charlie.

—Sé muy bien que me has oído.

Charlie respiró hondo. ¡Dentro del agua, Liu era la más fuerte, pero nunca había recibido clases! Sería una imprudencia dejarla branquiar.

—Sería demasiado peligroso, Liu —zanjó Charlie, y volvió a hundirse en el agua. Como iba más cargada, descendió muy rápido y se estrelló contra el fondo. Allí solo reinaban el frío y la oscuridad.

Trató de no hacer caso de la presión que sentía en la cabeza y el agarrotamiento de los pulmones. Lo que más odiaba era la sensación de que dos manos gigantescas le estrujaban la garganta. Volvió a notar el sonido estridente en los oídos. Por puro

instinto, acercó la mano al cuchillo que llevaba en la cadera derecha. Allí abajo, en las tinieblas, donde no podía ni chillar, no sabía cuántos depredadores peligrosos podían acechar en las cercanías. Dio unos pasos hacia una roca grande. El lírium solía crecer en sitios fríos y oscuros. Charlie empezó a inclinarse, pero no soportaba la presión en los pulmones. Solo quería tomar aire. Vació la bolsa donde llevaba las piedras y tiró del cabo.

Liu suspiró, ofuscada. El minuterero del reloj de bolsillo de Charlie apenas se había movido.

Charlie tomó aire nada más emerger.

Liu esperó a que recobrase el aliento, y respiró hondo antes de hablar.

—No vuelvas a bajar, Charlie.

Charlie se estaba vaciando el agua de los oídos y tuvo que hacer un esfuerzo para entender a Liu.

—¿Qué?

—Que no vuelvas a bajar.

Charlie elevó la mirada hacia el sol.

—Todavía falta para que anochezca. Podríamos intentarlo al menos una hora más.

Liu negó con la cabeza.

—No me refería a eso. Escúchame, Charlie, todo el mundo sabe que eres la más valiente de aquí. Pero el problema no es que no haya lírium. El problema es que eres incapaz de aguantar bajo el agua el tiempo suficiente para conseguirlo.

Ya lo había dicho. Se sintió aliviada, aunque sabía que iba a herir los sentimientos de Charlie. Esta tuvo que claudicar, avergonzada: Liu tenía razón.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Charlie, humillada por el fracaso.

—Aguantaremos una temporada gracias al pescado que ha conseguido Ingela. — Se dio cuenta de que Charlie estaba a punto de contestarle y la atajó con un gesto—. Ya sé que esto es pan para hoy. Y tú piensas en nuestro futuro. Compartimos tu preocupación, créeme.

Hacía exactamente cincuenta y dos días que habían logrado dejar atrás a Zhang Tao. La sorpresa inicial había dado paso a la esperanza. Pero el desánimo la atenazaba en días como ese, con Charlie tratando en vano de branquiar. Si no cambiaban las cosas, acabarían en el infierno de Zhang Tao. Habían corrido demasiados riesgos como para dejarse atrapar con tanta facilidad.

—Tenemos que pensar algo. Pero no esto.

Liu miró a su alrededor. Casi esperaba divisar algún navío de su padre en el horizonte. Y ese miedo constante a que las capturasen era una especie de infierno. Liu agarró a Charlie por los hombros y la sacó del agua.

Charlie subió al bote de remos. No pensaba rendirse tan fácilmente, pero estaba demasiado agotada como para discutir con Liu. Además, aunque no quisiera reconocerlo, sentía alivio al salir del agua.

BITARCO, ddarco, ffarco,
ggarco... grrrr... guau guau

Fecha: 31 de octubre.

Posición: En el infierno.



Sadie me ace bolver a empezar. Sadie es
invecil

Fecha: 31 de octubre.

Posición: Todavía en el infierno.

Tamos en las Maldibas. Sadie come tanto
pescado q sta gorda. 2 semanas aki y no pillamos
lirium. Todas deveriamos vrankiar. Si no
encontramos lirium k acemos aki. No tenemos
quita y no podemos comer pescado toda la vida.
Somos Storm. ¡Deveremos luchar! Pero eh una cosa
viena el papa d Liu no nos enkuentra.

El calendario vonito d Sadie dice que es 31
otubre dia de muertos. Ta noche me kuvro con
tripa de pez y sangre y asusto a Rakel.

Ga ja ja

Ingela

—¡Luna llena! —exclamó Sadie.

—¡Vale! —gritó Raquel, y se cubrió los ojos.

—¡No! ¡Es una luna llena de verdad! —Sadie señaló con el dedo mientras la luna se asomaba entre las nubes y arrojaba una luz plateada sobre el mar.

Raquel se apartó la mano del rostro, feliz de poder admirar un pálido círculo que era la luna, y no el culo desnudo de Ingela.

—Qué luna tan hermosa —murmuró en español, y se dejó acunar por la suave brisa. No iba a dormir toda la noche, porque inevitablemente despertaría para su «danza» nocturna con el soldado sin rostro, pero tal vez echara una cabezadita.

Charlie pensó que la luna parecía una perla gigantesca en medio del cielo, y jugueteó con la única perla de la cadena de plata que llevaba al cuello. Su padre se habría avergonzado de ella. Charlie estaba acostumbrada a hacerlo todo bien. Nunca había fracasado de aquella manera.

Habían pasado dos semanas y aún no había encontrado ni una sola planta de lírium. El plan fracasaba sin remedio y no sabía qué hacer. La derrota pesaba sobre ellas casi tanto como la posibilidad de que Zhang Tao las capturara. Les había fallado a todas.

—Chicas, he preparado té para todas.

Liu salió a cubierta con una bandeja cargada de tazas de madera que, para su sorpresa, había encontrado en el junco.

—¡Chist! —susurró Sadie. Se llevó el dedo a los labios y señaló a Raquel, que se había dormido. A juzgar por sus ojeras, necesitaba una buena siesta.

Liu asintió. También quería echar una cabezada. Pero tenía demasiadas cosas en que pensar. En el barco robado, por supuesto. En escapar de Zhang Tao. En que había abandonado a su familia. Pero, sobre todo, pensaba en branquiar. Por supuesto que Charlie no reconocería ante las demás que se veía incapaz de hacerlo. Acaso porque no lograba aceptarlo. Pero había que ser realistas, y Liu estaba dispuesta a sacar el asunto a colación. Respiró hondo. Lo mejor sería empezar con Sadie, porque esta siempre hacía entrar en razón a Charlie.

—Sadie, Charlie, deberíamos hablar sobre la cuestión de branquiar.

Sadie estiró las piernas.

—Sí, este no es un buen sitio para encontrar lírium, ¿eh? ¿Y si vamos más al sur?

Liu clavó la mirada en Sadie.

—No, no creo que aquí falte el lírium. El problema es que Charlie...

Charlie se puso en pie.

—¿Qué pasa conmigo?

No le quitó el ojo de encima a Liu.

Ingela apareció de pronto en medio de su círculo, como si hubiera caído del cielo. Aunque lo más probable era que la diablilla no hubiese caído del cielo. Había palidecido y su rostro parecía preocupado.

—Ah, estabas escondida ahí arriba, ¿eh? —dijo Sadie queriendo provocarla, y levantó los ojos hacia el palo mayor.

Ingela no le hizo caso.

—¡¡¡Están subiendo a bordo!!! ¡Han venido con garfios y cuerdas! ¡No sé cuántos son!

Charlie reaccionó a la velocidad del rayo. Desenvainó el alfanje.

—¡Tomad posiciones!

Habían practicado docenas de veces la estrategia que tenían que seguir ante un ataque por sorpresa, pero era la primera vez que la ponían en práctica. ¡Zhang Tao las había descubierto! Había llegado el momento. Charlie corrió hasta la popa, mientras que Ingela y Liu se apostaron en proa, pertrechadas con sus alfanjes.

—¡Nos atacan! ¡Despierta! —le chilló Sadie a Raquel. Ambas estaban igual de dormidas.

—¿Qué? —preguntó Raquel en español. Antes de abrir los ojos ya había cerrado el puño sobre la daga—. ¡Sadie, saca el arco y las flechas! —Se esforzaba para que el pánico no se percibiera en su voz.

—E-es-están a-a-abajo —respondió Sadie avergonzada. Sabía que debería llevar el arma encima, pero jamás se le había ocurrido que pudiera necesitarla. Se puso a temblar de la cabeza a los pies. Era obvio que no estaba preparada para aquello.

—¡Baja! ¡Yo cubriré tu puesto! —Raquel echó a correr hacia donde estaba Charlie—. ¡Venga, Sadie! —gritó, sin mirar atrás.

—¡No puedo con esto! —voceó Liu. La brisa se había transformado en una racha de viento, y no le resultaba fácil encender las antorchas.

Ingela se puso delante de Liu para resguardarla del viento.

—Inténtalo de nuevo —le dijo, y sostuvo con la mano la primera de las antorchas para que Liu encendiera la cerilla. Si veían luz, los atacantes entenderían que habían perdido el factor sorpresa.

En el otro extremo, a resguardo del viento, Charlie y Raquel habían encendido las seis antorchas. El navío estaba bañado de luz. Era necesario, porque la luna apenas iluminaba aquel cielo negro como la tinta.

Raquel recordó una advertencia de su padre: «Es más fácil impedir el abordaje de unos piratas que echarlos una vez que están dentro». Los atacantes habían colgado cabos de la borda para poder subir. Raquel cortó el primero con su daga.

—¡Ayúdame! —le pidió Raquel a Charlie, mientras se preguntaba por qué esta no se había puesto al mando de inmediato.

Charlie corrió hacia ella.

—¡Adiós! —le gritó Raquel en español al hombre que se precipitaba al agua. Solo entonces vio la gigantesca masa que se erguía detrás de Charlie—. ¡Cuidado! —chilló.

Charlie se dio la vuelta y descubrió a un gigante que subía al junco. Era tan corpulento como los luchadores de sumo que había visto en Osaka durante su

infancia. Pero a diferencia de ellos, este era una masa compacta, con un torso enorme, y unos brazos y unas piernas esculpido en granito.

Montó a horcajadas sobre la borda y sus ojillos hundidos la miraron con rabia. La enorme cabeza calva semejava un peñasco deforme en lo alto de una montaña. A Charlie no le pareció asiático. Zhang Tao debía de contratar a hombres de todas las procedencias, por lo que no se podía descartar que fuera uno de ellos. Pero los motivos del gigante para irrumpir en el barco eran lo de menos. Bastaba con ver cómo hinchaba los orificios nasales al respirar y cómo le resbalaban las babas de las mandíbulas pesadas y carnosas para entender que la bestia estaba hambrienta.

Si quería derribarlo, lo mejor sería atacarlo mientras siguiera en equilibrio precario. Retrocedió unos pocos pasos y luego embistió con todas sus fuerzas. El hombre se tambaleó, pero no se cayó. Charlie arremetió de nuevo, esta vez alfanje en ristre, dispuesta a clavárselo en el pecho. Pero el otro ya tenía los pies bien puestos en el suelo y agarró el alfanje por la hoja, y a duras penas se estremeció cuando la hoja le hirió en los dedos. Le arrebató el alfanje con la mano y lo arrojó a un lado como si fuera una navaja de bolsillo. Entonces sujetó a Charlie, la sacudió y la arrojó contra la baranda. La muchacha trató de desenvainar su otra espada, pero el hombretón fue más rápido, le aferró la garganta y trató de estrangularla.

Raquel empuñó una de sus dagas como si se tratase de un dardo, se concentró en su objetivo y la arrojó con todas sus fuerzas. Le hizo un corte en el hombro al enemigo, pero este no pareció notarlo. No podían correr riesgos con aquel individuo. Si se le acercaba demasiado, acabaría con ella y con Charlie. Raquel vio, horrorizada, que el rostro de Charlie se había vuelto del mismo color que sus cabellos pelirrojos. Sacó otra daga. Iba a necesitar refuerzos.

—¡Tiene a Charlie! —chilló.

Liu e Ingela habían oído los gritos de Raquel, pero estaban demasiado ocupadas con un hombre que llevaba una pistola de pedernal en cada mano y las apuntaba a la cabeza. Habían corrido justo a tiempo de ver cómo se encaramaba a la cubierta. Era de estatura y constitución medianas. El único rasgo suyo que llamaba la atención era una cicatriz larga y profunda que iba desde el cuero cabelludo hasta la oreja izquierda y le dividía el rostro en dos mitades asimétricas. Ingela creía que, a juzgar por el contorno mellado de la herida, se la habían hecho con un cuchillo de sierra de doble filo. Pero claro, las expertas en armas blancas eran Charlie y Raquel.

—¡Ah, muchachas, mira por dónde! Parece que deseabais poneros a tiro de mis pistolas.

Caracortada sonrió y dejó al descubierto una boca llena de dientes con filos como cuchillos.

Ingela no sabía si era una deformidad de nacimiento o si se la había hecho él mismo. Pero retrocedió ante aquella boca llena de dagas. No le cabía duda de que eran su arma más mortífera. Se preguntó por qué se molestaba en dispararles, cuando habría podido causarles heridas más graves con un simple mordisco. Ingela abrigaba

la esperanza de que no pudiera hacer ninguna de las dos cosas y cerró el puño con fuerza.

Liu no podía dejar de mirar aquella cara. La desagradable cicatriz era antigua, y parecía dotada de vida propia. Vibraba y se agitaba cada vez que su airado propietario tomaba aliento. Zhang Tao solía buscar a sus esbirros entre los lugareños, pero tal vez hubiera reclutado también a occidentales para divertirse más. Después de todo, Papá Querido le había demostrado que era impredecible.

La última vez que los hombres de Zhang Tao habían ido por ellas, Liu se había quedado paralizada de miedo. Ahora estaba igualmente paralizada, pero no tenía ninguna intención de rendirse sin luchar.

Respiró hondo y trató de apaciguar la histeria que la abrumaba.

—No luchemos como piratas. Luchemos como Storm —dijo, tanto para sí como para Ingela.

—¿Has dicho algo de una tormenta? —preguntó el hombre con una risilla—. No dejaré de mataros porque caigan cuatro gotas.

Ingela había oído muy bien lo que le decía Liu. También respiró hondo. «Sigilo y velocidad. Dominio de la mente sobre el cuerpo.» Ambas se apartaron al unísono de la línea de fuego de las dos armas. Caracortada se movió con torpeza para apuntarlas a la vez. Ellas aprovecharon la oportunidad para golpearle cada una un brazo por detrás, con toda la fuerza posible, de modo que él volviera las manos hacia dentro. A Ingela le resbalaron los dedos antes de sujetarlo, pero Liu sintió el crujido del hueso.

Caracortada gimoteó y dejó caer esa pistola al suelo. Por instinto, se agarró la muñeca rota con la otra mano, y dejó caer la otra arma. Tras un codazo final en el vientre y una patada demoledora en las rodillas, se desplomó.

Sadie estaba en un rincón, en lo alto de la escalera de la cubierta principal. Trataba de recordar las instrucciones para tirar con arco. Como era habitual en ella, no había disparado nunca una flecha con el arco, pero sí había pasado mucho tiempo leyendo cómo se hacía.

—Dominio de la mente sobre el cuerpo —murmuró Sadie. Una información tan inútil como los libros que había leído.

«En primer lugar, hay que fijar el blanco.» Lo hizo en el pecho del gigante. «En segundo lugar, planta los pies en el suelo en línea con los hombros y quédate en pie sin tensar el cuerpo.» Pero estaban estrangulando a su mejor amiga ante sus propias narices. ¿Cómo no iba a estar tensa? «En tercer lugar, apunta con el arco hacia el suelo y ponle la flecha.» Se llevó una sorpresa al lograrlo al primer intento. «En cuarto lugar, levanta el arco y ténsalo.» Sostuvo el arco de manera que quedase alineado con el blanco. «En quinto lugar, apunta y dispara.» Sobre el papel parecía fácil. Respiró hondo y disparó. Sadie vio como la flecha surcaba el aire y se clavaba en el hombro izquierdo del gigantón.

Raquel sintió que algo afilado le rozaba la mejilla y se volvió. No había reparado en Sadie, y se sorprendió al verla con arco y flecha. El monstruo agarró la flecha con

una mano y se la arrancó. Sangraba en el hombro, pero eso no parecía afectarle. Ya no estrangulaba a Charlie, pero la agarró y la arrojó contra Raquel. Las dos salieron disparadas por la cubierta. Entonces, el hombre se volvió hacia Sadie.

Empezaron a lloverle flechas, pero ninguna acertaba. No les prestó atención y comenzó a caminar lentamente sobre cubierta hacia el lugar desde donde le disparaban. No tenía prisa, porque parecía que por cada uno de sus pasos una persona normal tuviera que dar cuatro.

Sadie contempló con los ojos desorbitados cómo se le acercaba la bestia. Cada vez que ponía un pie en el suelo, este vibraba. Pero tal vez fueran los latidos de su corazón. «Fa fe fi fo fu», murmuró Sadie para sí, y se acordó del gigante del cuento de hadas que su madre le contaba cuando era niña. Pero aquel monstruo no era imaginario. A cada paso que daba se volvía más real.

Sadie quiso correr, pero parecía como si los pies se le hubieran pegado al suelo. Siguió disparando, pero las flechas caían cada vez más lejos del blanco. El hombre se arrojó sobre ella cuando estuvo tan cerca como para que la invadiese un rancio aliento con hedor a ron. Sadie solo sentía miedo, y su cuerpo y su mente se paralizaron. Se desplomó con la fuerza de lo que parecían doce hombres.

Charlie trataba de respirar. No tenía aire suficiente. Bizqueó. Entrevió como el gigante agarraba por el cuello a Ingela, que se retorció y pateaba. Liu lo golpeaba y Raquel trataba de acercarse con su daga. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.» Tomó aire una última vez antes de desenvainar el alfanje.

—¡CUIDADO! —Liu, Raquel e Ingela se volvieron. Charlie agitaba salvajemente el alfanje por encima de su cabeza. Raquel y Liu se apartaron de un salto y la aguzada hoja cortó el dorso de la holgada camisa de la bestia. Un bosque de vello asomó por la tela cortada. El hombre soltó a Ingela, que cayó al suelo con gran estrépito, y se volvió para encararse con Charlie. A la muchacha se le aceleró el pulso. La excitación y la rabia corrían por sus venas. ¡¿Cómo se atrevía aquel monstruo a hacerles daño a sus muchachas?!

Charlie alzó la espada y atacó de nuevo. Su hoja se clavó en la gruesa carne y cortó hasta abajo. La sangre le salpicó la cara, pero no se detuvo a enjugársela. Una vez que hubo liberado todo el peso de su furia, Charlie ya no pudo detenerse. Acometió una y otra vez con la espada.

* * *

—Tan solo buscábamos monedas, joyas, e incluso ron y carne salada —respondió Caracortada, que en realidad se llamaba Seth. Se sostenía la muñeca rota con la otra mano y miraba a las cinco muchachas que estaban en pie frente a él como un pelotón de fusilamiento. Observó con gran alivio que ninguna de ellas empuñaba armas de fuego. Pero volvió a preocuparse al ver que la niña loca de cabellos rojos y revueltos todavía empuñaba el alfanje.

Sadie había curado las heridas de los prisioneros y las otras cuatro los habían atado para pasar la noche. Ahora, a la clara luz de la mañana, tanto las heridas de los hombres como los cortes y las magulladuras de las chicas tenían muy mal aspecto. La peor parte se la llevaba Len, el gigantón, que parecía un trozo de carne en la sala de despiece. Sus cortes eran superficiales, pero la mera visión de los brazos, las piernas y el torso cubiertos de heridas bastó para revolverle el estómago a Sadie. Liu, Raquel e Ingela también parecían sentir náuseas al verlo. Charlie, en cambio, estaba bien. Parecía orgullosa de su obra.

—Pero dijiste que nos ibas a matar —respondió Liu—. Fue cuando sostenías el arma contra mi cabeza. ¿Te acuerdas?

—Solo quería asustarte.

Seth sonrió, y dejó al descubierto una vez más las pequeñas dagas que tenía por dientes. Sadie y Raquel dieron un salto. Liu miró a otro lado. Aquel sujeto les provocaba escalofríos.

El *Storm Uno* había pasado mucho tiempo en ambas orillas del continente americano. Charlie habría jurado que las «R» que pronunciaba Seth eran propias del sur de Estados Unidos. No le parecía probable que Zhang Tao contratara los servicios de matones estadounidenses. Pero entonces, ¿cómo había llegado hasta allí?

Charlie se volvió hacia Len. Seth había revelado su nombre a cambio de un trago de cerveza. Len se había negado a hablar durante toda la mañana, aparte de algún ocasional gemido de dolor. Charlie creía haberle hecho mucho más daño del que luego se vio a la luz del día. Se estremeció.

—Mentira —declaró Raquel, aparentando absoluta seguridad—. No vinisteis a nuestro barco solo para robar. —Se arrodilló y tocó el cuello del abrigo que cubría a Seth hasta las rodillas. «Felpa.» La muchacha conocía los tejidos más finos, aunque raramente tuviera ocasión de ponérselos. Palpó el abrigo por dentro. ¡Qué suave!—. Cachemira con forro de seda. ¡Buah! —La mera idea de que un delincuente pudiera vestir ropa tan elegante la encolerizó. Se puso a gesticular como loca—. ¡No habíais venido a robarnos! ¡No os hace ninguna falta! ¡Tendríamos que ser nosotras quienes os robáramos a vosotros!

Ingela pensó que, de hecho, ya le habían robado. Se puso bien su chaqueta ligera, con la esperanza de que no se notara que llevaba en el bolsillo una bolsa repleta de monedas que le había quitado a Seth. «Quien encuentra, se lo guarda, y quien pierde, llora», se recordó a sí misma. Aunque, a decir verdad, no había perdido las monedas, sino que las había dejado caer después de que Ingela le arrease una patada.

Seth se rio por lo bajo. No habría podido pagarse aquella ropa tan cara con su salario de esbirro. Pero el «jefe» les insistía en que vistieran bien, y les proporcionaba todo el vestuario.

—Me alegro de que te guste la ropa. Si quieres, puedes seguir tocando —dijo con una sonrisa. Raquel dio unos pasos atrás. Seth se lo estaba pasando bien—. Tendrías que ir un día. Así podría enseñarte todo lo que me ha comprado el jefe... —Seth se

calló de pronto. Había hablado demasiado.

—¡Cállate! —le gritó Len desde su improvisado catre en el rincón. Eran las primeras palabras coherentes que le oían.

Charlie le gruñó.

—¡No le hagas caso, Seth! —dijo, aunque dudaba incluso de que Seth y Len fueran sus auténticos nombres—. A no ser que quieras acabar como él... —Dio pasos lentos en torno a Seth, recorriéndole el cuerpo con el alfanje—. Entonces ¿trabajas para alguien? ¿Un jefe que te compra ropa cara y te envía a matar a niñas inocentes?

Seth frunció el ceño. No le gustaba tener tan cerca a la loca.

—Si hubiéramos venido a mataros, ya estaríais muertas —dijo Seth en tono burlón. Miró a Len. La niña negra que había cuidado de ellos, la única que demostraba cierta empatía, había dicho que sobreviviría. Y había recolocado la muñeca de Seth para que se curara. Pero no estaba seguro de que los conocimientos médicos de una chica negra fueran fiables.

—Si no queréis hablar, podemos pasaros por la quilla —amenazó Ingela con voz baja y acerada.

Seth miraba con incredulidad a aquella ladronzuela menuda y la bolsa de dinero que se entreveía bajo su ropa. No tenía nada que ver con las niñas que él conocía. Esta no pensaba en coger flores y jugar con muñecas.

Sadie sintió un escalofrío en todo el espinazo. Charlie se estaba transformando en una psicópata, pero ¿Ingela también? ¿De verdad quería atarlos, pasarlos por debajo de la quilla del barco y sacarlos por el otro lado? Se ahogarían, y además los percebes adheridos al casco les destrozarían la piel. No se lo habría deseado ni a su peor enemigo. Sadie rezaba por que Ingela lo hubiera dicho para asustarlo.

La propuesta de Ingela también había tomado por sorpresa a Charlie, pero reparó en que había molestado a Seth.

—Seth, dínos para quién trabajas, y por qué te mandaron aquí para «no matamos», y te aseguro que salvarás el pellejo. —Se agachó hasta quedarse cara a cara con el hombre y sacó una navaja de bolsillo. Rozó con ella la cicatriz que le atravesaba la cara—. Bueno, el pellejo que te queda.

—¡Charlie! —protestó Sadie, pero Charlie no le hizo caso.

Liu y Raquel avanzaron hacia ellos.

—Seth tiene acento estadounidense. Y Len parece inglés, aunque no ha hablado lo suficiente como para estar segura —susurró Raquel, y les echó una mirada—. ¿Crees que podrían trabajar para tu padre?

Zhang Tao ya había abierto fuego contra ellas, así que no le cabía ninguna duda de que quería su sangre. Estaba muy claro que Seth y Len las habrían matado de no haber sido por Charlie y su manejo de la espada. Pero Liu todavía pensaba que su padre estaría más interesado en capturarlas, aplicarles un castigo cruel y gozar con su sufrimiento. Pagar a dos hombres para que las mataran no era propio de él. Además, solo contrataba a occidentales para tareas administrativas de cierto nivel.

Las ropas de Seth y Len también apuntaban en otra dirección. Liu se acercó de nuevo a los dos hombres y se agachó frente a ellos. Raquel tenía razón. La chaqueta de Seth tenía un corte impecable, con doble costura de hilo de seda. No eran las ropas de un ladrón común. Eran las ropas de un delincuente que se hacía pasar por gentilhombre...

—¡La Sapphire East Trading Company! —gritó Liu, y luego lamentó haberlo dicho en voz alta. Habría sido mucho mejor que los hombres no supieran que se había dado cuenta de quién los enviaba. De todos modos, sintió alivio. Estaba claro que no eran esbirros de su padre.

—¡Rogers Barrish! —exclamaron Raquel y Liu al unísono.

Las demás se sobresaltaron al oír aquellos nombres, mientras que Liu y Raquel se miraron, horrorizadas, porque acababan de darse cuenta de lo que habían descubierto.

* * *

—Les he pasado unas galletas —explicó Sadie, mientras subía al «comedor» por la escalera de madera de teca. Ese tipo de juncos servía sobre todo para transportar cargamentos caros, así que los construían con compartimentos interiores estancos, con mamparos a prueba de agua. Y estos estaban conectados con escaleras. Esa particularidad les había llamado la atención al principio, pero ya se habían acostumbrado.

—Pero me parece que están demasiado cansados como para comer —acabó de explicar mientras atravesaba la cocina hasta la mesa larga de madera donde ya estaban sentadas las otras.

A Charlie le molestaba el bombardeo informativo de Sadie, como si esos dos hombres no fueran sus prisioneros, sino sus invitados. La bondadosa Sadie acabaría por simpatizar con el enemigo.

Ingela eructó con la boca llena de apestoso estofado de tortuga.

—¿Y cómo es que los prisioneros comen mejor que nosotras? —En realidad les había dado unas galletas baratas «para perros», sin sabor. Ingela agarró el cuenco casi lleno de los restos de comida de Sadie—. Deberíamos obligarlos a tragarse estos meados de gato.

La prominente barbilla de Ingela arrojaba una larga sombra sobre la pared. Solo habían encendido dos de los diez candelabros, y la habitación estaba llena de rincones oscuros y sombras danzarinas.

—¿Ya no quieres pasarlos por la quilla? —preguntó Raquel. Estaba orgullosa por cómo se habían defendido, pero triste por la actitud de Charlie e Ingela. Siempre había sabido que sus hermanas eran valerosas, pero no que fueran crueles.

Ingela se encogió de hombros.

—Solo se lo dije para asustarlo. —Entonces abrió los ojos todo lo que pudo—. ¡Y ya viste cómo se asustó!

—*Cariño...* —respondió Raquel en español. Ingela no era lo que se dice una muchacha simpática y cariñosa, pero a Raquel le gustaba creer que por debajo de toda su dureza había un corazón genuino. Agarró los cabellos rubios y grasosos de Ingela, y se los despeinó. Le sorprendió no recibir un manotazo.

—Quizá te pasaste un poco, renacuaja —dijo Charlie.

—¡Mira quién habla! ¡Pero si eres una psicópata! —protestó Sadie desde la otra punta de la mesa. No lo había dicho con tanta elocuencia como le habría gustado, pero dicho estaba.

—¿Psicópata? —protestó Charlie—. ¡Yo solo te salvé la vida!

—¡Y casi matas a otra persona! ¿Sabes que podrías haberle rajado una arteria? ¡Y se habría desangrado! —gritó Sadie.

—Fue en legítima defensa. ¡Teníamos derecho a usar todos los medios necesarios!

Charlie buscó apoyos con la mirada. Raquel contestó, incapaz de mirarla a los ojos.

—Pero lo llevaste demasiado lejos. ¡Estabas disfrutando!

El ambiente era cargante. Charlie se sentía como si Len volviera a estrangularla. Una bruma de olvido envolvía los momentos en que desenfundó el alfanje. Las lágrimas afloraron, pero no sabía el motivo. ¿Lloraba porque Raquel tenía razón, o porque no la tenía?

—Y seguías y seguías...

—¡Callaos! ¡Las dos! —Liu dio un puñetazo sobre la mesa. Ya no confiaba en Charlie por su incapacidad para encontrar lírium, pero aquella noche había demostrado de nuevo que era la única capaz de mantener a salvo a las demás—. ¡Charlie es una luchadora y nos protegió sin mostrar miedo alguno! No tiene por qué justificar sus actos, ni sus motivos. —Se encaró con Sadie—. ¡Y todavía menos delante de ti! ¡Anoche no diste ni una, y Charlie tuvo que salvarte!

—¡Liu! —Raquel intervino en defensa de Sadie—. Esto no es justo. ¡Sadie lo intentó!

Entonces habló Ingela.

—¿Que lo intentó? Pero ¡si casi nos vamos al otro barrio por culpa de sus intentos! —Miró a Sadie—. ¿Habías disparado alguna flecha en tu vida?

—De acuerdo, el disparo no fue perfecto, pero al menos acertó. En el hombro —explicó Raquel.

—No, Ingela —musitó Sadie, contenta de que la oscuridad ocultara su sonrojo—. No había disparado una flecha en la vida. Quiero decir que nunca había disparado de verdad.

Charlie sabía manejar la espada, Raquel era experta en el *panchi*, Liu empleaba las pistolas y cualquier otra de las armas que inventaba, e Ingela, simplemente, había nacido para luchar. Sadie había querido ser útil y se había decantado por el tiro con arco. El problema era que apenas lo había intentado, y le había salido tan mal que ni

siquiera había tratado de mejorar. Siempre le avergonzaba reconocerlo ante las otras chicas.

—¿Qué?

—¿Eh?

—¿Qué? —dijo Raquel en español—. Pero ¿y todas esas veces que salías a practicar? —le preguntó con amabilidad. Daban por hecho que Sadie no era una experta tiradora, pero también que al menos sabría disparar una flecha. Raquel reparó en que nunca la habían visto tirar con el arco... hasta la pasada noche.

Sadie habló con voz trémula.

—Leía libros sobre el tiro con arco. *Sueño de una noche de verano*, *Los viajes de Gulliver*... Ya sé que lo repito siempre, pero es que se puede aprender mucho de los libros.

—¡Ahora no nos vengas con lo mucho que sabes! —bramó Ingela—. ¡Odio los libros!

—Eso es porque casi no sabes leer...

Liu carraspeó.

—¡Pero esa no es la cuestión, chicas! —Señaló a Sadie—. ¿Qué decías?

Sadie se enjugó las lágrimas.

—¡Ya sé que os puse a todas en un grave peligro, pero es que pensaba que no nos veríamos nunca en una situación en la que tuviera que disparar de verdad!

—¿Por qué no nos dijiste que no te gustaba el tiro con arco? —preguntó Liu—. Nos habría dado igual. Pero no entiendo por qué nos mentiste.

—Mi mente es muy aguda. Puede que anoche no fuera muy preclara, pero siempre puedo contar con ella. —Sadie se dio unos golpecitos en la sien—. Pero carezco de vuestra destreza física. —Se enfrentó a cuatro miradas inexpresivas—. De vuestras habilidades físicas.

—¡Sadie, por favor! ¡No nos digas eso! Basta con practicar. Todas nosotras estamos aprendiendo.

Raquel quiso tomarla del brazo, pero, para su sorpresa, Sadie se apartó y alzó la mano.

—No necesito a la Embajadora. No pretendas consolarme, Raquel. No te pongas condescendiente conmigo. —No le importaba utilizar palabras rebuscadas, tenía que expresar sus sentimientos en sus propios términos—. No digo que seáis un escuadrón *ninja*. Todavía tenéis que mejorar mucho. Casi no salimos vivas de la refriega. Pero aunque practique, y me entrene con el mismo ahínco que vosotras, jamás seré... —Le falló la voz—. Como los Storm.

Charlie, que no había dicho palabra, habló por fin.

—¿Y por eso te inventaste todo ese cuento del tiro con arco? ¿Para ser lo bastante buena? —Charlie parpadeó para reprimir las lágrimas que estaba a punto de derramar por sí misma y por Sadie—. Ninguna de nosotras es lo bastante buena para los Storm, Sadie. —Y entonces tapó la perla que le colgaba cerca del corazón.

A Liu le reconcomía lo que le había dicho antes a Sadie.

—¿Cómo sabes lo que podrías haber sido? ¿Cómo vamos a saberlo ninguna de nosotras? ¡A nuestros padres los entrenaron hasta los veintidós años, y después de eso tuvieron que seguir entrenándose! Nosotras acabábamos de empezar cuando todo terminó... —Habían perdido tanto... No solo a sus padres, sino también su futuro. Liu contuvo un sollozo—. Charlie tiene razón. Ninguna de nosotras es lo bastante buena para los Storm.

Todas ellas guardaron silencio y se permitieron uno de sus pocos momentos de duelo. Ingela, que detestaba las discusiones, pero también los momentos con gran carga emocional, quiso acabar con esa atmósfera cargante.

—Pero es que *somos* Storm. —Ingela las miró a los ojos una a una. Se detuvo un buen rato en Sadie—. Todas nosotras. —Percibía las dudas de las demás, pero no tenía paciencia para ello—. Nos han atacado unos hombres que nos envió la Sapphire East Trading Company, y ya es hora de que descubramos por qué.

* * *

Las cinco muchachas que a la mañana siguiente se encararon con Seth y con Len ya no eran las mismas del día anterior. Iban decididas.

Era temprano, pero el sol ya brillaba y calentaba con fuerza. Charlie pensó que sería un día abrasador, y que los cautivos estarían más incómodos. Estaban de acuerdo en que no había que mostrar misericordia con los canallas si estos no empezaban a cooperar.

Charlie acercó la espada que llevaba en las manos al rostro de Len, sin preocuparse por parecer una «psicópata».

—¿Recuerdas lo que te dije? Como no empieces a hablar, estoy lista para otra ronda.

Lo habían intentado con Len durante casi media hora, pero el hombre no había cedido ni un centímetro. Su tozudez era frustrante, pero Charlie la admiraba, aunque se tratara de un enemigo.

—¡Dejad a Len! ¡Sobre todo, porque parece que Seth se muere de ganas de hablar! —gritó Ingela a sus compañeras, haciendo especial énfasis en la forma de entonar la palabra «muere».

Charlie hizo una mueca. Le preocupaba lo bien que interpretaba Ingela ese papel. Pero mejor no hablar de ello. Era consciente de que había que hacer todo lo necesario para conseguir respuestas antes del anochecer. Se desabrochó la camisa. La atmósfera era húmeda y pegajosa. Notó que Seth estaba a disgusto bajo aquel sol sofocante. El sudor le corría por el rostro. Charlie apuntó el alfanje a su pecho y trazó un círculo con la punta.

—Seth, sabemos que trabajas para la Sapphire East Trading Company, y también sabemos que te ha enviado Rogers Barrish. ¿Por qué?

Seth la miró con gesto despectivo. Estaba claro que esa loca era la más desquiciada entre todas. Pero hablaban mucho y no hacían nada. Se pasó la lengua por sus dientes afilados como navajas. Le encantaba morder.

Len gimió. Seguía bastante mal. Los cortes eran profundos, le daban punzadas sin cesar y le dolían más cuando se movía. Pese a su estado físico, las miraba como un depredador a sus posibles presas. Liu estaba de los nervios. Y, al parecer, la mirada de Len también intimidaba a Seth.

—No necesitas el permiso de Len para responder a una pregunta tan sencilla — dijo Liu sin alterarse.

—Gracias por el consejo, chinita —se burló Seth.

—¿Quieres jugar? Pues juguemos. Tal vez esto te ayude a hablar. —Raquel desenroscó el tapón de una botella de ron—. Vamos a lavarte las heridas, Seth.

Se sentía incómoda por el mero hecho de mirarlo, pero se obligó a acercarse a él. Le arremangó la camisa, buscó la herida más profunda y la empapó en ron.

Seth gritó.

—Lo siento, no soy tan diligente como Sadie.

El brazo se le cubrió de ampollas enrojecidas.

—¡Basta! —chilló Seth. Se retorció de tal modo que parecía que la cicatriz de su rostro fuera a abrirse.

Raquel se detuvo.

—Bueno, ¿y si ahora respondieses a la pregunta de mi amiga Charlie?

Charlie sonrió.

—Vamos a intentarlo de nuevo, Seth. ¿Cómo es que Rogers Barrish te envió a matarnos?

La punta del arma seguía sobre su piel.

—No nos envió a mataros. Solo quería que os hiciéramos mucho daño.

Seth contempló con lascivia el arma que la loca sostenía contra su pecho. No añadió que les habría hecho daño de buen grado, y no solo por orden de Rogers Barrish. Levantó los ojos para ver bien a la zorra pelirroja. Estaba deseoso de hincarle los dientes. Seguro que su sabor era tan amargo como su apariencia.

—Vale, pero ¿por qué? ¿En venganza por haber descubierto sus turbios manejos? ¿Que la Sapphire East Trading Company asegura flotas de grandes dimensiones y luego envía piratas a asaltarlas? —Charlie incrementó la presión del acero contra la carne de Seth. Quizá advertir a aquellos capitanes estadounidenses había sido la decisión más noble, pero en aquellos momentos habría preferido no estar implicada en el asunto.

Al conseguir el junco de Zhang Tao, le había entusiasmado la idea de hacerse de nuevo a la mar. Pero aún necesitaban dinero, víveres y suministros. Por eso Charlie desvalijaba a borrachos.

Cierta noche en que estaban en Londres, paraíso de borrachos, se apostó disfrazada de Pirette para asaltar a los hombres ebrios que salían de los pubs. Quizá

porque llevaba una buena curda, o porque pensó que Charlie podía matarlo, un hombre le contó que colaboraba en un plan para asaltar unos mercantes estadounidenses que iban a anclar en el puerto de Londres aquella misma semana. Le ofreció una parte del botín a Charlie si lo dejaba marchar.

Tras quitarle la cartera y el reloj de bolsillo, a Charlie se le planteó un problema de conciencia. Lo discutieron entre todas, y decidieron que le revelarían el plan de ataque al capitán estadounidense. Al día siguiente, Charlie se dirigió al puerto con Ingela, que se empeñó en acompañarla. El capitán se alegró tanto de saberlo que se ofreció a presentar a Charlie y a Ingela —que decían llamarse Pirettes, porque no querían dar sus verdaderos nombres— al dirigente supremo de la empresa, Rogers Barrish. La sede de la Sapphire Hast Trading Company estaba en el centro de la ciudad, y el capitán quería que Barrish supiera al instante de la buena acción de las Pirettes.

Charlie conoció a Rogers Barrish, y en un primer momento no dudó de su aparente honradez. Estaba convencida de que no habría vuelto a verlo... de no ser por los largos dedos de Ingela. Una vez en casa, Charlie se enteró de que Ingela había robado un mapa del despacho de Barrish.

Ingela desenrolló el mapa y tanto ella como Charlie descubrieron varios papeles ocultos en su interior. Uno de ellos era el itinerario previsto para los barcos mercantes estadounidenses, con notas sobre el asalto planeado por Barrish. Así fue como las chicas descubrieron que Barrish estaba implicado. De modo que las Pirettes no solo eran responsables del fracaso del plan de Barrish, sino que además este acabaría por darse cuenta de que le habían robado el mapa y los papeles, y sabría que las Pirettes conocían su turbio secreto. Un secreto que tal vez le costase grandes esfuerzos mantener oculto.

Seth miró al suelo. La punta del arma le rozaba la piel, y el brazo le ardía, pero mantuvo la boca cerrada.

—Seth, no obligues a Raquel a lavarte otra herida —amenazó Charlie.

Raquel abrió de nuevo la botella de ron. Su olor era nauseabundo, pero Seth no despegó los labios.

Charlie miró a Sadie. Esta última asintió. Charlie respiró hondo. Hundió la espada en el punto que se hallaba justo debajo del corazón, como le había explicado Sadie. Luego empujó hacia abajo y desgarró la carne. Sintió como el metal abría la piel del hombre.

Seth empezó a sangrar. Chilló de puro dolor, y porque estaba viendo cómo le abrían el pecho.

—¡Me ha matado!

Sadie se plantó frente a él.

—No, Seth, no te ha matado. Todavía no. Basta con presionar un poco para detener la hemorragia y salvarte la vida. Claro está, si nos lo cuentas todo.

La camisa de Seth quedó empapada en sangre. Len trató de objetar, pero Seth no

le hizo caso.

—¡Está bien! Os diré todo lo que queráis. Pero ¡no me dejéis morir!

—Ayúdalo, Sadie —ordenó Charlie. Sadie se agachó y colocó un trapo grueso contra la herida abierta—. Ahora, habla, Seth.

El hombre respiró hondo.

—Barrish ha preparado un ataque. Nos había mandado para asegurarnos de que no os entrometierais en el asunto.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Seth negó con la cabeza.

—¡No conozco los detalles!

—Bueno, Seth, si es eso lo que quieres... —Charlie bajó la mirada—. Sadie, creo que el prisionero no quiere cooperar.

Sadie asintió y retiró el trapo de la herida. La sangre volvió a brotar al instante.

—¡No! Pónmelo otra vez. ¡Por favor!

Charlie echó una ojeada al reloj de bolsillo.

—Será mejor que hables enseguida, Seth. No te queda mucho tiempo.

Seth miró a Len y frunció el ceño. Luego miró la sangre que le salía del pecho. Lo estaba ensuciando todo.

—¡Tengo que decirles algo a estas chavalas! ¡Si no, me dejarán morir! —Len arrugó los labios, pero Seth miró hacia otro lado—. Oí hablar a Len y a Barrish. No lo entendí todo, pero decían algo del ataque. Tenía algo que ver con una peregrinación religiosa. Y con un sultán. ¿De Marrakesh? De Marra...

—¡De Marrakatra! —exclamó Sadie—. ¡El Hajj anual a La Meca del sultán de Marrakatra!

El sultán de Marrakatra era uno de los hombres más ricos del mundo. Su viaje anual a La Meca era renombrado por el lujo que lo acompañaba. Sadie leyó en cierta ocasión que los navíos iban cargados con bloques de oro macizo. También recordaba haber leído sobre los soldados reales de élite que custodiaban los barcos. ¿Qué planes habría trazado Barrish para llevar a cabo un ataque tan difícil?

—Sí, algo así. El sultán de Marrakatra.

Seth estaba furioso. No se le había ocurrido que las muchachas pudieran llegar tan lejos. Por supuesto que su confesión tendría consecuencias, pero su prioridad era evitar que la loca lo matara.

Charlie sonreía. A Sadie se le daba muy bien resolver enigmas. Y, por lo visto, ayudar con los castigos.

—¿Con qué piratas quiere Barrish atacar los barcos?

—N-no lo sé. —Seth empezaba a poner los ojos en blanco. Tenía el rostro ceniciento. Charlie le dio permiso a Sadie para salvarle la vida. Ya no necesitaban saber más. Al menos, por el momento.

* * *

Las muchachas habían llegado a la conclusión de que comerían siempre bajo cubierta, lejos de los prisioneros, a los que tenían atados en la cubierta principal. Devoraron la comida. Aquella mañana les había despertado el apetito.

Charlie había llevado aquello muy lejos, y sabía que debería sentirse culpable. Pero en ese momento no le importaba. Habían logrado justo lo que querían. Y sin necesidad de matar a nadie. Seth seguía vivo y se estaba restableciendo. Recogió los restos de guiso de pescado con la galleta marinera. Aquella semana era Liu quien se encargaba de la cocina. Charlie no podía negar que su compañera cocinaba muy bien los animales, aunque después se negara a comerlos.

—¿Ha quedado mucho?

—Media cazuela. —Liu se limitaba a tomar el caldo del guiso, y les dejaba el pescado. Así como Raquel sabía «leer» a las personas, Liu conectaba con los animales. Pensaba que tenían alma y se veía incapaz de comérselos, a pesar de que la vida de un vegetariano en los mares no era nada fácil. Le dio otro sorbo a la sopa. Cuando cocinaba ella, por lo menos sabía a algo.

—Bueno, ¿vamos a hablar de todo esto?

Charlie no podía disimular la euforia. La información que les había proporcionado Seth era el billete de primera clase que habían estado esperando. Se preguntó si las demás pensarían lo mismo.

—No hay nada de qué hablar. Tenemos que salvar los bajeles del sultán —dijo Ingela, y le pasó a Sadie su cuenco vacío—. Quiero más sopa.

Sadie paró de comer.

—Para empezar, ve a buscarla tú, renacuaja. Sobre todo, porque siempre me estás gritando que no soy tu madre. Y, además, sí tenemos mucho de qué hablar.

Charlie puso cara de exasperación.

—Podríamos discutir horas y horas, y seguro que te encantaría. Pero el asunto fundamental es que necesitamos un barco. Uno que no sea robado. Si salvamos los barcos del sultán, con todo el botín que transportan, nos recompensará generosamente y podremos construimos nuestro propio bajel. —Charlie le dio un buen bocado al guiso. No seguía los asuntos mundanos con la misma atención que Sadie, pero incluso ella estaba al corriente de las enormes riquezas del sultán de Marrakatra—. Y luego podríamos devolverle el junco al papá favorito de todas las niñas, Zhang Tao.

Liu hizo entrechocar su cuenco con el de Charlie. Ambas estaban de acuerdo, pero no pensaba que aquello pudiera ser tan fácil.

—¡Exacto!

Tenían que intentarlo.

Ingela dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡No! Yo quiero hacerlo porque somos Storm. Y ¡Storm protege a los menesterosos y destruye a cuantos hacen el mal! —gritó, repitiendo el lema—. Salvar los barcos del sultán es nuestra misión.

Ingela se había criado con las historias que le contaba su padre sobre gentes de Storm que asaltaban los barcos negreros para liberar a los esclavos y protegían los barcos mercantes de los ataques de los piratas. Tenían la obligación de ayudar al sultán.

—Está bien, entonces llevaremos a cabo esta misión porque somos Storm —accedió Charlie sonriente—. Y Storm cobrará una recompensa.

—No será tan fácil, Charlie —empezó a decir Sadie.

Charlie apoyó la espalda contra la pared. Sadie iba a empezar una de sus disertaciones, y quería ponerse cómoda.

—Hable, profesora.

Sadie captó el sarcasmo, pero se abstuvo de contestar.

—¡Como os decía, pretendemos hacer frente a una banda de piratas, a Rogers Barrish y a la Sapphire East Trading Company, la compañía privada más poderosa del mundo! ¡Y solo somos cinco! ¿No os parece un poco peligroso?

Para sorpresa de Charlie, Sadie había logrado explicar su punto de vista en menos de diez mil palabras.

—Es que no vamos a enfrentarnos a una banda de piratas. Advertiremos a los barcos del sultán antes de que los piratas la asalten. Barrish se fastidiará, sí, pero tendremos que escapar antes de que nos encuentre. —Movi6 el cuerpo, nerviosa—. ¿Qué pasa con todo lo que dijimos ayer de que no volveríamos a tener miedo?

—No es cuestión de tener miedo. Es cuestión de no cometer ninguna estupidez. —Sadie negó con la cabeza—. Esto es un suicidio.

Charlie se quedó con los hombros caídos. Sadie le había cortado el rollo. Se había emocionado tanto al pensar en una solución a todo ese marasmo, que no había tenido en cuenta los peligros. Por mucho que le reventara reconocerlo, Sadie tenía su parte de razón. Pero ni tanto ni tan calvo.

Raquel dejó la cuchara sobre la mesa.

—¿Y qué pasará con el lírium? ¿No sería mejor seguir intentándolo, en vez de arriesgar la vida por esa misión?

Toda posible alegría se esfumó con la simple mención del lírium. El frenesí de los dos últimos días le había hecho olvidarse de ese problema.

Sadie asintió.

—Raquel tiene razón. ¿Por qué no seguimos branquiando? Está claro que aquí no hay lírium; de lo contrario, Charlie ya lo habría encontrado. Deberíamos poner rumbo al sur, hacia aguas más cálidas...

—No serviría de nada. —Charlie sentía el ardor en las mejillas—. No sé branquiar.

Ingela dejó la comida. No se creía lo que acababa de oír. Raquel se quedó boquiabierta. No encontró palabras.

Era la primera vez que Sadie oía a Charlie reconocer que no sabía hacer algo.

—¿Cómo que no sabes branquiar? Llevas casi dos meses branquiando. Tenemos

que buscar un sitio donde haya lírium, Charlie.

—No serviría para nada —respondió, contenta de que la oscuridad les impidiese ver su rostro—. Lo hago muy mal, ¿vale?

—¡Pues entonces, enséñanos! —exclamó Raquel—. ¡Si nos ponemos a branquiar todas nosotras, seguro que encontraremos lírium!

Liu apartó el cuenco.

—Y entonces ¿qué? ¿Me oís, chicas? Aunque nos pasáramos tres meses branquiando, no encontraríamos lírium suficiente para comprarnos un barco. Además, ¿disponemos de tanto tiempo? Rogers Barrish nos encontró. ¿Cuánto tiempo creéis que pasará hasta que Zhang Tao nos encuentre también? —Dio un golpe sobre la mesa con ambas manos—. Tenemos que conseguir un barco nuevo. Y advertir al sultán es nuestro único recurso. De acuerdo, será peligroso, pero ¿acaso nos queda alguna otra opción? —Miró a su alrededor—. Os lo estoy preguntando en serio. ¿Nos queda alguna otra opción?

Las velas parpadearon. Las muchachas sabían que no estaban preparadas, pero también sabían que no les quedaba ninguna otra opción. Asintieron en silencio en la penumbra casi total.

* * *

—¿Qué es el Hajj ese del que me estáis hablando?

Ingela se frotó las sienes. Con tantas cartas de navegación, mapas y libros empezaba a sentirse como si estuviera en la escuela. Y odiaba la escuela. Horas perdidas en el aula sin hacer nada más que leer, escribir y aprender matemáticas. Cosas que no le habían servido para nada entonces, ni le servían para nada ahora.

Charlie suspiró.

—Vale, vete a pescar. Luego te contamos.

Ingela sonrió y salió corriendo del comedor. Charlie retomó la conversación.

—Bueno, recapitemos. Quiero estar segura de haberlo entendido todo.

—Está bien... como te decía... —Sadie se aclaró la garganta—. El Hajj es una peregrinación a La Meca que realizan los musulmanes. Tiene lugar a finales de año. El calendario islámico es lunar y tiene diez o doce días menos por año que el nuestro. He consultado el almanaque, y diría que el Hajj de este año tendrá lugar entre el 25 y el 27 de noviembre, y el Eid al-Adha, que es una gran fiesta que se celebra al finalizar el Hajj, será entre el 27 y el 29 de noviembre.

Charlie contuvo un bostezo. Trataba de retenerlo todo, pero Sadie no sabía sintetizar.

—No tienes por qué contar todos los detalles, Sadie. Me estás dando demasiada información. Céntrate en lo importante, por favor.

—Está bien. —A Sadie no le interesaba que Charlie le diera lecciones de didáctica, pero se mordió la lengua y prosiguió—. He encontrado este artículo. Se

publicó hace varios meses. Habla del Hajj que el sultán de Marrakatra realiza todos los años.

Sacó una página de periódico amarillenta. Tenía la irritante costumbre de guardarlo todo «por si algún día nos resulta útil». Cosa que no ocurría casi nunca. Charlie sabía que nunca la convencerían para que hiciera limpieza.

—El sultán de Marrakatra es el sultán más rico del mundo, aunque vive en una pequeña isla situada frente a las costas de la India, que suele ser la última escala de las rutas hacia Omán. Su Hajj anual es todo un espectáculo. Envía dos barcos: en el *Haman* viaja su guardia, y en el *Shamana*, los miembros de la corte real y su familia. Según el artículo, una de las hijas del sultán participará por primera vez en el Hajj este año. Es la princesa Imera, y aquí dice que es famosa por su hermosura y gentileza. Es todo lo que cuenta de ella. Pero sí abunda en detalles muy interesantes sobre los barcos. El *Haman* es muy vistoso para lo que suele ser un barco de la guardia. Pero el *Shamana* es la cosa más ostentosa que te puedas imaginar; un auténtico lujo asiático, nunca mejor dicho. Va cargado de joyas, sedas, té, pinturas, especias... Todo lo que les gusta a los ricos. Aunque se trate de un viaje fundamentalmente religioso, la tripulación vende las mercancías que transporta en el barco.

Cuando llegan a La Meca, hay peregrinos deseosos de comprar las famosas sedas y joyas de Marrakatra.

Charlie le lanzó a Sadie una mirada suplicante para que fuera al grano.

—Así, cuando los barcos del sultán zarpan de regreso a Marrakatra, no llevan mercancías, sino un cargamento de barras de oro macizo. Ese es el tesoro que les querrán arrebatar.

—Cierto. —Liu retomó la exposición donde la había dejado Sadie, como si lo hubieran ensayado—. Dado que el sultán peregrina a La Meca todos los años más o menos en las mismas fechas, y todo el mundo lo conoce, cabe suponer que a los piratas no les costará nada averiguar cuándo y dónde encontrar los barcos. Sí, cabe suponerlo. Marrakatra está aquí. —Señaló el mapa—. Solo puede emplear dos rutas de ida y vuelta a La Meca. Lo más probable es que los piratas aguarden aquí, en la pequeña isla de Perim —les indicó un puntito en la entrada del mar Rojo—, para atacar los barcos. Como decía Sadie, lo más probable es que ataquen cuando vaya cargado de oro, de regreso del Hajj. —Guardó un breve silencio para cerciorarse de que Charlie las escuchaba. Se sorprendió un tanto al descubrir que sí. Charlie no le quitaba ojo al mapa. Liu lo había confeccionado con restos de otros mapas, como si fuera una especie de rompecabezas. Por lo general era fiable, salvo que una mancha de tinta emborronaba Marrakatra—. De todos modos, si se trata de una presa tan apetecible, lo más probable es que muchos otros piratas hayan tratado de capturar esos barcos, y que también lo intenten este año.

Tiraron la casa por la ventana para verlo bien y encendieron cuatro velas, aunque habrían necesitado al menos seis más. Charlie escrutó con atención.

—No cabe duda de que son una presa muy apetecible, pero esos barcos se cuentan entre los mejor asegurados y los más protegidos del mundo entero. El *Haman* no es el único barco que custodia al sultán. Además, la Sapphire East Trading Company envía un navío con su propio servicio de seguridad. Ante semejante despliegue, lo más probable es que los piratas no se atrevan a atacarlos.

Otra vez lo mismo. La Sapphire East Trading Company y Rogers Barrish. Charlie negó con la cabeza. Parecía que no hubiera nadie más en el mundo.

Raquel le dio una palmada en el hombro a Charlie. Conociéndola, seguro que estaba a punto de hacer una Gran Revelación.

—Ahora será mejor que te sientes. Rogers Barrish solo puede llevar a cabo el ataque desde dentro. En concreto, encargádoselo a hombres que trabajen para él como parte de la «protección» extra que ofrece la SETC. Estarán en el *Haman* y el *Shamana* y les facilitarán el ataque a los piratas, porque en realidad trabajarán con ellos. —Hizo una pausa dramática—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¡Tenemos que ir a hablar con la princesa y avisarla de la conspiración! —canturreó Sadie. Le entusiasmaba saber que habían dado con el plan de los piratas—. Tenemos que hablar con ella antes de que zarpe.

—Hoy es 8 de noviembre —dijo Liu, señalando al calendario—. Tendremos que navegar contra el viento, y eso nos llevará más tiempo. Podríamos abastecernos en Malé. Si mis cálculos son correctos, está a un día de navegación de aquí. Después tardaremos de veintidós a veinticuatro días en llegar a Yeda. Si hacemos todos los preparativos durante los próximos días, podríamos llegar antes de que zarpen los barcos del sultán. —Liu quería bailar sobre la mesa. Por primera vez desde que salieron de Shanghái albergaba la esperanza de que aquello iba a salirles bien—. Será difícil, pero lo conseguiremos.

Charlie examinó de nuevo el mapa y el gráfico. Se mordió el labio. Pasaron diez minutos hasta que por fin se volvió hacia las muchachas.

—En resumen, tenemos que ir a Yeda y advertir a la princesa contra los planes de Barrish. Entonces ella se deshará del barco de la SETC y volverá a Marrakatra por una ruta que le permita evitar a los piratas. Por cierto, nosotras también tendremos que evitar todo contacto con los piratas. Y nos pagarán una generosa recompensa por haber salvado los barcos del sultán.

Las muchachas asintieron a la vez. Charlie sonrió. Por supuesto que no sería tan fácil. Había un centenar de cosas que podían salirles mal y, por ende, podían morir todas. Eso sí, el plan era bastante bueno. Charlie se sintió aún más culpable, por no haber encontrado lírium. Y la culpa dio paso a otro sentimiento: miedo. Pero también entusiasmo. Tal vez lo lograrán.

—Si todo esto nos sale bien, tendremos nuestro propio barco, y no habrá que seguir huyendo de Zhang Tao. También podremos volver a lo que de verdad nos importa. A descubrir qué sucedió con nuestros padres. —Sadie pasó el brazo por los hombros de Charlie—. Venga, ¿qué dices tú?

Charlie sentía mariposas en el estómago. Sabía cuán importante era aquella misión para el futuro de todas las muchachas, pero solo podría capitanearlas si creía plenamente en sí misma. Jugueteeó con el collar que le había dado su padre. No creía en sí misma. Se volvió hacia las chicas. Y se encontró con los ojos brillantes y esperanzados de Sadie, Raquel y Liu. También oyó los pasos de Ingela, arriba, en la cubierta. Las mariposas aletearon con más fuerza todavía. Charlie creía en sus hermanas. Rezó en silencio para que con eso le bastara.

—¿Y bien? —preguntó Liu.

Charlie sonrió de oreja a oreja.

—¡Parece que tendremos que ir a salvar a una princesa!

BITARCO

Fecha: 12 de noviembre.

Posición: Islas Maldivas.

Hemos varado el junco en el atolón de Ari. Eso quiere decir que lo hemos sacado a tierra para limpiarle el casco. Mantener limpio el casco del barco es esencial para avanzar a gran velocidad, y en estos momentos no podemos permitirnos retrasos. Tenemos que llegar a tiempo con el Hajj para que los detalles cuadren. Ahora iremos a Malé para aprovisionarnos. Ingela ganó una bolsa de monedas en sus apuestas y nos bastará para comprar el material indispensable y poco más.

La misión es difícil y todas tenemos miedo, pero si lo conseguimos... ¡estaremos salvadas! Qué raro me resulta volver a sentirme esperanzada. Pero no dejo de mirar atrás, porque temo que los barcos de Zhang Tao vengan por nosotras. Ayer creí ver uno de sus barcos con el estandarte del dragón. Y todo el mundo se me vino abajo. Sé muy bien que mi padre estará cada vez más furioso. Mi castigo sería el más cruel, pero nos lo haría pagar a todas nosotras. Sé que Zhang Tao les haría sufrir castigos horribles y que sería por mi culpa, y eso me tiene muy angustiada.

Creo que eso me angustia tanto como el temor constante a que nos encuentre.

L

—¿¿Dónde diablos estamos?! —gritó Seth, cuando Charlie y Liu le hicieron subir a la pequeña balsa.

Charlie respiró hondo. Las muchachas habían curado a sus prisioneros, los habían alimentado e incluso los habían bañado, ¿y encima se quejaban de que los liberasen? Las chicas habían tratado de sacarle más información a Seth, pero no parecía saber más, y Len no despegaba los labios. Ya no les servían para nada.

—¿Quizá habríais tenido que pensároslo mejor antes de tratar de *no* matarnos! —dijo Charlie dándole un empujón a la balsa.

—¿Eh! —Seth la miró con el ceño fruncido y se agarró al bote de remos de Charlie—. Nos iremos cuando estemos preparados.

Liu sacudió la cabeza, irritada.

—Marchaos de una vez.

Faltaba poco para el mediodía; debían estar en Malé antes del crepúsculo, acababa de escampar y soplaba un viento constante.

Len rio para sus adentros. Aquellas criajas eran tan imbéciles que los dejaban con vida. Cuando le llegara su turno, no sería tan generoso. Los sentimientos y la moral de las chicas no tenían cabida en el mar.

Len volvió a lanzarle una mirada lasciva al precioso culo de Raquel.

—Es hora de decimos adiós. —Raquel saludó con la mano. Charlie gimoteó por lo bajo. Raquel siempre trataba de emplear sus habilidades diplomáticas, como si el mundo entero fuese un gigantesco tratado de paz.

—Oye, Embajadora, esos tíos no son amigos nuestros. Trataron de matarnos.

Raquel estaba a punto de responderle, pero entonces se dio cuenta de cómo la miraba Len. Qué soez. Se puso detrás de Charlie.

—¿Ah, otra cosa! —Liu se volvió hacia Ingela, quien asintió alegremente.

Ingela metió la mano en el bolsillo y sacó un sello de goma redondo, como los que se emplean en las oficinas elegantes y las instituciones para compulsar los documentos oficiales. Pero con la particularidad de que al presionar salían pequeñas púas metálicas. La idea inicial había sido de Ingela, y a Liu le había llevado días diseñarlo. De hecho, no habían compartido el secreto con las demás. De ahí la mirada confusa que Sadie, Raquel y Charlie le lanzaron a Liu mientras pasaba una cerilla por el sello.

—¿¿Qué nos vais a hacer ahora?! —gritó Seth, echando espumarajos cual perro rabioso.

—Minucias: una medida para impedir que habléis, muchachos. —Liu colocó el sello contra la frente de Seth, guardando suficiente distancia para que su boca letal no la alcanzara. Hizo presión. Las heridas circulares, del tamaño de puntas de agujas de coser, formaron el contorno de una «P» y comenzaron a sangrar—. Ingela...

La niña asintió con solemnidad y le colocó un trapo húmedo sobre los cortes, para enjugar la sangre. Seth mientras tanto enseñaba sus caninos asesinos. Liu no so perdía

detalle.

—Ya basta —dijo, impresionada por la diligencia y pulcritud de Ingela—. Tinta, por favor.

Ingela metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó un botellín de tinta para pluma. Lo abrió y se lo ofreció a Liu. Con la solemnidad de un sacerdote al realizar la extremaunción, Liu sumergió el sello redondo en la tinta negra, lo golpeó contra el botellín para eliminar el exceso de tinta y lo recolocó contra la frente de Seth. Este no dijo nada, pero ella lo notó cada vez más nervioso. Mejor sería que terminasen lo antes posible. «Deja de temblar», pensó Liu, que no acertaba a superponer el sello a las incisiones previas.

Sadie estaba fascinada con aquel último invento de Liu, pero se apartó un poco porque no quería seguirle el juego a Ingela.

—¡Renacuaja!

Ingela le puso mala cara. No le gustaba que la llamaran por su apodo cuando estaba en medio de un asunto serio.

Sadie se corrigió a sí misma.

—¡Ingela! Estírale la piel de la frente, para que Liu pueda repetir la marca.

El ceño fruncido de Ingela dio paso a la confusión.

—Así —le explicó Sadie, y le enseñó cómo se hacía.

Ingela asintió. Puede que sonriera mientras seguía las instrucciones de Sadie. Liu colocó el sello cargado de tinta y volvió a presionar contra la frente de Seth.

Charlie y Raquel miraban, desconcertadas, mientras que Sadie sonreía satisfecha. Liu inspeccionó la marca, lo bastante lejos de la mandíbula de Seth.

—Esto se llama «escarificación» y hace tiempo que se practica. Este método es el menos doloroso. —Miró a Seth—. Le abres la piel y luego se la llenas de tinta. Aunque el corte se cure, la tinta permanece.

Raquel asintió impresionada. Liu era una maestra inventando trastos absurdos que luego resultaban muy útiles.

Entonces Liu se volvió hacia Len.

—Tu turno. —Le hizo un gesto a Ingela para se acercara—. Haz los honores. Chicas, ¿podrías ayudarme a sujetarlo?

Charlie y Sadie lo sujetaron por un lado, y Liu y Raquel por el otro.

Ingela le hizo una marca a Len con el mismo sello. Dio un paso atrás para admirar su propio trabajo.

—¿Nos habéis tatuado? —preguntó Seth, al mismo tiempo que observaba la letra que había quedado impresa sobre la frente de Len. Les haría pagar por haberlos utilizado como conejillos de Indias.

—Por así decir, sí. Con la «P» de las Pirettes. Ahora todo el mundo sabrá que un grupito de chicas os derrotó. —Liu miraba a Seth y a Len a los ojos, admirada por su trabajo. La letra «P» era gruesa y negra, y destacaba sobre las pieles de los hombres, aunque era especialmente visible sobre la frente pálida de Len—. Así os estaréis

callados. Sobre todo cuando os veáis con Rogers Barrish, quien seguro que tiene algún castigo reservado para los que son incapaces de cumplir sus órdenes.

Len asintió a su pesar. Hubo de reconocer que la chinita era lista. La próxima vez empezaría por eliminarla. Y luego se vengaría sin prisas de la loca pelirroja. Quizá dejaría a su favorita para el final.

O tal vez lo hiciera al revés. Aún no lo sabía. Cada comida requiere unos cubiertos diferentes. Y Len tenía hambre.

Mientras la balsa se alejaba, Len ya urdía planes para su retomo. Se volvió hacia Seth. Necesitaba soltar lastre.

* * *

—¡Te digo que pares de moverte! ¡Si no, tendremos que volver a empezar! —sermoneaba Raquel a Charlie. Hundió el cepillo en el pigmento gris.

Charlie resoplaba.

—¿Por qué siempre tengo que ser yo la que haga de tío? Habíamos decidido que nos turnaríamos en el papel de carabina.

—Pues porque ni tus tetas, ni tus caderas, ni tu culo son gran cosa —le respondió Sadie con una risilla—. Eres la que da mejor el tipo.

—Ja, ja, ja. —Charlie le arrojó a Sadie uno de los cepillos de Raquel.

Habría sido demasiado escandaloso que unas «señoritas» como ellas se pasearan sin un hombre que las escoltara, y por ello, cada vez que tocaban puerto, una de ellas se disfrazaba. Todas ellas salvo Ingela, que de hecho era la más «masculina», pero parecía demasiado joven como para acompañarlas.

—Si solo buscara una chica sin tetas ni culo, elegiría a Liu —explicó Raquel, mientras maquillaba de blanco la mandíbula de Charlie. Añadió más color blanco—. Pero es que la piel de Charlie es el lienzo ideal.

—¿Y qué pasa con la mía? —preguntó Liu. A lo lejos se oía el redoble de unos tambores. Parecía que el mercado nocturno de Malé estaba a punto de abrir. Consultó el reloj de bolsillo. Habían llegado a tiempo, pero el proyecto artístico de Raquel empezaba a retrasarlas—. Eh, tendríamos que salir enseguida.

Raquel hizo como que no oía a Liu. Cuando estaba «creando», no quería que le metieran prisas.

—La piel de Liu es demasiado cremosa y suave. —Raquel señalaba con el dedo—. Pero la de Charlie es cobriza, como la de un hombre. A veces hasta parece que lleva un bigotito.

Charlie trató de incorporarse.

—Eh, me parece que Liu ha dicho que ya es hora de salir.

—¡Embajadora! —dijo Sadie en español, en tono de broma y reproche—. No se puede decir que hoy estés muy diplomática.

Ingela se puso el dedo índice sobre el labio para fingir un bigote.

—Sí, venga, vamos, Embajadora. El capitán Mostacho no lo encuentra divertido.

—¡No, Charlie, por favor! —Raquel se puso delante para impedir que se marchara—. No lo decía para molestarte. Esas chicas tienen ganas de hacerte enfadar. —Volvió a sentar a Charlie sobre el taburete—. Me encanta pintarte. —Charlie seguía irritada, pero llegó a la conclusión de que sería mejor quedarse sentada y aguantar hasta el final—. Ya sé que no puedes soportar lo que viene ahora —dijo Raquel, a la vez que sacaba una perilla hecha con cabellos de Charlie que ella misma había cosido.

Charlie gimoteó.

—¡No! ¡La cola de pescado, no!

—¡No tenemos nada más! —Raquel arrugó la nariz al olerla—. Solo te pondré la estrictamente necesaria. —Así lo hizo, con mucho cuidado para que quedase recta. Sacó un peine pequeño y se la alisó—. ¡Bueno, ya hemos terminado! —Raquel sonreía. Le acercó un espejo de mano.

—¡Guau! —Charlie apenas se reconocía a sí misma.

—¡Muy buen trabajo, Raquel! —exclamó Liu.

—¡No se parece en nada a Charlie! —Sadie se acercó para verla mejor—. ¿Cómo llamaremos a este muchacho?

Raquel caviló unos instantes y sonrió.

—Tengo el inmenso placer de presentaros al señor Graham Blakely. El nuevo director de la escuela de señoritas St. Mary's. Hoy será él quien nos acompañe, muchachas.

Sadie y Liu le hicieron sendas reverencias, e Ingela se limitó a saludar con la mano. Y, ahora sí, las cuatro damiselas y el gentilhombre que las escoltaba salieron a Malé.

* * *

—Has sido muy amable al escuchar las divagaciones de un viejo como yo. —El hombre desdentado miraba sonriente a Raquel.

—Ha sido un placer escuchar sus sabias palabras. —Raquel le sonrió a su vez. Hablaban en portugués. Un idioma muy útil, ya que los portugueses eran grandes exploradores y marineros. Sin embargo, se sorprendió de encontrar allí a un nativo que lo hablara bien.

El mercado era pequeño y estaba abarrotado. Apenas había extranjeros. El viejo vendía unas hermosas joyas de cuentas que le llamaron la atención a Raquel. Le había dejado que se las probara, aunque ella no tenía dinero.

—Querría darte esto —le dijo el anciano. Se volvió y agarró una bolsa de lino. Se la entregó a Raquel—. Haz buen uso de ellas.

Raquel miró en el interior y vio unas conchas marinas muy hermosas. Las tocó. Su superficie parecía de porcelana.

—Gracias, señor. —Abrazó al viejo—. ¡Ya sé para qué las voy a utilizar!

Pensaba sorprender a las chicas haciéndoles unos brazaletes. Le encantaban las manualidades. Cualquier objeto podía volverse hermoso con un par de martillazos.

Se oyó un redoble de tambores. El mercado estaba a punto de cerrar. Raquel recogió todas sus cosas para marcharse.

—*Shukuriyaa* —le dijo Raquel al anciano. Trataba de hablar en divehi, el idioma de las Maldivas.

El viejo desdentado le sonrió y se despidió con la mano.

—*Dhanee*.

Entonces, Liu apareció de pronto junto a ella.

—Oooh, ¿te has echado novio?

—Qué graciosa. Solo era una conversación muy agradable.

—¿Hablas el maldivo? —preguntó Liu con incredulidad.

Raquel negó con la cabeza.

—La lengua se llama divehi, y no, por supuesto que no lo hablo. Solo sé decir *shukuriyya*, que significa «gracias». —Alzó la voz al ver que las otras chicas se acercaban—. Hablando de dar las gracias... Tendríamos que agradecerle a Ingela el haber sido tan amable como para compartir su dinero con nosotras.

—¡Gracias, renacuaja!

—¡Eres fantástica!

—¡Te queremos mucho!

Ingela se encogió de hombros y apretó el paso. Las chicas salieron del mercado, cargadas con muchos paquetes. El mercado era relativamente tranquilo en comparación con el de Shanghái. Y, por suerte, tampoco las perseguía ninguna turba enfurecida.

—¿Qué le pasa a Ingela? —preguntó Liu. Por lo general, adoraba que la adulasen. Aquella actitud no era propia de ella.

—¿Será que tiene hambre? —sugirió Charlie. Aunque se le habían caído algunos pelos de la perilla, estaba dando el pego bastante bien.

—No lo creo —respondió Sadie—. Pero ¡me muero de ganas por probar bocado!

—¡Síii! —respondió Raquel entusiasmada. Estaba de buen humor, tal vez por haber ido de compras, tal vez por la pesada humedad que impregnaba el aire nocturno. El caso era que aún les quedaba dinero para cenar, y eso era una novedad.

—Ese lugar tiene buena pinta. Ingela y Sadie podrían quedarse aquí con los paquetes. Las demás iremos por la comida —ordenó Charlie—, y nos la comeremos aquí.

Era la primera vez que Charlie iba por allí. No tardarían en partir, porque debían cumplir una misión. Pero era eso lo que más le gustaba de la vida en el mar: la libertad de explorar lugares de todo tipo. El *Storm Lino* había navegado por los cinco continentes. Charlie había nadado en todos los tipos de agua imaginables. Había visto toda clase de criaturas marinas, incluidas las gigantescas ballenas azules y los

tiburones asesinos. Y había explorado los puertos más bulliciosos y las islas más apartadas. Se moría por conocer nuevos lugares y aprender más, y empaparse de todas las imágenes y los sonidos que le ofrecieran. Y lo más emocionante de todo era que aún le quedaban muchos lugares por descubrir.

Charlie, Raquel y Liu caminaron en silencio hacia la playa.

Sadie e Ingela se quedaron sentadas en silencio, contemplando las olas que rompían contra la orilla. Aquella noche la mar estaba en calma. Era una noche sin luna, y las estrellas iluminaban el cielo. Más arriba se oían los sonidos de una fiesta: un tambor acompañado por una guitarra. Ingela encontró un palo y se puso a trazar figuras sobre la arena.

—Vale. Habla de una vez.

Ingela no le hizo caso a Sadie y siguió con sus dibujos.

—Venga, renacuaja. Es evidente que te pasa algo.

Cogió uno de los paquetes más pequeños y se lo arrojó.

—¡No! —gritó.

—¡Perdóname! ¡No quería hacerte daño! —Sadie tendió la mano hacia Ingela, pero la niña se apartó.

—¡Ese dinero no lo gané apostando! —A Ingela le temblaban los labios—. Se lo quité a Seth.

Ingela estaba confusa. Estaba acostumbrada a hacer trampas en el juego, sobre todo con marineros, pero aquello era distinto. Tenía derecho a llevarse el dinero que ganaba con las apuestas. Al fin y al cabo, los otros también trataban de timarla. La única diferencia era que Ingela lo hacía mejor. Pero le había robado la bolsa a Seth mientras estaba inconsciente, y había resultado que era de mucho más valor de lo que se imaginaba. No le había robado nunca tanto dinero a una sola persona.

Sadie asintió.

—Ya me lo había imaginado.

Ingela echó la cabeza a un lado.

—¿Ah, sí? Pero no habías dicho nada.

Sadie se encogió de hombros. Los Storm siempre habían trazado una línea muy clara entre el bien y el mal.

Antes era fácil saber por dónde pasaba esa línea. Pero cada vez les costaba más situarla.

—Robar está mal. Y has robado. Pero seamos francas. Todas nosotras les hemos robado las carteras y bolsas a personas inocentes. He perdido la cuenta de cuántas veces lo hemos hecho. Así pues, ¿está mal que hayas robado a un hombre muy malo para poder ayudarnos? —Sadie se encogió de hombros—. No lo sé. Ahora nos guiamos por unas normas distintas. Sin ir más lejos, hemos emprendido esta misión porque tal vez recibamos una recompensa. Eso no pasaba en los antiguos días de los Storm.

Ingela parpadeó para contener el llanto. Parte de su sentimiento de culpa se

desvanecía. Por otra parte, había algo que no le gustaba. Sadie era la niña buena de la cuadrilla. Si ni siquiera ella lograba distinguir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, ¿cómo iba a distinguirlo ella?

Charlie, Liu y Raquel regresaron con lo que parecía un festín.

—¡Chicas, ¿estáis dispuestas a comeros una parte?! —chillaba Raquel emocionada. La media hora que habían pasado contemplando cómo les preparaban la cena la había convencido de que su «sofisticado» paladar le daría el visto bueno. Agarró una hoja de banana humeante rellena con grandes trozos de atún—. El hombre ha dicho que se llama *mas riha*.

Sadie abrió su hoja de banana e inhaló todos sus aromas.

—Mmm... Se reconoce el olor a coco y a hojas de curry. ¿Sabíais que el árbol del curry crece en...?

—Por favor, ¿podríamos pasar de la lección de hoy y ponernos a comer? —le preguntó Charlie con la boca llena.

Ingela tomó una porción adecuada a su edad. Tenía más hambre de lo que pensaba. Por culpa de sus emociones. Sadie tenía razón. Ya no era fácil distinguir entre el bien y el mal. Pero se equivocaba con lo de la misión. A Ingela no le interesaba la recompensa. Lo hacía por el mismo motivo por el que lo habría hecho Knut, de haber estado allí. Porque pertenecían a Storm y ese era su deber.

* * *

—¡Chist! —Liu miró en derredor—. ¿Has oído algo?

Las muchachas se encaramaban al junco y seguían charlando.

—¡Chicas! —Liu pasó delante—. ¡Escuchad! —Señaló al interior de la embarcación. Parecía que se oyeran unas débiles voces. Liu se esforzó por oír mejor. ¿Voces masculinas?

—¡Dios mío! —exclamó Raquel en español—. ¡No, otra vez no!

—¡No deberíamos habernos marchado todas! —Sadie se cruzó de brazos—. Una de nosotras tendría que haberse quedado en el barco.

Charlie puso un gesto de exasperación.

—Qué bien que nos lo digas ahora.

—¡Callaos, por favor! —protestó Ingela.

Abajo se oían unos murmullos. No distinguieron si se trataba de hombres.

—¿Cuántas voces oís? —preguntó Sadie—. Creo que son cuatro.

Charlie desenvainó el alfanje.

—Cuesta mucho distinguirlos desde aquí. —Hizo señas a las demás para que formaran un corrillo—. Si bajamos por la escalerilla perderemos el elemento sorpresa.

Liu asintió.

—Hay que arreglárselas para que suban a cubierta.

—Y entonces ¿qué? —preguntó Raquel, y extrajo la pequeña daga que llevaba anudada al tobillo—. ¡No podremos con cuatro hombres!

—¿Qué plan tenemos? —susurró Sadie.

—¿Qué os parece si empuñamos las armas y hacemos un círculo en torno a la puerta? Cuando salgan por el ruido, atacamos —propuso Ingela, como si hubiera sido lo más normal del mundo.

—Estaría bien que les hiciéramos creer que solo somos dos —susurró Liu.

Charlie levantó la mirada.

—No hay luna, pero las estrellas brillan mucho. ¡En posición!

No podía evitar el subidón de adrenalina. Le emocionaba lo terrorífico de la situación.

Las muchachas empuñaron los alfanjes y las dagas. Sadie no estaba preparada en absoluto para usar el arco y las flechas, así que se decantó por un cuchillo. Caminaron de puntillas hasta la puerta.

—¡Pedazo de fiesta! Creo que las demás se pasarán toda la noche en la playa. Me parece que de momento nos quedaremos solas aquí las dos —dijo en Charlie en voz alta, procurando que se oyera con nitidez la palabra «dos».

—¡Vaya actriz estás hecha! —susurró Raquel—. Déjame a mí. —Se aclaró la garganta—. Sí, nos hemos quedado solas las dos, y me parece que me he resfriado.

Empezó con un carraspeo que dio paso a una tos cada vez más violenta.

—¡No te pases, Raquel! ¡No tienes tuberculosis! —le murmuró Sadie.

Raquel obedeció y puso fin a la actuación con un disminuyendo de tos y saliva. Sadie asintió a modo de aprobación.

Raquel sonrió como una estrella del escenario cuando el público aplaude de pie.

De pronto se oyó un estruendo de botas que subían por la escalerilla de bambú.

—¡Aaargh! —gritó Ingela, al mismo tiempo que embestía con todo el cuerpo contra el primero que salía por la puerta. Se llevó una buena sorpresa: no era mucho más alto que ella.

—¡Eh! —gritó el segundo. Trató de ir con su compañero, pero Sadie y Raquel le cortaron el paso. Las dos chicas lo arrojaron contra el suelo, sin darse cuenta de que no iba armado.

—¡Basta! —gritó un tercer hombre antes de llegar a la puerta. Agitó en el aire un pañuelo gris y mugriento—. ¡Tregua! ¡No atacéis! —Se reía como un loco.

Las niñas se quedaron aleladas. Aquella risa alegre solo podía pertenecer a una persona.

—¡Axel! —gritó Ingela; soltó a la inocente víctima que tenía agarrada y corrió hacia él.

—¡Renacuaja! —gritó él. La alzó en vilo y la tomó en sus robustos brazos. Cualquiera otro que tratara de hacerle un abrazo de oso a Ingela se habría llevado una patada en el vientre. Pero el adorado Axel tenía permiso para casi todo—. ¡Cómo me alegro de que sigáis en este junco! Si llegan a venir otros y encuentran a un grupo de

tíos con unas pintas muy raras sentados en su barco, no sé cómo habría acabado la cosa.

Raquel miró hacia abajo y se topó con unos ojos oscuros y ardientes, y una mandíbula que parecía esculpida.

—¡Javier! ¡*Buenas noches!* —dijo en español. Sonrió, y al mismo tiempo rogó en silencio que no le hubieran quedado restos de hoja de banana entre los dientes.

—No será una buena noche si estás sentada sobre mí —masculló Javier. Se quitó a Raquel de encima. Sadie estaba sentada sobre sus piernas, pero se levantó de un salto—. ¡*Idiotas!* —gritó Javier en español, al mismo tiempo que se sacudía el polvo—. ¡Llegáis de golpe y empezáis a pegarnos, a mordernos y a escupimos! Y ni siquiera voy armad...

—¡A ver, Javi, será mejor que no se te ocurra llamar «idiota» a mi hermanita! —atronó desde el umbral una voz amenazante, una voz profunda de barítono.

Charlie se estremeció de arriba abajo. El alfanje le pesaba en exceso. Lo bajó discretamente y lo dejó a un lado.

—¡Taye! —chilló Sadie, tan fuerte que podrían haberlos oído por medio océano índico. Corrió a los brazos de su hermano.

Taye levantó a Sadie y le dio la vuelta. Fingió no ver a Charlie, que estaba temblorosa en un rincón. Miraba hacia otro lado. Si Taye pensaba evitarla, mejor para ella: trataría de acercarse a él lo menos posible.

Los Náufragos habían vuelto. Una vez más.

* * *

Charlie se había quedado en un rincón. Pensó que siempre aparecían en el momento más inoportuno. Pero, en el fondo, sabía que no era así. Se mesaba la perilla, mortificada porque era la primera vez que Taye la veía en seis meses y tuvo que encontrársela con vello facial. Pero ¿qué más le daba cómo la viera Taye?

Axel abandonó a los Storm a la tierna edad de quince años para «hacer su vida». Reunió una alegre cuadrilla de inadaptados y causó estragos por mar y por tierra. En esos cuatro años, los miembros del grupo habían ido cambiando y su número también, pero sus motivaciones eran las mismas. Navegar a lo bestia, montar fiestas a lo bestia, luchar a lo bestia y vivirá lo bestia.

Charlie se rio para sus adentros. Muy en resumen, Axel y sus muchachos eran los Robin Hood del mar. No se limitaban a robar a los ricos para dárselo a los pobres. Saboteaban los sistemas tradicionales para ayudar a las «gentes comunes». Por ello se habían erigido en héroes populares, amados por toda Europa y en muchas partes de América del Norte. Tenían que huir constantemente de gobiernos, representantes de la ley y barcos de la Armada. Sin embargo, sus tropelías habían bajado de tono desde que, dos años antes, Taye se uniera a la banda de Axel.

Charlie pasó revista. Axel e Ingela eran hijos de Knut, pero no de la misma

madre. Los cabellos dorados y los ojos de color azul pálido de hermano y hermana tenían un cómico parecido. Pero Ingela, con sus mofletes y sus rizos dorados, parecía un querubín, incluso cuando fruncía el ceño. Mientras que Axel, con su cuerpo enjuto y fuerte, y sus cabellos rubios pero más oscuros, recordaba más bien un perro callejero que vuelve triunfante después de una pelea.

Axel abandonó a los Storm, y no fue el fin del mundo. Era obvio que se marchaba porque quería hacer su propia vida, y Knut lo aceptó de buena gana. Andrew lo pasó peor, porque Axel siempre había sido uno de sus favoritos, pese a su tendencia a crear problemas.

Axel conoció a Javier cuando aún no había pasado ni un año desde su partida. No podían ser más distintos en aspecto y actitud, pero la amistad que los unía era muy fuerte. Los Storm eran un secreto y se esperaba que un exStorm no lo revelase. Pero Javier solía acompañar a Axel en sus visitas al *Storm Uno*. Charlie siempre se había preguntado si Javier sabría quiénes eran en realidad.

Ganarse la confianza de Javi no era nada fácil. Solía responder con monosílabos y siempre parecía enfadado. Charlie era consciente de que apenas sabía tres cosas sobre él: era sudamericano, tenían la misma edad y parecía odiar a todo el mundo. Suspiró. De todos modos, lo encontraba demasiado guapo como para gustarle de verdad, con su piel de color dulce de leche, su pecho musculado y sus rizos oscuros. Era lo que Raquel, en español, llamaba *caliente*.

Al otro extremo de la escala *caliente* de Raquel se hallaba Jimmy, el benjamín del grupo. Era un quinceañero pelirrojo y ruidoso, de la estatura de Ingela, y siempre metido en algún lío o planeando tomaduras de pelo muy elaboradas. Charlie sonrió.

Los dientes de caballo y la risa tonta le daban un aire como de «hermano pequeño». Su pasado tampoco estaba claro. Charlie sabía que era de Nueva York, y había oído que se fugó de casa con solo doce años. Axel lo había conocido hacía dos, en un barco en el que Jimmy se había colado como polizón.

El último miembro de la cuadrilla era Taye. Charlie se arrancó los restos de barba de la cara y trató de convencerse de que lo había hecho porque le picaban. El olor a pescado le llenaba la nariz. Era la última vez que Raquel le ponía ese pegamento pestilente. Le echó un rápido vistazo al hermano mayor de Sadie.

Le resultaba chocante tener que pensar en él en esos términos. El hermano mayor de Sadie. El mejor amigo de Axel. El único hijo varón de Josephine y Henry. En tiempos, Taye había sido simplemente suyo. Hasta hacía dos años.

Charlie se pasó los dedos por la perla que le colgaba del cuello. Su mente vagaba a muchos kilómetros de distancia. Sadie tenía cuatro años y Taye seis cuando los padres de ambos se los llevaron a vivir al *Storm Uno*. Como Charlie tenía cinco, encajaba a la perfección entre los dos. Charlie y Sadie tuvieron que compartir litera desde el principio, y se hicieron amigas enseguida, a pesar de que sus discusiones, que por aquel entonces solían acabar a mordiscos y tirones de pelo, fueran apasionadas.

Pero Taye y Charlie habían sido inseparables. Taye había nacido dentro de los Storm y había vivido en un barco de su Caribe natal antes de formar parte de la élite que viajaba en el *Storm Uno*. Taye siempre lo había aprendido todo desde muy temprano y muy bien. Por ejemplo, a nadar, a bucear y a luchar con la espada. Cuando Charlie y Axel lo conocieron, parecía que les sacase unos cuantos años.

Charlie era la mejor de los Storm... hasta que apareció Taye. Axel era un magnífico atleta y luchador, pero también indisciplinado, por lo que no encajaba en un colectivo tan estructurado y reglamentado como los Storm. Pero, así como Axel era lo más, Taye se podía considerar lo «supermás». Y no solo por su físico, que desde luego era impresionante. Tenía unos reflejos impecables y maneras de atleta. Era el que nadaba más rápido, buceaba a mayor profundidad y luchaba mejor, y los miembros adultos de los Storm ya habían reparado en él cuando aún era un niño. Además, destacaba por su inteligencia. Los dedos de Charlie pasaron de la perla a la cadenilla. Taye era agudo, un hábil estratega, y osado. En pocas palabras: Taye era el Storm perfecto. Al principio, Charlie solo quería derrotarlo. A menudo le lanzaba patadas y puñetazos. Pero luego, solo quería estar con él. Amaba a los Storm tanto como ella. Quería ser el mejor, igual que ella. Por eso le resultaba todo tan difícil. A Charlie le dolía el corazón cuando recordaba que Taye los había abandonado tres meses antes de cumplir diecisiete años y se había marchado con la cuadrilla de Axel. Nadie entendía tan repentina decisión; sobre todo, su familia. Quedaron desconsolados.

El mundo de Charlie se tambaleó. Siempre había sido orgullosa, fuerte y celosa de su independencia. Eso no iba a cambiar porque perdiera a un chico. Pero se sintió como si una mitad de ella hubiera muerto.

Charlie respiró hondo. Una oleada de tristeza la abrumó. Pasó casi un año antes de que volvieran a verlo. Sabían que estaba con la cuadrilla de Axel, pero no lo acompañaba en sus visitas al *Storm Uno*. Entonces, un día, se presentaron Axel, Javier, Jimmy y Taye.

Mientras duró la visita, Charlie trató de evitar a Taye, y se alegró de que su estancia fuera breve. De hecho, se marcharon una semana antes del Día de la Destrucción. Le pasó por la cabeza una imagen de los soldados sin rostro. Charlie no podía dejar de pensar que todo habría sido distinto si Taye hubiese estado allí. Se preguntó si él pensaría lo mismo.

La situación de las chicas era muy difícil tras el DD, y Charlie esperó, rogó y rezó por que Taye acudiera. Nunca se lo dijo en voz alta a nadie, ni siquiera a Sadie, que quería lo mismo, por supuesto. Entonces, cierto día, de pronto, apareció.

Los Náufragos estaban en la cárcel el DD, por cierta trapacería que llevaron a cabo en Turquía, o tal vez en Grecia. No tuvieron noticia de lo que había sucedido hasta un mes más tarde, cuando los liberaron. Buscaron posibles supervivientes con desesperación. Axel no podía soportar la pérdida de Knut, pero la mera idea de que Ingela hubiese muerto lo ponía frenético.

Entonces, un día, Taye leyó un artículo. Desde la primera historia de las Pirettes, Sadie había insistido en introducir pistas sutiles que solo Taye o Axel pudieran descifrar. Y, para asombro de todo el mundo (sobre todo, de Charlie), las descifraron. Aparecieron después de que Zhang Tao les prestara el junco.

Al principio, a Charlie le reconfortó tenerlos tan cerca. Cuando llevaban un mes siguiendo al junco, empezaron a resultarle molestos, por buenas que fueran sus intenciones. Las otras chicas estaban de acuerdo con ella: los Náufragos eran sobreprotectores. Al final se marcharon, gracias a la diplomacia de Raquel y al desagradable amor de Sadie. Hasta que regresaron al cabo de tres meses. Y otros dos meses más tarde.

¿Se habían marchado de verdad? Charlie sintió una mezcla de dolor y de rabia. Taye se había marchado. Hacía años. Y eso era lo único que importaba.

Millares de estrellas alumbraron el cielo negro y una dulce brisa acarició las palmeras que se alineaban en la playa. El junco se mecía con suavidad, como una cuna en manos de una madre. Habría sido una noche perfecta para ir con Ingela y dormir en cubierta.

Charlie miró de nuevo a los Náufragos, que se reían con las chicas. La noche iba a ser larga. Taye estaba prácticamente al otro extremo de la cubierta, pero eso no le bastaba. El aire fresco del mar se había vuelto sofocante. Charlie estaba desesperada por escapar de allí y se incorporó para marcharse.

—Hemos seguido la pista que nos conducía hasta las Pirettes.

Axel caminaba con dos dedos sobre el brazo de Sadie. Entonces los apartó de pronto y trató de ver si Taye se había dado cuenta. Constató con alivio que no era así.

—¿De verdad? —Sadie aplaudió, entusiasmada. Después del desastre de Shanghái, había procurado que las historias de las Pirettes solo apareciesen después de su partida, aunque esparcía pequeñas pistas en cada una de las narraciones.

—¿Fuiste tú quien puso la referencia al océano favorito de los iroqueses? El océano índico. ¡Es eso lo que nos ha guiado hasta vosotras! —Sadie sonreía de oreja a oreja. Axel gozó con la visión de sus dientes blancos y perfectamente alineados—. Y si puedo decírtelo, Sadie, me lo pasé muy bien leyéndolo.

Axel tomó un trago de cerveza. Era el único que bebía.

—Pero ¡qué dices...! Es así como os encontramos. —Jimmy señaló las marcas de color fresa intenso en las nuca de Axel y Javier—. Por las Sirenas.

Nada más oír ese nombre, Ingela fingió unas arcadas. Las otras chicas buscaron maneras más sutiles de expresar su desaprobación. Sadie lo miró con rabia, Charlie fingió que no oía y Liu arrugó la cara con gesto de asco. La Embajadora se olvidó de su habitual diplomacia y le gritó una palabrota a Javier.

Las Sirenas no eran sirenas de verdad. Era el apelativo que los marineros les daban a las chicas de la isla de Mer. Cada año, una nueva hornada de Sirenas surcaba los siete mares en busca de marido. De hecho, eran tantos los padres, tíos y hermanos que viajaban con ellas para proteger su honor que había que reconocerles cierto

mérito a las muchachas si lograban conocer a algún hombre. A las que conseguían casarse las recompensaban con una vida feliz en Mer. Las demás eran objeto de burlas, por solteras. Quizá esta presión explicase por qué eran tan celosas, crueles y malas con las otras chicas.

Javier sonrió orgulloso. Axel estaba rojo como un tómale. Apartó de un manotazo el brazo de Jimmy.

—Entonces ¿las Sirenas os dijeron dónde estábamos? —Sadie hizo un mohín. La semana anterior habían tenido un breve encuentro con las sarcásticas muchachas en las Maldivas. Eran las mayores chismosas del mar, y revelaban cualquier secreto a cambio de unas pocas baratijas vistosas. O (barruntaba) a cambio de unos besos sin valor.

—¡No, Sadie! ¡Han sido tus historias! ¡De verdad! —Axel se puso bien la camisa para que le cubriera el cuello—. ¡Las historias me han guiado hasta ti!

Taye, que hasta ese momento había escuchado la conversación a medias, aguzó el oído. No le gustaba que Axel le dedicara tanta atención a su hermana pequeña. Ni la manera en que le tocaba la mano.

—¿Quieres decir que nos guiaron, Ax? —preguntó Taye, y le arrojó uno de los paquetes marrones. Axel lo agarró antes de que le golpeará en todo el rostro.

—¡Frena! Solo quería hacerle un cumplido a tu hermana pequeña.

Pero Axel, al inhalar el olor a aceite de achiote que brotaba de los cabellos de Sadie, pensó que jamás habría esperado que la hermana pequeña de Taye, al cabo de los años, pudiera estar tan... Axel llegó a la conclusión de que sería mejor no completar el pensamiento. Le volvió la espalda a Sadie y se centró en Ingela.

—¿Quieres que echemos un pulso, renacuaja?

Raquel no hizo caso del duelo que se avecinaba y siguió abroncando al resto de los muchachos.

—Por lo visto, fuisteis a pasároslo bien con las Sirenas. —Levantó la nariz con desdén, y tuvo buen cuidado de mirar a Javier con rabia—. ¿Y luego pensasteis que sería buena idea sorprendernos en nuestro propio barco? ¡Podríamos haberos matado!

—¡Sí, seguro! —se burló Javier.

Raquel puso los brazos en jarras.

—¡Te teníamos atrapado en el suelo, Javier!

El muchacho se zafó de ella.

—¡Venga ya! ¡Por favor! ¡Si ni siquiera llevaba mi arma!

—¡Sí! ¡Peleáis como chicas! —insistió Jimmy.

—¡Eso es verdad, peleamos como chicas! —gritó Liu—. Y a ti te teníamos en el suelo, Javier. ¡Con arma o sin arma!

—¡Además, Ingela ha estado a punto de hacerte llorar, Jimmy! —chilló Sadie.

Por un momento pareció que Charlie tuviera la intención de marcharse. Pero se detuvo.

—¡Los Náufragos no sois más que una panda de mentirosos y cobardes! —

farfulló. Sin duda, se dirigía a Taye.

Este se sobresaltó. No por el odio silencioso de Charlie, al que casi se había acostumbrado, sino porque era la primera vez que le hablaba en toda la noche. Se aclaró la garganta.

—Mmm... ¿Cómo nos has llamado?

—Mentirosos. Cobardes.

Taye reprimió una risilla. Siempre se había burlado del pliegue que aparecía entre los ojos de Charlie cada vez que esta se enfadaba. Y lo vio. Quería pellizcárselo, tan solo para hacerla reír, como antaño. Taye suspiró. Pero esos días —los días que ambos habían compartido— eran cosa del pasado. Lo más importante era que Charlie no llegara a saber por qué. Negó con la cabeza.

—No. El otro nombre. Nau-no-sé-qué.

Su cuadrilla no tenía un nombre oficial, ni siquiera un apodo. Quizá había llegado el momento de que lo tuviera.

—¡Náufragos! —exclamó Raquel.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Taye, sin interesarse de verdad por la respuesta, porque seguía más interesado en Charlie.

Esta estaba irritada. No quería mirar a Taye, pero al mismo tiempo no podía quitarle los ojos de encima. Durante la mayor parte de su vida, había contemplado su rostro todos los días, y había llegado a conocerlo mejor que el suyo propio. La pequeña cicatriz que tenía en la barbilla, de cuando se cortó por accidente mientras practicaban la esgrima. La forma más redondeada del iris izquierdo. El trocito de piel de la frente que se ponía a golpetear si se distraía y comía manzanas crudas. Y entonces, de pronto, sin advertencia previa ni motivo alguno, aquel rostro tan amado desapareció. Había vuelto. Lo miraba con rabia desde su rincón oscuro. Aquel rostro había pasado a ser el de un extraño.

—¿Charlie? ¿Charlie?

De repente, se dio cuenta de que Raquel le hablaba.

—¿Eh?

—Les estaba explicando que empezamos a llamarlos «los Náufragos» porque no se comprometen con nadie ni con nada. Y nadie los quiere, ¿verdad? Les pusiste tú el apodo.

Charlie asintió sin prestarle mucha atención.

—Sí, creo que sí.

Axel fue el primero en estallar en risotadas, pero enseguida se le unieron los demás.

—Los nombres que nos pone el resto de la gente son todavía peores —se burló Jimmy.

—Sí, la verdad es que suena bien —añadió Axel.

—¡Sobre todo por eso de que nadie os quiere! —intervino Ingela, y le dio una palmada en el brazo a Axel.

Charlie no se veía capaz de aguantar ni un minuto más de alegre camaradería. Taye no se la merecía. De repente, el curry con *riha* empezó a darle vueltas en el vientre, como si el pescado hubiera resucitado. Cuando por fin logró llegar al otro extremo de la cubierta, se asomó por la borda y vomitó.

* * *

—¡Rogers Barrish!

Axel dio un puñetazo sobre la mesa.

Sadie soltó una risita. Sus cabellos en punta parecían crecer todavía más cuando se enfadaba. Era guapo, pero con un punto caricaturesco.

Axel rodeó la mesa y se detuvo.

—Recapitulemos.

Taye exhaló un largo suspiro.

—Axel, ya hemos recapitulado bastante.

La idea de que alguien quisiera hacer daño a las muchachas le hacía hervir la sangre, pero por más vueltas que le dieran, no sacaban nada en claro.

Axel hizo visera. Era la una del mediodía, y acababa de levantarse. Les habían dado las tantas en el *Buena Nueva*, la embarcación de los Náufragos. Muy bien debió de pasárselo, a juzgar por la resaca. Pero eso no iba a menguar su coraje.

Axel exhibió su sonrisa más bobalicona.

—¡Pues compláceme!

—Está bien —repuso Liu, y entre todas les narraron los acontecimientos más recientes.

Liu les refirió cómo las Pirettes habían tropezado con un plan para saquear un navío mercante estadounidense, y cómo habían advertido de ello a los interesados y estos se lo habían agradecido. Rogers Barrish tenía miedo de que las Pirettes conocieran sus turbios manejos al frente de la Sapphire East Trading Company.

Por su parte, Sadie les contó que Barrish había enviado a dos tipos a deshacerse de ellas, e Ingela sacó a colación cómo había obtenido de Seth la información sobre el ataque a la flota del sultán de Marrakatra.

Por su parte, Axel no entendía que la Sapphire East Trading Company asegurase los barcos al mismo tiempo que Rogers Barrish planeaba en secreto ataques piratas para quedarse con el cargamento de esos mismos barcos.

—Os quería preguntar una cosa —intervino Jimmy—. ¿Por qué habláis siempre de las Pirettes en tercera persona? ¿No sois vosotras?

—Sí.

—Más o menos.

—Creo que sí.

—Es un poco complicado.

Las muchachas se miraron entre sí confusas. Jimmy se pasó los dedos por las

cejas.

Taye levantó la mano.

—Bueno, dejémonos de discusiones filosóficas a propósito de las Pirettes. — Observó a los ocupantes de la mesa, aunque evitó la mirada hostil de Charlie—. No nos desviemos del tema, que es la misión.

Charlie no podía estar más enfadada. La noche anterior había dejado solas a las muchachas, y Liu había tenido la brillante idea de hablarles a los Náufragos de la misión para auxiliar al sultán. Por si fuera poco, a todas ellas les pareció genial que los Náufragos se les unieran, porque así contarían con más personas y con un barco extra. A la mañana siguiente, cuando se enteró, Charlie había estado a punto de sacar el alfanje para degollarlas una a una.

El enfado no terminaba de pasársele. Por supuesto que no era mala idea unir fuerzas con los Náufragos, sobre todo en una misión tan peligrosa como aquella. Pero no soportaba la idea de recibir ayuda —de recibir lo que fuera— de Taye. Y no le daría la satisfacción de mostrarle hasta qué punto le irritaba todo aquello. De modo que se tragó la rabia y fingió que le parecía una gran idea. O por lo menos trató de fingirlo.

Acto seguido, Liu les resumió los pormenores de la peregrinación del sultán a La Meca, y en qué consistía el plan de Barrish. Decidió sintetizar al máximo.

—Tenemos que advertir a la hija del sultán contra el ataque pirata antes de que inicie el camino de regreso.

—¿Desde Yeda? —preguntó Axel.

—¡Síii! —respondió Sadie entusiasmada.

Axel sonrió, para exasperación de Taye.

—Estáis navegando contra el viento. —Examinó la detalladísima carta de navegación que había creado Liu—. Contra los monzones. Eso os retrasará un poco. Pero deberíais tardar veinte días. —Desenrolló un gran pergamino y lo sujetó por un extremo. Sadie lo sujetó por el otro. Todos los meses y las fechas estaban impresos en la misma hoja, por lo que la fuente tenía que ser muy pequeña y difícil de leer. Taye se inclinó para ver mejor el calendario—. Siempre que partáis pasado mañana, como habéis planeado.

—El junco no se demorará. Está pensado para navegar a barlovento.

Charlie procuró que su comentario no se dirigiera a Taye, pero lo dijo con una sonrisa en la cara.

—Cierto —convino Taye, sin apartar la mirada del calendario—. El *Buena Nueva* no es más que un vulgar balandro —ironizó—. Aún no domina la navegación a barlovento, a diferencia de ese junco, que lo supera en todos los aspectos.

—¡Bueno, pues no esperes que el junco vaya más lento para no dejar atrás al *Buena Nueva*! —Charlie no apartaba los ojos de la pared de bambú.

—¡Muy bien! Gracias por alegrarme el día con tu espíritu de equipo, Charlie. Creo que ya lo he entendido: tendrá que ser el *Buena Nueva* el que se dé prisa. Y

ahora ¿podemos pasar a otra cosa, Pinchitos?

Axel no pudo evitar la tentación de burlarse de ella y de cómo le gustaba pinchar a la gente.

Todo el grupo estalló en carcajadas. Hasta Charlie se echó a reír. Sadie se secó una lágrima. Admiraba la habilidad de Axel para quitar hierro a las situaciones tensas.

—En definitiva, ¿estamos todos juntos en esto? Tendremos que trabajar mucho para poder zarpar en dos días.

—Es que todavía hay algo que me preocupa. ¿Cómo sabemos que la información que te dio Seth es fiable? ¿Y si todo esto fuera una trampa de Rogers Barrish?

—Dadas las circunstancias, no creo que Seth mintiera —dijo Liu, y se acordó de Charlie y de su brutalidad con la espada.

Axel miró a Taye. Ambos pensaban lo mismo. Pero no tenían elección. Las muchachas estaban decididas a hacerlo.

Tanto si era suicida como si no, tendrían que emprender juntos esa misión.

—¡Muy bien! ¡Iremos con vosotras! —anunció Axel.

—¡Sí! —confirmó Taye, y tamborileó con los dedos sobre la baranda de la embarcación. Iremos.

Cuatro de las Pirettes los vitorearon, mientras el corazón de Charlie se hundía hasta el fondo del mar.

BITARCO

Fecha: 14,15 o 16 de noviembre (Liu lo sabrá).

Posición: Todavía en Malé.

Querido Barco Robado,

¿De verdad que estás preparado? Porque no sé si yo lo estoy. Zarparemos mañana. Tenemos que ir a un sitio que se llama Yeda. Liu está al caso.

Tendrás que ir superrápido y hacer cosas a las que no estás acostumbrado. A las que nosotras no estamos acostumbradas. Por suerte, nos acompañan los Náufragos. Y digo que es una suerte porque, cuantos más seamos, menos probabilidades tendremos de acabar muertos. Podría pasar, Barco Robado. Podríamos morir. Me he pasado la noche en vela pensando en papá, y he vuelto a rezar por la mañana. Pero ahora no me parece suficiente.

Otro asunto: Charlie está furiosa. No es que lo finja. De hecho, se esfuerza por parecer simpática y alegre, y eso ya da mal rollo de por sí. Pero está claro que lleva por dentro un enorme cabreo (¿puedo escribir esa palabra en un BITARCO oficial?).

¡Buen viaje, barco!

Besitos,

Raquel ♡

Rogers Barrish corría sudoroso por el pasillo. Cerró de golpe la pesada puerta de

caoba de su despacho y se sirvió un buen vaso de whisky puro de malta escocés. Lo vació de un trago y se sirvió otro.

¿Acababa de mentirle a la condesa? Barrish estaba acostumbrado a mentir. De hecho, le salía con tanta naturalidad que sus propios engaños eran poco más que «necesidades». La condesa no solía contárselo todo, pero tampoco le había mentido nunca.

Caminaba de un lado para otro, desgastando el precioso tejido de seda de la alfombra turca que le había regalado el emperador tras la firma del Tratado de Küçük Kaynarca. Un hombre miserable dotado de un sorprendente buen gusto.

Por lo general, Barrish le prohibía a todo el mundo que entrara calzado en su despacho. No lo hacía solo por la alfombra, sino también porque pensaba que una persona descalza es más vulnerable.

Barrish se dejó caer sobre el sofá y recapituló acerca de todo lo que había sucedido en los últimos diez minutos. La condesa había sacado a colación a las Pirettes. No, no. En realidad, lo había elogiado. Sí, eso era. ¡Aquella mujer fría y amargada le había hecho un cumplido! Y eso lo desconcertaba. Por ello había mentido.

La condesa estaba satisfecha, porque llevaba tiempo sin encontrar historias de las Pirettes en los periódicos. Barrish le había asegurado que no vería ninguna en un futuro cercano.

Barrish se tambaleó al tomar otro trago. Aún no tenía noticias de Len, pero suponía que habría solucionado el asunto, y las Pirettes ya estarían fuera de circulación.

Así que tal vez no le hubiera mentido. Tan solo había exagerado su optimismo. Así se lo diría si salía el asunto de nuevo. Todo el mundo necesitaba una dosis de optimismo. Sobre todo, ella.

* * *

—Entonces ¿cree que tardará dos meses en llegar a Europa? —preguntó Sadie. Llegaba tarde al barco, pero debía tomar todas las precauciones necesarias para que la última serie de artículos sobre las Pirettes no llegara a destino antes que ellas. Charlie había necesitado mucho tiempo para olvidar el desastre del mercado de Shanghái, y Sadie no estaba dispuesta a permitir otros contratiempos como aquel. Le entregó el montón de cartas al empleado de correos que se hallaba al otro lado de la mesa—. ¿Seguro que tardará dos meses?

El hombre asintió con gesto grave. Estaba claro que no se entendían. Los habitantes de las Maldivas eran famosos por su cortesía, y el empleado se resistía a decirle que no entendía nada del inacabable galimatías que estaba escuchando. Le seguía la corriente a esa chica de peinado descomunal, con la esperanza de que la situación se acabase pronto y él pudiera irse a cenar.

Consultó el reloj de bolsillo. La muchacha seguía hablando y hablando y hablando.

—¡Pues muy bien, gracias! —Sadie recogió el cambio. Se había quedado atónita al constatar que un empleado del servicio local de correos hablaba inglés. Pero se le ocurrió decir la única palabra que sabía en divehi—: ¡Quiero decir que *shukuriyya!*

El hombre no le prestó atención y recogió los bártulos.

* * *

El sol caía a plomo. Axel y Taye irrumpieron en el junco. Las chicas estaban adormiladas en cubierta.

—¡Hola! —gritó Sadie.

—¡Los Hermanos Sangre y Hueso! —exclamó Axel, sudoroso e incapaz de callárselo ni un segundo más.

Las muchachas se despertaron de pronto.

—¿Qué? —preguntó Ingela, con el ceño fruncido, quizá por culpa del sol, quizá porque sí.

—¿Quiénes son los Hermanos Sangre y Hueso? —preguntó Liu mientras se incorporaba y se bajaba el sombrero de ala ancha.

—¡Son los piratas que Rogers Barrish ha contratado para saquear el navío del sultán!

—¡¿Qué?! —Sadie estaba boquiabierta—. ¿Cómo lo sabes?

—Inteligencia —respondió Axel, sin dar más explicaciones.

Sadie le observó el cuello, para cerciorarse de que no hubiera vuelto a besuquearse con las Sirenas.

Axel se dio cuenta y negó con un gesto.

—No, no es un chisme de las Sirenas. Tengo contactos aquí. Se cuenta por las calles que Rogers Barrish ha contratado a los Hermanos Sangre y Hueso.

Charlie apoyó la espalda contra la pared. Sintió mariposas en el estómago. Axel tenía innumerables contactos, de todas las extracciones sociales. Por eso disponía siempre de información reservada... y fiable. Si era cierto que Barrish había contratado a los Hermanos Sangre y Hueso, toda la misión se había ido al garete.

Se contaban miles historias sobre Clive y Gunnar Vaughn. Su reputación había alcanzado proporciones tan míticas que resultaba difícil discernir dónde empezaba la verdad y dónde terminaban las fabulaciones de los marineros. Su salvajismo era célebre incluso en tierra, porque los periódicos solían publicar dibujos de los cadáveres desfigurados que dejaban a su paso. Nadie sabía su origen, ni si Clive y Gunnar eran sus nombres auténticos. Por lo general los llamaban Hermano Sangre y Hermano Hueso. A Hermano Sangre le gustaba practicar incisiones profundas y dolorosas por las que la víctima sangraba poco a poco hasta morir, mientras que Hermano Hueso aplastaba los huesos uno tras otro.

Realizaban la mayoría de sus matanzas en el mar. Más que piratas, eran unos asesinos que viajaban en barco. Su método consistía en capturar tripulaciones enteras, retenerlas como rehenes y torturar a sus miembros uno a uno hasta la muerte.

Charlie se frotó el vientre. Cada vez le costaba más contener las náuseas. Le horrorizaba la idea de caer en manos de los Hermanos Sangre y Hueso. Tampoco era que las perspectivas de ir a prisión o que las capturase Zhang Tao fueran mucho mejores.

Axel se aclaró la garganta, asfixiado por el sol inmisericorde. Sabía que no les iba a gustar, pero alguien tenía que decirlo.

—Hay que suspender la misión.

—No podemos —dijo Liu, con un nudo en la garganta.

—¿Por qué es esto tan importante para vosotras? —preguntó Taye intrigado—. ¿Es una misión de los Storm? ¿Tiene algo que ver con el Día de la Destrucción?

Todas las muchachas menos Ingela negaron con la cabeza.

—Todas las misiones son de los Storm.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Taye en tono burlón.

—Pues... que son nuestro deber.

—No podemos branquiar —respondió Sadie, evitando establecer contacto visual con Charlie. Recurrió al plural para no señalarla, pero sabía que se enfadaría igualmente.

Taye se volvió de repente.

—¿Lírium? —preguntó con incredulidad. Se sentó. Buscó un lugar alejado de Charlie, a quien su mera presencia ponía enferma—. ¿Hacéis todo esto porque no sois capaces de encontrar lírium?

—No. Lo hacemos porque no somos capaces de branquiar —aclaró Sadie, insistiendo en el plural.

—Branquiar no es tan difícil —intervino Axel, sin dejar de caminar arriba y abajo. Cuando se hubo calmado, se sentó junto a Sadie. Olía a choto—. Podemos enseñaros a branquiar.

Sadie apartó discretamente el rostro. Estaba claro que la higiene no se contaba entre las prioridades de ninguno de los hijos de Knut.

—¿Y cómo es que sabes branquiar? Dejaste a los Storm cuando tenías quince años.

—Sí —añadió Charlie—. Las normas de los Storm eran muy claras. Nadie aprendía a branquiar antes de los dieciséis años.

Axel se encogió de hombros. Siempre había pensado que las normas y regulaciones de los Storm eran ridículas.

—Nosotros branquiamos desde los catorce.

Axel volvió la mirada hacia Taye.

—¿Tú también, Taye? ¿Hace más de dos años que branquias? —le preguntó Charlie. Puso en cuarentena la prohibición de mirarlo a los ojos.

—Eeeh... Digamos que sí —respondió el muchacho. La pregunta lo incomodaba, y saltaba a la vista que no quería explicarse.

Charlie negó con la cabeza. No se lo podía creer. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Qué más le ocultaba?

—Mirad, chicas: branquiar es fácil si te lo enseña un buen maestro —explicó Axel—. Nosotros aprendimos con el mejor: el padre de Charlie.

—¿Qué? —preguntó Raquel, con un cosquilleo en la nuca.

—¡¿Qué?! —gritó Charlie, con una ceja tan arqueada que casi le desapareció bajo los cabellos.

Taye quería abofetear a Axel, o amordazarlo, o algo. Tenía que parar aquello antes de que se les fuera de las manos.

—Déjalo, Charlie. —Negó con la mano—. Eso ya es historia. Olvídalo.

Taye sintió un pellizco en las entrañas. No necesitaba mirarla para saber lo que le había hecho. Tenía que pensar rápido. Comportarse como un imbécil solía ser lo más efectivo, aunque tuviera que pagarlo con otro año de silencio.

—Lo importante no es que branquemos, ni que consigamos lírium —dijo Liu con voz firme.

—Pues entonces ¿qué es? —preguntó Taye—. ¿Alguien podría explicarnos por qué pensáis todavía en poner en marcha esa misión, si sabéis que los Hermanos Sangre y Hueso están implicados? —Taye era valiente, pero no idiota. No quería acabar como almuerzo.

Sadie negó con la cabeza a espaldas de Taye. No quería sincerarse con su hermano.

—Le robamos este barco al padre de Liu —respondió Charlie, solo por ver la cara que ponía Taye.

La tensión podía cortarse con un cuchillo.

—¿Qué? —preguntaron Axel y Taye al unísono.

Se quedaron sin habla, hasta que Axel rompió el silencio:

—Pensaba que Zhang Tao os lo había dado.

Liu suspiró. Les contó la sórdida historia.

Taye suspiró también. Ni en un millón de años se habría imaginado que la empollona de su hermana fuera capaz de robar un barco.

—¿Y tu padre es un hombre dado a perdonar, Liu?

—¿A ti qué te parece? —respondió ella.

Taye asintió.

—Exacto. Entonces, chicas, le habéis robado el barco a un hombre que querrá vengarse.

Charlie puso un gesto de exasperación.

—Oye, acabemos con esto de una vez. Ahora me dirás que los Náufragos no habéis robado un barco en vuestra vida.

—¡Por eso mismo sabemos que no hay que robarle el barco a alguien que tarde o

temprano te encontrará! —gritó Axel. No entendía cómo unas chicas tan inteligentes habían sido tan estúpidas.

—¡No nos quedaba otra! —chilló Ingela. No soportaba que su hermano mayor pensase que era tonta—. Zhang Tao quería llevarse a Liu y nosotras no podíamos quedarnos sin el barco y...

—Ante todo, mucha calma —dijo Sadie. Le puso la mano en el hombro a Ingela para tranquilizarla y, para su sorpresa, esta no se la apartó de un manotazo—. Sí, robamos un barco. Puede que Zhang Tao nos encuentre. Y hemos sido estúpidas. Bueno, y ahora, ¿qué?

Taye suspiró.

—¿Cuándo lo robasteis?

—Hace casi dos meses —respondió Raquel—. Y todavía no nos ha capturado.

Axel se detuvo y miró a Raquel.

—Lo hará.

—Entonces, ya ves que no nos queda otra. —Las Pirettes se volvieron hacia Charlie. Tenía razón. O los Hermanos Sangre y Hueso, o Zhang Tao.

—Tenemos que hacerlo —declaró Liu. Para ella, la elección era clara—. Si informamos a la princesa y al sultán del ataque que se ha preparado contra ellos, salvarán una gran cantidad de oro. En tal caso, puede que el sultán nos pague una recompensa, con la que compraríamos un barco para nosotras. Y entonces le devolveríamos este a Zhang Tao.

Ingela asintió.

—Y cuando ya no tengamos que preocuparnos por Zhang Tao, retomaremos el asunto más importante: descubrir quién o qué estuvo detrás del Día de la Destrucción —añadió Raquel. Buscó en sus miradas la confirmación de que, en efecto, esa era su prioridad.

—Por supuesto. Sin un barco propio, difícilmente podremos hacer nada por nosotras mismas, ni por nuestros padres asesinados —respondió Sadie. Se volvió hacia su hermano—. Vamos a ir, con o sin vosotros.

Taye y Axel se miraron. Se trataba de su familia. Tampoco les quedaba opción. Taye asintió.

Axel trató de conjurar las terroríficas imágenes de las masacres realizadas por los Hermanos Sangre y Hueso que en aquel momento le pasaban por la cabeza.

—Iremos con vosotras.

* * *

Liu llevaba un rato viendo como Raquel giraba y daba patadas con una daga en cada mano. Practicaba el *panchi*, pero, a juzgar por la manera en que se deslizaba por la cubierta, parecía más bien una danza con una bella coreografía.

—¿Raquel? —preguntó Liu, de pie en la cubierta principal. La noche era

bochornosa, y no podía conciliar el sueño. La misión comenzaría al día siguiente, y eso tampoco ayudaba.

Raquel dio un salto. Una de las dagas casi le sale disparada. Se volvió.

—¿No te han contado que no puedes darle sustos a alguien que lleva cuchillos en la mano?

—¿Y tú no sabes que bailar con dagas en la mano a la luz de la luna es algo muy raro? —Liu se encogió de hombros—. Dime la verdad, Raquel; ¿qué te pasa?

Raquel se colgó la daga en la cadera.

—No lo sé. No podía dormir, eso es todo.

Liu ladeó la cabeza. ¿Eso era todo? A Raquel se le daba muy bien engatusar a los demás, pero Liu no era tonta. Sobre todo, cuando se trataba de su «hermana gemela».

Liu se había fugado por voluntad propia con Mai al *Storm Uno*, pero nunca había llevado bien los cambios, ni entonces ni ahora. Tenía seis años y era la única que no había crecido en el mar, y a sus ojos las demás eran unas maestras. Maniobraban con una excepcional habilidad en el agua, por el agua y a través del agua. A veces, Charlie compartía el timón con su padre. En cambio, la experiencia de Liu con el agua se reducía a nadar en un lago y a salir de vez en cuando con la barca los días festivos.

Mai había vivido sus primeros años en un navío de los Storm y había apartado a su hija del agua de manera deliberada, más para protegerse a sí misma que a Liu. Jamás había aceptado la vida en tierra a que la obligaba su matrimonio concertado. Además, temía que el contacto prolongado con el mar la tentara a abandonar a su marido, y quizá también a su hija.

Para acabar de empeorarlo, Liu se mareaba en el mar. Durante sus primeras semanas en el *Storm Uno* apenas salía de la enfermería. Se pasaba días y noches vomitando, aislada de los demás niños, que aprendían a hacer de marineros, soldados y nadadores. Por si fuera poco, le tenía pánico al mar. Era enorme, monstruoso e indomable. Creía que la iba a engullir.

Raquel, la muchacha española cuyos ojos danzaban incluso cuando estaba triste, se coló en la enfermería una noche. Le dijo que estaba huyendo de su madre, que en aquel instante sufría uno de sus «ataques». Después de haber pasado un tiempo hospitalizada por sus «días oscuros» durante su juventud, Rafaela odiaba todo lo que tuviera que ver con la medicina y hacía todo lo posible por evitar la enfermería. Raquel lo sabía, y a veces se pasaba noches enteras allí, sola en la oscuridad. Hugo estaba demasiado ocupado apaciguando la rabia de su esposa y no podía atender a su hija. Esperaba a que el opio líquido que le administraba a Rafaela surtiera efecto antes de ir a buscar a Raquel a su escondrijo y llevársela a casa.

Las dos muchachas hablaron de lo divino y lo humano desde el primer día. Liu lo encontraba extraño. Siempre había pensado que no tenía mucho que ver con las criaturas de dos piernas, y por ello prefería a los animales. Pero lo especial no era que hablaran. Sadie dialogaba constantemente con Liu sobre tal o cual asunto. Era la

manera en que lo hacían. Al principio charlaban sobre cosas normales: sus colores favoritos, sus animales preferidos, la vida en tierra, la vida en el mar. Luego entraron en otro terreno. Mai le había estado enseñando inglés a Liu desde el primer día, pero por aquel entonces no lo hablaba bien. Sin embargo, Liu se sentía capaz de expresarse con Raquel con toda libertad, más que cuando se comunicaba con Mai en su lengua nativa. Se contaron por qué Liu odiaba a su padre y por qué Raquel temía a su madre. Por qué Liu estaba asustada, y también Raquel. Durante aquellas primeras semanas hablaron tanto que al final no necesitaron palabras.

Al cabo de un mes y medio en el *Storm Uno*, Liu se vio en condiciones de mezclarse con las otras chicas, aunque siguiera mareándose. La mano a la que se agarró al sumergirse por primera vez en el mar era la de Raquel. Al emerger, vio que Raquel no la había soltado. Al cabo de poco tiempo, y siempre con Raquel a su lado, los temores de Liu se transformaron en emoción y entusiasmo. Sus piernas fuertes, capaces de correr, se volvieron también capaces de nadar. Cuanto más rápido y más profundo nadaba, más criaturas conocía: delfines, nutrias marinas, anguilas, y muchas más. Había descubierto un mundo nuevo, fascinante, sin límites, junto a Raquel. Incluso en mayor medida que Mai, Raquel le había dado la vida a Liu.

Liu pensaba que tal vez fueran «gemelas», pero al revés. Más que un óvulo que se había partido en dos, eran dos que se habían juntado en una.

Liu miró al océano, detrás de Raquel. Destellos de luz de luna rielaban entre las olas oscuras. Durante un tiempo había estado tan ensimismada con sus problemas que se había olvidado del dolor de Raquel. Pero cuando Raquel sufría, también sufría Liu. Había llegado la hora de llegar al fondo de su danza nocturna.

—Sé muy bien que llevas tiempo bailando de noche. Pensaba que me explicarías el motivo cuando estuvieras preparada. —Bostezó—. Pero es hora de que me hables con franqueza. ¿De qué va toda esta práctica nocturna de *panchi*?

Raquel contempló el mar. Aparte del barco de los Náufragos, parecía que allí no hubiera más vida que la suya. Así fue como se sintió tras el Día de la Destrucción. No tenía ningún sentido que le mintiera a Liu. En efecto, tenía que hablarle con franqueza.

—Venganza.

—¿Qué?

Raquel sacó la daga que llevaba oculta bajo la cintura de la falda.

—Quiero venganza. Por mi padre.

Liu negó con la cabeza.

—Todas nosotras perdimos a nuestros padres aquel día. Todas nosotras queremos venganza.

Raquel la miró a los ojos.

—No. Algunas de vosotras queréis justicia. Otras queréis paz. Otras queréis la verdad. —Raquel estrujó el puño de la daga—. Yo quiero sangre. Quiero empuñar esta daga, y clavársela en el corazón al hombre que asesinó a mi padre.

Liu se sentó. El mismo odio acerado que había visto en el rostro de Liang se hallaba ahora en el de Raquel. Sintió un estremecimiento. Recordaba las tinieblas que Liang había albergado en su interior. Lo corroían y lo emponzoñaban por dentro. ¿Le pasaría lo mismo a Raquel con su odio?

Las miradas de ambas confluyeron. Las motitas verdes de los ojos de Raquel ejecutaban una danza siniestra pero decidida. A Liu le daba aprensión el anhelo de venganza de Raquel, pero al mismo tiempo lo comprendía. ¿Por qué no sintió la misma cólera contra la persona que había dado muerte a Mai?

—Está bien, lo entiendo. Creo que sí. Esta misión es por tu padre y por el mío.

Raquel ladeó la cabeza.

—¿Qué?

Liu le dejó sitio.

—Sí, porque tú quieres vengar a Hugo. Y yo quiero salvarme de Zhang Tao.

—Lo que no entiendo es por qué Zhang Tao te cedió el barco durante tanto tiempo, si quería obligarte a que te casaras. Podría haberte impuesto la misma condición desde el primer día.

Liu no había dejado de pensar en Zhang Tao, su bastón de bambú y sus perversos juegos. Sonrió. Los motivos de la locura de su padre siempre se le escapaban.

—No entiendo bien las tácticas y las técnicas de manipulación de Zhang Tao, pero las he padecido durante muchos años —respondió Liu—. Eso de prestarnos el junco es muy propio de él. Te hace un favor, bajas la guardia, se asegura de que estés en deuda con él, y entonces, ¡zas! —Dio un puñetazo en el aire—. Cuando más vulnerable eres y menos opciones tienes, entonces tira a matar. O, en mi caso, me obliga a casarme. Qué tonta fui al confiar en él.

Raquel escuchaba en silencio. No se imaginaba a sí misma huyendo de su padre. Hugo tenía un punto ciego con Rafaela, pero había amado a Raquel con una sinceridad que la pobre Liu no conocería jamás. Sintió dolor en lo más íntimo. Su misión culminaría en derramamiento de sangre. Ojo por ojo. Corazón por corazón.

Liu aguardó a que Raquel saliera de su ensimismamiento.

—¿Comprendes que podríamos morir durante esta misión? ¿Que podríamos morir por nuestros padres? Esto va de piratas, tesoros, cañones, pistolas, monzones, naves de guerra, aguas enemigas... Es muy serio.

Liu había tenido en cuenta todos estos peligros al trazar sus planes, pero hasta ese momento no había sido consciente de lo tangibles que eran.

Raquel asintió poco a poco. También se estaba dando cuenta. Dejaron de hablar. No necesitaban palabras. Se quedaron sentadas, en silencio, en el aire sofocante de la noche, cogidas del brazo. ¿Qué les esperaba? No podían dar marcha atrás. Liu y Raquel entrelazaron las manos. Juntas podrían avanzar.

* * *

Amaneció. Las muchachas trataron de conjurar el miedo realizando tareas rutinarias.

Ingela bajó por el mástil. Había levantado todos los sables de vela. Charlie asintió en señal de aprobación. Había ajustado los sables de la mejor manera posible para que el junco pudiera navegar de bolina. Sin entrar (eso esperaban) en terreno «prohibido».

Ingela trató de agarrar el timón. Charlie, Raquel, Liu y Sadie la siguieron. Tendrían que ayudar entre todas para salir del puerto con el junco.

—Buen viento... —empezó a decir Sadie.

—¡... y mar reposada! —terminó Ingela.

Miraron al horizonte, inmersas en sus propios pensamientos, esperanzas y miedos.

El barco avanzaba poco a poco.

BITARCO

Fecha: 22 de noviembre.

Posición: En medio del océano Índico (11.2847° N, 49.1825° E).

Según mis lecturas, en estos momentos estamos navegando por el tercer océano más grande del mundo. El océano Índico contiene el veinte por ciento del agua del planeta y sus temperaturas son cálidas a lo largo de todo el año, lo que lo hace susceptible de monzones, maremotos, ciclones y vientos de gran intensidad. A veces preferiría no leer tanto.

Las otras veces que habíamos estado en el océano Índico me daba igual. Ahora que avanzamos a toda velocidad, en algunos momentos a doce nudos, soy tremendamente consciente de todo lo que hay ahí.

Siempre que una navegación va bien me pongo contenta. Nos ocurre lo mismo a todas. Empezamos esta misión hace una semana y de muy mal humor. Pero ahora que ya hemos recorrido casi un tercio del camino (llegaremos a Yeda en unos doce días), empezamos a sentirnos bien. Toquemos madera. No, será mejor que no toque madera. Igual nos trae mala suerte.

Noticia breve: creo que voy a dejar para siempre el arco y las flechas. Me cuesta demasiado. Resulta que los libros sobre arcos y flechas me gustan más que los arcos y las flechas de verdad. Quizá podría especializarme en

venenos.
PAMD.

Sadie

Liu agitó la cal dentro del aceite de tung y le añadió los trozos de red de cáñamo que había cortado. El olor acre y penetrante del aceite le llenó las fosas nasales. Se pellizcó la nariz con una mano, al mismo tiempo que agitaba la mezcla con la otra.

Esa mezcla se había utilizado durante siglos para calafatear los juncos. Liu tenía que reconocerle un mérito a su pueblo: sabían proteger las embarcaciones para que no se inundaran. El navío tenía tres cubiertas separadas, y el borde de la tablazón clavado en diagonal. Había groeras en los mamparos para que el agua descendiera hasta el nivel más bajo. Así se podía bombear fácilmente el agua sin miedo a inundar las otras cubiertas. «Qué sistema más ingenioso», pensó Liu mientras calafateaba las tablas exteriores.

Con todo, el junco constaba de millares de tablas. El agua se filtraría por algún lado. Como medida adicional de precaución, se había pasado los últimos dos días calafateando. El calafate tardaba unas dieciocho horas en secarse, por lo que la cubierta de la sentina ya debía de estar seca. En cuanto terminara allí, bajaría a verlo. Liu se sonó con un trapo sucio. El calafate seco no olía tanto, pero cuando estaba húmedo era muy potente. De todos modos, cualquiera que hubiese olido los platos que cocinaba Sadie sabía que podía ser mucho peor.

Tomó un poco de mezcla con la espátula y la frotó contra el borde del cubo para limpiarla de la que sobraba. Liu creyó haber oído el melodioso silbido de un delfín, seguido por unos chasquidos. «Espera.» Dejó la espátula dentro del cubo y corrió hacia la hilera de portillas que había al otro extremo de la cubierta.

Liu apretó el rostro contra el cristal, pero no vio nada. Pasó a la portilla siguiente, pero era demasiado pequeña como para ver bien. Entonces oyó un crujido leve, como de una puerta. No se lo había imaginado. No había ninguna duda de que se trataba de un delfín. O, todavía más probable, de un grupo entero de delfines.

Subió apresuradamente por una escalerilla, y después por la otra, hasta salir a cubierta.

—¡Eh! —Sadie puso las manos por delante y chocó con Liu—. ¿Adónde vas con tanta prisa, temeraria?

En vez de responder, Liu le dio un tirón en el brazo.

—Liu, tengo que bajar y...

—¡Mira! ¿Los ves? —Señaló justo delante.

—¡Aaah! —A Sadie se le iluminó el rostro—. ¡Delfines! —Estaban tan cerca que casi habría podido tocarlos. Le pareció ver por lo menos tres que jugueteaban de un

lado para otro. Uno de ellos dio una voltereta en el aire, y un segundo empujaba a un tercero—. ¡Creo que quiere que el otro lo persiga! —dijo Sadie, y apuntó al del centro—. ¡No sabía que hicieran eso! —No lo había leído en ninguno de sus libros. El tercer delfín salió en pos del segundo—. ¡Eh! ¡Mira cómo se marchan!

—Son delfines mulares del Indo-Pacífico.

—Bueno, vale, si eso es el término exacto... La experta en animales eres tú.

—No, lo que pasa es que no deberían estar en nuestra ruta. —Liu negó con la cabeza—. Aquí ha pasado algo.

* * *

—¿Ahora me vas a decir que me he equivocado, tan solo porque has visto unos delfines?! —gritó Javier.

—Lo que te estoy diciendo es que vamos tan deprisa que tal vez nos hayamos equivocado de rumbo.

Liu llevaba unos veinte minutos tratando de convencer a Javier, pero este tenía un ego tan grande que ni siquiera la escuchaba.

—Pero ¡si hay delfines por todas partes! —Jimmy empezó a bailar. Su melena pelirroja se mecía de un lado para otro—. ¡Delfinitos por aquí, delfinitos por allá...!

Sadie hizo como que no lo veía y Liu contó hasta cinco antes de abrir la boca.

—Sí, pero no son todos iguales. Los delfines que nadan por el océano Índico y por el mar Rojo, adonde se supone que nos dirigimos, son más pequeños y tienen manchas grises en el vientre. —Esperó unos momentos para ver si esta vez los otros lo entendían—. Los delfines que hemos visto son mucho más grandes y se encuentran mucho más al sur de donde deberíamos estar.

Javier cerró de golpe el pesado almanaque. Su tío le había instruido sobre mapas, cartas de navegación y brújulas desde que era niño. Salían juntos a buscar la Estrella Polar y a calcular las longitudes y latitudes.

—¡Yo navego con la ayuda de la ciencia! ¡No hago caso de esos disparates sobre animales! —Javier se volvió hacia Axel y Taye—. ¿A quién vais a hacer caso, a mí o a esta pirada de los delfines?

—¿No podrías dejar en paz tu ego durante un rato para escucharme? ¡Yo nunca he dicho que los delfines me hablaran, idiota! Solo he dicho que los delfines no tenían manchas, y que eso indica que no eran de la especie que...

—Tranquilízate. —Sadie rodeó a Liu con un brazo—. Bastante caldeados están los ánimos. Si seguimos así, no llegaremos a ningún lado.

—Sadie tiene razón. Calmémonos y aclaremos las cosas. —Axel se volvió hacia Liu—. Hemos consultado las brújulas y revisado los mapas, y todo apunta a que vamos en la dirección correcta.

Liu reprimió un suspiro. Al contrario de lo que decía Javier, la navegación no era una ciencia. Probablemente, la madre de Liu había sido la mejor de las cartógrafas.

Le había enseñado a Liu todo lo que sabía sobre corrientes, vientos, velocidades, e incluso navegación por estima. Pero la lección más valiosa que le había enseñado era que, en definitiva, lo mejor era guiarse por el instinto. Liu no tenía claro cuál era el problema, pero en lo más profundo de su ser sabía que algo había fallado.

Taye consultó el mapa.

—¿Tienes idea de cuánto podemos habernos desviado, Liu?

La muchacha negó con la cabeza.

—No.

Javier hacía grandes aspavientos.

—Entonces ¿cómo vamos a corregir el rumbo?

—¡T-tengo que estudiar el mapa! ¡Después de ver los delfines he venido lo más rápido que he podido! —Liu tragó saliva—. Aún no he tenido tiempo para averiguarlo.

A Javier le habría gustado tirar por la borda a todas y cada una de las chicas.

—Y resulta que nuestro único punto de referencia son los delfines. ¡Crías estúpidas! —grito en español.

Por suerte, Raquel no estaba allí para traducir sus improperios. Si llega a estar, casi con seguridad le habría arrancado de raíz la tan preciada melena que le llegaba hasta los hombros.

—¡Cálmate, Javi! —Taye estaba harto de la arrogancia de su compañero de navegación—. Cuando tú andabas en pañales, Liu ya sabía leer sextantes. Y su madre fue la mejor navegante que he conocido en mi vida.

Javier arqueó una ceja.

Taye asintió con la cabeza.

—Sí, mejor que tú. —Se volvió hacia Liu—. ¿Cuánto tiempo tardarás en calcular la corrección del rumbo?

Javier iba a protestar, pero Taye lo hizo callar al instante.

—Suponiendo que necesitemos corregir el rumbo.

—Un día, o día y medio. Ahora me pongo manos a la obra.

—De acuerdo, trata de calcularla y luego nos lo cuentas. Sadie, ¿podrías ayudar a Liu? Para que así termine antes. —Pasó revista a los demás. Cuando Charlie no estaba en el grupo, no tenía problemas para establecer contacto visual—. Si la teoría de Liu es correcta y tenemos que cambiar algo, lo cambiaremos.

Todos los demás asintieron, excepto Javier, que se marchó de mal humor.

* * *

—¡No puedo con esto! —gritó Liu, y cerró de golpe el libro.

Sadie se frotó los ojos. Habían trabajado durante varias horas para tratar de determinar la corrección del rumbo, y ninguna de las dos lo había conseguido. Algo no iba bien.

—Yo tampoco lo entiendo. ¡Y eso que esta vez tenemos mapas enteros!

El *Buena Nueva*, el barco de los Náufragos, iba cargado con todo tipo de mapas y de libros de referencia. Parecía que la familia Ingela-Axel estuviera especialmente dotada para el robo. Al menos, los muchachos compartían con generosidad sus bienes.

De pronto, el frasco de tinta se tumbó, y el líquido negro se derramó por la mesa larga de madera. Los mapas y las cartas de navegación siguieron el mismo camino y se cayeron al suelo. El barco había escorado.

—¡¿Qué diablos ocurre?! —chilló Sadie.

Antes de que Liu pudiera contestar, los mapas, las cartas de navegación y la tinta vertida se fueron para el otro lado.

—¡Todo el mundo a cubierta! ¡Todo el mundo a cubierta! —gritó Charlie, o tal vez Ingela, o acaso las dos.

—¡Será que vayamos! —le dijo Sadie a Liu, y ambas salieron disparadas hacia arriba. Liu fue la primera en empezar a subir la escalerilla.

Había subido un par de travesaños cuando una nueva sacudida le hizo perder pie. Se cayó encima de Sadie.

—¿Estás bien?

Sadie se incorporó y luego volvió a caerse.

—¡No logro mantener el equilibrio!

Liu trató de ponerse en pie, pero el barco se ladeó bruscamente hacia la izquierda. Libros y papeles salieron volando hacia ellas. Las dos chicas se quedaron con el cuerpo pegado al suelo.

—¡Tendremos que arrastramos!

Caminaron a gatas y lograron llegar una vez más a la escalerilla. Tuvieron que esquivar una cantidad de libros suficiente como para llenar una biblioteca. Sadie ayudó a Liu a subir por la escalerilla.

—¡Venga, dame la mano! —dijo entonces Liu, pero un repentino ladeo hacia la derecha hizo que Sadie volviera a rodar por el suelo.

Liu se mantuvo agarrada a la escalerilla. Al cabo de unos segundos, Sadie logró ponerse en pie. Liu se volvió y le tendió el brazo de nuevo. Esta vez Sadie se agarró, y así ambas lograron subirse a la escalerilla. Ascendieron poco a poco.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Liu cuando hubieron salido a la cubierta principal. El cielo estaba negro, salvo por un furioso torbellino de nubes que daba vueltas en lo alto. Un frenesí de vientos húmedos soplaba a su alrededor. Liu sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Javier tenía razón. No se habían apartado de su curso. Los delfines habían viajado hacia el norte para escapar de una tempestad que tomaba forma en el sur. Una tempestad que, al parecer, había crecido y se había puesto en el camino del junco. Ingela y Raquel bajaban por el mástil. Una ráfaga de viento las aplastaba contra el poste. Se agarraron con todas sus fuerzas. Ambas eran conscientes de que se hallaban muy muy arriba. Tan arriba que Raquel tenía la

sensación de poder estirar el brazo y reventar una de las nubes que se hallaban sobre su cabeza. Pero no se atrevía a soltarse.

Alfileres de lluvia se clavaron en los ojos de Ingela. Miró abajo. A veces, cuando subía tan alto, le gustaba imaginarse que las chicas que se habían quedado abajo eran hormigas. En aquel momento lo único que quería era bajar por el mástil y convertirse en una hormiga.

Recogieron la vela mayor entre todas. Si reducían la superficie de la vela, les resultaría más fácil maniobrar con el barco en aquella mar tan agitada. Pero, a juzgar por las rachas de viento cada vez más fuertes, no sería suficiente.

—¿Bajamos todas las velas? —preguntó Raquel.

Ingela negó con la cabeza.

—No, porque si entonces vienen olas más grandes, perderemos todo control sobre el barco.

Raquel asintió con alivio. Aunque Ingela tuviera cuatro años menos, Raquel estaba contenta de poder confiar en su intuición marinera. Además, era la que peor trepaba entre las muchachas (con la posible excepción de Sadie), y le hacía muy feliz la idea de quedarse abajo.

Sadie y Liu corrían por la cubierta y sujetaban todo lo que pudiera moverse bajo la violenta tempestad. Lo último que necesitaban, aparte de viento, olas y lluvia, era que unos objetos pesados salieran disparados contra ellas.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó Sadie a Liu.

Liu estaba acabando de atar una cuerda con un nudo de bolina a la baranda del barco. Tiró para asegurarse de su solidez.

—¡Ya!

Liu le hizo un gesto con la cabeza a Sadie para confirmarle que ya estaba. Las dos muchachas corrieron con la cuerda en las manos, agarrándose a la baranda. Resbalaban cada pocos pasos. La cubierta resbaladiza y las grandes olas ponían a prueba sus centros de gravedad.

—Ve agachada, será más fácil —recomendó Liu. Apoyó ambas manos en el suelo, como había hecho antes bajo cubierta, y se echó a andar sobre manos y rodillas. Sadie siguió su ejemplo.

Cuando llegaron al otro extremo de la baranda, Sadie se incorporó para atar la cuerda con un nudo de bolina, como Liu había hecho antes al otro lado.

—¿Ha quedado lo bastante fuerte?

Las dos chicas tiraron de la cuerda para asegurarse. Así tendrían dónde agarrarse cuando trataran de pasar de un lado a otro de la cubierta.

Las olas rompían contra el barco con furia infatigable. Liu logró mantener los pies en el suelo, aunque el barco se inclinara violentamente adelante o atrás, no sabría decir.

Sadie trató de alejarse de la borda, porque sabía que era el lugar más peligroso. Demasiado tarde. Una racha de viento las alcanzó y salieron disparadas por los aires.

Como si aquello fuese una bolera, se estrellaron contra Raquel e Ingela. La tempestad también se abatió sobre Charlie, que se hallaba al timón.

—¡Socorro! ¡Socorro! —chilló, y tocó la campana de alarma, sin enterarse de que el caos reinaba entre la tripulación. Las muchachas se arrastraron por la cubierta hasta llegar al timón.

—¡Los vientos nos llevan hacia las rocas! —Charlie no tuvo tiempo de prestar atención, ni siquiera de ver las magulladuras y los cortes que se habían hecho las chicas. El rugido de la tormenta era tan ensordecedor que tenía que dar gritos, aunque las tuviera al lado—. ¿El *Buena Nueva* podría remolcarnos?

El otro barco era mucho más grande que el junco, y más fuerte.

Las cinco se agarraron al timón. Se miraron consternadas.

—Hace un momento estábamos en los mástiles y no se veía ni rastro del *Buena Nueva*. —Raquel sintió el temblor en su propia voz—. Nos hemos quedado solas.

Charlie luchaba por enderezar el barco, pero las olas lo golpeaban inmisericordes, y las crestas espumosas se acercaban a la cubierta principal. Las aguas se elevaban con demasiada rapidez. No tenían tiempo para preocuparse por el *Buena Nueva*. Debían actuar con rapidez.

—¡Con estas olas, tendremos que empezar a achicar agua de la cubierta más baja! —chilló Sadie—. ¡Hay que empezar a bombear ahora mismo!

El peso del agua amenazaba la estabilidad del barco. Cuanto más rápido la sacaran, menos probable sería que se hundiesen.

—Anteayer calafateé las tablas de abajo —le informó Liu—. Deberían estar secas.

—Bien —asintió Sadie, y se volvió hacia Ingela—. Ven conmigo.

Sin rechistar, Ingela se alejó a gatas de la popa y descendió bajo cubierta.

Liu concluyó su veloz cálculo mental.

—No nos queda espacio suficiente para virar a sotavento. —En realidad no lo sabía, pero la intuición le decía que se habían acercado peligrosamente a la costa—. ¡Solo con el timón no podremos oponernos a la corriente, las olas y el viento!

Charlie y Raquel tensaron los brazos para forzar el timón. Sabían lo que iba a ocurrir, pero ni una ni la otra estaban preparadas para oírlo. Una violenta racha de viento las golpeó de lleno. Tuvieron que agacharse, pero no soltaron el timón.

Liu se incorporó con prudencia. Las otras dos la secundaron.

—¡Tendremos que navegar contra la tempestad!

Charlie tragó saliva. Nunca había hecho nada semejante. Esa maniobra solo la intentaban los capitanes experimentados como su padre, porque había que virar constantemente. Si no, los vientos empujaban al barco muy deprisa y lo hundían. Pero eran inexpertas. Intentarlo frente a una tormenta como aquella equivalía a un suicidio.

—¡No podemos! —gritó Raquel—. ¡Vamos a morir!

Charlie y Liu asintieron con gesto solemne. Sabían que no les quedaba ninguna

otra posibilidad.

Raquel también asintió. Las tres se agarraron al timón y se prepararon.

Vientos feroces y olas inflexibles golpeaban una y otra vez. Charlie se aferraba al timón con tanta fuerza que sufrió calambres en las manos. Estaban perdiendo la batalla. Charlie vio en el rostro abatido de Liu y de Raquel que ellas también lo sabían. El barco no se había hundido, pero era probable que el junco no aguantara al acercarse al epicentro de la tempestad. Charlie sabía que el barco no iba a resistir durante mucho tiempo más el maltrato incesante de las oleadas y los vientos.

—¡Vamos demasiado rápido! —chilló Liu—. ¡Tenemos que perder velocidad!

De pronto, una ráfaga de viento y lluvia había acelerado el barco.

Raquel temblaba ante las rachas huracanadas.

—¡No podemos! ¡Está fuera de control!

—¡Allí! —gritó Charlie—. ¡Mirad!

—¿Qué?! —voceó Liu. La visibilidad era tan mala que apenas si alcanzaba a ver más allá de proa.

—¡Allí hay tierra accesible!

—¿Estás segura de que no son rocas, Charlie? —preguntó Raquel. La cabeza le daba vueltas y las continuas sacudidas estaban a punto de hacerla vomitar. Trató de concentrarse en el horizonte, pero no había horizonte. Solamente olas embravecidas y un mar sin fin.

—¡No lo sé, pero no nos queda otra!

Su única esperanza era que la misma tormenta que podía matarlas les salvara la vida. Hicieron girar el timón entre todas. Incluso aquel pequeño esfuerzo fue excesivo para las fuerzas ya agotadas de Raquel. Liu, Charlie y ella soltaron el timón. Los vientos podían arrastrar el junco con toda su fuerza y velocidad hasta la costa. Pero también podía ser que la tempestad engullera el navío.

No les quedaba tiempo para advertir a Ingela y a Sadie, que se hallaban bajo cubierta y correrían menos peligro. Una oleada gigantesca las empapó de agua salobre. Raquel se desplomó y vomitó. Charlie cerró los ojos. Liu rezó una plegaria al dios que quisiera escuchar.

El junco crujió y gimió. Charlie abrió los ojos y vio que había salido disparada por el aire hacia la proa. Vio con horror que no avanzaban hacia tierra accesible, sino hacia un arrecife de rocas altas y llenas de aristas.

El junco se estrelló contra las rocas. La proa quedó en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados. Charlie se soltó y rodó hasta golpearse contra la popa. Las piernas le quedaron colgando sobre las olas, que siguieron maltratando su cuerpo ya magullado y dolorido, igual que el viento y la lluvia la azulaban desde todas las direcciones. Un fragor estruendoso la abrumó. Miró hacia arriba y vio que la embarcación se partía por la mitad. La parte de abajo del barco se deslizó por las resbaladizas rocas y regresó al furioso mar.

Charlie pugnó por librarse de lo que quedaba de la embarcación, pero un pesado

listón de junco la golpeó. Movi6 todo el cuerpo para sobreponerse a las implacables olas, para no dejar de respirar. El barco que tanto habfa amado y admirado la estaba ahogando. Charlie dio golpes, puñetazos y brazadas hasta que logr6 volver a la superficie. Abri6 la boca y tom6 una buena bocanada de aire antes de que las aguas la sumergieran de nuevo.

Se hundi6 hasta muy muy abajo. Charlie pens6 para s6 misma que tal vez encontrara lirium, y medio sonri6 ante su propia ironfa. All6 abajo la tormenta no podrfa alcanzarla. Se acabaron los embates de las olas. Se acabaron los vientos crueles.

All6 abajo todo estaba en calma y en paz. El agua c6lida acariciaba sus m6sculos fatigados. Su mente extenuada se marchaba hacia otro lugar. ¿D6nde estarfan Sadie, Liu, Ingela, Raquel... y Taye? Se imagin6 que decfa la 6ltima palabra como capitana: «Hemos perdido a la tripulaci6n entera».

All6 abajo podfa dejar de luchar. Su cuerpo se qued6 inerte.

* * *

Liu braceaba y movfa las piernas. Se habfa ca6do del junco antes de que este se estrellara contra las rocas. Y (si sus ojos repletos de sal no la engañaban), antes de que se partiera en dos y se hundiese.

Las olas se estrellaban contra ella y la sacudfan en una y otra direcci6n, pero la adrenalina la empujaba a rebelarse contra la c6lera de la naturaleza.

—¡Aguanta! —grit6, quiz6 en voz alta, quiz6 en su imaginaci6n. No iba a morir aquel dfa.

Raquel se arroj6 sobre el m6stil que flotaba en el agua. Era lo 6nico que a6n alcanzaba a ver. El resto del junco habfa desaparecido junto con las otras muchachas. Relaj6 el cuerpo contra el m6stil y dej6 que la mantuviera a flote. Le resultaba dif6cil nadar con las botas que llevaba puestas. En realidad, lo que se lo ponfa dif6cil eran las olas gigantescas y los siniestros vientos. No obstante, aquellas botas tan pesadas tampoco ayudaban.

Se habfa ca6do del junco muy poco despu6s de que se decidieran a navegar hacia tierra. Se acordaba de que habfa surcado el aire. Pero no lograba recordar nada m6s. Incluso la imagen del hombre que apuñalaba a su padre empezaba a desvanecerse.

El reguerillo de sangre que descendfa por su rostro se mezclaba con el agua salada. Raquel se atragantaba. Estaba desesperada por levantar la cabeza y ver si encontraba a alguien m6s, pero le pesaba demasiado. Entonces cerr6 los ojos.

* * *

Taye emergi6 a la superficie. A6n ofa a los chicos y a Sadie que le gritaban que

volviese, pero tampoco entonces les había hecho caso. No podía esperar a que arreciara la tormenta.

El día había comenzado claro por completo. El junco los seguía sin peligro alguno. Luego, sin previo aviso, una tormenta endemoniada los había separado de nuevo.

Se había arrojado a las olas y había dejado que su fuerza lo empujara en el agua. Había mantenido el cuerpo rígido, con los brazos y las piernas doblados.

Habían tratado de virar con el barco al reparar en que las chicas no los acompañaban, pero por lo visto la madre naturaleza tenía otros planes para ellos. Al final, el *Buena Nueva* había logrado avanzar en la dirección contraria, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Habían encontrado a Ingela dormida en el regazo de Sadie. Las dos se habían quedado en un compartimento del junco que estaba seco y protegido. Liu había nadado hacia ellos. Llevaba de la mano el cuerpo agotado de Raquel. Pero nadie había visto a...

—¡Charlie! —gritaba Taye, para hacerse oír a pesar de los vientos que tronaban a su alrededor.

Una ola enorme oyó su llamada y, a modo de respuesta, le pasó por encima. Sintió que se ahogaba y jadeó tratando de respirar. Tomó aliento y se hundió en el agua. A las profundidades donde moraba el lírium. Se obligó a tener abiertos los ojos, a pesar del escozor. Tenía que encontrarla.

Al cabo de muchos minutos, cuando su cabeza volvió a emerger, exhaló un suspiro de alivio. No estaba allí abajo. Vio desde lejos los restos del barco hundido. Taye nadó hacia allí.

Las olas lo azotaban y amenazaban con tragárselo entero. Tiraron de él hacia abajo. Taye luchó con manos y pies hasta que hubo salido de nuevo a la superficie. Trató de tomar aire, pero volvió a hundirse sin lograrlo. Peleó una vez más. Tenía que encontrar a Charlie. Emergió y esta vez sí pudo respirar.

Nadó hasta los restos del naufragio. Cada pocas brazadas tenía que forcejear con la tempestad. Los vientos levantaban trozos del junco y los dejaban caer sobre él. Una tabla de madera le golpeó la mejilla. Taye la empujó a un lado y siguió buscando. Se sumergió en las aguas y buscó desesperado un atisbo de sus cabellos rojizos.

Descubrió el cuerpo inconsciente de Charlie entre restos del naufragio, entre las tablas de madera. Nadó hacia ella tan rápido como pudo. Una ola enfurecida lo empujó en la dirección contraria. Luchó contra ella con brazos y piernas, y la hizo papilla. Nadó con absoluta determinación, totalmente concentrado en llegar al centro, con cuidado para no enredarse con el cordaje de las velas.

Cuando la encontró, la tomó en brazos, como había hecho en tantas ocasiones. Estrujó el cuerpo de la muchacha contra el suyo. *La protegió de las olas*. El cuerpo de Charlie estaba frío e inmóvil. No quedaba vida en sus miembros. La cabeza colgaba a un lado como si Charlie hubiera sido una vieja muñeca de trapo. Una racha de viento

levantó una ola que se precipitó sobre ellos. Tave recogió la cabeza inconsciente de Charlie contra su pecho al mismo tiempo que la protegía contra las aguas, dispuesto a pelear contra lo que fuera. Haría cualquier cosa por salvarla. Una vez más.

BITARCO

RIP Junco.
 RIP Pirettes.
 RIP Storm.

Si no tenemos el barco, ya no somos Storm ni Piretes. Si no tenemos a Charlie, todo eso nos da igual.

Ingela ~~X~~

—¿Un cafelito?

Sadie cogió la taza humeante. La sonrisa torcida de Axel le molestaba.

—¡Ten cuidado! ¡No te quemes! —le gritó Axel.

El café era uno de los lujos que se podían permitir en el *Buena Nueva*. A marineros y piratas les encantaban los balandros como aquel por su velocidad y solidez. Tenían un bauprés casi tan largo como el casco y podían navegar en círculo en torno a navíos más grandes, así como maniobrar en aguas poco profundas y esconderse de los enemigos. Sadie se había apoltronado en una silla en cubierta, apartada de los demás. Ni se le pasaba por la cabeza preguntarle a su hermano cómo se habían hecho con un balandro, y seguro que él no tenía intención de responderle, pero la joven sospechaba que los medios empleados no habían sido precisamente legítimos. En todo caso, los Náufragos habían transformado el *Buena Nueva* en un barco a medida, trucado.

Los arreglos eran impresionantes, aunque no tanto como los mamparos interiores y el castillo de proa, diseñados para poder alcanzar mayores velocidades. A tal efecto, habían reforzado con velas suplementarias el aparejo básico de vela mayor y foque. Persiguieran lo que persiguiesen, la captura estaba garantizada. La noche anterior habían tenido suerte de que fueran en busca del junco.

—¡Ven con nosotros! —le gritó Liu.

«¡Dejadme sola, qué diablos!»

Fingió una sonrisa y dijo:

—¡No, gracias! Me quedaré un rato sentada aquí, y luego entro.

Sadie quería ir a la cubierta principal y apuntar con los ocho pedreros y cuatro cañones al sol, al cielo azul claro, y a las nubes calmadas y esponjosas que flotaban en lo alto. Aquella calma la enfurecía. Como un padre que durante las horas de luz trata de hacer olvidar que la noche anterior estuvo colérico y furioso, la madre naturaleza se esforzaba por compensar la ira del día de antes.

Sadie tomó otro trago de café. Su madre siempre le rogaba que fuera comprensiva y le perdonara a su padre los accesos de rabia que lo asaltaban cuando estaba borracho. Si Josephine hubiera estado allí, le habría recordado a Sadie que la naturaleza es impredecible, y le habría pedido que la perdonara también.

Sadie le dio la vuelta a la silla. La proa del junco estaba frente a ella, sobre las rocas. Charlie se encontraba bajo cubierta, maltrecha y magullada.

Del mismo modo que las odiosas palabras que escupía su padre se le habían quedado marcadas para siempre, la crueldad con que la naturaleza había tratado a las muchachas permanecería en su memoria mientras viviera. Ya tendría tiempo de perdonar, y volver a ser la Sadie razonable de siempre. Las muchachas la necesitaban. Pero le pareció que tenía derecho a estar furiosa.

* * *

Taye estaba sentado en una silla al lado de su cama. La enfermería ya olía a Charlie: sal marina mezclada con limones. Recogió el libro que había quedado tirado en el suelo. Un volumen doble con la *Ilíada* y la *Odisea*. Seguro que era de Sadie. Taye se rio entre dientes. ¿Cómo era posible que Sadie y Charlie, a pesar de haber crecido casi como hermanas, se conocieran tan poco? Lo único que Charlie odiaba más que leer era que le leyesen. Taye cerró el libro y lo depositó en el suelo. Contempló a Charlie, los cabellos largos y rojizos que se abrían en abanico en torno a su cabeza, y se inclinó sobre ella. ¿Eso que Charlie tenía en el cabello era un pasador en forma de sirena? Parecía que Raquel se encontraba mejor. A pesar de sus vulgares accesorios, Charlie podría parecer una señorita si se cepillaba el pelo y cerraba la boca.

Pero en realidad no lo era. Charlie era testaruda, impertinente, y a veces arisca. Y, sobre todo, luchadora. Por eso no encontraba explicación a su estado. Sadie les había contado que Charlie no padecía ningún problema clínico. No había sufrido una gran hemorragia, ni se le había desplazado ningún órgano. No tenía por qué seguir inconsciente. Pero aún no se había despertado.

Taye dio una patada en un lado de la cama. Charlie no era una princesita, ni estaba dormida por culpa de ningún hechizo. Charlie no se rendía. Su Charlie no se rendía.

La agarró de la mano.

—Ódiame. Pásate el resto de tu vida deseándome la muerte. —La voz se le

quebró—. Pero no me dejes.

El sonido de cristal que se rompía en el suelo sacó a Taye de su ensimismamiento.

—¡Chica! —chilló Raquel en español—. ¡Te pedí que tuvieras cuidado con mis cosas! —Se agachó para recoger los restos de la tortuga de cristal que Ingela acababa destrozar.

—¡Era fea y hortera! —le chilló Ingela.

La tempestad había acabado con el junco y las muchachas sentían impotencia. ¡Charlie llevaba tres días inconsciente, pero esa tortuga de cristal tan chabacana de Raquel se había salvado! Ingela estaba satisfecha por haberla destrozado. Buscó dentro del baúl de madera de Raquel, en busca de otras cosas que romper.

—¡Chicas! —Taye abrió la puerta de la enfermería—. ¿Os queréis callar? ¡Vais a despertar a Charlie!

Ingela se cruzó de brazos y miró a Taye, con una mano en una chillona diadema de Raquel, su siguiente víctima.

—¿No es eso lo que queremos? ¿Que despierte?

Raquel trató de recuperarla, pero la niña la sostuvo en alto y sonrió.

Taye suspiró.

—Por supuesto que queremos que despierte. —Estaba perdiendo la paciencia—. Pero no arméis tanto ruido. —Le quitó la diadema a Ingela y se la devolvió a Raquel—. Y no os peleéis por idioteces como estas.

Ingela sonrió satisfecha.

—¿Lo ves? Taye también cree que es fea.

—¡Ha dicho que era una idiotez, no que fuese fea! —replicó Raquel, levantando la voz.

Siguieron con su rifirrafe hasta que Taye las hizo callar.

—¿Charlie?

Corrió a la cama de la muchacha. Ingela y Raquel lo siguieron.

—Ingela tiene razón —dijo Charlie con voz débil y ronca—. La diadema es fea y tonta.

—¡Anda ya...! ¡Te pasas no sé cuántos días durmiendo, pero cuando te despiertas eres la Pinchitos de siempre! —le gritó Raquel. Ingela y ella saltaron a su cama. Taye se acercó a ellas.

—¡Chicas! ¡Sin pasarse! ¡Charlie necesita repos...!

No pudo terminar la frase porque la voz se le quebró. Pero no importaba mucho: era obvio que no le escuchaban.

Las tres se fundieron en un abrazo.

—¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

Lo último que recordaba era la sensación de hundirse muy muy abajo. Sintió un escalofrío en la espalda.

—Tres días —respondió Ingela, con un arrumaco.

—¡Eh, para, renacuaja! —gritó Charlie, pero no trató de detenerla. Abrazada a las

chicas, le vino otro recuerdo. Taye. Los brazos que la levantaban. Los brazos que la sujetaban. Los brazos que la llevaban, cuando volvían nadando al barco. Charlie lo buscó con la mirada, pero ya no estaba.

Se tocó en torno al cuello y suspiró aliviada cuando sus dedos encontraron la perla. Tanto el collar como Charlie habían sobrevivido a la tormenta. Unas lágrimas saladas surcaron su rostro. Qué bueno era estar viva.

* * *

Ingela entró en la cabina principal del *Buena Nueva* y vació la bolsa en el suelo.

Raquel saltó del sofá.

—¡Eso son mis conchas! —Se arrojó sobre Ingela—. ¡Te había dicho que no tocaras mis cosas, *pequeña diabla!*

Sadie se quedó boquiabierta. Taye solo se preocupaba de su guitarra y trataba de permanecer ajeno a la escena.

Ingela señaló a Raquel con un dedo acusador.

—He encontrado esto escondido en el baúl de esa sinvergüenza.

Raquel miró a Ingela con el ceño fruncido. «Sinvergüenza» era una palabra fuerte, incluso en los labios de la niña.

—¡Quería daros una sorpresa! ¡Os iba a hacer urna bolsa de conchas a cada una! —Empezó a recoger las conchas y a meterlas de nuevo en la bolsa—. ¡Pero esta *mocosa* fisgona me la ha chafado! —Se detuvo un momento a limpiar una de las conchas contra la pechera del vestido—. Creo que me haré collares y brazaletes.

—¡No, Raquel! —gritó Charlie desde el diván—. ¡Esas conchas no son para utilizarlas en trabajos de artesanía!

—¿Tú sabes lo que valen? —preguntó Sadie.

Los ojos de Jimmy centellearon.

—¿Qué hiciste para que te dieran todo eso, Raquel?

Liu le lanzó una mirada asesina a Jimmy.

—¡No hizo nada! —Guardó silencio y se volvió para mirarla—. Pero ¿de dónde las sacaste?

Raquel estaba perpleja.

—¿De qué me estáis hablando? —Agarró una de las conchas—. Me las dio el viejo de las Maldivas.

Ingela se volvió.

—¿Ese hombre del mercado? ¿Te dio esa bolsa repleta de conchas?

—¿Recordáis que os conté que habíamos tenido una charla muy agradable? Me dijo que era anciano y su vida tocaba a su fin. Después me entregó esta bolsa y me dijo que hiciera buen uso de ella. Y yo había pensado que haría bolsas de conchas para todas nosotras, pero entonces Ingela...

La aludida levantó ambos brazos. No se lo podía creer.

—¿Hablas en serio? ¡Ahora mismo voy a registrar tus cosas para ver si tienes más tesoros escondidos!

—¿Tesoros? —Raquel estaba desconcertada.

—Estas conchas son valiosas —le explicó Sadie, y cogió una.

—¿Qué?

—Son conchas de cauri. —Liu hacía girar en sus manos una concha en forma de huevo, que parecía de porcelana—. En África, India y China se utilizan como moneda...

—¿Ah, sí? Entonces ¿ahora somos ricas?

—No lo bastante como para comprar un barco nuevo —apuntó Charlie. No podía creer que hubieran sobrevivido a una tempestad tan solo para compartir habitación con los Náufragos. Las treinta y seis horas que había pasado con Taye eran demasiado para ella, aunque el chico mantuviera las distancias.

—Podría ayudarnos a reparar nuestro barco —propuso Javier, y le guiñó el ojo a Raquel.

Esta no se dio cuenta, sumida en un ensueño. Podría comprar vestidos vistosos con miriñaque y encajes de verdad y pasteles con azúcar escarchado de pastelerías elegantes, o acaso un nuevo juego de dagas. Lo bastante afiladas como para matar.

—En primer lugar —respondió Sadie—, esas conchas son de Raquel, así que ella tiene la última palabra. Supongamos que decide compartirlas con los demás. ¿Bastarían para reparar el barco? —les preguntó a Axel y a Taye, en quienes confiaba.

—Los daños sufridos por el *Buena Nueva* son mínimos —respondió Axel—. Con el material necesario, podríamos repararlos nosotros mismos en un día. No nos costaría más que la mitad de esas conchas. —Entonces se volvió hacia Taye—. ¿Podríamos llegar a Bosaso con el desgarrón en la vela? Es un puerto bastante grande... Tendrán todo lo que necesitamos... ¿Quieres hacerme caso?

Taye suspiró y dejó la guitarra.

—¿De verdad quieres seguir con esta misión?

—Sí. Ahora que podemos, sí. —Sadie encendió una vela que se había apagado. A diferencia del junco, en el *Buena Nueva* había mucha luz, así que podía ver las reacciones de los demás.

Contempló la llama. Las demás no sospechaban; salvo, tal vez, Raquel. Pero albergaba sospechas. Desde la reaparición de Taye, hacía seis meses.

Cómo había arriesgado su vida por salvarla, sin preocuparse en lo más mínimo por su propia seguridad. Cómo miraba a Charlie mientras cargaba con su cuerpo inerte. Cómo parecía vencido por el pánico hasta que la muchacha despertó. Sadie no sabía lo que había ocurrido entre Taye y Charlie. Pero su instinto le decía que había sido algo importante.

—¡Trata de ser razonable, Sadie! ¡Antes ya lo teníamos crudo, pero ahora, con un solo barco y la tripulación destrozada...!

Taye estaba demasiado frustrado como para terminar.

Sadie estaba exasperada. ¡Ella, que siempre había sido razonable! Había hecho las paces con la madre naturaleza después de que Charlie despertara. Pero, igual que las velas que alumbraban la habitación, había una llama en su interior que ardía más y más.

—No podemos quedarnos para siempre en este barco, Taye. Esa misión es nuestra única esperanza de conseguir un barco nuevo.

Los dos habían perdido muchas cosas. Sadie haría todo lo posible para que su hermano no tuviera que pasar por el dolor de perder a su hermana, o a Charlie. Pero tampoco pensaba sacrificar algo sin lo que ninguno de ellos podría vivir: su libertad.

—Tenemos que hacerlo —dijo a sus hermanas.

Liu no se lo podía creer. ¿Sadie estaba diciendo eso?

—Hemos perdido mucho tiempo. No llegaríamos a tiempo a Yeda.

—Pero sí podríamos llegar a Yibuti. Cerca del lugar donde nos imaginamos que estarán apostados los piratas. De todos modos, tendremos que navegar a todo trapo. Aun así...

—¡Liu! ¿Me estás diciendo que nos enfrentemos cara a cara a los Hermanos Sangre y Hueso? —Axel se pasó las manos por los pelos de pincho—. Taye tiene razón. ¡Eso sería peor que un suicidio! Sería una estupidez.

Los Hermanos Sangre y Hueso se divertían torturando a los cautivos. Axel no era cobarde, pero el instinto de conservación le decía cuándo le convenía luchar, y cuándo era preferible alejarse de la batalla. La misión, tal como la habían planteado en principio, era peligrosa. Pero no quería ni pensar en aquel cambio de planes.

—No, también existe otra posibilidad. —Liu buscó el globo terráqueo que tenían en un rincón y lo arrastró hasta el centro de la sala. Jimmy la ayudó.

Liu hizo girar el globo en torno al sólido meridiano de caoba y contempló el arcoíris de colores que se mezclaban. Le gustaba perderse en sus detalles. Pero Liu estaba muy nerviosa.

—Sadie, tú lo explicarás mejor que yo. ¿Podrías...?

—Pero tú sabes de qué hablas —dijo Sadie, y le insufló ánimos con un gesto—. Concéntrate en los hechos.

Liu tragó saliva. Los demás la habían seguido hasta el corazón de la tempestad. ¿Y si los guiaba a otra catástrofe? «Concéntrate en los hechos.» Ella expondría la situación, y los demás decidirían qué hacer. Se aclaró la garganta.

—Lo más probable es que los Hermanos Hueso y Sangre se escondan en Murad, porque allí las aguas son más tranquilas. Podríamos ir por esa ruta, y pasar de largo frente a Yibuti. Así podríamos evitar a los piratas, y llegar a la princesa antes que ellos.

—Así sería más fácil evitar a los Hermanos Hueso y Sangre, pero no hay manera de saberlo —replicó Jimmy, y meneó la peluda cabeza—. Es demasiado arriesgado.

—No, no lo es —discrepó Ingela—. Liu acaba de explicar cómo lo haremos.

Entonces habló Raquel.

—Pagaremos la reparación del barco e iremos al sesenta-cuarenta con los Náufragos.

—El plan de Liu podría funcionar —convino Javier. La chica empezaba a caerle bien—. Eso sí, ¿no podría ser un setenta-treinta?

Una cosa era que le cayera bien, y otra, el negocio.

—Sesenta-cuarenta, y os quedáis con las conchas.

—¡Trato hecho! —Javier quiso estrecharle la mano a Raquel.

—¡De eso nada, imbécil! —gritó Axel—. ¡A la familia no se la presiona! Si vamos a hacerlo, que sea al cincuenta-cincuenta, y les devolveremos lo que nos den para arreglar el barco. El plan de Liu sería bueno si no tuviéramos que hacer frente a los Hermanos Sangre y Hueso —opinó—. Pero ¡va a ser rematadamente peligroso!

—¡No tenemos elección, Axel! —Charlie se recostó contra el blando cojín y evitó el contacto visual—. Taye se equivocaba. No somos nosotras las que estamos destrozadas. Soy solo yo. —No quería hablar de los Storm con Javier y Jimmy presentes, así que recurría a vaguedades—. Solo así podremos sobrevivir. Escapar de Zhang Tao. Descubrir qué ocurrió con nuestras familias. —Charlie respiró hondo—. Lo que quiero decir...

—Déjalo, Charlie. Será mejor que lo dejes —zanjó Taye—. Esto no es una democracia. No todos los votos valen lo mismo. —Los ojos le ardían—. Yo soy el capitán y decido a donde irá este barco. ¡Y digo que no llevaremos a cabo esa misión!

Taye se puso en pie y salió de la habitación.

* * *

—¡Eh, hermanito! ¿Tienes tiempo para hablar?

Taye gimoteó.

—¡Ahora no empieces tú, Sadie! Raquel no para de mirarme con ojos de gatito con botas, Ingela me ha pisado a propósito esta mañana, y Liu ha irrumpido en mi camarote con una carta de navegación nueva. —Suspiró—. Mi decisión es definitiva. No llevaremos a cabo esa misión.

Sadie se apoyó en la baranda. El resplandor de la luna que se derramaba sobre el mar iluminaba la popa.

—¿Y qué pasa con Charlie? ¿Qué te ha hecho?

Taye miró hacia otro lado.

—No le he prestado atención a Charlie.

—Tú siempre le prestas atención a Charlie. Sobre todo, cuando no le prestas atención a Charlie. —Le puso una mano sobre el brazo—. Es por Charlie, ¿verdad?

El *Buena Nueva*, que había estado anclado desde la tormenta, se mecía contra las olas suaves. Empezaba a agitarse. Igual que su tripulación y sus nuevos huéspedes.

Taye miró las aguas.

—No sabes de lo que estás hablando, Sadie.

—Sí, sí que lo sé. Tú sabes muy bien que sí. Y no he venido aquí a hacer de hermanita pesada ni a sonsacarte secretitos. He venido porque sé que te da miedo perderla. Pero así no la conservarás.

—¡Es que no es solo ella! ¡También quiero que estés a salvo tú! Todas vosotras. —Se aferró a la baranda—. Esa tormenta me lo ha dejado muy claro. Estáis solas, no tenéis familia, ni a los Storm. Y no estáis preparadas.

—¿Te crees que no lo sé? Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Por supuesto que lo tenemos claro. Todos nuestros padres murieron en un único día de horror, y ahora no nos queda nada. —Trató de calmarse, pero la llama se inflamaba de nuevo—. No podemos aceptar que casen a Liu con un viejo rico, ni que metan a Ingela en un orfanato, ni que me manden a una plantación de algodón...

—¡Sadie! ¡¿Cómo has podido pensar que yo lo permitiría?!

—¡Porque no podrás protegerme toda la vida, Taye! ¡Solo esto me protegerá! —Señaló a su alrededor—. El mar. Aquí estamos a salvo de matrimonios forzosos, de orfanatos, de la esclavitud, y de todos los males que la sociedad inflige a las chicas como nosotras. —Bajó el tono—. Y todos esos males, Taye, son mucho más terribles que las tempestades y los piratas.

Taye se volvió. Recordó la tempestad, recordó sus propios esfuerzos para no dejarse arrastrar por las olas que los golpeaban una y otra vez. Recordó que se había atragantado con el agua salada que le escocía en los ojos y no le dejaba ver. Recordó que había agarrado el cuerpo frío e inerte de Charlie, y había luchado por regresar hasta el *Buena Nueva*. Que había esperado, había rezado al dios cruel que osaba jugar con una vida tan joven, tan fuerte, tan necesitada por todo el mundo —por el propio Taye— para que Charlie no muriera. Y Charlie había despertado, y aunque lo evitara, por lo menos seguía allí, en aquel mundo miserable en el que no podían estar juntos.

Taye golpeó la baranda con ambas manos. Se hizo daño. Ni se acordaba de que Sadie se hallaba a su espalda. Reflexionó acerca de todo lo que había enterrado en lo más profundo de su ser. No solo por Charlie, sino también por su propia supervivencia. Cuando pensaba en todo lo que había sacrificado (los Storm, su familia, la propia Charlie...), se daba cuenta de que no podría seguir *adelante* sin ella.

Apretó la mandíbula. Vio a sus padres. Josephine, en el laboratorio, con sus vestidos chillones que tanto llamaban la atención en la austeridad negra, blanca y gris del *Storm Uno*, y Henry, un cabrón cuando bebía demasiado whisky, pero un padre amado cuando trataba de hacer lo que debía con Taye. «Podría haberlos salvado.» El brazo derecho de Taye, el brazo con el que sostenía la espada, tembló. Le dolía demasiado reconocerlo en voz alta, pero ese pensamiento ardía en los recovecos de su mente. Si hubiera estado allí el Día de la Destrucción..., si Taye no hubiera sido un crío estúpido, enfermo de amor, que había abandonado a su familia y su deber, se habría hallado en el *Storm Uno* cuando los soldados sin rostro atacaron. Los habría

matado a todos. Y sus padres habrían conservado la vida.

Lo había perdido todo a causa de Charlie. La odiaba, pero no la odiaba. Ahora, el peso de nueve días lo aplastaba, toda su masa lo arrastraba hacia el fondo, como las oleadas durante la tempestad.

Sadie, Axel, Jimmy, Javier, Raquel, Liu, Ingela. Su propia vida. Y la de ella...

—¿Taye? —susurró Sadie.

Estaba tan perdido en sus pensamientos que no le respondió. Sadie se acercó a su hermano mayor por detrás y le dio un fuerte abrazo. Luego se marchó para que pudiera estar a solas.

BITARCO

Fecha: 3 de diciembre.

Posición: 11.2847° N, 49.1825° E.

Hemos arreglado el desgarrón en la vela y nos marchamos de Bosaso. Nos quedan menos de dos días para alcanzar el barco del sultán y corremos literalmente contra el viento. Vamos a seguir el plan de Liu e iremos a Yibuti. Crucemos los dedos.

Hace tres meses que salimos de Shanghái. Parece que haya pasado toda una vida. Hemos cambiado. Todas nosotras.

No sé por qué Taje ha cambiado de opinión, pero de todos modos me alegro. Estoy a punto para luchar de nuevo. No hay nada como morir para que te entren ganas de vivir.

Charlie

—¡Mierda! —gritó Axel. Había dicho en voz alta lo que la mayoría de ellos pensaban en aquel preciso momento.

Al acercarse, habían oído los cañones. Habrían tenido que tomarlo como una advertencia de lo que les esperaba. Ahora el Buena Nueva se ocultaba en una ensenada, a menos de veinte kilómetros de la horrible escena que tenía lugar en la lejanía, y no había manera de escapar de lo que Charlie había considerado el peor escenario posible. Se estaba produciendo un combate en mar abierto. En el centro había un gran balandro; seguramente, el de la princesa. Enfrente se hallaba una de las embarcaciones más grandes que Charlie hubiera visto en su vida. El bajel de la guardia real medía unos veinte metros de eslora y estaba provisto de dieciséis cañones que disparaban balas de cuatro kilos, y probablemente pesaba cerca de ciento cincuenta toneladas. No era un viejo balandro cualquiera. El sultán lo había equipado para que fuese una fortaleza marina inexpugnable. Pero, a juzgar por el humo negro

que se elevaba desde el barco y los piratas enemigos que lo abordaban, el barco se hallaba en una situación desesperada.

—¡Parece que te equivocabas! —chilló Javier, volviéndose hacia Liu—. ¡Los Hermanos Sangre y Hueso no los aguardaban en Murad, sino en Perim! Ahora estamos fastidiados.

—No podemos enfrentarnos a ellos —observó Axel.

—Tenemos que dar media vuelta antes de que nos divisen —aconsejó Taye.

—¡NO! —chillaron, indignadas, las cinco muchachas al unísono.

—Mirad. —Charlie sacó el catalejo—. No sé qué pasa allí, pero los Hermanos Sangre y Hueso tienen una sola nave, y pocos hombres. Y no nos van a ver en esta ensenada, así que contamos con el elemento sorpresa.

—Además, da la impresión de que una parte de la guardia real del sultán sigue peleando —añadió Raquel.

Liu le quitó el catalejo a Raquel.

—Casi todo el combate tiene lugar en el barco de la guardia. Tan solo unos pocos hombres de los Hermanos Sangre y Hueso se han metido en el barco de la princesa. Es probable que se deba a los mosquetes y cañones que están disparando.

—¿Mosquetes y cañones? ¡Eso no anima a subir a bordo! —exclamó Jimmy. No necesitaba el catalejo para divisar al gigante—. ¿Cómo vamos a meternos en ese armatoste? ¡Es como un centenar de ballenas azules puestas una encima de la otra!

El fuego del cañón estallaba contra el cielo brillante y azul. Un chaparrón anaranjado y rojo ascendía hasta las nubes, y luego descendía hacia las aguas. Podría pensarse que se trataba de fuegos artificiales, de no ser por los cuerpos que se caían por la borda.

—No tenemos por qué abordar el bajel de la guardia —comentó Sadie—. ¡Podríamos ir directamente a la embarcación de la princesa! Se podría acceder por el noroeste, al otro lado de donde está el barco de los Hermanos Sangre y Hueso. Allí no habrá disparos ni cañonazos.

Le pasó el catalejo a Taye para que lo comprobara.

—Sadie tiene razón. Mira, Ax.

Axel avanzó hasta la proa del *Buena Nueva* con el catalejo.

—El paso es estrecho. Tendremos que ir muy rápido y pasar todo lo cerca que podamos del navío de la princesa. Luego saltaremos desde la regala. —Se volvió hacia todo el grupo—. ¡Tendremos que entrar y salir enseguida, muchachos! Antes de que alguno de los dos hermanos tenga tiempo de responder. De lo contrario, la imagen que aparecerá en la portada de los periódicos será el de nuestros cadáveres destrozados.

El comentario no era irónico.

Charlie negó con la cabeza.

—No, no podremos acercarnos tanto sin que nos vean. Lo mejor será que el *Buena Nueva* se quede oculto aquí, vayamos en botes y trepemos a bordo. —Señaló

las cuerdas y los garfios—. Tal vez encontremos una escalerilla.

—Charlie tiene razón —reconoció Axel, y miró a su alrededor—. Pero ¿qué plan tenemos una vez que nos encontremos a bordo?

Taye salió de su ensimismamiento y habló.

—Tenemos que salvar el barco de la princesa, porque es el que transporta el tesoro. —Miró a Sadie—. ¿Y qué hay del sultán Musef? ¿Estás segura de que no viaja a bordo?

—Por lo que sé, no, aunque apenas encontré información. Tan solo envía miembros de su familia y de la corte real.

—Correcto, Sadie —añadió Liu—. Entonces, nuestro plan consistirá en ponernos al timón de barco de la princesa y sacarlo de ahí. —Sacó un plano improvisado, que ella misma había dibujado con muchas prisas, en el que se veía la ruta entre el *Buena Nueva* y la batalla que tenía lugar más adelante—. Si remamos a lo largo de la ensenada no nos verán, y nos bastará con unos minutos en mar abierto para llegar al barco de la princesa. Habrá que tener mucho más cuidado con las rocas y nos llevará más tiempo, pero también será menos peligroso.

Taye echó una mirada al plano de Liu.

—Tu plan es bueno. —Luego habló para toda la cuadrilla—. No teníamos previsto entrar en combate, pero ahora no nos queda otro remedio. Los Hermanos Sangre y Hueso son inferiores en número, pero están luchando bien. Una vez que subamos a bordo, no podremos evitarlos. No somos suficientes para pelear cuerpo a cuerpo durante mucho tiempo. «Sigilo y velocidad.» —Y habría añadido: «Como nos enseñaron los Storm», de no ser porque Javier y Jimmy estaban presentes. Pero las chicas lo entendieron a la perfección—. Charlie, Axel y yo llevaremos el timón.

Se volvió para mirarlos a la cara.

—Los Hermanos Sangre y Hueso habrán situado a la mayor parte de sus hombres en torno al timón. Si queremos apoderarnos del barco, tendremos que luchar con las manos. Llevad dagas y espadas de más. —Señaló a Raquel y a Liu—. Buscad a la princesa y hacedle saber que hemos venido para ayudarla. —Luego se dirigió a Javier, a Jimmy, a Sadie y a Ingela—. Vosotros os quedaréis y vigilaréis el *Buena Nueva*. En cuanto veáis que salimos del barco de la princesa, seguidnos de cerca, por si los Hermanos Sangre y Hueso nos persiguen. —Luego se volvió, una vez más, hacia todo el grupo—. Sé muy bien que hemos tenido que reestructurar toda la misión dos veces y que ahora volvemos a improvisar. Pero nuestro objetivo es el mismo: salvar un tesoro con el fin de cobrar una buena recompensa.

Trató de sonar entusiasmado, pero la situación era tan peligrosa que no hubo respuesta.

Asintieron en silencio. Otro cañón hizo arreciar el oleaje. El *Buena Nueva* volvió a balancearse adelante y atrás. Sadie sintió que se le encogía el estómago. La asaltaba de nuevo el recuerdo de la tempestad. ¿Y si habían sobrevivido tan solo para morir allí?

Taye cerró los ojos. Las palabras de su hermana le pesaban sobre los hombros. Lo necesitaban. Con todo, no quería arriesgar la vida de nadie tan solo por una recompensa. No habían contado con que se meterían en medio de una batalla. Con sus diecinueve años recién cumplidos, podía considerarse un joven capitán. Tal vez su optimismo fuera estúpido. Le parecía que podría salir bien de todo aquello, pero no toda su tripulación pareció de acuerdo.

—¿Confiáis en mí? —preguntó. Los demás, al oírlo, se sorprendieron y salieron de su ensimismamiento. Uno tras otro, asintieron. Por fin, miró a Charlie sin apartar los ojos. Tampoco los apartó ella. Asintió al fin. Taye gritó la última orden antes de que el grupo se dispersara—: Todos a punto.

* * *

El *Buena Nueva* estaba bien equipado con embarcaciones más pequeñas. Así, Charlie, Liu, Raquel, Axel y Taye disponían de dos botes. Eran ligeros, compactos y por ello les resultaría fácil nadar rápido. Avanzaron a lo largo de la ensenada, conforme al plan de Liu. Los seis minutos que pasaron en mar abierto se les hicieron interminables y terroríficos, pero tanto el bote en el que viajaban Charlie, Liu y Raquel como el otro en el que iban Axel y Taye llegaron al navío de la princesa sin que los Hermanos Sangre y Hueso los vieran. Tal y como se había imaginado Charlie, el barco tenía una escalerilla en el costado. No necesitaron los garfios y las cuerdas que habían llevado por si acaso.

Solo había cuatro hombres vigilando la escalerilla. Les fue muy fácil arrojarlos al agua. Luego, Charlie, Liu, Axel y Taye se dirigieron a la cubierta principal. Charlie subió a saltos por la escalera.

—¡Los aposentos de la princesa deben de estar por aquí! —gritó, y señaló un pasillo alfombrado. ¿Cuándo se habían visto alfombras en un barco?—. ¿Queréis que vaya con vosotros? —Un pirata se arrojó sobre ella antes de que le llegara la respuesta. Los agudísimos reflejos de Charlie entraron en acción. La muchacha empuñó el alfanje con ambas manos y acometió. La adrenalina había empezado a subir y se regocijaba por haber vuelto a la acción.

—¿Alguien podría echarme una mano?! —gritó Taye, que luchaba con dos hombres al mismo tiempo.

Aunque el cielo era azul brillante y el sol refulgía, los vientos soplaban con rachas cada vez más fuertes. El caos los rodeaba, en forma de espadas, dagas y perdigones. Charlie se arrojó al centro de la refriega sin dudarle ni un solo instante.

—¡Voy contigo! —chilló Charlie. Corrió en auxilio de Taye, pero se detuvo donde estaban Raquel y Liu, aún de pie en lo alto de la escalerilla—. ¿Estáis bien, chicas?

Liu asintió.

—¡Ve a ayudar a Taye! Nosotras buscaremos a la princesa.

Raquel se cubrió los oídos. El entrecuchar de los aceros, el estruendo de los cañones y los gritos de los heridos eran ensordecedores. No veía nada parecido desde que asesinaron a su padre. Se acurrucó en un rincón, temblando de la cabeza a los pies.

—Ya está. —Liu miró a Raquel a los ojos—. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.» —La ayudó a ponerse en pie.

Raquel asintió y empuñó una daga con cada mano. Liu blandía una espada con la mano que tenía libre, y llevaba dos pistolas de pedernal en el abrigo.

Recorrieron varios pasillos cubiertos con gruesas alfombras. No vieron a ningún hombre de los Sangre y Hueso. En las paredes había cuadros con marcos dorados. Parecía el museo más exclusivo del mundo.

—¡Dios mío! —farfulló Raquel en español cuando ambas se detuvieron.

No habían visto tantas riquezas en toda su vida. El camarote estaba lleno de cofres que rebosaban plata, oro, diamantes, zafiros, rubíes y otras gemas. Los baúles con perlas, sedas y especias se acumulaban hasta casi llegar al techo.

—¡Chist! —le advirtió Liu a Raquel.

Al cabo de unos segundos de silencioso asombro, Raquel susurró:

—Creo que hemos encontrado el tesoro. Si no tienen más riquezas escondidas en otro lugar.

Raquel negó con la cabeza.

—Pero ¿no te parece que aquí debería haber guardias? Los Hermanos Sangre y Hueso deberían haber mandado alguien a vigilar el botín.

—Me han mandado a mí —respondió una áspera voz, y unas manos les taparon las bocas.

* * *

—¡Cuidado! —gritó Charlie cuando se arrojó contra Taye. Ambos rodaron por el suelo.

Una bala de cañón surcó el aire muy cerca de ellos.

—¡Gracias! ¡Me has salvado la vida! —gritó Taye, aturdido.

—¡Pues ya estamos en paz!

Axel corrió hacia ellos y se agachó bajo un toldo.

—¡Han dado en el mástil principal! ¡Este barco ya no podrá navegar! ¡Y se están preparando para disparar otra ronda con los mosquetes!

Taye arrugó la frente. Aquello no les estaba saliendo bien. Tenía que pensar rápido y trazar un nuevo plan. Pero no le dio tiempo: un hombre le puso una pistola contra la sien.

* * *

La princesa Imera cruzó los brazos cubiertos de brazaletes enjoados. Movi6 la cabeza con vehemencia, y sus enormes pendientes de esmeralda tintinear6n con furia. Parecía que le colgaran joyas por todas partes. Pero, vista de cerca, la cabeza alargada y el ment6n angular tenían unas aristas que reforzaban su gesto intimidante.

Raquel se mordió los labios. Nunca había visto a una princesa de verdad, pero su asombro dio paso a la irritación. Aquellas dos moles habían cometido la estupidez de encerrar a Raquel y a Liu en la misma habitación donde se hallaba la princesa, y las dos muchachas estaban ahí para escapar con ella. Pero no había manera de convencerla.

La princesa Imera chilló (¿o tal vez susurró?) algo parecido a una combinación de escupitajos y tos de la mala. El oído bien entrenado de Raquel no reconoció el idioma, pero sospechó que se trataba de la lengua marrakatrana nativa de la princesa.

La mujer de más edad que estaba en pie junto a la princesa le respondía en el mismo idioma. Su voz sonaba más fluida y menos gutural. Raquel la observó. Pese a algunas incipientes canas y patas de gallo, conservaba una complexión tersa y un rostro redondo que la hacían parecer más joven de lo que era en realidad. Pero algo en su mirada le dio entender a Raquel que no era buena idea cruzarse en su camino. Le calculó unos cuarenta años. En cuanto a la princesa Imera, debía de ser de la edad de Charlie, aunque su comportamiento infantil parecía propio de Ingela.

—La princesa Imera manifiesta que solo os seguirá en el caso de que os haya enviado su padre, el sultán Musef —les tradujo la mujer mayor, que se acunaba el brazo herido. La sangre empapaba el improvisado torniquete—. Le he explicado que en realidad da igual, porque no tenemos ninguna otra opción.

Raquel y Liu miraron a la mujer, sorprendidas de que hablara un inglés tan fluido. Su acento era muy culto, de raíces indudablemente inglesas.

—Está bien —quiso zanjar Liu—, entonces dile a la princesa que nos envía su padre. Y que tenemos prisa.

La mujer hizo una mueca.

—Como comprenderéis, esto no se ajusta al protocolo habitual. Querrá pruebas oficiales de que seguís órdenes del sultán Musef. —Arrugó la frente. Y sospecho que no traéis ninguna.

Raquel negó con la cabeza. No llevaba pruebas... pero sí su *panchi*. Los dos guardias se lo habían arrebatado. Solo podía hacerla entrar en razón a puñetazo limpio. Pero prefirió explorar las vías diplomáticas.

—Princesa Imera, entiendo que no confiéis en nosotras. Me llamo Raquel, y mi amiga se llama Liu. Si nos lo permitís, podemos ayudaros a salir de aquí. Pero tendremos que actuar con rapidez.

—Yo me llamo Amsha. —La mujer mayor sonrió. Les habría tendido la mano de no llevar el brazo herido. La princesa hizo como si no estuvieran allí.

—Princesa, por favor, escuchad a Amsha. Será mejor que nos marchemos ahora, antes de que vuelvan esos hombres terribles.

Liu movía la cabeza, frustrada. Con la de princesas que había en el mundo, ¿por qué habían tenido que topar con la más antipática?

—La princesa Imera está convencida de que su guardia real ya se hace cargo de la situación —explicó Amsha—. ¿Podríais darnos una explicación detallada de lo que ocurre? Además, la princesa Imera os exige que os dirijáis a ella como alteza real —añadió, con una sonrisa avergonzada.

Raquel respiró hondo para no soltarle un puñetazo.

—Alteza Real, lo que tratábamos de explicaros era que vuestros guardias reales han perdido el control de la situación. Los Hermanos Sangre y Hueso prácticamente se han apoderado de vuestro navío de guerra. Unos amigos nuestros están tratando de hacerse con el timón de este barco antes de que los Hermanos Sangre y Hueso lo capturen. Pero tenemos que irnos a un lugar seguro donde su tripulación no pueda encontrarlos. —Se volvió hacia Liu—. No disponemos de armas con que enfrentamos a ellos.

Amsha le tradujo la información a la princesa. Ambas se enzarzaron en una animada discusión que debió de durar más o menos un minuto, y luego pareció que se calmaban. La princesa volvió la espalda a todos los demás.

—Hay un túnel secreto. No tengo muy claro adonde lleva, pero creo que conduce a la cubierta principal. Por desgracia, no he logrado apartar el armario ropero, y la princesa Imera tampoco ha querido cooperar.

Trató de disimular la sonrisa de satisfacción con que decía esta última frase, pero no pudo. La borró de sus labios antes de que la princesa se diera cuenta.

—¡Vaya rollo! Pero es nuestra única posibilidad. —Raquel se volvió hacia Amsha. El corte era muy profundo—. Ese vendaje se ha llenado de sangre. ¿Lo cambiamos antes de marchamos?

Amsha negó con la cabeza. Un par de rizos morenos se le escaparon del moño.

—No, por ahora no hace falta. Tenemos que irnos de aquí antes de que vuelvan esos hombres.

Liu contempló a Amsha. Era alta, de caderas anchas y con sólidas pantorrillas. Parecía más útil que la princesa Imera, que por lo menos se había puesto en pie, aunque seguía sin dar ni un paso. Las miraba sin hacer nada mientras empujaban el armario, pero este no cedía. Hicieron un segundo intento apoyando las espaldas.

Liu se enjugó el sudor que le cubría la frente.

—¡Esto es demasiado pesado! ¡No podríamos moverlo ni aunque fuéramos cuatro!

Le echó una mirada a la princesa, que había abierto un cofre lleno de joyas y no tenía otra preocupación que ponerse más pulseras en los brazos y más anillos en los dedos. Liu la maldijo entre dientes.

Raquel se incorporó y les hizo una señal para que se apartaran. Echó a correr, saltó y dio una patada desde el aire. Otro clásico movimiento de danza de Rafaela, aunque le habría quedado mejor de haber extendido los pulgares.

—¡Eso ha sido brillante! —Amsha aplaudió en silencio. El armario ropero se había inclinado levemente.

—¡Los oigo! —gritó Liu—. ¡Los hombres vienen hacia aquí!

Raquel retrocedió. Echó a correr de nuevo, y dio otra fuerte patada.

—¡Una más, Raquel! ¡Que entran!

Alguien metió una llave en la cerradura.

—¡Princesa..., alteza real..., nos largamos de aquí! —ordenó Liu. La princesa obedeció sin rechistar.

La llave comenzó a girar. Raquel le arreó una nueva patada al armario ropero y este se cayó de lado con gran estrépito. Raquel saltó sobre el armatoste de madera. Liu agarró a Amsha y la ayudó a pasar al otro lado.

A la princesa se le cayó una pulsera. Se agachó para recogerla, pero ya no quedaba tiempo. Amsha chilló con todas sus fuerzas. La princesa se sobresaltó y se volvió hacia ella. La puerta se abrió. No podían perder ni un segundo más. Liu cogió a la princesa y la arrastró al túnel oscuro. Sacó la pistola y disparó contra los brutos que cargaban contra ellas, y luego se volvió y corrió tan rápido como pudo.

* * *

El hombre apuntaba a la cabeza de Taye con su pistola. Charlie miraba horrorizada. Habría querido arrojarse sobre él, pero se sentía como si sus pies estuvieran encolados en el suelo. El hombre tiró del gatillo. Para su sorpresa y alivio, la pistola no disparó. La poca fiabilidad de las pistolas de pedernal era proverbial. Tal vez se debiera al viento racheado. Pero los piratas —y aquel no era una excepción— solían llevar varias pistolas por si alguna fallaba. Metió la mano en el abrigo para buscarla, pero Taye se la arrebató con una patada y le propinó un gancho de derecha en la mandíbula.

Charlie estaba paralizada. Pero una patada rápida en el codo la despertó. Se volvió de un salto con el alfanje en la mano. Aún no había visto a su oponente y ya sintió que el alfanje cortaba carne. El enemigo se cubrió con la mano la herida que Charlie acababa de abrirle en la pierna. «Ahora será vulnerable durante unos instantes», pensó. Su contrincante era un chaval no mucho mayor que ella. Pero era el enemigo, y Charlie no podía dejar que reaccionara. Se arrojó sobre él y clavó la espada directamente en la herida, y la abrió todavía más. El muchacho chilló y se quedó en el suelo, apoyado sobre una sola rodilla.

* * *

Muy cerca de allí, Raquel, Liu, Amsha y la princesa Imera corrían por el túnel. Los dos brutos, que a pesar de su gran corpulencia se movían con mucha agilidad por

las cerradas esquinas y los bruscos giros del pasadizo, iban a gran velocidad tras las muchachas y les dieron alcance enseguida.

Aunque no estaba segura, a Liu le pareció que los perseguidores no eran los mismos que las habían encerrado en la habitación. El Bruto Uno era más rechoncho que los dos hombres de antes. Estaba tan cerca de agarrarla que ya sentía sus dedos gordos, de salchicha, en la espalda de la blusa. Por el contrario, el Bruto Dos estaba mucho más gordo. Liu sentía el roce de sus fofas caderas contra las angostas paredes del túnel del que trataban de salir.

—¡Socorro! ¡Socorro!

* * *

—¡Es Raquel! —gritó Charlie. Corrió hacia la voz que le resultaba tan familiar.

Raquel salió corriendo del oscuro túnel, seguida por todas las demás. Tan pronto como estuvo al aire libre, Liu dio media vuelta y apuntó a Bruto Uno con los cañones de ambos revólveres. Jugueteeó con los gatillos y dudó el tiempo suficiente para que el bruto embistiera contra ella y la hiciera caer al suelo.

Taye y Charlie empuñaron las espadas.

—¡Axel, llévalas al *Buena Nueva* con la balsa! ¡Luego os alcanzamos! —gritó Charlie.

El bruto de la panza gigantesca le arrojó la daga. Charlie se apartó justo a tiempo.

Como si participaran en una coreografía, los dos brutos se volvieron simultáneamente. Corrieron atrás con la fuerza de un par de elefantes, hicieron caer los alfanjes de las manos de Charlie y de Taye, y aplastaron a estos contra la pared.

—Dagas —masculló Taye mientras trataba de sacarse del diafragma al bruto menos corpulento, pero mucho más musculoso.

—Doble Cruz. —Charlie miró a Taye.

El muchacho asintió con solemnidad.

Charlie había practicado el movimiento en docenas de ocasiones con los Storm, pero nunca lo había llevado a la práctica en una pelea. Charlie bajó poco a poco los brazos y cogió las dagas que llevaba en ambas caderas. Luego bajó el cuerpo hasta que las puntas de los aceros se hallaron al final de la «V» que terminaba en la ingle del bruto. La panza le colgaba tan abajo que Charlie la sintió contra la frente.

—¡Ahora! —ordenó Taye. Había doblado las piernas hasta quedarse a la misma altura que Charlie respecto al otro bruto—. ¡Rápido y profundo!

Charlie clavó las dagas y cortó a lo largo de la «V», y seccionó en ángulo la arteria femoral.

Los dos brutos chillaron al unísono, pero ya era demasiado tarde para ellos.

La sangre brotó al instante del cuerpo de uno de ellos. Primero se quedó de rodillas. Luego se cayó de bruces y su barrigón aplastó (y probablemente asfixió) al otro bruto.

Charlie y Taye se inclinaron hacia delante y respiraron hondo.

—Tenemos que... Tenemos que marcharnos —dijo ella, y recogió el alfanje.

Taye asintió, y agarró la espada.

Un cañón explotó en la cubierta principal y el barco tembló. Charlie se estrelló contra la pared. Un incendio estalló a sus espaldas.

—¡Vamos! —gritó Taye, y agarró a Charlie por la mano. Raquel vio como Axel cargaba a hombros con la princesa y se la llevaba escalera arriba.

—¡Seguidme! —gritó en medio de todo el fragor.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Raquel, que se hallaba tan solo unos pasos más atrás, seguida por Liu y por Amsha. Al descubrir a Axel, dobló la esquina hacia la derecha y fue tras él. En un primer instante, Raquel creyó ver alucinaciones. En medio de la densa humareda negra, a duras penas distinguía su propia mano. Pero se detuvo de todos modos, sin pensar en que Liu y Amsha habían seguido adelante. Al cabo de un segundo, lo vio bien. Con la misma claridad que cuando la primera vez.

«El soldado sin rostro.»

Raquel clavó la mirada en él. No hizo caso del tremendo incendio que engullía la cubierta. Toda la cabeza quedaba tapada por un yelmo de malla de cobre que le cubría el mentón y le llegaba hasta los hombros. Los oídos y la nariz también estaban escondidos bajo el cobre. A la altura de la boca sí había un pequeño agujero para respirar. Los ojos eran dos pequeñas ranuras abiertas en el cobre.

Raquel sacó las dagas. El soldado sin rostro no la había visto. La muchacha contaba con el elemento sorpresa. El hombre estaba demasiado lejos como para arrojarle las armas. Además, Raquel quería bailar y llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad.

Raquel estaba a punto de echar a correr a través del fuego cuando algo tiró de ella hacia el suelo.

—¡¿Qué diablos...?! —gritó al aterrizar sobre el trasero.

Liu había vuelto atrás al darse cuenta de que Raquel ya no estaba con ellas.

—¡¿Qué estás haciendo?! —voceó, y la agarró por la muñeca.

—¡Está aquí! —chilló Raquel, presa del pánico. Trató de moverse, pero Liu no la soltaba.

El humo negro impregnaba el aire, le escocía en los ojos y le cosquilleaba en la garganta.

—¿Quién? —preguntó Liu mientras tosía. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. ¿Es que no ves las llamas? ¡El barco se ha incendiado! —Liu tosió de nuevo. Se tapó la boca—. ¡Tenemos que salir de aquí antes de que se hunda!

—¡El hombre que mató a mi padre! —Raquel forcejeaba para obligar a Liu a soltarla.

—¡¿Qué?! —Liu bizqueó. No lograba ver nada a través de las volutas de humo negro, salvo contornos de figuras. Negro con la cabeza—. ¡No veo a ningún soldado sin rostro! ¡No tenemos tiempo! ¡Si no nos vamos ahora mismo, moriremos!

—¡Me da lo mismo morir! —chilló Raquel. Alzó la mano que tenía libre, atacó a Liu con su arma y le hizo un corte en el brazo—. *¡Lo siento!* —gritó en español, y se marchó corriendo.

—¡Maldita sea! —Liu vio la sangre antes de sentir el profundo pinchazo del metal. Pero Raquel se había marchado. Le costaba respirar. Aunque la herida pareciera superficial, todo el brazo quedó ensangrentado. Tendría que valerse de las piernas para salir con rapidez.

Entonces vio a Raquel. O, para ser más exactos, distinguió el chaleco hortera y de colores estridentes que Raquel había insistido en ponerse para esa misión. Liu corrió y esquivó con habilidad los combates con espada que se producían aun cuando el barco estuviera a punto de hundirse. Un hombre se interpuso en su camino. Lo apartó a empujones, y lo empujó hacia la trayectoria de la espada enemiga. Pero no lo vio, concentrada como estaba en buscar a Raquel en medio de la nube de humo negro.

Alargó el brazo para agarrar el chaleco de Raquel, pero no lo consiguió. Apenas podía ver en medio de la densa humareda. Alcanzó a divisar a Raquel momentos antes de que se adentrara en el incendio. Aferró un mechón de los cabellos largos y castaños de Raquel y tiró con fuerza.

—*¡Santo cielo!* —gritó Raquel en español.

Liu se arrojó al suelo, se sentó sobre el pecho de Raquel, y le sujetó ambos brazos por detrás. De pronto, sintió mucho calor, como si el fuego estuviera a punto de rozarla.

—¡Suéltame! —Raquel se retorció bajo el peso de Liu.

—¡NO! —chilló esta, y se apoyó todavía más con todo el peso de su cuerpo. Algunos de los reguerillos de sangre que le bajaban por el brazo llegaron al llamativo chaleco y ensuciaron la mejilla de Raquel—. *¡Venga, salgamos de aquí!*

En vez de responder, Raquel le arreó un patadón en los riñones. Liu se cayó hacia delante y soltó a Raquel. Esta trató de incorporarse, pero Liu le hizo una zancadilla que hizo caer de bruces a Raquel.

Un cañón explotó. La proa se desprendió y se hundió en el mar. Con la experiencia del junco tan reciente, Liu sabía que todo sería cuestión de minutos. Agarró a Raquel y la obligó a levantarse con ella.

—¡Tengo que matar al soldado sin rostro! —chilló Raquel, y le soltó otra patada *panchi* perfecta, esta vez en la ingle.

Liu se retorció de dolor, pero respiró hondo y se recobró con rapidez. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.» El fuego resplandecía muy cerca. Se oyeron los ecos de otro fuerte crujido. La popa se balanceaba sin control. Todo el barco sufría sacudidas. Liu y Raquel se golpearon contra la baranda. Liu logró recobrar la estabilidad. Tenían que arreglárselas para salir de allí. Agarró a su «gemela» por las puntas del chaleco y tiró de ella.

—¡Por tu padre! —gritó Liu, y la dejó inconsciente con un golpe en la cabeza. Raquel se desplomó al instante.

A pesar del tremendo dolor que sentía en los riñones, la ingle y el brazo, Liu levantó el cuerpo de Raquel, que por suerte era liviano, y cargó a hombros con ella, igual que Axel había hecho con la princesa Imera. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.» Liu rezó por que sus piernas pudieran con la urgencia de la situación y corrió hacia el bote tan rápido como pudo.

* * *

Charlie y Taye corrieron hasta el extremo opuesto de la cubierta principal. La escalerilla lateral acababa de venirse abajo. Charlie miró por la borda del barco de la princesa y vio el segundo bote, envuelto en llamas. El fuego de cubierta rugía y se les acercaba cada vez más.

—¡Tenemos que saltar! —gritó Charlie—. Y volver a nado hasta el *Buena Nueva*. Son unos tres kilómetros.

Charlie vio que otro par de matones llegaba por la izquierda. Si se quedaban a luchar, se irían a pique sin remedio. No disponían de tiempo.

Charlie y Taye se pusieron espalda contra espalda. La última vez que Charlie había escapado de un barco en llamas había sido en el Día de la Destrucción. Pero aquella vez sería distinto. A pesar del peligro inminente, se sentía a salvo. La muchacha y Taye se miraron a los ojos, y luego se agarraron de las manos y saltaron al vacío.

* * *

—¡Todo el mundo bajo cubierta! —gritó Axel mientras subía corriendo por la pasarela hasta la cubierta principal del *Buena Nueva*, seguido de Amsha y de la princesa Imera. Había dejado a Liu en el bote para que se encargara de Raquel, porque tenía que llegar lo antes posible al *Buena Nueva* y valorar la situación. No habían salvado el tesoro, y por lo tanto la misión había fracasado, pero ahora se enfrentaban a un problema mucho más grave. Axel tenía que sacar de allí el *Buena Nueva* antes de que los Hermanos Sangre y Hueso los encontraran. Se volvió hacia la princesa, que parecía que tuviera los pies pegados al suelo. Señaló hacia abajo con el dedo.

—¡He dicho que todo el mundo bajo cubierta! ¡AHORA MISMO!

—¡Los Hermanos Sangre y Hueso nos han encontrado! —chilló Liu mientras subía por la pasarela, con el brazo derecho totalmente ensangrentado—. ¡Están girando hacia nosotros los cañones de los guardias!

Sadie dio un salto. ¿La persona que Liu llevaba sobre los hombros era Raquel?

—¿Le han pegado un tiro? ¿La han herido con una espada?

Liu dejó a Raquel en el suelo y dobló el cuerpo. Le dolía todo, y le costaba

respirar. La muchacha española parecía pequeña, pero tenía mucha más masa muscular de lo que Liu suponía.

—Ni lo uno ni lo otro: la he noqueado.

Sadie arqueó una ceja, sorprendida, pero no había tiempo para explicaciones.

—Llévala abajo y quédate con los demás.

Liu asintió, demasiado agotada como para hablar. Sacó fuerzas de flaqueza, cargó a hombros con Raquel y bajó por la escalera.

Mientras Liu descendía, Charlie y Taye subieron por la pasarela y se dejaron caer sobre la cubierta, extenuados, y mojados de la cabeza a los pies.

—¿Y a vosotros qué os ha pasado? —preguntó Sadie—. ¿Habéis vuelto nadando? —Estaba a punto de preguntar qué había ocurrido con el segundo bote, pero Taye la cortó.

—No hay tiempo para explicaciones. Los Hermanos están a punto de disparar.

—¡Javier y yo iremos a preparar los pedreros! —dijo Charlie, que todavía estaba echada en el suelo. No había nadado tan rápido en toda su vida. Los minutos le habían parecido horas, porque se había obligado a nadar bajo el agua hasta que ya no podía más, y durante todo ese tiempo no había respirado. Sentía pálpitos en la cabeza por la falta de oxígeno, y todos los miembros de su cuerpo estaban a punto de ceder. Habría querido pasarse el resto del día tumbada, pero sabía que era totalmente imposible. Charlie y Taye habían luchado hasta el límite de sus fuerzas para llegar al *Buena Nueva* de una sola pieza y no podía permitir que los Hermanos Sangre y Hueso acabasen con ellos después de tanto esfuerzo.

—Tardaremos unos diez minutos en cargar los cañones.

—¿Todo el mundo está bajo cubierta, Sadie?

Taye le tendió el brazo a Charlie. Ella lo agarró y se puso en pie.

—¡AL SUELO! —gritó Axel.

Todos ellos se arrojaron de bruces al suelo. Una ronda de disparos de mosquete se abatió sobre ellos desde la otra nave.

Por suerte, los mosquetes son la cosa menos fiable del mundo, y la mayoría de las balas terminaron en el agua.

Sadie se incorporó poco a poco. Cargar el mosquete llevaba unos cuantos minutos. Hizo recuento en silencio. «Taye, Charlie, Axel, Jimmy...» Taye y Axel aprovecharon para correr al timón, mientras que Charlie y Javier se encargaron de los pedreros. Entretanto, una ronda de cañonazos bombardeó el balandro de la princesa. El barco se balanceó una vez más hacia la izquierda y luego se hundió por completo en el golfo de Adén. Media docena de hombres se deslizaron por la cubierta y se arrojaron de cabeza al mar. No habría más supervivientes. Javier, Axel, Taye y Charlie contemplaban el espectáculo como alelados. Sadie apartó la mirada. El naufragio agitó las aguas e hizo que el *Buena Nueva* se tambaleara.

—¡El barco se ha hundido! —gritó Javier, aunque todo el mundo lo había visto ya.

—¡Sí, pero los Hermanos Sangre y Hueso han vuelto hacia nosotros los gigantescos cañones del barco de la guardia! —exclamó Charlie. Tuvo que forzar la vista. ¿Acaso otro barco se había unido al ataque? ¿De dónde había salido?

—Javi, ¿ves ese barco? —Charlie señaló a la derecha.

Antes de que Javier pudiera volverse, llovió sobre ellos otra ronda de fuego de mosquete. Se arrojaron al suelo igual que antes.

—¡Aquí! —chilló Charlie después de que cesaran los disparos, para que el resto de la tripulación supiera que había sobrevivido al ataque.

—¡Aquí! —dijo a su vez Javier.

Oyeron que, a lo lejos, Axel y Taye también gritaban: «¡Aquí!».

—¡Aquí! —exclamó Sadie, claramente nerviosa. Solo quería ir bajo cubierta y esconderse. Pero volvió a hacer recuento. «Taye, Charlie, Axel, Jimmy, Liu, Raquel (hasta cierto punto, porque está inconsciente, gracias a Liu), la princesa, la amiga de la princesa, la...»—. ¡Ingela! ¡Ingela! —gritó.

No le sorprendía que no se hubiera refugiado bajo cubierta. Le gustaba demasiado la pelea como para esconderse. Pero era peligroso en exceso. Sadie llegó a la conclusión de que sería mejor ir allí y llevársela. Se demoró unos segundos en el suelo para asegurarse de que no había balas perdidas. Cuando lo vio claro, se escabulló por una esquina.

Al volverse, Sadie vio que las piernas de Ingela sobresalían por debajo de los aparejos desmontables.

—¡Renacuaja! —susurró Sadie—. ¡Ahora puedes ponerte en pie! Están recargando los mosquetes. —Las piernas de Ingela no se movían—. ¡Renacuaja! —dijo Sadie, con voz más fuerte, y corrió hacia Ingela. Cuando ya casi estaba con ella, resbaló con algo—. ¿Qué es eso? —murmuró, de culo en el suelo. Se miró la palma de la mano. Estaba cubierta de sangre—. ¿Qué es esto, renacuaja?

Sadie miró a su alrededor, y luego hacia delante. Ingela estaba frente a ella, de bruces en el suelo, en un charco formado por su propia sangre.

BITARCO

Fecha: 6 de diciembre.

Posición: Nos marchamos de Perim.

En el Buena Nueva reina el caos, y no sé por qué me tomo las molestias de escribir esto, aparte de que quiero dejar algo escrito que sobreviva al día de hoy, si nosotros no sobrevivimos.

Los barcos del sultán se han marchado. El barco de la guardia ha sido capturado, y el de la princesa se ha hundido. Charlie decía que ha visto que otro barco se sumaba a la batalla, pero nadie más lo ha visto, y en todo caso no nos ha perseguido. En cambio, los Hermanos Sangre y Hueso han mandado un barco más pequeño a perseguirnos. Parece como si el Buena Nueva volara sobre las aguas, pero el otro barco se nos ha pegado detrás. Nos disparan y nosotros los disparamos a ellos. El estruendo de los pedreros me martiriza los oídos.

La princesa Imera viaja a bordo del Buena Nueva. Pero las joyas, monedas y demás objetos de valor se han hundido con su barco. No tenemos la menor posibilidad de cobrar una recompensa.

Quizá esto sea un castigo por nuestra codicia. Lo irónico es que Ingela era la única que no lo hacía por la recompensa, sino por su sentido de deber.

Nunca había visto tanta sangre. Me llaman. Tengo que ir.

d

Sadie se agachó sobre el cuerpo de Ingela. Sadie había aprendido anatomía y ciencia de su padre, médico de profesión, entre botella y botella de whisky, o en las raras ocasiones en las que estaba sobrio. Su madre, farmacéutica, le había enseñado todo lo relativo a mezclas, ingredientes e incluso hierbas. Pero había interrumpido los estudios antes de llegar a aquella especialidad. La cirugía. Su cerebro luchaba contra una sensación a la que no estaba acostumbrada: la de no saber qué hacer.

—¡Sadie! ¡Haz algo! —chilló Axel—. ¡Sálvala!

El escalpelo le temblaba en la mano.

—¡¡N-no puedo!!

Amsha abrió de golpe la puerta de la enfermería.

—¡Acabo de enterarme!

Sadie dejó el escalpelo.

—¿Y quién eres tú, si se puede saber?

Ya tenía los nervios de punta y no necesitaba que aquella mujer la rematase.

Amsha se abrió paso por la habitación. Tropezó con un armario, o tal vez fuera la pared. Prefirió ir tanteando con el brazo. Alguien, quizá Raquel, la guió hasta la mesa sobre la que reposaba el cuerpo. A la débil luz que iluminaba la mesa, Amsha examinó a Ingela. Primero examinó sus pequeños pies y luego subió hasta sus ojos de querubín. Contuvo un respingo.

Raquel, Liu y todas las demás eran jóvenes, demasiado jóvenes. Pero aquella era una niña tierna y bonita.

—Soy la médico real del sultán Musef —susurró Amsha, esforzándose por disimular el temblor de su voz.

Raquel gritó algo en español, pero nadie le prestaba atención. Había despertado hacía poco rato con la ayuda de unas sales. Le dolía la cabeza, y estaba muy enfadada con Liu. Pero ya ajustarían cuentas. La vida de Ingela era más importante.

Amsha respiró hondo. Tenían que actuar de inmediato.

—¡Traedme más luz! —le ordenó a Axel. Contempló a Raquel—. Ve a por vendas limpias. Si no tenéis, tráeme la ropa más limpia que encuentres. ¿Habéis traído antiséptico?

Sadie negó con la cabeza. A pesar de todos los otros lujos de los que disfrutaban en el *Buena Nueva*, la enfermería era tremendamente pobre, tal vez porque los Náufragos se creían invencibles. El compuesto antiséptico de la propia Sadie, una mezcla de cera, aceite, trementina y hierba de San Juan, había desaparecido durante la tormenta, igual que el resto de sus medicamentos.

—Me parece que lo único que tenemos es licor —respondió Sadie en tono arrogante. «¿Quién esta mujer para meterse en mis asuntos?» En circunstancias normales, se habría alegrado de poder contar con un médico, pero en aquel momento

le irritaba la presencia de aquella médica «real» tan pretenciosa.

Amsha se volvió hacia Liu.

—Busca la botella de licor con mayor graduación que encuentres. —Entonces le habló a Sadie—. Tu intuición es correcta. Lo primero que había que hacer era aplicar presión para que dejase de sangrar. Pero este trapo ya está empapado, así que habrá que aplicarle otro.

—Pero primero habrá que quitarle este.

Amsha la detuvo con un gesto amable.

—No, déjase. Si se lo quitas ahora, aumenta el riesgo de infección. Ponle el trapo nuevo encima del viejo.

Sadie no sabía eso. Dobló la esquina para ir a por un rollo de tela, arrancó un trozo y regresó con Ingela.

Axel llegó con un par de candelabros. Puso uno a cada lado de Amsha y de Ingela. El *Buena Nueva* se bamboleaba sobre las olas. Axel encendió las velas y sujetó los candelabros para que no se cayeran.

—Mucho mejor —le dijo Amsha—. Así podré evaluar la situación.

Liu apareció con una gran botella de ron que sujetaba con el brazo bueno. El otro había perdido mucha sangre, pero, por suerte, el corte era superficial, y Liu se lo había lavado y vendado sin ayuda de nadie. Sin embargo, había orinado sangre como consecuencia de la patada en los riñones. O quizá de la que le había propinado en la ingle. Le había retirado la palabra a Raquel, y parecía que el sentimiento era mutuo.

Raquel siguió a Liu con una bolsa repleta de vendas limpias. Le palpitaban las sienes. Le pasó la bolsa a Amsha, que tuvo que apoyarse en el armario. Se sentía aturdida, tal vez por la herida en la cabeza, tal vez por la gran velocidad del barco.

Ingela movía los párpados, porque la conciencia le iba y le venía. El barco escoró hacia la izquierda, y luego, enseguida, hacia la derecha.

—¡Decidle al capitán que vaya más despacio! —ordenó Amsha—. ¡Necesito estabilidad para trabajar!

Intercambiaron miradas de preocupación. Los Hermanos Sangre y Hueso los perseguían a todo trapo.

No podían aminorar la marcha.

Amsha no esperó respuesta y se agachó todavía más para examinar a Ingela. Arrugó la frente.

—Esto es peor de lo que creía. —No quedó claro si Amsha le murmuraba la frase siguiente a Ingela, o si solo la decía para sí misma, pero todos la oyeron con claridad —: No nos queda mucho tiempo.

* * *

Jimmy subió a la cubierta principal, no sin broncas y amenazas. Cargó el pedrero con un proyectil repleto de pólvora.

—¡Ven aquí! —le gritó Charlie.

Jimmy acudió a gatas, tan rápido como pudo. Las greñas pelirrojas de Charlie se agitaban de un lado a otro como un trol que diera saltos por el bosque. Agarró un nuevo proyectil. El otro barco estaba tan cerca que alcanzaba a ver la sonrisa del intendente de los Hermanos Sangre y Hueso. Casi todo lo que sabían sobre ellos eran rumores y leyendas, información poco fiable. Jimmy había oído que el intendente, un tal Serpiente, no era tan sádico como sus jefes. Sin embargo, se contaba que tenía jaulas llenas de mortíferas pitones que soltaba sobre sus cautivos. La idea le pareció atroz. Estaba haciendo todo lo posible para no acabar la noche como comida para serpientes.

—¡Vamos a dispararles los dos a la vela! —le ordenó Charlie a Javier.

Este asintió y apuntó hacia arriba con el pedrero. Los pedreros tenían tan solo un metro de longitud y tres centímetros y medio de diámetro, y se podían considerar cañones pequeños. La facilidad con que se transportaban los convertía en armas ideales para los bajeles piratas, porque se podían montar con mucha facilidad sobre la baranda de cubierta. Su escaso alcance y pequeño calibre no les permitía hundir barcos, pero sí podían provocar muchos daños.

El sol descendía hacia el horizonte y arrojaba un fulgor rosado y brillante sobre el agua y la tripulación. Una fuerte racha de viento ayudaba a empujar hacia delante el *Buena Nueva*, pero el mismo viento también aceleraba al otro barco.

Javier vaciló.

—¿Crees que podríamos disparar contra la vela principal? —Su frente morena se arrugó—. Tenemos que sacar partido de esta munición.

Tendrían que haber comprado más pólvora con lo que había sobrado de las conchas de Raquel. Pero bueno. Para empezar, no tendrían que haberles hecho caso a las chicas ni haberse embarcado en aquella misión.

Se oyó un fuerte estallido. Una descarga de fuego de mosquetes pasó por su lado. Javier se echó de bruces sobre la cubierta principal.

—¡Aquí! —gritó, sin levantarse del suelo.

—¡Aquí! —gritó Jimmy, agachado y tembloroso, al lado de Charlie.

El barco enemigo sabía que, en cuanto cayera la noche, su visibilidad sería mucho menor, y quedaría mucho más expuesto a los ataques. Por eso disparaban con tanta saña. La rapidez y la constancia de los disparos enemigos les hacían pensar que a los Hermanos Sangre y Hueso no les preocupaba quedarse sin municiones. El *Buena Nueva* debía atacar con rapidez y contundencia; de lo contrario, los piratas acabarían con ellos.

—¡Aquí! —gritó Charlie, mientras trataba de zafarse de Jimmy. Le propinó un codazo muy fuerte en las costillas—. ¡A tu puesto! —le ordenó. Jimmy se marchó con disimulo. Charlie miró a Javier, que seguía echado en el suelo. Se aclaró la garganta—. ¡En pie, Javi!

El muchacho se apostó, con mucha prevención, detrás del pedrero.

—¡Solo podremos disparar una o dos veces! —respondió a modo de protesta, o de reconocimiento de su derrota. Sus cabellos ondulados le caían sobre la frente.

—¡Pues entonces tenemos que concentrarnos, Javi!

Charlie hizo girar poco a poco su pieza de artillería. Le habría gustado poder decir algo para insuflar ánimos a la «tropa», pero, como era consciente de su propia tendencia a hablar de más, llegó a la conclusión de que sería mejor dejarse de arengas e ir al grano.

—¡Cuenta tú, Javi!

El muchacho respiró hondo.

—*Um, dois, três* —contó Javier en portugués. Cuando estaba asustado le costaba hablar en inglés.

Dispararon a la vez. Uno de los proyectiles perforó la vela principal del enemigo. Casi de inmediato, el barco perdió velocidad y acabó por detenerse en el agua.

Charlie se puso a saltar.

—¡Lo conseguimos! —gritaba.

En cuanto tuvieron claro que ya no *corrían* ningún peligro, Javier y Jimmy se pusieron en pie y fueron con Charlie. Dieron gritos de alegría todos juntos.

Serpiente y su tripulación siguieron disparando, pero el *Buena Nueva* ya estaba demasiado lejos.

* * *

—¿Quién tiene las manos más firmes? —preguntó Amsha, al mismo tiempo que se metía detrás de las orejas sus mechones canosos.

Todos los que estaban en la habitación señalaron a Sadie.

—Yo no puedo hacerlo con el brazo herido, pero de todos modos te iré guiando —explicó Amsha en un tono fuerte y directo, pero amistoso. No perdía la compostura, ni siquiera ante la situación de Ingela.

Sadie estaba ojiplática.

—¡No! N-n-no puedo. —Aparte de algunos sapos en las lecciones de biología que había impartido su padre, y el pescado que se comía, jamás había cortado nada. ¡Y menos aún un ser humano!

Y todavía menos a Ingela.

—He visto que tus instintos te guían bien —dijo Amsha con voz serena y tranquilizadora—. Ahora tendrás que darles buen uso. —Se volvió hacia el resto del grupo—. Voy a necesitar a alguien que sujete a la pequeña... ¿cómo se llama?

—I-I-Ingela. Es mi hermana. Mi medio hermana... Mi hermana. —Axel se esforzaba por no perder los nervios, pero no podía con la imagen de su pequeño cuerpo cubierto de sangre.

Ingela estaba dormida, pero llena de vida. O, por lo menos, de trapacería. Solo con verla roncar, uno se imaginaba los planes que estaría trazando, las diabluras que

preparaba. Cada cierto rato, gritaba una palabra sin sentido, igual que lo habría hecho despierta, y entonces agitaba los dedos de las manos y los pies, gozosa, como si soñara una aventura nocturna salvaje y loca.

Axel la sujetó por los dedos de los pies. Nunca los había visto tan quietos. No solo la angustiaba toda aquella sangre. Le angustiaba verla tan inerte. Apartó el rostro.

—Bueno, ¿qué te parece si vienes aquí y le coges la cabeza? —le pidió Amscha a Axel. Vio que dudaba y le sonrió con gentileza—. Por favor..., tu hermana te necesita.

Axel asintió. Agarró la cabeza de Ingela entre ambas manos.

—Así me gusta, eres un buen hermano. ¡Tú la agarrarás por los brazos, Raquel! Y tú, Liu, por favor, aguántale las piernas. ¡Y haz lo que haz, no permitas que se mueva!

Todo el mundo ocupó su lugar. Cada uno de ellos agarraba a Ingela por un lugar distinto.

—Ante todo, quítale con cuidado los trapos que cubren la herida. —Sadie siguió las instrucciones de la médica—. Buen trabajo, Sadie. —Amscha sonreía—. ¿Ves ese agujero en la ropa? ¿En el lugar por donde ha entrado la bala?

Sadie asintió. Gozaba en secreto con la aprobación de Amscha. Se sentía culpable por haberla odiado hacía menos de veinte minutos, y porque en aquel momento debía concentrarse tan solo en Ingela.

—Lo más probable es que la bala se haya llevado jironcitos de ropa por delante al entrar. Es por eso por lo que tenemos que extraerla enseguida, antes de que la tela le provoque una infección. —Amscha metió la mano buena dentro de un bolsillo interior de una bata holgada que se había puesto sobre unos pantalones ceñidos en torno a los tobillos. Sacó una pequeña bolsa negra y se la pasó a Sadie—. Siempre llevo instrumental de emergencia, por si se da una situación como esta. Son costumbres de médico —añadió—. Saca las tijeras quirúrgicas. Tendrás que cortarle la blusa para poder ver mejor la herida.

Sadie abrió la bolsa y sacó las tijeras. Cortó el extremo derecho superior de la blusa de Ingela, y entonces se dio cuenta de que aquella mañana la muchacha ni siquiera se había vestido bien. Se había puesto una camiseta de hombre bajo la blusa y —nadie se sorprendió— unos pantalones llenos de parches.

Raquel le había sujetado con uno de sus pasadores los cabellos rubios que solían caerle sobre los ojos. Si Ingela llegaba a enterarse, no se lo perdonaría jamás. Una gruesa capa de mugre le cubría la piel. Lo más probable era que llevase varios días allí. Sintieron un olor asqueroso, que se debía en buena parte a la falta de higiene. Sadie podía soportar la suciedad y el olor, porque eran innatos en Ingela. En cambio, el gesto triste y sin vida de la muchacha no era natural. El ceño habitual en Ingela era serio, pero siempre vital, mientras que el rostro desolado que tenía en aquellos instantes resultaba más extraño en ella que la herida que lo provocaba.

Una vez cortada la blusa de Ingela, el hombro derecho quedó al descubierto. Amsha dio unos golpecitos con el dedo en torno a la parte ensangrentada.

—Aquí... aquí está la bala. —Agarró la mano de Sadie y la acercó al mismo lugar—. ¿La sientes?

Sadie se dejó guiar por Amsha hasta que encontró el objeto redondo bajo la piel de Ingela.

—¿Tendremos... tendremos que amputar? —Sadie contuvo el aliento.

Axel hizo una mueca. A sus diecinueve años, tenía la suerte de conservar el cuerpo entero, algo cada vez más raro entre los hombres de mar. Había oído historias de amputaciones particularmente horribles durante sus años de navegación. Hacía unos pocos años, había visto incluso cómo le cortaban el pie a un hombre. La pérdida de sangre y las infecciones eran las principales amenazas después de los disparos y las puñaladas, y muy a menudo los cirujanos se veían obligados a amputar miembros. Con la invención del torniquete de rosca, un artefacto tan atroz como su propio nombre sugería, las amputaciones se habían vuelto todavía más fáciles, y por eso se habían convertido en el procedimiento quirúrgico más popular en los mares. Esto es, el más fácil para el médico, pero no para el paciente, porque no existía una anestesia más eficaz que el ron para frenar el tremendo dolor. Para empeorarlo todavía más, podía ocurrir que en el barco no viajara ningún médico de verdad, y entonces era el carpintero el que se encargaba de utilizar sus herramientas para cortar la carne y el hueso del tripulante herido.

Para gran alivio de todo el mundo, Amsha negó con la cabeza.

—No, la amputación es un recurso que los médicos de Occidente utilizan como primera opción. En Oriente, en cambio, la entendemos como un último recurso.

Apretó la herida con los dedos, esta vez con mayor presión.

—La herida parece superficial —dijo Amsha, al tiempo que se volvía hacia Axel—. Ya sé que toda esta sangre es muy aparatosa, pero no creo que la bala haya perforado órganos vitales ni arterias.

Axel asintió, agradecido por aquel resquicio de luz en un momento de tanta oscuridad. Pero seguía triste. ¡Había permitido que le pegasen un tiro a su hermana pequeña! Oía las maldiciones que Knut le gritaba desde la tumba.

Ingela murmuró algo, pero habría costado descifrar su significado, si eran palabrotas, o si se trataba de un mero galimatías. Movía la cabeza de un lado a otro, y abría y cerraba los ojos una y otra vez.

Amsha cogió la botella de ron.

—Será mejor que Ingela esté sedada, porque ahora le va a doler de verdad. —Amsha le pasó la botella a Axel—. Raquel, empapa unos trapos limpios con esto. Axel, métele licor en la boca a tu hermana.

Ambos cumplieron las órdenes de Amsha. Axel también tomó un trago.

—Sadie, vas a tener que limpiar toda la zona con el trapo. Entra todo lo que puedas en la herida sin empujar la bala hacia adentro. Es muy importante que

esterilicemos la zona en la medida de lo posible.

Sadie frotó la sangre con el trapo empapado en ron. El olor acre y desagradable le entró por la nariz y le llenó de lágrimas los ojos. Su padre prefería el whisky, pero también le gustaba el ron cuando el whisky se terminaba. Sadie trató de sacarse de la cabeza las imágenes de su padre y concentrarse en Ingela. Cuando el alcohol llegó a los bordes de la perforación de bala, la propia Sadie creyó sentir el escozor. La carne de los brazos se le puso de gallina.

—¡Corta tú! —gritó Ingela, y el pie izquierdo se volvió hacia arriba.

—¡Agarradla bien fuerte! —advirtió Amsha.

Liu cargó todo su peso sobre las piernas de Ingela.

Amsha miró en derredor y encontró una cuchara de madera que se había quedado por allí.

—Pobre niña, parece que no está inconsciente del todo. —Amsha le pasó la cuchara a Axel—. Ponle esto en la boca para que muerda. —Inspeccionó el hombro derecho de Ingela—. Ya está limpio. Ahora, saca el escalpelo y corta por aquí. —Amsha indicó con el dedo por dónde tenía que hacerlo.

Sadie agarró el escalpelo e hizo presión contra la carne de Ingela. Empezó a abrir la herida.

Antes de que Sadie pudiera terminar, todo el cuerpo de Ingela se estremeció. Soltó un alarido. Esta vez no se trataba de un murmullo confuso, era claramente un alarido, aunque tuviese la cuchara dentro de la boca.

Sadie dejó el escalpelo.

—¡No puedo!

Empezó a llorar.

Amsha le puso la mano buena sobre el hombro.

—¡No tenemos tiempo para vacilar, Sadie! —Habla con voz firme—. ¡Deja de llorar y empuña el escalpelo! ¡Si no lo haces, Ingela morirá sobre esta misma mesa! —Se volvió hacia Axel—. Danos más luz.

Axel inclinó el candelabro hacia delante, con cuidado para evitar vertidos de cera. Sin dudarle ni un segundo, Sadie se secó los ojos con el dorso de la manga, agarró el escalpelo y volvió a hundirlo en la herida.

—Exacto. Abre más. Más. Ya está —la tranquilizaba Amsha. Los chillidos de Ingela ahogaban sus palabras. No había ninguna duda de que había despertado del todo.

Ingela levantó bruscamente el brazo izquierdo. Raquel lo sujetó y lo volvió a bajar, pero apartó la cara y recitó todas las plegarias que su padre le había enseñado.

Axel habría querido cubrirse los oídos para no oír el sonido del metal que cortaba la carne de su hermana, pero no podía porque tenía que utilizar las manos para sujetar la cabeza de Ingela, y también el candelabro. Sus lágrimas saladas cayeron sobre la frente de la muchacha. Le dio un beso.

—Ya casi hemos terminado, renacuaja. Te queremos. Te queremos. Te queremos

—repitió una y otra vez.

Ingela mordió con más fuerza la cuchara de madera.

—¿Ves la bala, Sadie?

Sadie se olvidó de todo lo que la rodeaba, excepto de Amsha.

—Sí.

—Bien. Coge las pinzas con mano firme y sácala. Sadie, la supervivencia de Ingela depende de que logres sacársela entera. No dejes nada dentro.

Sadie respiró hondo y aguardó a que su mano dejara de temblar. Cuando se sintió preparada, metió la pinza dentro del corte. Tras unos instantes de tortura, Sadie logró sujetar la bala.

—¿Tienes la bala entera? —preguntó Amsha.

Sadie asintió.

—Sácala poco a poco.

Con la misma mano firme, Sadie sacó la bala. Unos jironcitos de tela blanca, procedentes de la blusa de Ingela, habían quedado pegados a ella. La dejó caer en el cuenco que tenía al lado.

—¡Bravo, Sadie! —aplaudió Amsha.

Todos ellos exhalaban un suspiro colectivo de alivio.

—Ahora tenemos que cauterizar la herida para que deje de sangrar.

Amsha le pasó a Axel un cuchillo de hoja ancha.

—Límpialo con ron. Luego caliéntalo con las velas. —Se volvió hacia Sadie—. ¿Has cauterizado heridas?

Sadie tragó saliva.

—Sí. ¿Hay que quemar solo un momento? Para cerrar la herida sin quemar tejidos sanos.

—Exacto.

Al cabo de unos pocos minutos, Axel le pasó el cuchillo caliente a Sadie. Esta presionó contra la herida abierta de Ingela con el plano de la hoja. Se oyó el siseo de la carne quemada. El cuerpo de Ingela quedó inerte: se había desmayado debido al dolor.

* * *

Axel se tambaleó hasta la baranda de cubierta, se asomó al mar y vomitó.

Si se hubiera molestado en darse cuenta, se habría sorprendido de que ya fuera de noche, con una luna llena, gloriosa, baja en el firmamento.

—¿Ax...? —llamó Sadie.

Axel trató de alejarla con un gesto.

—¡Vete, Sadie! ¡Déjame en paz! —Seguía agarrado a la baranda—. Sí, te doy las gracias por haberle salvado la vida a mi hermana. Pero ahora no quiero estar cerca de nadie.

El *Buena Nueva* surcaba las olas. Había cobrado mucha más velocidad porque el viento soplab a su favor. Ya nadie los perseguía, pero aún navegaban contrarreloj. La cirugía de Amsha le había salvado la vida a Ingela. De momento. Pero tenían que llegar a la clínica de Amsha en Marraktra antes de que su estado empeorara.

—Yo solo he cumplido con mi obligación, Ax. ¡Se suponía que tenía que vigilarla! —gritó la muchacha con voz temblorosa.

Axel se volvió de pronto.

—Soy su hermano mayor. ¡Yo era el responsable de protegerla! —Se sentó en el suelo—. ¡Solo tiene once años! —Dio un puñetazo—. No es más que una niña. Y yo lo había olvidado, porque es tan...

—¿Dura? —preguntó Sadie. Una leve sonrisa se asomó entre sus lágrimas.

—Sí. —Su hermana pequeña lo adoraba y lo imitaba en todo. Vaya héroe inútil había resultado ser. Axel escondió el rostro entre ambas manos. No se lo perdonaría jamás.

Sadie se sentó a su lado. Contempló la estrella más brillante del cielo y juró para sí misma que, si Ingela sobrevivía, no volvería a fallarle jamás.

Axel y Sadie lloraron juntos, uno al lado del otro.

* * *

Len estaba sentado en silencio. El silencio era casi tan terrorífico como cuando hablaba. El médico sacó una aguja larga y fina. Len sonrió con satisfacción. Iban a necesitar algo mucho más fuerte para derrotarlo.

El médico se acercó a la silla de Len.

—Adelante, por favor —dijo, en el mismo tono jovial con el que hablaba a sus pacientes. La mayoría de estos eran niños. También le gustaba jugar con los adultos, aunque por lo general llorasen más.

Len obedeció. Tampoco tenía otra opción, porque tenía las manos y los pies sujetos con grilletes, y un esbirro aguardaba a pocos pasos de él, con un martillo grande y pesado en las manos.

El médico recorrió la columna vertebral de Len con el dedo. Como la masa del paciente era tan excesiva, no le resultaría fácil encontrar el punto exacto, pero el médico no se atrevía a decepcionar a la condesa. Palpo el surco que el hueso trazaba en las lumbares de Len.

—*Cauda equina* —murmuró para sí mismo. Demasiado abajo. Su dedo volvió a subir columna arriba. ¡Por fin lo encontró! En el *conus medullaris*, entre las vértebras L2 y L3. Al mismo tiempo que le clavaba un tercio de la aguja, el médico pensó que siempre había sido uno de sus favoritos. Le honraba que la condesa hubiera atendido a sus consejos.

Al sentir el cosquilleo de la aguja, Len soltó una risilla involuntaria. ¿Qué vendría luego? ¿Un baño caliente?

—Me has apuñalado en la espalda —decía la condesa—, y yo voy a tener que apuñalarte en la tuya.

Len miró por doquier, pero seguía sin saber dónde se encontraba. Le habían puesto un saco de patatas en la cabeza, pero sabía que después de sacarlo de su sofocante celda lo habían hecho bajar por varios tramos de escalera. El aire estaba más frío, húmedo y enmohecido. Miraba por la mazmorra en busca de una mujer, pero solo descubrió a un hombre de aspecto extraño y sonrisa particularmente sórdida, vestido con una bata blanca de médico; un matón a sueldo; y la comadreja de Rogers Barrish, que estaba de pie enfrente de él.

El médico le hizo un gesto con la cabeza al esbirro. Len se relajó todavía más, porque el matón dejó en el suelo el enorme martillo. Entonces se acercó a la silla. Sujetó la aguja clavada en la espalda de Len y empezó a darle vueltas.

—Pero ¡qué...! —chilló Len. Un dolor tremendo le recorrió todo el cuerpo, como si le hubieran clavado mil cuchillos a la vez.

El médico miraba. Le había explicado a la condesa, con profusión de detalles, que la médula espinal se compone de millones de fibras nerviosas. El punto que había buscado en el cuerpo del paciente controlaba la baja espalda y las piernas. Costaba creer que de un punto tan pequeño pudiera surgir un dolor tan tremendo. Suspiró. Las maravillas de la ciencia.

—Deja de mentir —ordenó la condesa. Hablaba con voz calmada y serena, a pesar de los fuertes gemidos de Len.

Barrish se estremeció. Nunca había sido hombre de agujas. Su método de tortura favorito eran las cadenas.

—¡Dile de una vez lo que quiere y te dejará marchar! —susurró.

Len hizo una mueca. Todas las palabras que pudieran salir de aquella rata serían mentira. Aunque no pudiera verla, Len sabía que aquella mujer era inmisericorde. Durante el último minuto y medio se había dado cuenta de que, por primera y última vez en su vida, no podría escapar. Lo único que le quedaba era aguantar como un hombre.

El esbirro le metió la aguja más adentro.

La resolución de Len se quebró al instante.

—¡Está bien! —gritó con los dientes apretados. A pesar del frío que reinaba en la mazmorra subterránea, unas gotas de sudor le bajaban por la frente.

El médico le hizo un gesto con la cabeza al esbirro, que se retiró de nuevo al rincón.

Len aguardó a que el insoportable dolor de la punzada se calmara. Entonces, al cabo de unos momentos, habló.

—Nos capturaron. —Len hizo un gesto para señalar el tatuaje de la frente. Se veía obligado a reconocerle a la Muñequita China que había tenido una idea brillante. Había garantizado su silencio. Tendría que vivir con aquel tatuaje hasta su inminente muerte—. A Seth y a mí.

Se acordó de cuando su viejo amigo daba manotazos y patadas en el agua, y le rogaba a Len que no lo ahogara. Len había comprobado, con gran consternación, que aquel cabrón tan flaco flotaba mejor de lo que se había imaginado, y le había obligado a pasarse casi un día entero en aquel mar.

—¿Cómo lograron capturaros a los dos? ¿Esas Pirettes son luchadoras expertas? —preguntó Barrish. Había considerado a Len y a Seth unos de sus mejores secuaces. De hecho, sus hombres habían tardado un mes entero en encontrar a Len, que se había escondido en una comarca remota de Escocia tras fracasar en la misión contra las Pirettes, y en llevarlo de nuevo a la mazmorra de Londres. Aunque Len se negara a hablar, una vez que lo hubieron encontrado no les resultó nada difícil inferir que Seth todavía se hallaba en el océano Índico.

Len gruñó. Aquella misma pregunta le había torturado durante todo un mes. Recordaba la manera en que la loca, la psicópata pelirroja que blandía la espada, le había llenado el cuerpo de cortes y rajaduras. Una crueldad lenta e inflexible bullía en su interior. Semejante a la de la mujer invisible con la que hablaba en aquel instante. Len se lamentaba porque no había logrado administrarle su propia marca de sufrimiento a la loca. Pero, al mismo tiempo, se guardaba para sí mismo el recuerdo de la muchacha. Al fin y al cabo, deseaba proteger su propio legado, y no quería que se mancillara con la historia de una muchacha que lo había derrotado.

—No, eran torpes. Lo que se podría esperar de una cuadrilla de muchachas. Simplemente tuvieron suerte —respondió—. Había algo raro en ellas.

—¿A qué diablos te refieres con «algo raro»? —preguntó Barrish. La expresión asqueada de su rostro ponía todavía más de relieve sus rasgos de roedor.

—Se pasaban todo el rato murmurando unas palabras sin sentido. —Len ni siquiera llegó a ver que el médico hacía un gesto con la cabeza. Se dio cuenta de que el esbirro hacía girar la aguja y sintió un dolor intenso, paralizante.

—¡BASTA! ¡BASTA!

El médico hacía oídos sordos a los alaridos de Len. En aquel momento pensaba si habría llegado el momento de clavarle otra aguja. ¿Quizá en un ojo? Ahí también hay muchas terminaciones nerviosas. Pero se decidió por no hacerlo. La condesa era una mujer con un gran control sobre sí misma. Al cabo de unos segundos, también le hizo un gesto con la cabeza al esbirro, que se retiró a su rincón.

El dolor había dejado aturdido a Len.

—Una y otra vez —murmuró a la vez que su dedo índice trazaba círculos—. Y entonces hicieron muchas cosas con las espadas. —Bajó la cabeza—. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.»

«Dominio de la mente sobre el cuerpo.» Aquellas palabras fueron como un puñetazo al estómago de la condesa. La cabeza le dio vueltas al pensar en lo que aquello implicaba. Era imposible. «He tomado todas las medidas necesarias para que sea imposible.»

La condesa apoyó la espalda contra la pared. La piedra la enfrió. Debería empezar

por poner fin a lo que tenía entre manos.

—Acabad con él.

Dos guardias armados entraron en la celda y levantaron a Len de la silla.

—¡NO! —chilló Len, que de pronto estaba muy alerta—. ¡L-l-las encontraré de nuevo! ¡Dadme otra oportunidad! —rogó. Sus súplicas no hallaron otra respuesta que un frío silencio.

Barrish se puso bien el abrigo. Sacó el reloj de bolsillo. Tenía que asistir a una reunión importante, y ya se había demorado mucho con los ridículos juegos de la condesa. El propio Barrish habría hecho hablar a Len con unos pocos cadenzos.

Se marchó en dirección a la puerta. El esbirro le bloqueó la salida. De repente apareció otro esbirro de similar corpulencia. Atraparon a Barrish entre los dos. Este forcejeó, pero eran demasiado fuertes. Uno de ellos agarró el gigantesco martillo.

El médico aplaudió tontamente. ¡Dos en un día! ¡La condesa siempre lograba sorprenderlo!

Desde lo más profundo de las sombras más oscuras, la condesa habló en su tono grave y gélido:

—Quédese, por favor, señor Barrish. Hay ciertos asuntos que deberíamos atender.

BITARCO

Fecha: 9 de diciembre.

Posición: 3° 15' N 73° 00' E, 3.250° N 73.000° E.

Se tarda una semana en ir en barco desde Yibuti hasta Marrakatra. Amsha dice que tenemos cinco días para llevar a Ingela hasta su clínica. No quiero meter mapas, ni condiciones del viento, ni información meteorológica. Todo esto ya lo conocimos cuando estábamos en el océano indico y navegábamos a todo trapo, contra toda probabilidad, para llegar a algún sitio, y entonces, ¡ZAS! La última vez fue la tormenta. Entonces aprendí (por las malas) que ni todas las cartas de navegación ni todos los mapas del mundo harán que este barco viaje más rápido, mantendrán a raya las mortíferas tormentas ni lograrán que Ingela siga con vida.
PAMD.

Sadie

El Buena Nueva se detuvo frente a la intimidante muralla de puertas gigantescas de hierro y piedra. Su mero tamaño intimidaba, como si hubiera podido alcanzar la lima que palidecía en lo alto y llegar hasta lo último que divisaba el ojo en los mares. Charlie se estremeció.

Amsha les gritó a los guardias en un idioma que no entendían, aunque el tono y la cadencia frenética les dejaban adivinar que no estaban piropeándose. Axel estaba de pie junto a ella y sostenía en brazos el cuerpo inerte de Ingela.

El fuerte viento favorable les habían permitido llegar a Marrakatra con un día de antelación. Pero de todos modos era tarde para Ingela. Estaba peor. A pesar de sus

raíces escandinavas, Ingela siempre había lucido un saludable bronceado, tal vez porque se empeñaba en pasar todo el día al aire libre. Pero su tez había perdido todo el color, y estaba pálida y cetrina como la luna. Ya ni siquiera desvariaba. Les resultaba impensable la idea de que Ingela callase.

El único obstáculo hasta la clínica de Amsha (y, con ella, la supervivencia) era la masa impenetrable que tenían enfrente. Axel acercó el oído al pecho de Ingela. Apenas oía su corazón.

—¡Abrid estas malditas puertas! —rugió—. ¡Se está muriendo!

Amsha se volvió, furiosa, y miró a Axel.

—Si no te callas, no los convenceré de que ni sois un barco enemigo, ni la princesa ni yo somos vuestras prisioneras. —Se volvió hacia Sadie—. Cuida de él. Y no dejes de frotar a Ingela con el trapo húmedo para mantenerle el cuerpo frío.

—Cálmate, Axel —susurró.

El muchacho asintió nervioso. La princesa Imera salió a cubierta justo mientras amanecía, para sorpresa de todos. Se había pasado el viaje quejándose por la habitación, la comida y la cama. Ese había sido todo su contacto con ellos. A contraluz, la princesa parecía demasiado angulosa y severa. A Charlie le recordó un árbol de Navidad tal como lo habría dibujado ella de niña.

Apoyó en las caderas los brazos cargados de brazaletes. No se había desprendido de ellos en todo el viaje. Al parecer, tenía miedo de que se los robaran, y seguía sin creerse que el *Buena Nueva* la hubiese rescatado. El estrépito de sus pulseras y la estridencia de sus gritos llamaron la atención de los guardias, que se cuadraron al verla.

Amsha intervino.

—¡Oh, princesa! Por favor, ¡ayudadnos! ¡Nos han salvado la vida y nos han devuelto al hogar! Vos...

Imera alzó la mano, y Amsha calló. Miraba con una sonrisa burlona a aquella variopinta cuadrilla de vagabundos.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué hace? —le susurró Axel a Amsha.

Esta le hizo un gesto para que guardara silencio. Si quisiera, la princesa podría ordenar que los detuvieran a todos. Tal vez fuera esa su intención.

Amsha se limitó a mirar mientras la princesa gritaba exigencias y amenazas a los guardias. Amsha suspiró aliviada cuando los guardias se marcharon a paso ligero. Aunque fuera por egoísmo, la princesa les había franqueado el paso. Las puertas empezaron a abrirse poco a poco, y el *Buena Nueva* entró en Marrakatra.

* * *

Eran más de las siete de la mañana, y ninguno había dormido gran cosa. No querían separarse de Ingela hasta que supieran cómo iba a evolucionar. Tan solo Javier y Jimmy prefirieron ir directos a una de las casas de huéspedes de Amsha. Por

liberal que pudiera parecer, Amsa no toleraba que hombres y mujeres durmieran bajo el mismo techo sin estar casados, o unidos por algún otro vínculo familiar, y por ello había asignado una casa de huéspedes a los Náufragos y otra a las muchachas. Después de tantos días compartiendo habitación, todos estuvieron de acuerdo en separarse; en especial, Charlie.

En cuanto las puertas se abrieron, condujeron a Ingela a la clínica de Amsa. Charlie estaba recostada en el lujoso sofá y se había envuelto los pies desnudos con el cubresofá de cachemira. Sadie había protestado al ver que Charlie se quitaba las botas, pero la muchacha lo había hecho igualmente, y en aquellos momentos meneaba los pies frente al rostro de su amiga.

—¡Tienes diez segundos para apartar de mí tus pezuñas apestosas!

Charlie soltó una risilla. A falta de Ingela, alguien tenía que chingar a Sadie. Mulló la almohada de seda. Ese hospital no se parecía en nada a la enfermería del barco, ni a los agujeros mugrientos e insanos que habían tenido la desgracia de visitar. Jamás había estado en un hospital tan elegante. ¡De hecho, jamás había estado en ningún sitio tan elegante!

Amsa les había hablado de su filosofía de la curación en el *Buena Nueva*, aunque solo Sadie le había prestado atención. Quería celebrar la vida y aportar dignidad y belleza al paciente. Era obvio que aquel hospital de techos abovedados, paredes bellamente encaladas y suelos de mármol encamaba la visión compasiva de la medicina que pregonaba Amsa. Incluso se servían comidas durante las veinticuatro horas del día, aunque no tuvieran suficiente hambre como para aprovecharlo.

Charlie volvió a mullir la almohada. Llevaba dos horas ahí, y seguía sin saber nada de Ingela. Suspiró. Era insoportable. No descartaba ninguna posibilidad, y se sentía impotente por no ser capaz de hacer nada.

Todo el mundo fingía calma, pero su actitud denotaba lo contrario. Charlie miró a Liu y a Raquel, y llegó a la conclusión de que podía distraerse con ellas.

—Habla —dijo, señalando a Liu.

—¿Qué? —Liu tomó un trago de té dulce. Les gustaba echarle leche y añadirle miel en cantidad. El resultado era un mazacote dulzón.

—Tienes el brazo lleno de cortes, y a Raquel le ha salido un chichón tan grande como el culo de Sadie —respondió Charlie.

—¡Ja ja! Yo, por lo menos, tengo culo —dijo Sadie, y le lanzó una mirada malévola a Charlie—. Pero Charlie tiene razón... ¿Qué os pasó a vosotras dos?

Charlie hizo una mueca. Sadie estaba loca por cotillear, y si había algo husmeaba como un sabueso. Consultó el reloj de bolsillo. Habían pasado veintidós minutos desde la última vez que lo había mirado. Al menos el tiempo le pasaría más rápido.

—Sadie, ¿cuál es tu diagnóstico médico? ¿Qué es ese corte que Liu tiene en el brazo?

Taye se sentaba al lado de Sadie. Tomó un sorbo de su *lassi* de mango. Aquello le

resultaba divertido, hasta cierto punto. Los problemas entre chicos eran más fáciles de solucionar. Se tomaban una cerveza y lo arreglaban a puñetazos. Pero aquellas muchachas, sobre todo Charlie y Sadie, eran aficionadas a infligirse torturas psicológicas. Además, Sadie tenía la molesta costumbre de contarle siempre todo. Taye tocó la campana para pedir otra bebida. Lo que se llevaran Liu y Raquel entre manos aún no había terminado, a juzgar por los moretones y la sangre.

—No he tenido tiempo de preocuparme por esa herida, Charlie. Pero, si lo que quieres es mi opinión médica, se trata de una herida superficial a lo largo de la arteria radial, provocada por una hoja metálica con sierra... —Sadie se sacó la lupa del bolsillo. Buscó la pose de detective que le pareció más adecuada y prosiguió—: Como os decía, provocada por una hoja metálica con sierra, de un tipo semejante a la que encontramos en la daga de Raquel.

Liu dejó la taza de té vacía sobre el platillo, pero hizo más fuerza de la que habría querido y provocó un fuerte estrépito.

—Da igual. Dejadlo correr, chicos.

Axel se puso en pie de un salto y se plantó frente a Sadie y Liu.

—No, por favor, continúa —dijo—. ¿Os parece si seguís con las escenitas? Por favor, sigamos con esta comedia de aficionados, no vaya a ser que nos acordemos de mi hermana pequeña, que en estos mismos momentos podría estar muerta... —Axel calló de pronto.

—¿Qué? ¡No! —Sadie se sentó a su lado—. Solo estábamos pinchándonos. La situación es muy tensa y estamos hechas un manojo de nervios. Lo sentimos —susurró.

Axel negó con la cabeza y se repantigó al lado de Sadie.

—Yo también lo siento. No tendría que haber explotado así.

Sonrió a modo de disculpa y le dio un simpático apretón en el hombro.

Taye apretó la mandíbula. Les habría arrojado de buena gana el *lassi*, pero vio que Axel estaba hecho polvo y que Sadie sabía tranquilizar a su mejor amigo. Pronto tendría que preguntar lo evidente: ¿qué había entre Axel y Sadie? ¿Desde cuándo eran tan amiguitos? En concreto, tendrían que tomarse un par de cervezas y darse de puñetazos. ¡Era su hermana pequeña, después de todo! Luego le echó una mirada furtiva a Charlie. Pensó que era una suerte que Charlie no tuviese hermanos mayores, si bien era cierto que había tenido un padre horrible.

—Bueno, Embajadora, cuéntamelo tú misma —dijo Charlie, y se relamió los labios—. ¿Por qué has herido a Liu?

—Vi al soldado sin rostro —anunció Raquel.

Charlie estuvo a punto de caerse de la silla. Sadie, Axel y Taye se quedaron en completo silencio.

Raquel tomó aliento. Era una maestra de los tiempos dramáticos. Cuando estuvo a punto, volvió a hablar.

—Estaba en el barco de la princesa. Quise matarlo. —Raquel miró con rabia a

Liu. Sus ojos parecían de frío acero—. Pero Liu se entrometió. Y por eso la herí. Pero está claro que no bastó con eso.

Sadie dio un respingo.

—¿Me estás hablando de los soldados sin rostro del Día de la Destrucción? ¿Viajaban en el navío de la princesa? —Sintió que el corazón se le aceleraba y que latía con más fuerza.

Charlie, Axel y Taye intercambiaron miradas de sorpresa.

—Pero si registramos ese barco desde un extremo hasta el otro y no los vimos... —Charlie negó con la cabeza. No era la primera vez que Raquel contaba disparates, pero por lo general tenían que ver con santos y supersticiones. A Raquel le gustaba el teatro, pero no era una mentirosa. ¿Cómo era posible que no hubieran visto a los soldados sin rostro?

—¡Exacto! —gritó Liu, y golpeó la silla de cuero con el puño—. Pero había solo uno. Raquel solo vio a un soldado sin rostro. Yo no lo vi. Ella quería caminar sobre el fuego para matarlo, y tuve que detenerla para que no muriéramos las dos.

Raquel se arrojó sobre Liu.

—¡Bruja! —le gritó en español.

Liu la esquivó. Las dos muchachas se movían en círculo, una frente a la otra.

—¡Yo sé lo que vi! —gritó Raquel—. ¡Estaba allí! ¡Y tú me quitaste la oportunidad de vengar a mi padre! ¡No te lo perdonaré jamás!

Charlie tragó saliva. El problema era grave. No sabía en qué momento se les había ido de las manos. Se levantó de un salto y se interpuso entre Liu y Raquel. Taye también intervino y logró convencer a Raquel de que volviera a sentarse.

—¡Aunque no lo vieras —chilló Raquel, con el rostro bañado en lágrimas de ira—, ¿qué me dices del humo negro?! Sabes muy bien que era el mismo tipo de humo.

Liu le respondió con voz temblorosa.

—Sí, era el mismo humo negro. Me asfixiaba. —Liu se volvió hacia Charlie—. Todo eso ocurrió al final. Justo antes de que el barco se hundiera.

Charlie asintió.

—Y eso explica que no viéramos nada. Creo que ya habíamos saltado. —Miró a Taye, y luego, una vez más, al grupo entero—. Yo vi otro barco.

Entonces pareció que Raquel se reanimara.

—¿Y si era el de los soldados sin rostro? —aventuró.

Charlie se encogió de hombros.

—No lo sé. No conseguí ver quién viajaba a bordo. Solo lo vi cuando nos marchábamos. Pero no estaba allí cuando llegamos.

—En primer lugar —dijo Liu, mirando a Raquel—, deberías reconocer que tuviste un trastorno transitorio al entrar en el barco de la princesa. —Ya se habían peleado en otras ocasiones, aunque nunca de aquella manera. Pero Liu tenía que dejarlo salir todo.

Raquel fruncía el ceño. La última persona que se le habría ocurrido que pudiera

dudar de su cordura, o de su honradez, era Liu.

—Sí, a veces es como si el Día de la Destrucción se repitiera ante mis ojos. ¿Nos ocurre lo mismo a todas? Pero ¡eso no significa que tuviera alucinaciones cuando vi a la persona que asesinó a mi padre!

«¡Solo que has estado obsesionada con el soldado sin rostro y has practicado maneras de matarlo todas las noches que han pasado desde el Día de la Destrucción!», pensó Liu. Le habría gustado proclamarlo a los cuatro vientos, pero no iba a traicionar el secreto de Raquel tan solo para derrotarla en aquella discusión. Se cruzó de brazos y llegó a la conclusión de que, por el momento, permanecería en silencio.

Axel tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Sadie. La muchacha lo apartó con un empujoncito y se sentó en una silla al lado de Raquel.

—Has sufrido mucha tensión. Todas nosotras hemos sufrido mucha tensión —dijo Sadie, al mismo tiempo que le acariciaba la espalda a Raquel—. ¿Estás segura de lo que viste?

Raquel ardía por dentro al oír el tono condescendiente en el que le hablaba Sadie. Se puso en pie de un salto, con un movimiento tan brusco que sus botas arañaron el suelo de mármol.

—¡Sueño con vengar a mi padre! Es verdad que reviví el Día de la Destrucción en cuanto subimos a ese barco. ¡Eso no significa que esté *loca*! —dijo, la última palabra en español—. ¡Sí que vi al soldado sin rostro!

Charlie pensaba que el humo negro, el barco misterioso y la posible presencia del soldado sin rostro tenían que significar algo, aunque no sabía qué. Iba a intervenir, pero Taye se le adelantó.

—Nadie dice que estés loca, Raquel. Es que nos cuesta mucho digerir todo esto. Sobre todo, si está relacionado con el Día de la Destrucción. Tendremos que repasar todo lo que hemos visto y tratar de aclararnos. —Y se arrellanó en la silla, satisfecho por haber «resuelto» el problema.

Charlie le puso mala cara. Aunque ya no tuviera barco, seguía siendo la capitana de las muchachas. Pese a que la misión no hubiera sido un éxito, ella sí lo había hecho bien. Había logrado proteger a las muchachas, igual que en el Día de la Destrucción. Se sentía recuperada. Ciertamente, Taye había ayudado, pero habían peleado como un equipo. Todos. Y entonces llegó él e invadió su territorio. Estaba a punto de ponerlo en su lugar cuando Amsha abrió de golpe la puerta de doble batiente.

—¡Ingela pierde demasiada sangre!

* * *

Entraron todos juntos en la sala de operaciones. Era luminosa, y los aparatos médicos y los estantes con extrañas etiquetas se acumulaban por doquier.

—Como te iba diciendo, Axel, este procedimiento se llama «transfusión de

sangre». Voy a pasar sangre de tu cuerpo al de Ingela. —Amsha se volvió hacia Sadie—. Por favor, agarra el vinagre ese del estante de abajo y empapa unas pocas vendas con él.

Sadie asintió pasmada. La transfusión de sangre era una operación absurda que aparecía en sus libros de aventuras futuristas. Pero ¡estaba allí y se disponían a realizar una!

Solo había conocido a una mujer parecida a Amsha: Josephine, su madre. Ambas eran inteligentes y atrevidas, y no tenían miedo de nada. Pero Amsha había avanzado por un camino en el que su madre no se habría atrevido a entrar. Para bien o para mal, Amsha no se había casado ni tenía hijos. Sadie no podía calcular su edad, porque en su piel color kékfir no había ninguna arruga. Tal vez se le hubiese pasado la edad de casarse y de tener niños. Pero Amsha había consagrado la vida entera a su profesión. «Por voluntad propia.» Sadie empapó en vinagre la última de las vendas. Antes de conocer a Amsha, Sadie no había pensado nunca que una mujer pudiera permitirse.

—Todavía nos falta mucho para perfeccionar el procedimiento. No lo intentan ni en Occidente. Los médicos europeos podrían aprender un par de cosas de sus hermanos y hermanas de Oriente. —Amsha sonrió con cierto aire de superioridad. Le subió la manga a Axel. Este la miró con cara de confusión—. Hice las primeras transfusiones de sangre con perros, luego con ovejas, y hace tan solo dos años que lo intenté con seres humanos —dijo Amsha, adelantándose a la pregunta de Liu—. Todos los animales sobrevivieron.

—¿Y cuáles son los resultados? Me refiero a seres humanos —preguntó Axel con voz temblorosa. Haría lo que fuera necesario por salvar a su hermana, pero, como ambos eran aficionados a las apuestas, quería conocer las probabilidades de éxito.

—En seis de los casos, la operación salió bien. En los otros dos, no.

—¿Q-q- quiere decir que dos murieron? —preguntó Axel en voz baja.

Quizá la mujer debería haberse limitado a probarlo con ovejas.

La mujer asintió sin dramatismos.

—Este procedimiento aún está en sus primeras fases y todavía hay mucho que aprender antes de perfeccionarlo. Si lo intento es porque se trata de la iónica esperanza que le queda a tu hermana.

Entonces, adiós a las probabilidades. Se trataba de su hermana pequeña.

—Haga lo que considere oportuno —dijo Axel con voz solemne.

Amsha se acercó a otra de las mesas con una voluminosa jeringa de marfil.

—Voy a tener que sacarte sangre cinco veces con esto. Es una cantidad bastante grande, pero mucho me temo que Ingela la necesita.

—¿Y los demás no podríamos darle nuestra sangre? —preguntó Raquel.

Amsha tuvo un momento de duda antes de responderle.

—Mis colegas intercambian sangre de mucha gente. A veces llegan a utilizar su propia sangre en la transfusión. Yo no tengo ninguna prueba científica de lo que digo, pero creo que existen tipos de sangre distintos y que no se pueden mezclar. Por eso

siempre intento que las transfusiones de sangre sean entre miembros de una misma familia. —Amsha extendió el brazo de Axel. Señaló un punto en la cara interior del codo—. Este es el punto donde tengo que realizar la incisión, Sadie. Límpialo, por favor.

El olor acre del vinagre de manzana se percibió en toda la sala.

—Pienso que sería mejor hacerlo con ron.

—Lo siento, Axel, pero si entrara licor en tu sistema la transfusión de sangre se vería perjudicada. —Amsha le sujetaba el brazo extendido mientras Sadie se lo frotaba con el trapo empapado en vinagre. Amsha retiró el tapón de la jeringa.

Axel se estremeció.

—¿Vas a meterme esa cosa entera en el cuerpo? ¡Es muy grande!

—Sí. —Amsha le hizo un torniquete en torno al brazo. Le pasó dos dedos arriba y abajo sobre la piel, en busca de una vena—. La he encontrado. —Clavó la aguja hasta el fondo y empujó el émbolo de madera hasta hacerlo desaparecer dentro de la jeringa. Axel se estremeció de la cabeza a los pies.

Sadie no se perdía detalle de la escena, mientras que Raquel se volvió hacia otro lado. Había visto demasiada sangre durante los últimos días.

—Sadie, prepárame el brazo de Ingela en el mismo punto.

Cuando la jeringa se hubo llenado de sangre de Axel, Amsha se acercó a Ingela. Entonces vació el instrumento repleto de sangre dentro del brazo de la muchachita. El procedimiento terminó en tan solo diez minutos.

—¿Ya está? —preguntó Axel. No podía creerse que la vida de su hermana dependiera de un procedimiento que había llevado menos tiempo de lo que Raquel tardaba en hacerse rizos en el cabello. De pronto se sintió como si hubiera bebido demasiadas cervezas. Sadie se levantó de un salto para sostener a Axel y lo recostó sobre la cama en la que estaba sentado.

—Ahora vamos a esperar veinticuatro horas para ver si el cuerpo de Ingela acepta esta sangre.

Amsha acercó el oído al corazón de Axel por si se oía algún sonido anormal.

—Me parece que todo está bien. Al menos, por ahora. —Le dio un toquecito en la mano a Axel—. Eres muy valiente.

Nadie quería hacer la pregunta en voz alta, pero alguien tendría que atreverse. Lo hizo Liu.

—¿Qué pasará si el cuerpo de Ingela no acepta la sangre?

El gesto sereno de Amsha se quebró.

—El optimismo ayuda a los pacientes a curarse. Es mejor que ahora no pensemos en un posible rechazo. —Señaló la salida—. Ingela y Axel tienen que descansar. Los demás también podríais iros a dormir.

Una tras otra, las muchachas besaron a Ingela y a Axel en la mejilla. Cuando le llegó el turno de darle el beso a Axel, Sadie se puso roja como un tomate. Por suerte, el muchacho estaba demasiado aturdido como para darse cuenta.

Cuando todo el mundo hubo salido, Axel cerró los ojos. No tenía mucha fe en la existencia de dioses. En cambio, estaba firmemente convencido del poder de su padre. Así, por centésima vez en una semana, Axel llamó a Knut y le rogó que salvara a la muchacha.

* * *

—¡Ni siquiera lo intentas! —le gritó Taye a Charlie. Tan solo habían branquiado durante media hora, y el muchacho ya sentía la tentación de remar con el bote hasta la orilla y dejar a Charlie en el agua. El único problema era que habría sido injusto con Raquel y Liu, que trataban de aprender a branquiar. Aunque no lo hacían juntas, porque solo se hablaban cuando no les quedaba otro remedio.

—¡Pues entonces sumérgete tú y hazlo de una vez! —chilló Charlie mientras trepaba al bote.

Taye retorció las manos, ofuscado. Deseaba de verdad que Axel estuviera allí. Era mucho más paciente enseñando a listillas tipo Charlie. Por la mañana, al visitar el hospital, Axel recuperó el buen humor. El cuerpo de Ingela había aceptado su sangre, y estaba dispuesto a proporcionarle otras cinco unidades, pero, para espanto de Taye, Axel le había pedido que se llevara a las chicas para enseñarlas a branquiar. Sadie tenía que quedarse para ayudar a Amsha. Mejor así: su hermana era otra sabelotodo a la que era imposible enseñarle nada.

La cabeza de Liu emergió del agua. Metió una mano en el bote para consultar el reloj de bolsillo.

—¡He aguantado más de dos minutos!

—¡Has nacido para esto! ¡Estupendo! —la elogió Taye.

Liu le sonrió.

—¡Gracias! Eres buen maestro.

Charlie puso un gesto de exasperación.

—Estas muestras de cariño me encantan, pero yo estoy agotada.

—No, no lo estás —dijo Taye—. Lo que pasa es que tienes miedo. Por eso no logras pasar suficiente tiempo abajo.

Taye trató de no fijarse en las gotas de agua que resbalaban por el curvilíneo vientre de Charlie. Se acordó del fulgor de su piel de alabastro bajo el agua en los tiempos en que solían nadar con bastante menos ropa que en aquel momento, o de la manera en la que la tela blanca se adhería a sus muslos y revelaba el contorno de su cuerpo firme y musculado.

Las mejillas de Charlie se tiñeron de rojo. Le resultaba humillante que Taye supiera que algo la asustaba.

—No, es que está demasiado oscuro como para ver nada aquí abajo. No es un buen sitio para branquiar.

Mientras lo decía, Charlie se dio cuenta de lo poco convincente que sonaba.

Marrakatra era todavía mejor que las Maldivas para branquiar. El agua era cristalina, y permitía ver todo hasta el fondo marino. No había corrientes peligrosas, ni tiburones, aunque sí había que tener cuidado con los filamentos de las medusas. Charlie no debería haber sentido miedo. Pero lo sentía.

Raquel nadó hasta la superficie.

—¿Cuánto tiempo he pasado abajo?

Taye consultó el reloj.

—¡Casi dos minutos! —respondió—. ¡Buen trabajo! ¿Has logrado llegar al fondo?

—Sí, pero cuando lo he tocado ya no me quedaba aire. Tengo que aprender a controlar mejor el aliento.

Raquel recostó el torso contra el bote y agitó las piernas contra las cálidas olas. Durante toda la semana que ya llevaban en Marrakatra, apenas si habían visto nada, salvo la clínica y la casa de huéspedes. Raquel estaba angustiada por Ingela y por toda la historia del soldado sin rostro, pero le relajaba poder salir por fin y zambullirse en el agua. Habían pasado toda la tarde nadando y branquiando, y le gustaba más de lo que había esperado. Era consciente de lo peligroso que podía ser branquiar, sobre todo en los mares más agitados.

—Así que ahora todas nosotras podemos branquiar, ¿verdad? Si todas nosotras somos capaces, podremos ahorrar dinero para comprar un barco más rápido.

Charlie se volvió de pronto.

—¿Qué quieres decir con que «todas nosotras podemos branquiar», Raquel?

Raquel se encogió de hombros.

—Solo quería decir que fracasamos con lo del tesoro y no nos van a pagar ninguna recompensa, y que por eso tendremos que esforzarnos más en branquiar. Será más fácil si somos tres en vez de una.

—Solo has recibido una lección y, aunque parece que lo estás aprendiendo muy bien, no creo que estés preparada igual que yo para salir a branquiar todos los días.

—Calma, Charlie —dijo Liu—. Raquel solo quería decir que...

Pero Raquel le puso mala cara.

—¡Ya sé hablar yo sola... y, de hecho, en más idiomas que tú, Liu!

Charlie hizo una mueca de irritación.

—¡Antes de asumir la responsabilidad de branquiar, podríais poner fin a ese pique tan absurdo! —Se deshizo la cola de caballo—. No podremos marcharnos de Marrakatra mientras Ingela no mejore. Debemos aparcar por el momento la idea de conseguir un barco nuevo.

Raquel dio una palmada sobre el agua. Charlie también la ponía de los nervios.

Taye pensó que sería mejor desviar la conversación hacia cómo había que branquiar.

—Si hacéis el truco del silbido que os he enseñado, podréis meteros más aire en los pulmones —dijo, para quien quisiera escucharlo.

Raquel asintió.

—¿Empezamos otra ronda? —preguntó Liu, ansiosa por volver a sumergirse. Aún no había encontrado nada de lírium, pero ya le encantaba branquiar. La distraía, y la ayudaba a olvidar su constante temor ante Zhang Tao.

—Esperad un poco. Por favor, ¿podrías sujetarme el cable? —respondió Taye. Se quitó la camisa y se ató la cuerda en torno a la cintura. Charlie trató de apartar la mirada, pero no pudo. Taye había tenido siempre un cuerpo delgado y atlético, pero en los dos últimos años los músculos se le marcaban por doquier. Parecía un hombre de verdad, o un Adonis de pie en el centro de una fuente. Se ruborizó.

Raquel contemplaba con descaro los marcados abdominales de Taye.

—¿La barriga de Javier también es así?

Taye torció los labios en un gesto de confusión.

—No sé de qué me hablas, Raquel. Quizá hayas pasado demasiado rato bajo el agua. Cálmate un poco y respira. —Taye se volvió hacia Charlie—. Voy a branquiar. —Ató otra cuerda en torno a la cintura de la chica. Sus dedos se entretuvieron sobre la piel suave de la muchacha—. Y tú también.

—¿Qué? ¿Vamos a bajar juntos? —Charlie sintió que el corazón se le salía por la boca.

—Tengo que ver lo que haces mal, para corregirte. —Estaban tan cerca que ya no podía mirarla directamente—. No necesitamos las rocas. Quiero ver hasta dónde consigues bajar sin ellas.

Charlie intentó desatar la bolsa que llevaba atada a la cintura, pero se hizo un lío con el nudo. Le ardía el cuerpo entero. Taye la trataba como a una niña. Todavía peor, una niña incapaz. Pero el cuerpo le temblaba por otra cosa. Iba a sumergirse con él. Taye vería su miedo. Vería lo débil que era. Procuró darse ánimos. Si no branquiaba con él, quedaría como una cobarde mandona. Tenía que bajar con él. Tendría que endurecerse durante los diez segundos siguientes. Al fin, logró desatar la bolsa y la dejó en el bote.

—Bueno, estoy preparada.

—Uno... dos... —contó Taye. Ambos tragaron una buena bocanada de aire—. ¡Tres!

Los dos se zambulleron a la vez. En cuanto estuvieron bajo el agua, Taye nadó hacia Charlie y le pasó el brazo en torno a la cintura. El brazo estaba más musculado, pero el roce resultaba más familiar de lo que Charlie habría estado dispuesta a reconocer. Relajó los músculos contra el peso del sólido cuerpo de Taye. Charlie no pensaba en la oscuridad, en respirar, en ahogarse, ni en las criaturas que podían acechar pocos metros más allá. Dejó de pensar y se limitó a sentir. Sintió a Taye que la envolvía.

Y se sintió segura.

Descendieron más y más, y los dedos de ambos se entrelazaron. Cuatro gigantescos centollos se arrastraban sobre las arenas del fondo. Taye guió a Charlie

hasta una roca grande.

Explorar el océano había sido «lo suyo». Desde que eran niños habían nadado durante horas y habían descubierto los misterios de las profundidades. Allí abajo habían visto su primer tiburón, habían hecho carreras con su primera anguila, habían escapado de su primer pulpo, y habían compartido su primer beso. Todo eso había tenido lugar cuando eran mucho más jóvenes de lo que ahora eran Liu y Raquel.

Cuando Charlie cumplió doce años, y Taye, trece, llevaban tantos años de peleas, juegos y natación que compartían una intimidad que ninguno de los dos cuestionaba. Eructaban, se tiraban pedos, lloraban y meaban a la vista del otro. Pero, al llegar a la adolescencia, dejaron de hacer esto último en común. Tal vez porque adquirieron una conciencia de sí mismos que hasta entonces no habían conocido.

Charlie odiaba el olor almizcleño de sus axilas y el vello rojizo que le crecía de manera desigual sobre las piernas blancas y robustas. Taye también sufría sus propios dolores de crecimiento. Su voz cambiaba de octava como una orquesta durante la interpretación de una sinfonía. Así, sin reconocerlo, empezaron a evitarse. Durante dos semanas, Taye y Charlie no se pelearon, ni jugaron ni nadaron juntos. Más de lo que duró la irritación de garganta que sufrió Charlie.

Entonces, un día, así de golpe, Taye llevó a Charlie a uno de los lugares favoritos de ambos, y nadaron juntos. En el mismo momento de desaparecer bajo el agua, toda la incomodidad desapareció. Exploraron el mar como lo habían hecho en centenares de ocasiones, cogidos de la mano. Luego, al terminar, se besaron como no lo habían hecho nunca. En un primer momento, Charlie no entendió lo que Taye quería hacer cuando la acercó a su cuerpo, cara a cara, los brazos en torno al talle de la muchacha. Cuando Taye acercó el rostro, Charlie también lo acercó, y los dientes de ambos se golpearon. Se ruborizaron ante su propia ineptitud y lo volvieron a intentar. La segunda vez también actuaron con bastante torpeza, pero habían mejorado. A la sexta vez ya lo hacían mucho mejor.

Aquel día derribaron a patadas la extraña pared que los había separado. Se trataba de algo nuevo, de algo emocionante que habían añadido a lo que ya conocían. Todavía eran los mismos Taye y Charlie. El beso, y todos los besos que llegaron después, les parecían igual de apropiados que los forcejeos, los puñetazos y la natación que habían compartido desde siempre. Pero, a diferencia de los otros tipos de ejercicio físico, aquello era suyo. Tan solo lo compartían ellos: los labios de los dos, las manos de los dos, los cuerpos de los dos.

Ahora, al mirar al frente, vio manchas brillantes de coral amarillo y anaranjado que iluminaban las aguas oscuras como cien velas encendidas. Taye sujetó con más fuerza a Charlie. La muchacha sintió en la espalda los latidos del corazón del joven. Era en aquellos variopintos fondos oceánicos donde se habían enamorado.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Últimamente, cuando descendía al fondo del mar, Taye ya no estaba con ella. Se dio cuenta con dolor, como si la hubieran picado cien tentáculos de medusa. No le daba miedo branquiar. Le daba miedo ser consciente

de lo mucho que lo añoraba.

Charlie empezó a agitar las piernas contra el cuerpo de Taye. De pronto, se sintió como si le hubieran abierto el pecho. Se liberó de sus brazos y tiró con fuerza de su cuerda.

—¡Has estado abajo durante más de tres minutos! —exclamó Liu unos segundos más tarde, cuando la cabeza de Charlie emergió a la superficie—. ¡Nunca habías pasado tanto tiempo abajo!

Charlie no hizo caso de Liu y boqueó para llenarse los pulmones.

Entonces apareció Taye.

—Eh, ¿por qué te has asustado?

—¡Han sido más de tres minutos! —exclamó Raquel contenta.

—¿De verdad? —Taye le tocó el hombro—. ¡Nunca habías aguantado tanto!

Charlie se volvió y se enjugó las lágrimas. No quería pensar en branquiar, ni en el lírium, ni en Taye. Es más, no quería sentir aquel deseo sin límites, aquel deseo doloroso en su interior. Se encaramó sobre el bote.

Taye subió a su lado.

—En cuanto hayan pasado Liu y Raquel, podemos hacer otra ronda. —Entrelazó sus dedos con los de Charlie—. ¡Sabía que podrías branquiar!

Charlie apartó la mano de un tirón.

—Gracias por tu ayuda —murmuró, temerosa de hablar más alto, porque no quería que se notara el temblor en su voz. Charlie agarró una toalla y empezó a secarse.

—¿Nos marchamos ya? —preguntó Raquel—. ¿Estás bien, Charlie?

Charlie se estremeció. Lo que menos quería era que los demás se dieran cuenta. Se aclaró la garganta.

—Mmm... Es que no logro concentrarme en esto. Creo que tendríamos que ir todos con Ingela.

Charlie sabía que aprovecharse del estado de Ingela era una mezquindad, pero ya no aguantaba ni un segundo más.

—Por supuesto, Ingela es más importante que branquiar. Y ya llevamos un buen rato aquí —murmuró Liu. Entonces cogió un remo y le pasó otro a Charlie.

Charlie exhaló un suspiro de alivio. Mientras se alejaban remando, se esforzó al máximo por concentrarse en el horizonte, y no en Taye.

* * *

Charlie, Liu y Raquel saltaron del bote de remos y lo empujaron hasta la orilla. A unas pocas millas de distancia, Taye había resuelto volver a nado y se hallaba en algún punto del océano índico. A Charlie le parecía bien.

—¡Ay! —gritó Charlie al poner pie sobre las ardientes arenas. Había vuelto descalza después de branquiar, pero en la tórrida playa marrakatrana era imposible

caminar sin zapatos. Sus preocupaciones en torno a Ingela, Zhang Tao y Rogers Barrish, así como el no tener barco, le habían impedido disfrutar de ninguna excursión durante la semana que habían pasado en Marrakatra, pero estaba claro que aquel pequeño reino, escondido entre la India y el Imperio otomano, era imponente. En aquel mismo instante, con el océano azul a sus espaldas y las arenas blancas de la playa flanqueadas por los arbustos con flores rosadas y amarillas, Marrakatra parecía una acuarela en uno de aquellos elegantes museos de Europa a los que Sadie la había arrastrado. Charlie metió los pies en el agua hasta los tobillos para enfriárselos. En todos sus viajes, no había experimentado nunca un calor como aquel. El sol abrasador de Marrakatra y sus temperaturas más propias de un horno hacían que se sintiera como si hubiese estado atrapada en un foso lleno de fuego.

—Creo que me voy a cambiar esta ropa húmeda —explicó Raquel.

—¡Yo también! —dijo Liu, y echó a correr detrás de ella. Había tratado de solucionar el problema con Raquel, pero la otra muchacha albergaba un gran rencor.

Cuando estuvieron más adelante, vieron que Sadie llegaba corriendo. Charlie se quedó helada.

Sadie nunca corría de aquel modo, salvo en caso de emergencia.

—¡Ingela ha despertado! —les anunció, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—¡*Santo cielo!* —gritó Raquel en español, y los ojos se le llenaron de lágrimas al instante.

Raquel y Sadie se abrazaron.

Liu, que había contenido el aliento sin darse cuenta, lo dejó salir.

—¿Está bien? —La voz le temblaba.

Sadie asintió.

—Amsha ha examinado cada uno de sus órganos vitales y dice que se recuperará por completo, pero que tendrá que pasar más de tres semanas en la cama. ¡Será una pesadilla para todas nosotras!

—¿Podemos ir a verla? —preguntó Charlie.

—Sí. Está armando follón, como de costumbre. Ya se ha comido un pollo entero y ahora le han dado pastel. Y, por supuesto, no para de decir tacos sobre su brazo y presume de habernos salvado a todos de los disparos. —Sadie sonrió—. Ah, y la princesa Imera nos ha invitado a todos nosotros a una fiesta. En realidad es el sultán Musef quien nos ha invitado. Por lo menos, eso es lo que ha dicho Amsha. —Se abanicó con la mano—. Estaba tan emocionada que he bajado corriendo hasta aquí por si os encontraba. Pero ¡qué calor...!

—¿No han dicho nada de una recompensa? —preguntó Liu—. Porque, vamos a ver, ¿el sultán sabe lo que hicimos?

—¿Qué me pongo? —preguntó Raquel al mismo tiempo.

—La invitación al palacio del sultán es la recompensa. Amsha dice que nos ha mencionado de pasada, pero no ha entrado en detalles. —Sadie se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, no logramos salvar el tesoro. Ah, Raquel, todavía faltan

más de dos semanas para la fiesta. Tiempo tendrás de pensar qué te pones.

Raquel arqueó las cejas.

—¡Perdí todos los vestidos bonitos en la tempestad! Tendré que ponerme algo nuevo. ¿Cómo voy a hacérmelo en tan poco tiempo?

Se volvió hacia Liu, que solía encargarse de tejer los vestidos que diseñaba Raquel, y luego se volvió de nuevo. No merecía la pena hacer una tregua por un vestido.

A Charlie se le empañaron los ojos de tanto oír hablar de vestidos. Apenas llevaba unas horas al aire libre y ya sentía las quemaduras que se estaban formando sobre sus brazos, piernas y espalda.

—Eh, Sadie, me iría bien un poquito de ungüento de ese. Me están saliendo unas buenas quemaduras.

Sadie levantó una ceja.

—¿Me ayudarás a recoger el áloe vera? Ya sabes cuántos pinchazos me he llevado al preparar tu ungüento.

Antes de que Charlie pudiera responder, Liu se decidió a alzar la voz.

—¡Chicas! Tenemos que hablar de lo que ocurrirá después de estos tres meses. ¿Qué vamos a hacer cuando Ingela mejore y tengamos que marcharnos de Marrakatra?

—¿Ya estamos con esas? ¿Tienes que recordarnos nuestro triste futuro dos veces por día? —preguntó Charlie, pero sabía muy bien que debían hablar de ello—. Bueno, por lo menos esperad a que me enfríe.

Ya llevaba puesta la parte de abajo del bañador, que era de algodón, y se quitó la blusa y dejó al descubierto la fina camisola que llevaba debajo.

—¡Charlie! —la reprendió Raquel.

—Ah, pero si da igual, Raquel. Mira alrededor... No hay nadie en la playa, y la embarcación más cercana se encuentra a varias millas de aquí. No me verá nadie.

Charlie se metió en el océano. El agua fría le refrescó la piel ampollada. Estaba convencida de que la conversación iba a ser larga, y se sumergió una vez más antes de regresar a la playa.

—¿Qué me he perdido? —preguntó, al reencontrarse con las otras muchachas a la sombra de una gigantesca palmera.

Sadie le pasó una hoja de palmera.

—Abanícate con esto. —Se volvió hacia el círculo de chicas—. Lo que os decía... ¡Sobrevivimos contra Len y Seth, sobrevivimos contra esa maldita tempestad, y sobrevivimos contra los Hermanos Sangre y Hueso! Deberíamos estar orgullosas de nosotras mismas.

Liu suspiró.

—Y lo estamos, Sadie. Pero la tormenta destrozó nuestro junco robado. Y llevamos tiempo sin noticias de Zhang Tao, pero no sabemos si nos va a descubrir. De hecho, lo más probable es que no tarde en hacerlo, ahora que estamos quietas aquí.

La muralla marrakatrana no será obstáculo para Zhang Tao. Recordad que es un hombre de negocios y dispone de las credenciales necesarias para entrar aquí si le conviene.

—Nos hemos quedado sin recompensa —añadió Charlie—. Así que vuelta a empezar.

Raquel estaba abatida. Habría renunciado a la invitación a la gala del sultán con tal de volver al mar. Sus ansias eran todavía más grandes tras el reencuentro con el soldado sin rostro.

—¿Y qué hay de nuestros padres? ¿Y la investigación sobre el Día de la Destrucción? ¿Acaso nos hemos olvidado de todo eso?

—¡Por supuesto que no lo hemos olvidado, Raquel! —Charlie no quería que la conversación degenerara en otra riña—. Pero ¿qué podemos hacer si no tenemos barco?

Sadie se aclaró la garganta.

—No es que me guste mucho la idea, pero ¿no podríamos unimos a los Náufragos? Así, por lo menos, podríamos ganar dinero branquiando, y más adelante compramos nuestro propio barco.

—¡No! —gritaron las otras tres al unísono, y Sadie se dio cuenta de que sentía alivio al oírlo. Lo que buscaban en el mar era la libertad, pero no la encontrarían mientras tuvieran que viajar en el barco de otros.

—¡Esperad! —gritó Liu—. ¡Tal vez podríamos branquiar para compramos un barco! —Se volvió hacia Charlie y levantó una mano—. Escúchame antes de replicarme. Somos conscientes de que si tenemos que ahorrar para comprar un barco no terminaremos nunca, ¿verdad? Pero ¿y si le habláramos del lírium al sultán Musef y le pidiéramos uno de sus barcos para buscarlo y traerlo a Marrakatra? Este reino tiene de todo menos agua potable. Piensa en lo feliz que sería si se la pudiera ofrecer a su pueblo.

—Entonces ¿nos estás diciendo que el sultán podría encargarnos la búsqueda de lírium, igual que las cortes reales dan dinero y barcos a los exploradores para que conquisten nuevas tierras? —preguntó Sadie.

Liu asintió.

—Algo así. Solo que no tendremos que conquistar nada.

Charlie se acomodó.

—Tres objeciones a tu plan. La primera es que tendríamos que violar el secreto sobre cómo branquiar, ¿o acaso crees que el sultán no nos preguntará cómo extraemos el lírium? La segunda es que tendríamos que convencer al sultán Musef de la existencia del lírium. Lo que significa que, tercera, lo más probable es que tengamos que empezar por encontrar lírium y enseñarle cómo funciona. Y todavía no hemos logrado encontrarlo.

—Corrección: tú no has logrado encontrarlo —replicó Raquel—. Como tú misma has señalado, Liu y yo hemos empezado hoy, y se nota que tenemos un don innato

para ello. Tarde o temprano daremos con él.

—No creo que haya dicho que teníais un don innato para branquiar, y puedes creerme que no será tan fácil, aunque salgáis a diario. —Entre el descabellado optimismo de Raquel y el calor que no aflojaba, a Charlie cada vez le costaba más mantener la calma—. ¿De verdad que vamos a revelarle al mundo el secreto de cómo branquiar?

—Storm ha compartido el lírium con pueblos, villas e incluso ciudades de todo el mundo, así que no se trata de un gran secreto. Nadie más conoce la técnica de branquiar, pero explicársela al sultán Musef no es lo mismo que revelársela al mundo entero. Y, por supuesto, no entraríamos en detalles. —Sadie se secó la cara sudada con el pañuelo—. ¿Qué planes tienes para comparecer ante el sultán Musef?

Liu ladeó la cabeza.

—A través de Amsha, por supuesto. Es su médica personal, y es evidente que el sultán aprecia su opinión. ¡Ha logrado que nos invitara a esa gala!

Entonces fue Sadie quien se irritó.

—¡Hala! —Arrugó el pañuelo entre ambas manos—. No quiero que le contemos a Amsha lo del junco robado y la mezclemos en nuestro problema.

La semana que Sadie había pasado con Amsha en la clínica era la mejor que la muchacha había vivido desde el Día de la Destrucción: por primera vez desde la muerte de su madre, por fin había conocido un referente. La admiraba, y lo último que quería era que su nueva maestra supiese que apenas eran una cuadrilla de ladronas andrajosas. Sin el código Storm, se veían inevitablemente despojadas de toda dignidad y honor. Por primera vez era consciente de la magnitud de lo que había perdido.

Raquel se apresuró a intervenir.

—Sadie, no te vamos a pedir que te avergüences frente a Amsha. Sabemos muy bien cuánto la admiras. Tampoco entraremos en detalles sobre el junco robado. Lo único que necesitamos es que Amsha nos consiga una audiencia con el sultán Musef.

—Aparte de salvarle la vida a Ingela y de cuidar de ella a cambio de nada, Amsha ha tenido la generosidad de permitir que nos quedáramos con ella en calidad de huéspedes. Creo que no podemos pedirle nada más.

Sadie se anudó el pañuelo en torno a los cabellos para hacerse una cola.

Charlie jugueteaba con el collar de perlas. Consideraba inviable el plan de Liu, pero le molestaba que Sadie lo boicoteara así. Tras el fracaso del plan para salvar el tesoro del sultán había cundido el desánimo. Era como si su futuro hubiera vuelto a borrarse, como después de la tormenta, como después del Día de la Destrucción. Pero, si habían logrado sobrevivir a aquel horrible destino, también conseguirían sobrevivir a este. Trató de hacer valer sus dotes de mando.

—Encontraremos lírium y le expondremos al sultán la idea de Liu. Lo haremos dentro de dos semanas, en la fiesta.

Charlie observó las reacciones del grupo, para cerciorarse de haber resultado

convinciente. Le pareció que sí, porque Liu y Raquel le sonreían. Se sentía un poco culpable por mentir, pero en aquel momento sus amigas necesitaban, más que sinceridad, algo en lo que creer.

—Por mí, bien, siempre que no compliquemos a Amsha en el asunto —musitó Sadie—. Por lo tanto, vosotras dos tendríais que empezar a hablaros.

—¿Todavía estáis peleadas? —Charlie trazó líneas sobre la arena con los dedos, y luego levantó los ojos hacia Raquel y Liu—. Haced las paces de una vez.

Raquel y Liu no llegaron a hablarse, pero sí se miraron a los ojos. Por algo se empezaba.

—Ahora que está todo aclarado, ¿qué os parece si vamos a visitar a la renacuaja? —propuso Sadie.

Mientras se iban, Charlie echó una mirada a los rostros emocionados de Liu y Raquel. Su absurda esperanza resultaba contagiosa, aunque ella no la compartiese.

* * *

La condesa jugueteaba con la perla del anillo. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.» No podía quitarse esas palabras de la cabeza. Si lo que le había contado Len era cierto, aquel asunto iba mucho más lejos que un asalto fracasado a los barcos del sultán.

La incompetencia de Barrish la había metido en un buen lío también en ese frente. Había ido a la India con la excusa de cumplir con obligaciones oficiales al servicio de la corte. Por supuesto que, en realidad, había ido a evaluar los daños tras el ataque fallido. Según parecía, el sultán Musef no sospechaba que la Sapphire East Trade Company le hubiera traicionado, pero los intereses de la firma en aquella región eran demasiado importantes como para que se arriesgara a sufrir represalia alguna por parte del poderoso soberano.

Barrish todavía estaba recopilando datos, pero los primeros informes hacían referencia a unas muchachas que habían luchado contra los piratas en el barco de la princesa. Los detalles eran vagos, pero la condesa pensó que era razonable contar con que las muchachas no eran otras que las Pirettes. Si se podía confiar en los informes de Barrish, también parecía que las Pirettes, después de salvar a la princesa, habían llegado i lesas a Marraktra. Como el plan B —que había consistido en tomar como rehén a la hija del Sultán y exigir un sustancioso rescate— había fracasado, la condesa tenía que asegurarse de que las «benefactoras» mantuvieran la boca cerrada. No podía permitirse que sus manos se ensuciaran con semejante asunto. Para eso le serviría Barrish, si hiciera algo a derechas. Recordó el sonido del hueso que se rompía cuando la maza le aplastaba la muñeca derecha. «Si hiciera algo a derechas.» La condesa sonrió por su propio juego de palabras.

Ni todas las torturas que infligiera podrían superar las atrocidades a las que ella misma había sobrevivido. Pasó la mano por la lujosa baranda con detalles de caoba.

La mayor de las crueldades era haber nacido mujer en un mundo de hombres. Sobre todo, una mujer tan inteligente, tan fuerte, tan ambiciosa como era ella. Al fin, después de sufrir una última sevicia, habría aprendido la lección y había dejado de ser un patito feo para transformarse en cisne. Serena, hermosa y bien compuesta en la superficie, pero feroz y salvaje por dentro.

La condesa se miró el dedo. Las joyas le colgaban de las orejas, el cuello y las muñecas. Pero aquel sencillo anillo con la perla, un regalo de otro tiempo en el que había creído que existía una diferencia entre el bien y el mal, era la única joya que adornaba sus manos. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.» Seguramente no era posible.

Con todo, si existía la más mínima posibilidad, no le cabía ninguna duda de que quedaba por debajo de la paga de Barrish. La condesa reflexionó antes de decidirse. Tocó la campana.

Un joven sirviente entró enseguida.

—Dígame, señora.

—Avisa al capitán de que los planes han cambiado. Tengo que ir a Marrakatra.

El muchacho asintió y se marchó.

Marrakatra se hallaba tan solo a seis días de navegación. Siete, si los vientos no eran favorables. Barrish no se alegraría de verla. La última visita había sido terrorífica..., por lo menos, para él.

«Dominio de la mente sobre el cuerpo.» La condesa hizo girar el anillo. Tenía que descubrirlo ella misma. Varias vidas dependían de ello.

BITARCO

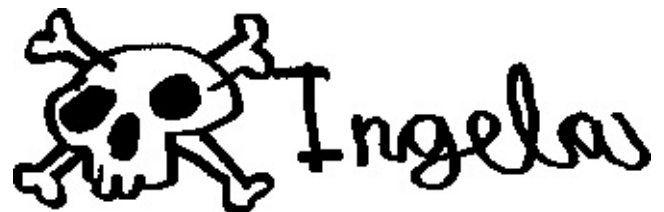
Fecha: X.

Posición: EN EL INFIERNO (OTRA VEZ).

ESTOY AVURRIDAAAAA. PORESO ESCRIVO EL BITARCO AUNK ESTEMOS EN TIERRA.

K ES PEOR K SADI??? SADI Y AMSHA!!!

ES KOMO TENER 2 AGÜELAS. NO MUEDO LUTXAR PESCAR NI CAZAR. SIEMPRE EN LA CAMA. SOCORRO!!!!!!!



Las puertas de palacio se abrieron. El carruaje avanzó por una larga calle de ladrillo que conducía al *charbagh*, un jardín persa rectangular que emulaba el Paraíso. Unos caminos elevados dividían la tierra en cuatro cuadrantes, cada uno de ellos una avenida flanqueada por flores y árboles. Parterres hundidos de crisantemos y cipreses originarios de Italia rodeaban un estanque de aguas cristalinas que recorría el jardín de extremo a extremo.

Sadie dio un respingo al ver el palacio del sultán. Era un edificio construido por completo con un mármol negro que destacaba aún más contra los colores anaranjados y rojizos del sol poniente. Charlie, Raquel, Liu y Sadie saltaron del carruaje, hipnotizadas por la imponente belleza que contemplaban. Ingela ya había salido del hospital, pero guardaba cama en la casa de huéspedes de Amsha y lo llevaba fatal.

En la casa de huéspedes había una pequeña biblioteca. Sadie leyó allí que Marrakatra debía su riqueza e independencia a unas gigantescas minas de diamantes y a los sólidos lazos que unían el país con la India, Persia y el Imperio otomano. La influencia de dichos países se reconocía en la comida, el vestido, la literatura, la música, el arte y sobre todo la arquitectura de Marrakatra. Quienes habían visto el lujoso palacio residencial del sultán Musef, uno de los seis que se habían construido tan solo para su familia, sostenían que era la octava maravilla del mundo. Sadie

parpadeó. Liu lanzó un grito. No daban crédito a lo que veían.

Dos cúpulas de cebolla, sobre sus respectivas torres cilíndricas, se erguían en el centro del edificio. Estaban flanqueadas a cada lado por tres cúpulas más pequeñas. Unos pasajes abovedados llamados *pishtaqs* conducían a los dos grandes *ishwans*, unas puertas en arco decoradas con caligrafías.

Las antorchas se habían encendido para alumbrar el cielo nocturno que se acercaba, y una orquestina tocaba en la galería. Damas con orquídeas en el cabello obsequiaban con vasos de té frío de hibisco a la fila interminable de huéspedes.

Amsha se había ofrecido generosamente a encargarse de vestidos para todas las muchachas, pero Raquel era la única que había aceptado. Se había pasado horas inmersa en el examen de los botones, dobladillos y festones del suyo. Pero, dos días antes de la fiesta, Axel se había enterado por uno de sus contactos secretos de una información totalmente inesperada relativa al soldado sin rostro. Por eso ella había estado toda la noche anterior haciéndole retoques al vestido, para incorporarle los bolsillos ocultos necesarios para esconder sus dagas.

Todas estaban nerviosas, pero cada una por una razón distinta. Raquel alzó el vaso de té y se encaró con Liu, Charlie y Sadie. Estaba aterrorizada. Y, a juzgar por sus rostros, ellas también. Qué lástima que aquello no fuera un baile de máscaras.

Raquel sonrió satisfecha.

«No tienen ni idea.»

—Por que esta noche sea memorable —dijo, a modo de brindis.

* * *

Charlie tenía la cabeza a muchos kilómetros de allí, pero ni siquiera ella lograba resistir el puro esplendor del palacio del sultán. Un guía oficial de palacio las había acompañado por algunos de los espacios abiertos al público, como el salón en el que se hallaban en aquel instante. Según les contaba, las paredes interiores del salón de baile estaban recubiertas con cuarenta mil azulejos de cerámica hechos a mano y decorados con sesenta patrones florales distintos. Brillantes representaciones de amapolas rojas, girasoles amarillos e iris azules adornaban el techo alto y abovedado, mientras que las rosas y gerberas más tradicionales embellecían las pilastras de mármol. El motivo floral se prolongaba en el suelo con un gigantesco mosaico de madreperla que representaba un ave del paraíso, resplandeciente entre pétalos en azul eléctrico y sépalos de vivido color anaranjado. Realzaban su belleza las doscientas cincuenta cristaleras de colores que le infundían a la gigantesca sala una sensación aérea, de espacio abierto.

Había mesas largas de banquete, cubiertas con gigantescas bandejas de *mezes*, surtidos de platillos de comida, así como platos humeantes repletos de estofados, carnes asadas y arroz *pilaf*. Los aromas del ajo, del jengibre, del comino, de la cidra y del clavo se mezclaban en el aire.

A Charlie le rugían las tripas, pero lo vomitaría todo si no hacían lo que habían ido a hacer aquella noche. Observó a la multitud y descubrió enseguida a los Náufragos, que se habían quedado en el fondo de la sala para no llamar la atención. Charlie se dio un tirón en la blusa. No había querido que Amsha le hiciera un vestido, pero se había prestado a ponerse unos pantalones de seda. Para gran disgusto de Charlie, los Náufragos estaban estupendos. Quizá no tuvieran el porte de algunos invitados y miembros de la familia real, pero sabían arreglarse cuando querían. Sobre todo, Taye. Llevaba un chaleco de seda azul marino que le realzaba el amplio pecho y los hombros.

—¿Lo has visto? —le susurró Liu.

El rostro de Charlie se ensombreció. Habría tenido mejores vistas del salón de baile si se hubiera acercado al centro, pero no quería llamar la atención, ni que Taye ni Axel la vieran. Para que aquello saliera bien, era muy importante que no tuvieran ni idea de cuál era el plan de las muchachas. O, para ser más exactos, el plan de Liu y de Charlie, porque ni Raquel ni Sadie sabían muy bien lo que iban a hacer.

—¡Todavía no! Pero tiene que estar aquí —dijo Charlie, con la mirada clavada en la esquina.

Sadie se inclinó hacia delante.

—Tal vez la información que consiguió Axel no fuera correcta —aventuró, y se mordió el labio—. ¡Vamos con los chicos y olvidémonos de todo esto!

—¡No! —exclamaron Charlie, Liu y, para su sorpresa, también Raquel. Charlie la miró sin entender nada. Sabía muy bien qué motivos tenían Liu y ella, pero ¿qué buscaba Raquel exactamente? Antes de que pudiera preguntar, Charlie miró a su objetivo. Se reprendió en silencio por no haberlo visto antes, porque Rogers Barrish, sin duda alguna, se esforzaba por hacerse ver. Se había ataviado con un vistoso abrigo largo de color rojo y botas negras, a pesar del calor, y todos los cabellos de su cabeza se encontraban en el lugar preciso. Barrish emanaba autoridad y sofisticación. Se recreaba en el ostentoso relumbrón de las gentes que lo rodeaban y parecía que estuviera pendiente de todas sus palabras, y al mismo tiempo actuaba como si el anfitrión de aquella gala fuera él, en vez del sultán, que aún no se había dejado ver. Charlie frunció el ceño. Barrish sabía llevar tan bien sus dos caras que costaba decir dónde terminaba una y empezaba la otra.

Barrish parecía un cabrón hipócrita, como aquella otra vez, la única en que Charlie se había entrevistado con él. Pero había una diferencia muy evidente: había quedado tullido. La mano derecha sufría una grotesca deformación, con los dedos retorcidos y aplastados. Se volvían hacia la palma como si hubieran sostenido una taza invisible. Tenía que dolerle mucho, pero Charlie no sentía ninguna piedad por el canalla que había asaltado los barcos del sultán y había propiciado que le pegasen un tiro a Ingela.

—Está allí —indicó Charlie con disimulo.

Sadie, Raquel y Liu se volvieron, y por fin pudieron echarle una mirada larga y

penetrante al hombre que durante tanto tiempo había sido su pesadilla. Nadie dijo ni una palabra hasta que Charlie, por fin, rompió el silencio.

—Solo tendremos una oportunidad, así que debemos aprovecharla.

* * *

El criado le presentó la bandeja de *kavun dolmasi* a la condesa, que hizo gala de todo su gracejo, levantó con gesto teatral la cáscara de melón que habían vaciado por dentro y dejó a la vista la mezcla hirviente de picadillo de carne de cordero y grosellas negras. El aroma embriagador de la pimienta de Jamaica y la canela flotaba en el aire. Los cocineros habían dedicado todo un mes a perfeccionar el delicado equilibrio entre los dulces, salados y ácidos que requería el plato.

Los dignatarios sentados a la mesa proferían sus «uuuh» y «aaah» mientras lo probaban. La condesa fingió deleitarse, pero no permitió que un solo bocado le llegara a los labios. Nunca había disfrutado de los placeres de la mesa como los disfrutaban otros nobles. Por ejemplo, su marido. Aquel hombre de piernas cortas y rechonchas y narices hinchadas le había recordado siempre a un cerdo, y por eso acabó pareciendo un gorrino relleno.

La condesa contempló a Barrish, quien se hallaba en la misma mesa y acaparaba la conversación. En varias ocasiones había cenado con la condesa sin darse cuenta. De hecho, poco después del «accidente» ambos habían recibido idénticas invitaciones para cenar con el rey Jorge III. Tuvo que esforzarse por contener una risilla al ver los esfuerzos de Barrish para comerse las pequeñas codornices rellenas con la mano izquierda. Las patas eran tan finas que Barrish no lograba manejarlas bien con esa mano. Todo apuntaba a que también tendría que renunciar al *kavun dolmasi*.

Barrish se sentaba a tan solo un metro de la mujer que lo había dejado tullido y no lo sabía. Cosa nada sorprendente, ya que su ego le impedía prestar atención a cualquiera que no fuese él mismo. Pero el éxito del «disfraz» de la condesa se basaba, sobre todo, en su maestría para pasar inadvertida aunque todo el mundo la viera.

Su rostro público se hallaba a mundos de distancia del de la mujer que acosaba a Barrish en sueños. En aquel sitio era una mujer dúctil, de palabras gentiles y casi podría decirse alegre. Una viuda afectuosa que se quedaba en segundo término. La invisibilidad era su poder definitivo. Los estaba viendo a todos. A Barrish. Al sultán Musef. A las Pirettes.

Lo mejor de todo (pensaba mientras degustaba el vino) era que todos ellos se reían, bebían y comían alegremente sin albergar la menor sospecha de que su peor pesadilla se encontraba entre ellos.

* * *

Charlie y Liu se abalanzaron sobre Rogers Barrish por detrás y le sujetaron los brazos tras la espalda. Raquel las siguió e hizo lo mismo con el hombrecillo que estaba a su lado, y apartó de una patada el maletín de cuero que llevaba en la mano. Las chicas habían aguardado con paciencia durante dos horas a que Barrish se quedara solo, pero, dado que su criado no se separaba de él, habían decidido atacarlos a la vez. Por fortuna, aquella galería apenas iluminada se hallaba en el lado opuesto del alargado vestíbulo que conducía al salón de baile, y además no había invitados ni guardias. Desde fuera se oían la música y las risas cada vez más animadas, pero Charlie sabía de la importancia del silencio.

—No vamos armadas —susurró Charlie. No era del todo cierto, porque llevaba su fiel alfanje: nunca viajaba sin él. Con todo, les había prometido a las chicas no usarlo: perpetrar una agresión física contra uno de los hombres más poderosos del mundo dentro del palacio del sultán habría sido demasiado peligroso—. Solo queremos dar un paseo.

—Por eso mismo he permitido que me sigáis hasta aquí —dijo Barrish, e hizo una mueca—. Ahora os exijo que apartéis las manos de mi persona.

Charlie arqueó una ceja. Rogers Barrish mentía tan bien que no tenía claro si iba de farol o si de verdad había «permitido» que lo siguiesen. Pero eso era lo de menos. Charlie y Liu soltaron a Barrish. Charlie estaba tan cerca de él que olía su aliento impregnado de whisky escocés.

—Tengo que atender cuestiones más importantes que vosotras, sucias ratas de alcantarilla. Decidme, ¿qué queréis? —Barrish miró de arriba abajo a Charlie—. ¿Una confesión?

Aquello desconcertó a Charlie. No había contado con que Barrish reconociera tan fácilmente su artimaña. ¿Acaso estaría jugando con ellas?

—¡Sabemos que la Sapphire East Trading Company estuvo detrás del ataque contra las naves del sultán! —gritó Charlie iracunda. El baboso de Rogers Barrish la sacaba de sus casillas.

Barrish sonreía. Las pelirrojas peleonas eran un bocado delicioso. El sabor amargo del odio le llenó la boca. Los mechones pelirrojos de la condesa y los ecos de su voz fría y amenazadora lo perseguían en sueños desde la noche en que lo mutiló para siempre.

—La próxima vez entérate bien, Barrish —había dicho la condesa, y tras una risotada le dio el martillazo que le aplastó la muñeca, le destrozó los huesos y seccionó los nervios de la mano. El dolor había sido atroz (y aún lo era), pero podía contenerlo a base de whisky escocés, opio y otras exquisiteces. Barrish despertaba admiración, envidia y deseo adondequiera que iba. Pero a aquella cerda asquerosa le había bastado un martillazo para dejarlo tullido y débil.

—¿Y se puede saber de dónde has sacado esa información? —preguntó Barrish con soma. No habría terminado en la mazmorra de la condesa de no ser por aquellas deleznales muchachas.

—Descubrimos tu sucio plan gracias al mapa que nos llovamos de tu despacho. Luego, tus dos matones nos revelaron tus planes para atacar los barcos del Sultán.

Barrish se enderezó. ¿De verdad creía esa niñata que podría derrotarlo? Aun así, hacía mucho tiempo que Barrish no se d i vertía de aquel modo, y el juego le gustaba.

—Entonces, cuando habéis venido esta noche, ¿qué pensabais que sucedería? ¿Habíais trazado algún tipo de plan?

—Nuestro único plan consiste en hacerte confesar —respondió Raquel, asqueada por la hipocresía de Barrish.

—Ya veo. Una confesión por escrito, sin duda alguna —dijo. Le guiñó el ojo y se volvió hacia Charlie—. ¿Y qué querías tú?

Charlie miró a Liu. No habían planeado nada, pero tanto ella como Liu sabían muy bien qué hacer. Estaban a punto de caer muy bajo, como jamás habían caído. Iban a hacer algo mucho peor que asaltar a todos aquellos borrachos. Liu se había encontrado con Charlie en aquellos tiempos, y por eso sabían que estaban juntas en ello.

Iban a chantajear a Rogers Barrish para que les consiguiera un barco. Charlie estaba avergonzada de sí misma por rebajarse hasta ese punto. Pero no les quedaba otra salida.

—Queremos un barco. —Charlie jugueteaba con el collar—. A cambio de nuestro silencio.

—¿Qué? —Raquel dio un respingo—. El plan no era ese...

La fría mirada de Charlie la hizo callar.

—Por favor —farfulló Liu. Sabía que chantajear a quien fuera, incluso a un canalla como Rogers Barrish, era un acto tan contrario al código de los Storm que después de eso ya no habría vuelta atrás. Pero tampoco podrían salir adelante si no lo hacían. Necesitaban un barco, y necesitaban escapar de Zhang Tao. Si su libertad dependía de un chantaje, Liu estaba dispuesta a intentarlo.

—Entiendo que ya no disponéis ni del mapa ni de mis notas. Si los conservarais, los habríais traído aquí. Así que no tenéis pruebas escritas. Es vuestra palabra contra la mía. Mi palabra contra la de una chusma pirata como las Pirettes. —Se abstuvo de decirles que Len y Seth habían muerto—. Si os parece bien, compartiré con vosotras alguna información que tal vez os interese. —Barrish le indicó a su criado que sacase una carpeta azul del maletín—. Como veis, se han publicado cientos de artículos en los que se narran vuestras hazañas. Asaltasteis a punta de pistola a una banda de salteadores en las Carolinas, desvalijasteis unos barcos mercantes portugueses, incitasteis a una turba a pasar a la violencia en Shanghái y saqueasteis un mercado en Malé. —Barrish les hizo una mueca. Disfrutaba cuestionando el sentido de la justicia al que, en su ingenuidad, se aferraban esas idiotas—. ¿No habíais partido de las Maldivas para salvar el barco del sultán?

—¿Malé? Pero si esa historia aún no tenía que salir... —murmuró Charlie para sí misma, mientras examinaba los recortes de periódico. No los veía bien, pero parecía

que el artículo sobre las Pirettes en Malé ya se había publicado en un periódico francés, aunque un mes antes de lo estipulado.

Charlie se quedó sin habla.

—¿Y tú te crees que esas historias nos van a desprestigiar a ojos del sultán? —preguntó Liu en su lugar, y agarró uno de los artículos—. ¿Así que será nuestra palabra, la de una cuadrilla de peligrosas piratas, que resulta que han salvado a la princesa, contra la del poderoso directivo de la Sapphire East Trading Company, que resulta que es una serpiente traicionera y que tiene un problema con la bebida?

Barrish hizo una mueca. Los héroes le daban asco.

Liu cruzó los brazos con aire triunfal.

—Exacto. Vamos a aceptar el riesgo —dijo, y entonces se volvió hacia Charlie. Si tenían que cargar contra Rogers Barrish, aquel era el momento.

Charlie asintió. Respiró hondo y clavó la mirada en la sonrisa zalamera de Barrish.

—No necesitamos pruebas escritas, ¿no te parece? Una acusación de esta magnitud, por sí misma, tendría consecuencias muy serias para una figura pública como tú. —El corazón se le salía por la boca. Hizo una breve pausa antes de continuar—. Ahora piensa en lo perjudicial que sería para ti y para la Sapphire East Trading Company si el sultán Musef sospechara siquiera que habíais tenido algo que ver con el ataque contra sus barcos.

Barrish trató de adoptar su cara de preocupación más convincente.

—Ya veo adonde queréis ir a parar —respondió. La cría pelirroja jugaba a aquel juego mejor de lo que Barrish se había imaginado. Una sonrisa afloró poco a poco a sus labios. Pero era una falsa sonrisa. Había llegado el momento de instruirlos en las artes del chantaje—. Podría regalaros un barco para comprar vuestro silencio —añadió, y señaló otra carpeta azul que le entregó a Liu—. Pero si leéis el contenido de esa carpeta, convendréis conmigo que no necesitáis ningún barco para estar calladas.

Liu abrió la carpeta y la acercó a un farolillo. Dentro había un montón de documentos con el nombre de su padre. El estómago le daba tantas vueltas que no podía hacer nada, salvo mirarlos fijamente. La Sapphire East Trading Company había asegurado todos sus barcos. ¿Cómo era posible que Rogers Barrish conociera su identidad? Sintió un escalofrío que le recorría todo el espinazo. Trató de poner cara de póker y preguntó:

—¿Qué es esto?

Barrish sonrió con satisfacción.

—La Sapphire East Trading Company es la compañía de seguros marítimos más importante del mundo entero. Y todos los barcos que aseguramos tienen un número de serie grabado. Un número que Len no solo vio, sino que además, para sorpresa mía, y me imagino también que vuestra, memorizó.

—Robamos el barco. A un hombre a quien no conocíamos de nada —respondió Liu con voz firme—. ¡Aaay, hemos revelado nuestro secreto! —gritó con voz

burlona, y se tapó la boca con la mano.

—Por supuesto que robasteis el barco. Es lo que hacen los piratas —replicó Barrish, y calló por unos instantes, deleitándose en el momento de espera antes de arrojar la bomba—. A un tal Zhang Tao Shao, según el parte de robo que presentó. —Barrish hizo otra pausa para que las muchachas tuvieran tiempo de asimilar lo que les decía—. Hizo constar que se trataba de una «embarcación de grandísimo valor». No nos dijo de quién sospechaba. Envié a mi equipo a investigar, como de costumbre. Investigamos todas las reclamaciones. Y el equipo regresó, ¿y sabéis qué me contaron? Me contaron que se rumoreaba por la ciudad que era la propia hija de Zhang Tao quien había robado el barco. Que se había enamorado de un sirviente y que ambos se habían fugado. Un absoluto escándalo.

Barrish estaba ebrio de gozo. Las muchachas se esforzaban por no perder la compostura, pero el hombre había dado en el blanco.

Al escuchar la referencia a Liang, Liu sintió un escalofrío por toda la espalda. ¿Acaso el criado había hecho correr el rumor de que se habían escapado juntos para cubrir sus propias huellas, y quizá también las de Liu?

—Me da igual lo que ponga ahí, pero ya te he dicho que le robamos el barco a un desconocido.

Liu no sabía por qué protegía a Papá Querido, pero no podía dejarlo a merced de Rogers Barrish, aun cuando se lo hubiera merecido.

Barrish se inclinó hacia ellas.

—Pues claro, lo dirás una y otra vez, porque eres una milita buena, ¿verdad? El caso es que me enteré de esa historia de la muchacha fugitiva y luego leí que las Pirettes habían incitado a una multitud a la violencia en Shanghái. De hecho, todo ocurrió prácticamente en el mismo día —dijo Barrish, y tomó con la mano el artículo de periódico para enseñárselo. En realidad no lo había leído, pero un ayudante se lo había contado.

—¡Bien por ti, Rog! ¡Nos has descubierto! —dijo Liu con tono burlón, como si le diera igual.

Barrish sonrió satisfecho. El rostro ceniciento y las manos temblorosas de la chica dejaban muy claro que la chica no engañaba a nadie. De todos modos, le gustaba jugar.

—Ni te imaginas lo que he tenido que hacer para encontraros a todas. Para empezar, tuve que escenificar ataques piratas contra dos de los barcos de Zhang Tao. Él perdió mucho dinero y yo perdí mucho tiempo. Pero el riesgo de que os capturase era demasiado grande. —Barrish hizo el gesto de cortarse el cuello con el dedo índice.

—¿Qué? —preguntó Liu, con un esfuerzo sobrehumano para que la angustia no se reflejara en su voz.

—¡Qué curioso que te preocupes tanto por un desconocido! Zhang Tao estaba apenas a unos metros de alcanzaros cuando frustré sus planes. O, más bien, cuando

mis hombres hicieron pedazos su barco.

Barrish no cabía en sí de gozo al ver cómo se derrumbaban.

Liu tragó saliva. Y ella que había pensado que ese misterioso barco salvador era un barco mítico y heroico...

—Da igual que Zhang Tao Shao sea o no tu amado padre. La Sapphire East Trading Company va a cancelar las pólizas de seguros de todas sus embarcaciones. Y eso significa que ya no podrá importar ni exportar sus mercancías y tendrá que cerrar el negocio. Se quedará sin esa casa tan bonita en la colina...

—¿Qué es lo que quieres?! —chilló Charlie. La chantajista chantajeada. Barrish había tirado de los hilos durante todo aquel tiempo. Este las miraba con desprecio.

—¡Callad la boca y no os metáis en los asuntos de la Sapphire East Trading Company! —Su voz rezumaba veneno—. ¡De lo contrario, el señor Zhang Tao Shao lo perderá todo!

Charlie se quedó lívida. Liu quería vomitar. Le habría encantado mirar a Barrish a los ojos y decirle que le daba igual lo que le ocurriera a Zhang Tao. Pero en su fuero interno no podía permitir que sus hermanos sufrieran. Si Zhang Tao se arruinaba, los arrastraría a ellos también. Aunque siempre se había sentido como una extraña en la familia de Zhang Tao, Liu no quería ser la responsable de su destrucción. Asintió en silencio.

—¡NO! —chilló Raquel. De improviso, sacó una daga de debajo del vestido y apoyó la punta contra la garganta de Barrish.

—¡Raquel! —gritó Liu—. ¿Qué haces?

—¡Déjalo! —exclamó Charlie, muda de terror.

—¡El soldado sin rostro! —escupió Raquel.

Otra muchacha que hablaba en acertijos. Barrish se estaba hartando de aquella cuadrilla de ineptas.

—Es un momento tan bueno como cualquier otro para informaros de que mi hombre, aquí presente, es un gran tirador. En cuanto se lo ordene, sacará cualquiera de las cuatro pistolas que lleva encima.

Raquel empujó el arma contra la piel de Barrish.

—Los soldados sin rostro, el humo negro, la cuarta embarcación. La que participó en el saqueo de los barcos del sultán. Sabemos que estuviste detrás de todo eso.

Liu se les acercó poco a poco.

—¡Raquel, por favor! ¡No lo hagas!

Charlie decidió pasar a la acción. Sacó el alfanje y arremetió contra Raquel. De un golpe hizo caer la daga que llevaba en la mano. Raquel trató de sacar otra daga; Charlie acometió de nuevo, y casi le raja el brazo. No le permitió a Raquel sacar la tercera: la agarró y la sujetó contra el suelo. Sin duda, le retiraría la palabra durante una temporada. Mejor eso que ser la responsable de haber asesinado a Rogers Barrish.

Barrish bajó la mirada hacia Charlie.

—Habría querido reconocer como es debido tu nobleza, pero lo cierto es que ahora comienza la segunda parte de mi plan.

Dos hombres vestidos de blanco, con turbantes color mostaza, llegaron por el pasillo hasta los balcones de la galería, armados con bayonetas de plata. Al instante, Charlie se puso en pie de un salto, y ayudó a Raquel a incorporarse.

Uno de los dos hombres se acercó a ellas y les dijo:

—El sultán Musef desea veros. —Hablaban en inglés, pero con un acento extraño que Charlie no lograba identificar—. Se trata de un asunto urgente.

* * *

Charlie, Liu y Raquel atravesaron el salón de banquetes, seguidas por los guardias reales del sultán. Barrish caminaba tranquilamente detrás. Cuando llegaron al final del pasillo, vieron con estupefacción que Sadie, Taye, Axel, Jimmy y Javier también estaban allí, rodeados por hombres de mirada igual de severa.

—¿Qué pasa aquí? —le susurró Charlie a Sadie.

Sadie se encogió de hombros.

—¡Y a mí qué me cuentas! Yo tenía entretenidos a los chicos, como me habías ordenado.

—¡Hacia la derecha! —ordenó uno de los hombres.

Fueron por un pasaje abovedado, adornado con relieves en forma de concha, hasta una tarima cubierta con lujosas alfombras persas. Todos trataban de ocultar sus nervios pero temblaban, cada uno por un motivo diferente.

El sultán se sentaba en un trono elevado de mármol. Lo rodeaban sus cuatro mujeres y treinta y seis hijos, así como otras personas de aspecto importante. Amsha se hallaba entre estas últimas. Verla allí con el sultán Musef no era buena señal. Todo el grupo se prosternó. La princesa Imera también se hallaba allí, pero Charlie dudaba que se alegrara de verlos. Le saltaron todas las alarmas cuando vio que Rogers Barrish se acercaba al sultán y se quedaba con él bajo el palio de terciopelo.

Saltaba a la vista que era el sultán apreciaba el buen vestir, y que no le asustaban los atavíos llamativos. Se había puesto una *jama* tradicional persa, un abrigo que lo cubría hasta los pies, cerrado por un lado y con la cintura ceñida. La suya estaba adornada con complejos bordados de oro y una faja larga de seda. En el centro había una pluma larga y curva, un símbolo de poder que tenía su origen en tiempos antiguos. Para completar la exhibición de lujo regio (porque tan solo los reyes podían vestir piedras preciosas en Marrakatra), el sultán iba cargado de pesadas cadenas de oro con diamantes, zafiros, esmeraldas y rubíes.

Pero lo que más impresionaba del sultán eran la gravedad y la dignidad que emanaban de él, y que imponían reverencia y respeto. Sadie le calculó unos setenta y dos años. Su reinado debía de haber sido largo, pero le pareció que habría tenido el mismo porte regio aun si no estuviera rodeado de opulencia.

El sultán dijo algo en francés y la multitud estalló en carcajadas. El francés era el segundo idioma de la élite marrakatrana. Pero ni Charlie ni Liu lo hablaban, y miraron con gesto inexpresivo. Raquel, Sadie y Taye sí entendían el francés, Por eso no se rieron.

Charlie buscó a Amsha con la mirada, pero su gesto era inescrutable. ¿A qué se refería Barrish con lo de «la segunda parte de suplan»? A esas alturas, Charlie solo quería volver a la casa de huéspedes de Amsha sin que las escoltara la guardia real.

La mujer de aspecto malhumorado que se sentaba en el trono, al lado del sultán, gruñó algo en marrakatrano. A juzgar por el lugar prominente que ocupaba, debía de tratarse de la Esposa Número Uno, y su cabeza en forma de huevo, similar a la de la princesa Imera, invitaba a pensar que eran madre e hija.

El cansancio afloró al rostro del sultán Musef. Hizo otra broma en francés y dio la impresión de que la Esposa Número Uno la encontraba todavía menos divertida que la anterior. Estaba claro que el sultán no se había casado con aquella mujer por su sentido del humor.

—Por favor, sentaos.

Sadie se volvió hacia Charlie y Liu, y les murmuró la traducción. Luego fueron con el resto del grupo hasta unos sofás.

El sultán Musef hizo un gesto a su familia para que se marcharan. Y solo entonces cambió al inglés. Todos se sorprendieron.

—Mejor así, porque no todos sabéis francés. Quiero estar seguro de que comprendéis las graves cuestiones de las que vamos a hablar ahora. —Se volvió hacia Amsha—. Quédate. Tú también tienes que oírlo. —Y entonces se dirigió a Rogers Barrish—. Usted también, señor Barrish.

Las muchachas tragaron saliva a la vez. Axel se agitaba nerviosamente, Taye hacía crujir los nudillos, Raquel se abanicaba sin cesar. Liu tenía el estómago para el arrastre, Sadie se mordía el labio y Charlie trataba de no vomitar.

El sultán hizo chasquear los dedos. Un muchacho llegó de un rincón. El sultán le gritó unas órdenes en marrakatrano. Charlie entendió de dónde había salido la prepotencia de la princesa Imera. Entonces el sultán se volvió hacia todo el grupo y les dijo:

—He llamado al repostero. Ya no puedo resistir las ganas de comer dulce.

Charlie ladeó la cabeza. ¿Los emperadores tenían por costumbre comerse el postre antes de mandar a la gente a prisión?

El sultán hincó el diente en un buñuelo de sémola frito y cubierto de jarabe de rosas.

—Nuestra cocina es la que hace el mejor *zienab* —dijo con alegría—. Me atrevería a deciros que mejor que en Persia. Pero no se lo digáis a la sultana. ¡Esta mujer se marchó de su tierra hará unos cincuenta años y todavía actúa como si lo de estar en Marrakatra fuera un exilio temporal! —Agitó la mano—. ¡Comed!

Los criados dejaron sobre la mesa bandejas cargadas de dulces y pasteles. La

afición de Charlie por los dulces bien podía compararse con la del sultán, y como parecía importante seguirle la corriente, agarró una tortita pequeña rebosante de crema dulce y untada de pistacho. La delicia azucarada, suave y pegajosa se fundió dentro de su boca. Tal vez fuera su última cena y estaba siendo deliciosa.

—Mmm... —murmuró. Charlie no había sido nunca muy estricta con la etiqueta, pero de pronto se dio cuenta de que aquellos ruidos estaban fuera de lugar.

La muchacha vio con alivio que el sultán soltaba una risilla.

—Ah, ¿te gusta? Sí, el *khataief asafiry* también es mi favorito. —Llamó con un gesto a uno de los camareros—. ¡Tráele más! —Agarró un pastel del mismo tipo y se lo metió entero en la boca. Al instante, un joven llegó corriendo con una servilleta de seda y le limpió los pistachos que se le habían quedado en la barba blanca.

En cuanto hubo terminado el espectáculo, el Sultán se puso a hablar.

—Entiendo que tenemos algunas cuestiones pendientes que discutir.

Todo el mundo apartó la mirada de las bandejas repletas de postres. Nadie quería saber qué problemas podían tener con el sultán. Charlie miró de reojo a Rogers Barrish. A juzgar por la sonrisa satisfecha que lucía en su rostro, el asunto del que iban a hablar estaría relacionado con él.

—El señor Rogers me ha pasado algo de información —empezó a decir el sultán.

Barrish asintió. Estaba tan ufano que los ojos le centelleaban.

Las muchachas se quedaron heladas. Charlie dejó la tortita sobre la mesa y Liu no se terminó la empanada con canela y azúcar. Raquel apretaba el brazo de la silla con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Sintió que la cabeza le daba más y más vueltas. Liu la sujetó con la mano para que no resbalara.

El sultán se aclaró la garganta.

—El señor Rogers Barrish me comunicó hace unos días unas noticias ciertamente turbadoras. —Chasqueó los dedos. En vez de dulces, en esta ocasión les llevaron la carpeta azul ya familiar. El Sultán la abrió y sacó un artículo de periódico—. He leído historias sobre unas muchachas piratas, y he sentido una gran alarma al oír que tales muchachas de mala reputación se hallan en mi reino.

Al ver la carpeta azul que ya le resultaba tan familiar, Charlie sintió un acceso de náusea. Sadie miró a Amsha, que estaba sentada, en silencio, con el rostro pétreo.

—¡No pienso tolerar la presencia de delincuentes! —rugió el Sultán.

Charlie estaba con la cabeza gacha. Parecía que su estancia en Marrakatra estaba a punto de terminar. Vio el fulgor de la victoria que prácticamente emanaba de Barrish.

—Sin embargo, Amsha me ha asegurado que actuasteis con generosidad y coraje al defenderlas a ella misma y a Imera. Os ha llamado «heroínas». —El sultán señaló con el brazo a Amsha y la mujer se acercó a él—. La palabra escrita es poderosa.

Sostuvo el artículo en alto.

—Pero, en este caso, la palabra de mi sobrina favorita pesa mucho más.

Sadie dio un respingo. Durante todo aquel tiempo había trabajado codo con codo

junto a Amsha y esta, con humildad, no le había dicho en una sola ocasión que tenía sangre regia. La respiración de Raquel volvió a la normalidad. Amsha los miraba sonriente.

El sultán se volvió hacia Barrish.

—Me emociona que se haya tomado usted tantas molestias por defender el bienestar de Marraktra, señor Barrish. —Chasqueó los dedos—. Por favor, llevad a nuestro honorable huésped a una estancia privada. Aseguraos de que se le sirvan toda la comida y bebida que desee.

Los guardias se llevaron a Barrish del podio antes de que tuviese tiempo de disimular la expresión de rabia que le había aflorado al rostro. Cuando pasaba por delante de Charlie, esta le dirigió una ancha sonrisa. La muchacha sabía que lo mejor habría sido mantenerse inexpresiva —lo más probable era que volviesen a encontrarse en el futuro—, pero no pudo resistir la tentación de restregarle por la cara el inesperado desenlace.

Entonces el sultán volvió la atención hacia todo el grupo.

—En agradecimiento por vuestro valor, querría concederos una recompensa.

Las chicas se miraron sorprendidas.

—Pero ¡si el barco se hundió! —farfulló Raquel, y se secó el sudor de la garganta con un pañuelo de encaje—. ¡Se perdió el tesoro!

Quizá fuese el calor, que empezaba a afectarla, o tal vez el corsé la apretara demasiado, pero en cualquier caso Liu habría querido que Raquel se callara. Si el sultán quería recompensarlas, no le correspondía a Raquel discutirlo. El tiempo que llevaban en la casa de huéspedes de Amsha, donde podían comer todo lo que querían, había supuesto un respiro muy conveniente dada su desesperada situación. Pero la realidad era que no tenían nada, y Zhang Tao no había dejado de perseguirlas. Incluso una perla del zapato del sultán les habría ido bien.

Charlie había pensado lo mismo que Liu, y puso una mano gentil, pero firme, sobre el hombro de Raquel.

El sultán sonreía.

—Todos esos bienes eran muy valiosos y lamento haberlos perdido —dijo, a la vez que tomaba de la mano a Amsha—. Pero me devolvisteis ilesas a mi sobrina y a mi hija, y ese es un tesoro mucho más valioso.

Los criados le entregaron a Taye un baúl de caoba de tamaño mediano. Charlie frunció el ceño. Si lo habían hecho entre todos, ¿por qué le daban la recompensa a él?

—Es una prueba de mi gratitud. —El sultán señaló el baúl con la mano—. Por favor, ábrelo.

El baúl estaba forrado por dentro con terciopelo y repleto de monedas de oro de todos los tamaños.

Taye se puso en pie e hizo una reverencia.

—Gracias, sultán Musef. No habíamos esperado tamaña recompensa —dijo—. Pero la recibimos con suma gratitud. Es un honor haberos servido.

Todos los demás imitaron la reverencia de Taye. Liu no pudo evitar una rápida ojeada a las monedas. Si la repartían a partes iguales con los Náufragos, el valor total sería más bien modesto. Una buena contribución a la compra del «nuevo barco», pero no bastaría para deshacerse de Zhang Tao.

—¿Tío? Creo que te olvidas de alguien —le dijo Amsha al Sultán, como riñéndole en broma. Entonces miró sonriente a las muchachas—. ¿Tal vez tendría que decir *álguienes*?

—¡Sí, por supuesto! —El sultán Musef le dio unos golpecitos en la mano a su sobrina—. Gracias por recordármelo. El desayuno que compartí con el señor Barrish hace un par de días me había disuadido de esto. —Levantó el dedo—. Pero ese mismo día comí con Amsha y ella me convenció para que cambiara de opinión. —Parpadeó—. Ha quedado claro que al que madruga Dios no siempre le ayuda. ¿O será que mi sobrina sabe que es más fácil convencerme cuando tengo la barriga repleta de *shawarma*? —El sultán chasqueó los labios. De pronto le apetecía comer alguna delicia—. ¡Traedme otro plato de pichón asado!

—Tío, por favor..., ¿pueden abrirlo? —rogó Amsha.

El sultán asintió.

Un escriba le entregó a Charlie un sobre de papel oscuro. La muchacha rasgó con gran cuidado el sello real oficial. Entonces sacó un pergamino muy grande que ostentaba en su extremo inferior la firma del sultán y su sello personal. Charlie temblaba hasta tal punto que la muchacha tuvo que pasarle el documento a Sadie para que leyera lo que decía. Al fin y al cabo, era la «lectora» oficial de la cuadrilla.

Sadie también tembló al leer el decreto.

—¿Qué? ¿Qué dice?

Las lágrimas bajaban por las mejillas de Sadie. Sostuvo en alto el decreto real y respiró hondo antes de hablar.

—El sultán Musef nos entrega un barco. No es un préstamo. Es nuestro. Para siempre. —Se volvió hacia Charlie, Raquel y Liu—. Somos libres.

BITARCO

Fecha: 15 de enero.

Posición: Marrakatra.

No tenemos un barco en el que podamos escribir una bitácora... por el momento. Pero lo vamos a tener... ¡MAÑANA! No sé cómo podríamos expresarle nuestra gratitud al sultán Musef. Es cierto que traté de salvar sus barcos porque esperaba una recompensa (aunque el motivo principal era la emoción que me proporcionaba embarcarme en esa aventura), pero jamás, ni en mis sueños más disparatados, se me habría ocurrido que tendríamos nuestro propio barco. Eso significa que Zhang Tao y Rogers Barrish se pueden ir a la mierda. Por lo que respecta a Papá Querido, regresaremos a Shanghái para obtener más respuestas del señor Chang. Todavía no está claro si sobreviviremos, ni si conseguiremos saber qué ocurrió en el Día de la Destrucción, pero estamos todas juntas. Para siempre.

¡Feliz Año Nuevo, mundo entero!

(Voy a vomitar. Estoy tan contenta que empiezo a parecerme a Raquel, que ya me ha perdonado que no le permitiera matara Barrish.)

Charlie

—¡Ese es demasiado cursi! —gritó Ingela.

Raquel le puso mala cara.

—Pero ¡es de madera de cerezo!

—Ingela tiene razón. Estos barcos parecen pensados para un puñado de princesas.
—Charlie se sentó en el borde del muelle. Sadie se sentó a su lado. Trató de ser razonable, aunque estaba igual de enfadada que Charlie e Ingela.

—Bueno, es que de hecho están pensados para un puñado de princesas. Han salido de la flotilla real del sultán.

El sultán Musef era propietario de cuatrocientos veintidós bajeles, entre los que se contaban algunas de las naves de guerra más grandes jamás construidas. Por supuesto que su generosidad conocía límites, pero de todos modos se avino a que las muchachas eligieran entre una extraordinaria selección de juncos, bergantines y balandros. Todos los barcos eran magníficos, y estaban equipados con los accesorios más modernos y construidos con los materiales de mayor calidad. Pero las muchachas llevaban tres horas de búsqueda desesperada y aún no se habían puesto de acuerdo.

—No tienen... —Ingela no encontraba la palabra.

—¿Espíritu? —preguntó Raquel abatida. En aquellos barcos había mucha belleza, pero poco corazón.

—¿Y si volvemos mañana? —sugirió Charlie, esforzándose por no sonar decepcionada—. Habremos descansado y pensaremos mejor.

Las demás asintieron de mala gana.

—¡Chicas! ¡Ya lo he encontrado! —chilló Liu, mientras corría con todas sus fuerzas por el muelle, jadeante.

—¿Dónde? —preguntó Raquel.

—Allí. —Señaló un lugar que se encontraba unos cientos de metros más adelante, separado del resto de los barcos—. Seguidme.

—¿Es una goleta? —preguntó Charlie al entreverlo entusiasmada. Echó a correr antes que el resto.

—¡Esperadme! —chilló Ingela.

—¡Echa el freno! ¡No te emociones demasiado! Todavía te estás recuperando —la advirtió Sadie.

Las goletas eran pequeñas, veloces y fiables, y tenían algunos de los rasgos más deseables en una embarcación. Su gracia y su rapidez se debían a su construcción, que pretendía imitar la de un navío pirata. Charlie contempló los mástiles. El de proa era más bajo que el de popa y tenía velas cangrejas. De esa forma la goleta capturaría el viento en ángulo más cerrado. Así, además de ser la embarcación más veloz que navegaba por los mares, también le permitía efectuar giros más amplios y precisos.

—Tiene muy poco calado y un casco muy estrecho —le dijo Liu a Charlie. Ambas sonrieron: eso la hacía perfecta para navegar por aguas superficiales y ocultarse en ensenadas.

Un hombre bajito, al que le faltaba una pierna, se acercó a las muchachas.

—Hazme caso, chica. No te interesa llevarte ese barco. —Hablaba con un acento que solo podía ser de Massachusetts. Charlie lo reconoció porque el *Storm Uno* se

había pasado un verano y un otoño enteros en la costa Este, y desde entonces le fascinaban los acentos norteamericanos.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—*¡Y dale!* —dijo Raquel en español—. No me digáis que está embrujado. —Raquel manoseó el crucifijo que llevaba al cuello—. ¡No hay manera de deshacerse de un espíritu encolerizado!

—No, no tiene nada que ver con eso. —El hombre se puso un manajo de tabaco de mascar bajo el labio—. Es de la guerra de Independencia. —Frunció los labios—. Es un rompebloqueos.

Liu sonrió.

—Pues entonces será todavía más rápida que las goletas ordinarias.

Los rompebloqueos eran barcos que se utilizaban en tiempos de guerra para introducir suministros en las ciudades sometidas a bloqueo. Como estaban expuestas al fuego enemigo, eran extremadamente ligeras y veloces, y más fáciles de manejar.

—Era la mejor, señorita. Doy fe de ello. Pero padeció mucho en una escaramuza con la Marina británica y, en resumidas cuentas, fue a parar a manos del sultán.

Así se explicaba que el hombre hubiera perdido una pierna, y hasta cierto punto se podía entender que hubiese ido a parar a Marrakatra.

—¡Este barco es nuestro! —chilló Ingela mientras trepaba hasta la cubierta—. ¡Nos lo llevamos!

El hombre meneó la cabeza varias veces.

—No, no habéis entendido lo que quería deciros. Esa niña ha sufrido mucho. Necesita mucho amor.

—Pero ¿todavía navega bien? —preguntó Charlie.

—Es excelente. Si os interesa mi opinión, os diré que navega todavía mejor que antes. —Escupió el tabaco sobre la cubierta—. Yo mismo la probé la semana pasada con una pequeña tripulación.

—Entonces, ¿por qué no nos la podemos quedar? —preguntó Raquel.

—¿Quizá porque es demasiado cara? —Sadie se volvió hacia las muchachas. La cuantía de la recompensa del sultán era limitada, y las goletas solo se las podían permitir los hombres de fortuna.

Ni siquiera los Náufragos habían sido capaces de conseguir una.

—¿El sultán querrá que busquemos algo más barato? ¿Un balandro o un bergantín?

—No. Tiene goletas nuevas que desde luego no os daría. Pero esta ni siquiera la utiliza.

—Entonces, ¿por qué no nos la podemos llevar? —insistió Raquel.

—Pues porque no es muy bonita. Entendedme, no quiero que el sultán me eche a los perros por haberos dado el «patito feo».

Se quedó en silencio, apoyado en su bastón. Las Pirettes se sonrieron. Sabían algo sobre chicas maltratadas y necesitadas de amor y cuidados.

—Pues la limpiamos y la enceramos, y quedará como nueva —propuso Sadie.

—Un cambio aquí y otro allá para que podamos movemos mejor —añadió Liu.

—Podríamos comprar suministros con las conchas —ofreció Raquel.

Lo bueno de haber crecido juntas es que a veces no hace falta hablar en voz alta para que cada una sepa lo que piensan las demás. Las muchachas habían encontrado un nuevo hogar.

* * *

—¡No me gustan las mudanzas! —exclamó Raquel sollozando por enésima vez. Se quedarían en la casa de huéspedes de Amsha hasta que hubieran terminado con las reformas en su nuevo barco, pero iban a llevarse todo lo que guardaban en el *Buena Nueva*.

—¿Y si de todos modos lo intentas? —le respondió Jimmy con ironía. Cargaba con un saco repleto de vestidos feos con volantes. ¿Cómo se había dejado convencer con tanta facilidad?—. No lo entiendo. Creí que lo habíais perdido casi todo en la tempestad. ¿Cómo podéis guardar tanta porquería?

Raquel se abanicaba. La humedad era sofocante, a pesar de que casi estaba anocheciendo. Tal vez habría sido mejor preparar limonada para todo el mundo.

—Llévame las cosas hasta el barco nuevo, Jimmy. Iré enseguida.

—De eso nada, monada —la imitó Jimmy, sonriendo de oreja a oreja, y le arrojó el saco—. A trabajar, *muchacha*.

Charlie subió a cubierta, cargada hasta arriba de cajas. Taye trató de ayudarla.

—Espera, deje que te lleve alguna.

Charlie no lo veía, pero las asió con fuerza.

—Charlie, te lo digo en serio. Se te van a caer. Déjame que lleve algo.

Taye quiso sujetar la caja de arriba.

—No, ya la llevo yo —replicó Charlie.

—¡Que me la pases! —le chilló Taye, e intentó agarrar la de abajo.

—¡Suelta! —le advirtió Charlie, sin darse cuenta de que sus brazos temblaban bajo todo aquel peso.

Taye le cerró el paso.

—¡Déjame que te ayude! ¡No puedes hacerlo todo tu sola!

—¡Sí, sí que puedo! ¡Que me dejes! —Charlie echó el cuerpo hacia delante. Taye se cayó hacia atrás y las cajas se precipitaron todas al suelo—. ¿Ves lo que has hecho? ¡Déjame en paz! —chilló.

Sin decir palabra, Taye se puso en pie, tenso de pura rabia, cargó con ella sobre el hombro y se echó a caminar.

—¡¿Qué diablos haces?! —gritaba ella, mientras le daba puñetazos en la espalda y meneaba las piernas con todas sus fuerzas. Pensó en la bestia del fumadero de opio—. ¡Suéltame! ¡SUÉLTAME DE UNA VEZ!

Taye no le hizo caso. En cuanto llegó a la baranda, arrojó a Charlie por la borda y saltó él también.

—¡Oye! —Raquel corrió a la baranda y dejó su saco en el suelo—. Esto tenemos que verlo —le dijo a Jimmy.

Charlie emergió a la superficie.

—PERO ¿A TI QUÉ TE PASA? —gritó, y entonces agarró a Taye por la cabeza y lo hundió en el agua.

Axel dejó las cosas de Sadie en el suelo.

—¿Hago algo antes de que Charlie lo mate?

Sadie tomó en brazos la caja de libros que había dejado sobre una silla en cubierta.

—No, déjalo. —Le gustaba cotillear, pero respetaba demasiado la intimidad de su hermano como para asomarse a mirar—. Venga, Raquel. Al tajo. —Sadie le dio un empujoncito con el codo.

—Espera un momento. ¿No quieres ver cómo termina esto?

—¡No! —Sadie miró a Raquel con una temible mirada en la que se combinaban la rabia y el desprecio.

Raquel se levantó de un salto.

—¡Vamos, Jimmy! —ordenó, y se marchó a toda prisa.

* * *

Taye logró librarse de las manos de Charlie y subió a por aire. Respiró hondo. El océano estaba frío y refrescante, y las olas eran suaves, pero le costaba nadar con las botas puestas.

—¡Te he arrojado al agua porque este es el único lugar donde todavía somos normales! gritó Taye.

Al parecer, Taye estaba dispuesto a hacerlo allí mismo. Charlie miró arriba. Quería asegurarse de que nadie los escuchaba.

—¿No podríamos empezar por alejarnos?

Taye asintió. No era necesario, pero obedeció. Ambos nadaron hasta que estuvieron demasiado lejos como para que los oyeran. Taye cabalgó sobre una ola. Allí eran algo más violentas.

—No me chilles por haberte estropeado la ropa buena —dijo Taye—, porque sé muy bien que toda la que tienes es mala.

Charlie se rio a su pesar. Quizá el agua fuera el único lugar donde aún podía estar con él. Y por eso lo odiaba. Antaño había sido una de las pocas personas con las que podía mostrarse tal como era, en el agua y en tierra.

—¡Ahora carece de importancia lo que haya hecho, así que no me culpes!

Taye se tragó el agua salada que se le había metido en la boca y tosió.

—¡Lo siento! Yo...

Charlie tendió el brazo hacia él y luego inició la retirada.

Taye agarró a Charlie por el brazo y la acercó hacia sí. Ella sintió el aliento del joven sobre su rostro. Este la asió por la cintura. El cuerpo de ella hizo fuerza contra el de él. Todo se disolvió en el mar. Allí no pesaban nada.

Taye la estrujaba con tanta fuerza que Charlie apenas si podía respirar. Tal vez acabara por dejar de respirar, pero no era así, porque todas las partes de su cuerpo cosquilleaban de expectación, emoción y miedo. Los labios del joven le tocaron la frente. La piel estaba algo agrietada. Ruda y suave sobre la mejilla y el mentón. Le bajaba por el cuello. Poco a poco. Los escalofríos le llegaban a las yemas de los dedos. Taye se detuvo en un lugar. Su lugar. Charlie sintió su lengua sobre la piel.

Le despertó un anhelo que dormía muy adentro. Charlie sabía lo que iba a suceder. Los labios de ambos se rozaron. Juguetearon, se mordieron. Charlie se resistió. Volvió la cabeza, y Taye la besuqueó desde la nuca hasta la oreja. Las gotitas de agua brillaban sobre su piel lisa de caoba.

—Charlie —susurraba Taye mientras le pasaba los dedos por los cabellos. Entonces le rodeó el rostro con sus manos fuertes y hermosas. Abrió los ojos. Charlie también los abrió—. Charlie. —La muchacha dejó de resistirse. Se besaron. Al principio, con suavidad. Exploraron con dedos y lenguas lo que en otro tiempo les había resultado tan familiar. El dolor que había acompañado a Charlie durante tanto tiempo se esfumó. El hambre que sentían el uno por el otro creció, y los labios de ambos respondieron con una ferocidad que ninguno de los dos pudo evitar—. Charlie, Charlie, Charlie —repetía, cada vez con más frenesí. Las largas piernas de la muchacha lo rodearon. La joven sintió el peso de Taye con su propio cuerpo. Las manos de ambos subían y bajaban por el cuerpo del otro. Los dedos de Charlie perfilaron el pecho de Taye. Primero por encima de la camisa, y luego por debajo. La piel era fresca y lisa. La muchacha se entretuvo entre sus pectorales, y luego descendió hasta el abdomen. Todos los músculos, de contornos marcados, se mostraban duros y firmes al tacto. Su vigor sin desbastar la hacía sentirse a salvo y excitada.

Las olas los mecían suavemente de un lado para otro, de arriba abajo. El hambre no cedía, sino que aumentaba. Charlie se había perdido en él. Con él. Por él.

—¿Por qué te fuiste? —susurró, al principio para sí misma. El corazón le dolía.

Taye se detuvo. Siempre tenía que salir esa cuestión, y Taye no podría decirle jamás la verdad.

—No fue por ti. Tienes que creerme cuando te digo eso, Charlie.

Las palabras del muchacho eran una corriente que tiraba de ella hacia el fondo.

—¿Por qué te fuiste? Dímelo —insistió, sin apartar la mirada de él.

Taye le acarició la mejilla, pero ella se volvió.

—Es difícil de explicar. Y lo he intentado.

Charlie negó con la cabeza.

—Eso no es una respuesta.

—No puedo decirte nada más.

El corazón de Charlie estalló en mil añicos. La joven se zafó de los brazos de Taye. No volvería a haber «normalidad» entre ellos. Siempre quedaría aquel resentimiento, aquel dolor, aquella rabia. Suficiente para ahogarla a ella, y también a él.

Charlie se alejó.

—¡Charlie! ¡No te vayas así!

Taye trató de frenarla. Ella le dio un empujón. Un empujón violento. Taye retrocedió un poco.

—¡Siempre lo ves todo en blanco y negro, Charlie! —Nadó hacia ella. Sus potentes brazadas levantaban ondas alrededor de los dos—. ¡Deja de apartarme de ti! —La agarró por la muñeca y la volvió hacia él—. Para —le susurró.

Charlie solo deseaba parar. Desvió la mirada.

—No —murmuró, a él o tal vez a sí misma. Uno de los dos tendría que marcharse para siempre.

Charlie se volvió y se alejó a nado. En esta ocasión tendría que ser ella.

* * *

Charlie fregaba vigorosamente la cubierta principal del nuevo barco, sin prestar atención a las cálidas lágrimas que le resbalaban por el rostro. Limpiar siempre era un buen ejercicio para aclararse la cabeza, que en aquel momento tenía muy confusa.

Todo el mundo coincidió en que el mejor plan posible consistía en que los Náufragos siguieran a Rogers Barrish hasta Inglaterra y trataran de hallar pruebas escritas de sus planes para saquear los barcos asegurados por la Sapphire East Trading Company. Entretanto, las muchachas acabarían de poner a punto el barco, en previsión de su futuro viaje a Shanghái. Luego, todos ellos se reunirían en Europa y buscarían una manera de acabar con Rogers Barrish. En esta ocasión, por medios legales. Charlie había tenido la inmensa suerte de no terminar en presidio tras el ataque contra Barrish, y no quería tentar a la suerte con un nuevo enfrentamiento. Sin embargo, apoyaba el plan, porque le permitiría alejarse de los Náufragos; al menos, durante un tiempo.

Charlie estrujó la esponja en el agua enjabonada. No sabía qué era peor: no poder librarse definitivamente de Taye, o no querer hacerlo. Restregó la esponja sobre las tablas de madera.

Pero Charlie tenía muy claro que no pensaba fingir que todo iba bien. Le ardía el rostro. ¿Cómo era posible que Taye pensara que «es difícil de explicar» era una justificación válida de su marcha? En otros tiempos, ambos habían vivido el uno para el otro. ¿Por qué no podía Taye contarle a Charlie qué había hecho esta para que la abandonara?

El débil sonido de las canciones se hacía oír sobre las aguas, y enfurecía aún más

a Charlie. Los Náufragos habían organizado una fiesta de despedida en el *Buena Nueva*, que estaba anclado a menos de quinientos metros de su barco. Charlie había alegado una jaqueca y había insistido en que Sadie, Liu, Raquel e Ingela fueran sin ella. Para su alivio, la dejaron en paz.

Aún no se había puesto el sol, pero, a juzgar por el jolgorio que se oía, la fiesta estaba en marcha. Charlie había ojeado varias veces con el catalejo y le había sorprendido la gran cantidad participantes. ¿Cómo era posible que los Náufragos hubieran hecho tantos amigos en Marrakatra? En realidad, a Charlie no podían importarle menos los amigos de los Náufragos. Se agachó sobre una mancha de grasa que había quedado en la madera y trató de frotar hasta hacerla desaparecer.

Al cabo de unos minutos, oyó a su espalda un golpe sordo, seguido por unos pasos silenciosos. Seguro que era Ingela, que se había olvidado algo. ¿No podían dejar que limpiase y llorase en paz? Se secó las lágrimas y los mocos con la parte de atrás de la manga, para que no la vieran en ese estado. En cuanto hubo mejorado su aspecto, arrojó la esponja al cubo y se volvió.

—Renacuaja, ¿qué te has olvidado...?

Charlie se detuvo a media frase. A solo diez metros de ella, contra el resplandor rosáceo del sol poniente, se erguía una mujer. Llevaba el rostro cubierto con una máscara y empuñaba una espada. Por instinto, Charlie trató de desenvainar el alfanje que le colgaba del cinturón, y entonces se acordó de que no estaba allí. Había cometido la negligencia de dejarlo todo al ponerse a limpiar. Su alfanje estaba en el suelo, a un lado de la mujer enmascarada.

Charlie buscó a toda prisa cualquier objeto que tuviera a mano y pudiese emplear como arma.

—No es lo que se dice una pelea igualada —dijo, y alzó las manos desnudas.

Entonces la mujer le acercó el alfanje de una patada. Charlie se quedó confusa al ver ese gesto, pero de todos modos empuñó el arma y se levantó de un salto. Antes de que pudiera reaccionar, la mujer saludó al estilo marcial y se plantó en guardia. Charlie asintió, a modo de reconocimiento. Era una alumna aventajada de esgrima en el *Storm Uno*, e incluso había derrotado a su padre, con quien solía practicar. Además, había adquirido experiencia en el mundo real durante el último año. Todo ello había acrecentado su confianza en los duelos con espada. Charlie consideraba el alfanje como una extensión de su propio brazo. No libraba ningún duelo de verdad desde que estaba con los Storm, pero no dudaba de que sabría cumplir.

—¡Acepto! —gritó, y avanzó hasta quedarse frente a su adversaria, a tan solo una espada de distancia.

Charlie apuntó hacia delante con un pie, giró de lado el que quedaba más atrás y dobló las rodillas. Casi no se había puesto en guardia, y la mujer ya saltaba contra ella espada en ristre. Charlie paró, y bloqueó en el último instante el acero de su enemiga para evitar que la hiriese. Los aceros entrechocaron con gran estrépito. Si la mujer quería jugar sucio, Charlie también lo haría. Dio una patada hacia arriba y

golpeó la barbilla de su oponente. Luego tiró un tajo de lado a lado y la punta del arma silbó cortando el aire cerca de la cadera de la mujer. Esta contraatacó con energía y blandió la espada en alto, y con un solo movimiento le asestó un mandoble de fuera hacia dentro. Charlie sonrió satisfecha. Su padre también era zurdo. Sabía muy bien cómo vencer ese combate.

Charlie acometió con la espada. Su oponente se apartó. Ambas empezaron a moverse en círculo como dos perras rabiosas, con los aceros cruzados.

—¿Tienes miedo de enseñar la cara? —se burló Charlie, y señaló la máscara negra que llevaba puesta su contrincante. Antes de que pudiera responder, Charlie arremetió contra ella.

La mujer dio un salto y acometió contra Charlie. Atacaban y paraban una y otra vez. El sonido estridente del acero contra el acero perforaba el aire. La rapidez y agilidad de la mujer no andaban a la zaga de las de Charlie. Era una pelea equilibrada. Charlie vio que los músculos de los hombros de la mujer se tensaban un poco antes de que le asestara un mandoble a la cabeza. La muchacha retrocedió de pronto, pero no antes de que la punta del arma de su adversaria la hiriese en la barbilla. Unas gotitas de sangre le resbalaron por el cuello. Charlie corrió al otro extremo de la cubierta. Cuando estuvo en la baranda, la mujer la agarró por la blusa. Charlie le golpeó la cara con el puño de la espada. Se aferró a la baranda para no perder el equilibrio y se volvió de pronto, y golpeó el brazo de su enemiga con el alfanje. La espada de la mujer cayó a un lado. Charlie trató de cogerla, pero su oponente la agarró primero.

Con la mano derecha.

Charlie sonrió. Eso era exactamente lo que su padre le había enseñado. Su oponente se vería forzada a pelear con la mano más débil. Lejos, a su espalda, aún oía los sonidos de la fiesta, pero dentro de su cabeza estallaron los vítores de la victoria. Estaba dispuesta a poner fin al duelo.

Charlie saltó hacia delante con la espada en alto y propinó un tajo inverso. La mujer paró con destreza. Charlie se dio la vuelta, pero su oponente fue más rápida y contraatacó. Charlie alzó la espada, pero la mujer la bloqueó.

Charlie trató de replicar con otro tajo inverso, pero su oponente fue demasiado veloz. Desató una tormenta de mandobles y obligó a Charlie a retroceder más y más. La muchacha, frenética, trataba de esquivar, de apartarse a un lado, de parar, pero su oponente era más rápida, más fuerte, mejor. El rostro de Charlie palideció. «Me ha engañado.» La mujer era diestra.

Charlie tropezó con el cubo del mocho y resbaló sobre una parte del suelo que estaba húmeda. Perdió pie y se golpeó la espalda con fuerza. La sangre le subió a la cabeza. Bastó con que la mujer le asestara un golpe salvaje con el plano de la espada y el alfanje rodó por cubierta hasta muy lejos de la joven. Charlie trató de ponerse de costado, pero la mujer la sujetó con su bota pesada y negra. Apuntó a Charlie con la espada. Los gritos y vítores de la fiesta parecían una burla. Le recordaban a Charlie lo

cerca que estaban las otras muchachas. Habría podido chillar para pedirles ayuda, pero ya no tenía ningún sentido. Aquello era el final.

Charlie contempló a la mujer. La muchacha había estado tan concentrada en el combate que hasta aquel momento no se dio cuenta de que su oponente también era pelirroja. La máscara era negra, igual que el resto del atuendo, y le ocultaba el rostro entero. Charlie no reconoció la textura, pero encajaba sobre la cara como una segunda piel y seguía el contorno de sus prominentes pómulos y su frente estrecha.

—Por lo menos, déjame que vea el rostro de la mujer que me va a matar — masculló Charlie con los dientes apretados.

Estaba asustada; pero, aunque pareciera extraño, no por su vida. Charlie sabía que habría tenido que sentir terror, porque estaba tumbada en el suelo y la espada de su oponente la amenazaba de cerca. Sin embargo, todo aquello (la emboscada, el engaño e incluso la espada) la hacía sentir que no era real. Que todo había sido un sueño. Charlie se aferró a su collar y se preguntó cuál sería el siguiente movimiento.

Los ojos de la mujer centellearon. Soltó la espada y echó a correr hacia la plancha.

Y desapareció, antes de que Charlie tuviera tiempo de levantarse para perseguirla.

* * *

—¡Cuánto lo sentimos, Charlie! —exclamó Raquel—. Deberíamos haber estado aquí.

Las muchachas habían regresado al barco apenas un cuarto de hora después del ataque. Más que el asalto, lo que las desconcertó fue la calma con que Charlie narraba los hechos.

—Déjame que te lleve a la clínica. Así estaremos seguras de que no te ha pasado nada.

Sadie trató de llevar a Charlie de la mano. Esta se zafó con brusquedad.

—Ya te he dicho que estoy bien. El acero casi ni me ha tocado la piel. Mira, la herida es superficial.

Ya había oscurecido, y lo único que iluminaba la noche era una luna pálida.

—Debía de vigilarnos. Esperaba a que me quedara sola —pensó Charlie en voz alta.

Liu se reclinó contra las piernas de Raquel y apoyó la cabeza en su regazo.

—¿Estás segura de que era una mujer?

—Llevaba la ropa lo bastante ceñida como para que se viera que lo era. Aunque llevara una máscara muy rara...

Una brisa leve agitó los largos cabellos de Charlie; unos pocos le cayeron sobre el rostro. Se los colocó bien. Se sentía humillada al recordar que había llorado por Taye. Acarició la empuñadura del alfanje. Nada como un duelo con espadas para que le subiera la adrenalina y pusiera en orden sus pensamientos. Tenía una tarea: que las

demás siguieran ilesas. No había tiempo para corazones rotos.

—Entonces, ¿Rogers Barrish también tiene sicarias? —preguntó Raquel. Cambió de postura para sostener mejor la pesada cabeza de Liu—. ¿O acaso venía de parte de Zhang Tao?

Liu resopló. Zhang Tao nunca habría contratado a una mujer como mercenaria.

—Eso seguro que no.

Charlie bizqueó, sumida en sus pensamientos.

—No creo que debamos contarla entre los matones de Barrish.

—¿Qué? —Sadie se incorporó a medias—. ¿Y eso?

—Era competente. Estaba bien entrenada. No tenía nada que ver con Len ni con Seth, que solo empleaban los músculos y las pistolas. —Charlie se mordió el labio—. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.» Liu se encogió de hombros.

Liu se encogió de hombros.

—De acuerdo, has vencido porque tu mente domina tu cuerpo. Nosotras hicimos lo mismo al luchar contra Len y Seth.

—No, ha sido ella quien lo ha hecho. La atacante. —Charlie recapituló acerca de la pelea—. No soy capaz de explicarlo con detalles, pero yo misma conocía sus movimientos. Y ella conocía los míos. Ha sido como luchar... contra mí misma.

—¿Cómo? —preguntó Sadie, a quien esas vagas explicaciones no le bastaban.

Charlie suspiró. Se resistía a reconocer hasta qué punto su enemiga había sido más astuta que ella, pero de todos modos sabía que Sadie le arrancararía la confesión.

—Ha empezado a pelear con la mano izquierda.

—Como solía hacer Andrew, ¿verdad? —preguntó Raquel.

—Exacto. Y yo he replicado con la maniobra clásica de los Storm para obligarla a utilizar la mano más débil, que en este caso debería haber sido la diestra. Papá y yo la practicamos cientos de veces, y por eso sabía muy bien lo que hacía. Pero resulta que la mujer no era zurda. Me ha engañado. No solo era diestra, sino que, además, después de cambiar de mano, ha luchado con mayor rapidez y eficacia. —Charlie arrugó la frente—. Por eso creo que toda esta historia es un montaje. Es como si hubiera fingido que era zurda para observar mi reacción.

—¿Me estás diciendo que ha utilizado una táctica de los Storm contra ti? —Sadie tuvo que pensar durante unos momentos para poner en orden todos los datos—. Eso significa que no solo luchaba igual que tú, Charlie, sino que también pensaba igual que tú. —Sadie se mordió el labio. Aquello no tenía ningún sentido—. ¿Cómo podía pensar y luchar igual que tú?

Ingela recogió del suelo la espada de la atacante. Los demás hablaban y hablaban. Ella prefería actuar. Pasó los dedos sobre la empuñadura y luego sobre la hoja. Ingela hizo girar poco a poco el alfanje. El hombro casi se le había curado, aunque no podía hacer movimientos bruscos. Palpó con el pulgar la insignia grabada en la empuñadura. Sintió un escalofrío en la espalda. Con sumo cuidado, llevó la espada a donde estaban las demás. La dejó delante de la escéptica Sadie.

—Lucha igual que Charlie porque pertenece a los Storm.

* * *

La condesa apoyó la espalda contra el acantilado, protegida por la penumbra. El aire era cálido y bochornoso. Parecía una prolongación del calor sofocante del día. Se agachó para recobrar el aliento y abrazó las rocas. Se arrojó agua a la cara, pero no la refrescó.

Con todo, la condesa se sintió revivir. Sintió que la sangre le palpitaba con fuerza en las venas. Había cortado un poquito de carne y había vertido un poquito de sangre, pero lo más importante era que había tendido la trampa. Estaba satisfecha. Por el momento. Sacó el reloj de bolsillo incrustado en joyas, un regalo de despedida de su esposo.

La cena iba a empezar en apenas una hora. No le daba tiempo a curarse el corte en el brazo izquierdo y ponerse presentable. Al fin y al cabo, ¿cuántas cenas, fiestas, festejos y celebraciones tendría que organizar la corte marrakatrana? El sultán Musef parecía un genuino *bon vivant*. No era extraño que Rogers Barrish buscara siempre excusas para viajar hasta allí. Pretextaría un dolor de cabeza. Una de las ventajas de pasar inadvertida en las ocasiones sociales era que la ausencia casi no se notaba, y no la echaban a una de menos. A las viudas amables como ella se les perdonaban todas sus fragilidades y dolencias.

La condesa anudó con mayor fuerza el paño en torno a la herida. La muchacha era veloz, ágil y fuerte. Y, sobre todo, muy perspicaz. «Dominio de la mente sobre el cuerpo.»

La entristecía haber perdido la espada. Había sido la primera. Pero había sido más inteligente dejársela a las muchachas. Ya solo tenía que esperar.

* * *

Alzaron las jarras. Era su última noche en Marrakatra. A la mañana siguiente partirían hacia Shanghái.

Charlie inhaló. El aroma de los limones frescos llegaba de todas partes. Marrakatra estaba llena de frutales, así que llenaron cestos y cestos de limones, limas, naranjas y pomelos: los cítricos eran una excelente manera de prevenir el escorbuto.

Charlie miró en derredor. El barco entero estaba impoluto, como nuevo. Su rutina de las últimas semanas había consistido en frotar, fregar, pintar, rehacer y adornar. Tal y como esperaban, su nueva goleta era más fuerte, elegante y veloz que antes. Pero la prueba de fuego empezaría en apenas unas horas, cuando saliera a mar abierto.

Habían dado alcance al *Buena Nueva* antes de que zarpara y les habían enseñado la espada a Taye y a Axel. Les confirmaron lo que ya sabían: que se trataba de una

auténtica espada Storm. ¿La mujer que había atacado a Charlie era Storm? ¿Había que entender que no era la única? Y lo más importante, ¿por qué diablos la había atacado? Charlie negó con la cabeza. Buscar respuestas era de suma importancia, pero era como si supieran todavía menos que al empezar.

A su pesar, Charlie no había tenido más remedio que ver de nuevo a Taya. En esa ocasión había sido por la espada, pero la siguiente (y sabía muy bien que la habría) sería por otra cosa. Como ella misma pronosticó, lo que había ocurrido entre ambos dentro del agua se secó en cuanto salieron a tierra. Charlie ni siquiera se molestó en despedirse. Lo peor de todo fue el alivio que mostró Taya.

Charlie escudriñó los rostros de las muchachas. Su misión era impedir que les ocurriera nada, pero eso ya no la preocupaba. Los últimos meses la habían fortalecido. Cada vez que asestaba un mandoble, se convencía más y más de que haría lo que fuera necesario. Ya no tenía sentido pensar en que podía ir demasiado lejos.

Pese a que Raquel y Sadie insistían en lo contrario, la mujer no se había dejado la espada por casualidad. Charlie solo necesitaba aclarar si se trataba de una pista o de una trampa.

—Por los buenos vientos —empezó a decir Liu.

—¡No! ¡No! —Raquel la obligó a bajar el brazo—. No brindes por eso. Trae mala suerte. Ese es el brindis que hicimos la última vez que zarpamos, y entonces nos encontramos con la tempestad y casi matan a Ingela. —Miró a todas las demás—. Tenemos que buscar otro brindis. Un brindis que sea solo para nosotras.

Se volvieron hacia Sadie, que era la más imaginativa con el *lenguaje*, pero ella se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada.

Raquel aparentaba concentración hasta extremos ridículos, lo que significaba que tampoco tenía ninguna idea.

Entonces habló Liu.

—¿Y una frase en plan «No sabemos lo que hacemos ni por qué lo hacemos, pero en todo caso lo hacemos con las mejores intenciones»?

—Suenan bien —respondió Ingela.

—A mí también me gusta —dijo Charlie, y levantó de nuevo la jarra.

Sadie no se movió. Las «mejores intenciones» implicaban elegir entre lo correcto y lo incorrecto, entre el bien y el mal. No había hallado respuesta a sus interminables preguntas sobre ética y justicia.

—¿Y si no habláramos de «las mejores intenciones», sino de «intenciones suficientemente buenas»? Intenciones suficientemente buenas, así como todas nosotras somos suficientemente buenas. Bastará con «suficientemente buenas».

Las otras chicas sonrieron. Punto para Sadie. Otro.

—*Suficientemente buenas* —repitió Raquel.

Todas ellas alzaron las jarras.

BITARCO

Fecha: 27 de febrero.

Posición: En algún lugar cerca de Ceilán (si quieres más detalles, se los pides a Liu).

Velocidad: ¡Mucha, mucha, mucha, porque este barco es tremendo!

Clima: Rizos encrespados a nivel medio.

Mi muy querido Suficientemente Bueno:

Esto va bien, ¡¡¡por fin tenemos un barco con nombre, porque eres nuestro y de nadie más!!! Como decía Sadie, si nosotras somos "suficientemente buenas", tú también lo serás. Nos hemos embarcado en un viaje de treinta días y ya han pasado cinco, y navegas como un sueño. No te creas que no hemos notado el destello en los ojos de las naves mercantes cuando pasas por su lado, resplandeciente de proa a popa. ¡Me permitirás que te lo diga, Suficientemente Bueno? Eres la estrella del mar.

Conseguirte ha sido agridulce (pero más dulce que agrio). Ahora que tenemos nuestro propio barco podemos ir a la nuestra. Así que contamos que nos lleves a donde tengamos que ir, que es un lugar que todavía está muy lejos. En primer lugar, tenemos que llegar de una pieza a Shanghái. Créeme cuando te digo que es más fácil de decir que de hacer, pero los vientos de popa no cesan, y el océano Índico se está portando; al menos por ahora.

Entre mis conchas y las monedas que Amsha le dio a Sadie, hemos comprado provisiones suficientes para mantenernos durante un tiempo. Sadie ha tratado de branguiar, pero le ha salido muy mal. Charlie se ha esforzado por evitarlo, así que esa tarea queda en mis manos y en las de Liu. Se supone que Ingela no debería branguiar hasta que el hombro se le haya curado por completo, pero de todos modos nos la llevamos en las salidas. Tampoco podemos hacer otra cosa, porque es una maestra del chantaje emocional. (Sadie ha estado leyendo su porquería de libros médicos y nos ha etiquetado a todas.) Todavía no hemos encontrado lírium.

Ahora hay noches en que dormo. Pero lo más habitual es que baile.

Sé que Charlie me pegará un par de gritos por haber escrito aquí como si esto fuese un diario, pero me da igual. También eres mío, barco, y puedo hacer lo que me dé la gana.

Besazos grandotes y calurosos. (¡Te queremos, Suficientemente Bueno!)

Raquel ♡

Liu se envolvió con la mullida frazada de algodón. Sadie había rellenado las almohadas con bolsas de hierbas secas. El aroma a flor de lavanda y manzanilla les llenaba la nariz. Durante casi toda su vida había tenido que compartir habitación, bien con su madre, bien con Raquel. Pero después de solo dos semanas con una habitación para ella sola, ya no era capaz de imaginarse la vida sin su pequeño oasis.

El *Suficientemente Bueno* tenía tres espaciosos camarotes que las muchachas (con un poquito de ayuda de los Náufragos) habían reestructurado en cinco habitaciones más pequeñas, pero independientes. Tal vez no fueran más grandes que un armario ropero de la princesa Imera, pero disponer de un espacio propio ya era un lujo para ellas.

La habitación de Charlie estaba pintada de un azul frío como el gélido océano Antártico, o como el color de sus ojos. Era un prodigio de pulcritud y organización. De las paredes colgaban espadas, dagas y otras armas. Quizá fueran ornamentales, pero Charlie las había usado todas... o, al menos, tenía la intención de usarlas.

Cada pared de la habitación de Sadie era de un color distinto, a la manera de sus abigarrados vestidos. Los libros se amontonaban hasta el techo. Además, habían encontrado espacio en el barco para montar una pequeña biblioteca. Cuando Sadie no estaba en su habitación, lo más probable era que estuviese allí, o en la enorme cocina, lo que nunca presagiaba nada bueno.

Como cabría suponer, la habitación de Raquel parecía más propia de una reina. Le habían dado permiso para gastarse una pequeña parte de su reserva de conchas en comprar lujosas sedas para adornarla. Y se las había arreglado para que Jimmy le construyera una cama con cuatro postes. ¿Quién iba a decir que Jimmy entendía de carpintería, o que estaba colgado por Raquel? Obviamente, la propia Raquel.

Por lo que respectaba a la habitación de Ingela, parecía que hubiera pasado una tempestad. Estaba abarrotada de trastos que ninguna de las otras se atrevía a poner en orden, por miedo a encontrar criaturas vivas o muertas debajo. Sin embargo, no parecía que aquel desastre molestara a la niña, que, por otra parte, prefería dormir en cubierta.

Para terminar, Liu había sido fiel a su peculiar estilo al organizar la habitación. Después de tantos años de dormir en el catre de un barco, le había cogido el gustillo a la ligera oscilación propia de los navíos, pero había diseñado una «cama flotante». Había tomado unas cuerdas pesadas y había colgado del techo un disco de bambú grande y redondo, y había distribuido varias capas de algodón, fibra de coco y crin de caballo por encima de este. También había añadido unas sábanas suaves de lino y un gran número de almohadas, hasta el punto de que Liu empezó a levantarse tarde todas las mañanas. Un gigantesco mapamundi cubría una de las paredes.

En todas las habitaciones había baúles de madera, por cortesía de Amsha, su hada madrina. La mujer había guardado en cada uno de ellos unas pocas prendas de vestir, artículos para el hogar y productos varios que las ayudarían a oler mejor. Pero lo que más las conmovió fue que había personalizado los baúles con regalos especiales. En el de Raquel había un frasco de un perfume caro que la muchacha adoraba. El de Sadie estaba lleno de traducciones de literatura árabe clásica. En el de Charlie había metido las armas antiguas que la joven colgó en la pared. El baúl de Ingela contenía todo lo necesario para que la niña pudiese poner en marcha su propio negocio de apuestas. Y en el de Liu estaba el mapa.

Liu echó una mirada por la portilla. El mar sereno rutilaba bajo la luna llena. Habían sufrido pérdidas irreparables en muy poco tiempo, y también habían recibido mucho a cambio. Tal vez la vida fuera así. Las aguas calmas dan paso a los mares agitados.

Pero lo más importante era que todas habían cambiado. Todas ellas albergaban en

su interior una fuerza que no habían conocido hasta que chocaron con Rogers Barrish, Len, Seth, los Hermanos Sangre y Hueso, y aquella noche tormentosa. Habían sobrevivido. Pero, como el pez mariposa que solo nada en aguas superficiales, la fuerza que habían hallado vivía tan solo en la superficie. En lo profundo, en la negrura donde crecía el lírium, se escondía un miedo que ninguna de ellas se veía capaz de reconocer. Habían sobrevivido a todas esas amenazas, pero habían aprendido que horrores como esos las acecharían dondequiera que estuviesen.

Liu apagó de un soplo la vela de limón. Raquel había confiscado buena parte de los cítricos que transportaban y había hecho velas aromáticas. No las protegían del escorbuto, pero gracias a ellas el barco olía a limón fresco.

Se dio la vuelta y se quedó echada de bruces. Además de los baúles, su hada madrina les había hecho otro regalo. Después de descubrir todo lo que Amsha había hecho por ellas ante el sultán, las chicas le habían contado su historia. No lo contaron todo, pero sí lo suficiente para que supiera lo ocurrido con Zhang Tao y con el junco robado. Amsha volvió a agitar lo que parecía que fuese su varita mágica y le pidió a su padre, un magnate naviero de Marraktra, que le cediera un junco a modo de regalo de cumpleaños anticipado. Luego insistió en que las muchachas lo utilizaran para saldar su deuda con Zhang Tao.

Liu se puso de costado. Al día siguiente estaría en Shanghái. Antes de partir de Marraktra, Liu le había mandado una carta a su padre para decirle que quería encontrarse con él. Zhang Tao la esperaba.

O, más bien, debía de esperar el regreso «a casa» de la hija obediente, con el rabo entre las piernas, pesarosa por haber mancillado su buen nombre y dispuesta a hacer todo lo necesario para que la amara. ¿Cómo la había llamado Rogers? «Niñita buena.»

Pensó en Liang y en el bastón de bambú. En el crío asustado que se había convertido en un joven odioso. Lloró sobre la almohada. Faltaba un día para que Zhang Tao descubriese quién era su hija en realidad.

* * *

Gruesas gotas de lluvia caían contra las ventanas. Apenas era mediodía, pero el cielo estaba oscuro y los nubarrones grises se cernían sobre ellas. Liu tiritaba, porque tenía la ropa mojada y por la sensación de hallarse en el hogar de su padre. Se imaginaba lo que iba a ocurrir. Se arrimó a una de las dos hogueras que chisporroteaban en las chimeneas de piedra de la habitación europea. Un cálido fulgor acariciaba las paredes y les daba un alegre color manteca. Ese ambiente acogedor quedaba extrañamente fuera de lugar en la austera residencia de Zhang Tao, quizá porque esa estancia solo se utilizaba para recibir a sus visitantes occidentales.

Liu acariciaba el bastón de bambú que tenía sobre el regazo. Una vez tomada la decisión, tan solo había dispuesto de unos días para prepararlo. No le había sido fácil

encontrar la madera y las herramientas que necesitaba para tallarla. Había hallado una muesca en la madera. El acabado no era tan liso como habría querido, pero no tuvo más remedio que conformarse.

Las otras muchachas querían acompañarla, pero Liu prefería quedarse a solas con Papá Querido para terminar con esa historia. Consultó el reloj de bolsillo. Zhang Tao era un obseso de la puntualidad. No se haría esperar mucho más.

Medio minuto después entró ataviado con un traje de estilo oriental. Así confirmaba que tenía europeos en la ciudad, lo que siempre lo ponía nervioso e irritable. Zhang Tao despreciaba todo lo que proviniera de Occidente, salvo los montones de dinero que le llevaban los hambrientos consumidores europeos. Los recibía bien cuando era necesario y se adaptaba a su manera de vestir y sus costumbres. Pero en aquel momento sus huéspedes no le veían. Se despojó de la camisa con pliegues y arrojó a un lado el chaleco. Contemplaba a su única hija con una expresión de sospecha y hostilidad que, por lo general, reservaba para los extranjeros.

Liu se esforzó por dejar de tiritar y se calentó las manos con la chimenea. Solo entonces le dedicó toda su atención a su padre. Un criado preparó un servicio de té entre Liu y Zhang Tao. Ella tenía muy claro que no quería beber más té en aquella casa y declinó con amabilidad. Las ventanas traqueteaban de forma ruidosa debido al aguacero.

—¿Has venido a disculparte? —preguntó Zhang Tao mientras tomaba un sorbo de té. Zhang Tao no tenía paciencia para charlas triviales.

Liu vio la vena azul que se le hinchaba al padre en el lado izquierdo del cuello. De pequeña, echaba a correr y se escondía en cuanto divisaba la «serpiente azul», porque sabía que justo después empezaría el ataque de furia. Liu logró dominar su voz para que no le temblara.

—Discúlpate tú.

Zhang Tao se irritó visiblemente.

—Lo único que lamento es haber tenido a una hija como tú. Ladrona. Y asesina, si creemos en los rumores. —Calló por un momento—. Y puta.

Hizo una mueca de puro asco. Pero no apartó la mirada, lo que confirmó las sospechas de Liu. Si Zhang Tao le daba crédito al rumor, no la dejaría volver a casa.

Liu se cruzó de brazos.

—Me sentí mal por haberte robado el junco. Me sentí mal por haber escapado. Me sentí mal porque tu nombre y tu casa quedaron avergonzados. Me sentí mal porque los piratas atacaron el barco que enviaste a perseguirme.

—Si estás dispuesta a expiar tus faltas —dijo Zhang Tao, mientras dejaba la taza de té sobre la mesa—, ya tengo a punto tu castigo.

La frialdad de Zhang Tao no había cambiado en nada, salvo en la vena palpitante.

Liu sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Recobró la compostura y se esforzó como pudo por hacer caso omiso de la amenaza.

—Pero es que ya no me siento mal en absoluto.

Tomó aliento para tratar de calmarse.

Liu no podía creerse que tuviera tanta fuerza en su interior. Un poderoso trueno sacudió la habitación.

Zhang Tao sacó el reloj de bolsillo de oro reluciente.

—No tengo tiempo para estos disparates. Si no has venido a pedirme perdón, ¿qué haces aquí?

—¿Sabes por qué he cambiado de idea? Es decir, ¿sabes por qué ya no me siento mal? —Liu dio un golpe en el suelo—. Por Rogers Barrish.

Zhang Tao se estremeció ligeramente.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?

—Me contó ese rumor de que Liang y yo nos habíamos fugado juntos.

Zhang Tao apartó la mirada.

—Ese criado no es más que basura.

Liu apretó la mandíbula. Zhang Tao habría querido hacerla estallar, pero la muchacha no se rendía. Su padre ya no era el amo de títeres que manejaba los hilos.

Apoyó la espalda contra la rígida silla. La hoguera que tenía al lado centelleaba, y pequeñas gotas de sudor empezaban a perlarle la frente.

—Yo sabía muy bien que no me había fugado con Liang. Por eso pensé que el propio Liang había hecho correr el rumor. Para justificar su propia desaparición.

Zhang Tao asintió.

—Es plausible.

—Sí, desde luego que lo es —dijo Liu, aguantándole la mirada.

—Pero ¿sabes qué más me contó Rogers Barrish?

—Por favor, dímelo. —Zhang Tao dejó sobre la mesa la taza de té vacía.

A pesar de lo sarcástico del tono, lo que le importaba a Liu era que Zhang Tao hablaba. De hecho, estaba siendo más sincero con Liu de lo que habría sido con un hombre en la misma situación, incluidos sus propios hijos. Liu contaba con eso.

—Barrish me contó que tu barco había estado a punto de encontrarme. —Se secó el sudor de la frente con el dorso de la manga—. ¿Es cierto? ¿Tan cerca estuviste?

—Hasta el ataque pirata —respondió Zhang Tao, y agitó la mano como si la pregunta y quien la formulaba fueran una molestia—. Sí, creo que mi barco estuvo a punto de capturar al junco. Lo seguía a medio día de distancia...

Zhang Tao calló de pronto, furioso. Se había dado cuenta de su error. Liu lo había cazado, y él lo sabía. Siempre la había subestimado porque era niña. Había sido víctima de sus prejuicios. Y por eso bajó la guardia, incluso en un momento como ese. Liu sonrió satisfecha.

Y entonces reparó en el bastón de bambú que llevaba Liu.

—¿Piensas pegarme con ese bastón? ¿Acaso tu madre te cuenta historias desde la tumba?

Se palpó la cicatriz de la sien derecha.

—Te voy a hacer daño, sí. Y también tengo mis propias historias. Me gustaría terminar esta, por favor. Ya casi está.

El viento aullaba en el exterior y las ramas del exquisito alerce dorado arañaban los cristales de las ventanas.

—Pues entonces, hazlo de una vez —dijo él, con el ceño fruncido.

—Como te decía, me sentí mal por haberte robado el barco y haberte hecho daño. Pero no estaba dispuesta a aceptar un matrimonio concertado, ni a vivir aquí para siempre jamás. Oscilaba entre el remordimiento y el odio.

Liu calló por unos instantes, como habría hecho Raquel. Quería estar segura de que Zhang Tao entendía todo su discurso, porque no le cabía ninguna duda de que el hombre iba a recordarlo durante los años venideros.

—Pero hace una semana me di cuenta de que te odio. Sin más. Tardé meses, pero por fin llegué a ese punto.

Zhang Tao se recostó contra el respaldo.

—Esto es fascinante, Liu. Por favor, cuéntame cuál fue ese punto al que llegaste. ¿Qué fue eso tan horrible que hice para merecer que me des una paliza con ese bastón sagrado de bambú?

—¡Asesinaste a Liang!

El rostro de Zhang Tao siguió impassible, aunque perdió el color.

—¿Cómo descubriste que había ido hacia el sur? ¿Cómo pudiste descubrirlo tan rápido? Porque encontraste a Liang y le pegaste hasta hacerlo confesar. O lo que sea que haces ahora. Luego hiciste correr tú mismo el rumor de que nos habíamos fugado juntos. Para ocultar el verdadero motivo de su desaparición: lo habías matado.

Zhang Tao hizo una mueca.

—Interesante teoría. ¿Tienes alguna prueba?

Liu negó con la cabeza.

—No. Aparte de lo que me dicen las tripas, y de la culpa que tienes escrita en esa cara pálida como la de un fantasma.

—Bueno, nada de eso te va a servir de mucho si acudes a la policía, ¿verdad?

Un rayo centelleó al otro lado de la ventana, seguido por el retumbar de un trueno.

—No busco justicia.

Una sonrisa cómplice afloró al rostro de Zhang Tao. Sacó la cartera.

—¿Cuánto quieres?

—No quiero tu dinero. —Liu se puso en pie y agarró el bastón de bambú por el puño de latón. Apuntó directamente a Zhang Tao—. Quiero venganza. —Antes de que su padre pudiera moverse, disparó—. Por Liang.

La bala perforó el nervio mediano de Zhang Tao, tal como había planeado Liu. Había vaciado el bastón de bambú para instalar en su interior un rifle largo, que disparaba con precisión mucho mayor que un fusil de chispa. No era fácil encontrar rifles de calidad tan elevada, pero Liu había logrado comprar uno en el mercado

negro de Shanghái. La sangre de Zhang Tao le manaba del brazo izquierdo. Aulló de dolor, pero Liu no le hizo ningún caso.

—Esto te va a doler. Durante mucho tiempo. Y jamás se curará del todo. Podrás mover el brazo, pero cada vez que quieras alzarlo y golpear hacia abajo, si por ejemplo tratas de pegar a alguien con un bastón, sentirás un dolor agudo, paralizante, que te irradiará por todo el cuerpo.

Liu agarró el abrigo largo de color azul marino.

Zhang Tao se acurrucó, igual que muchos años antes lo había hecho Liang. Liu no se compadecía de su miedo, igual que el hombre no se había compadecido del de Liang.

—Esta será la escritura de tu nuevo junco. —Liu recogió el bastón de bambú—. Yo siempre pago.

Escondió el bastón dentro del bolsillo largo y estrecho que se había cosido en el forro del abrigo. Luego, sin mirar atrás, salió por la puerta.

* * *

Las muchachas caminaron por el sendero y por el puente blandiendo unas antorchas. Liu seguía a regañadientes a Charlie. El cielo estaba negro, sin luna y sin estrellas. Tendrían que haber ido otra noche, o por lo menos trazar un plan más razonable que no dependiera por completo de la habilidad de Liu para hacerse pasar por una lugareña.

La Ciudad Antigua no admitía extranjeros. De haber sabido en su momento que Charlie y Raquel preparaban una escapada por aquellos barrios, les habría parado los pies. Aunque en teoría Liu fuera de Shanghái y hablara shangainés, nunca encajó en la sociedad de allí. Por ejemplo, sus movimientos eran demasiado torpes para una muchacha china. Al caminar, daba zancadas largas y movía los brazos. Los guardias de la puerta no la dejaban pasar nunca, y sus hermanos aprovechaban para meterse con ella.

—Chicas, este plan es patético —dijo Liu, y se detuvo. Trató de mantener las manos calientes. Desde la confrontación con Zhang Tao, Liu se sentía como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Días después, se sentía libre para volver a pensar en su auténtica motivación: averiguar todo lo que pudiera sobre el Día de la Destrucción. Ahora que habían conseguido un barco propio, las chicas se ponían en marcha. Por eso, cuando Charlie les propuso esa misma mañana una nueva visita al fumadero de opio del señor Chang, les pareció una buena idea. Pero Liu no había trazado ningún plan, y lo tenía crudo para conseguir que entraran en la Ciudad Antigua.

Raquel tembló. Hacía más frío de lo que creía. Echó de menos otro par de medias.

—Ahora que lo dices, yo tampoco creo que esto pueda salir bien.

—De todos modos, ¿podríamos ir un poco más allá? —preguntó Ingela. No se

«divertía» desde la persecución de los Hermanos Sangre y Hueso, y además había estado inconsciente.

—No. Liu es la que conoce mejor todo esto, y si dice que no lo hagamos es que no deberíamos hacerlo.

Sadie estaba harta del absurdo concepto que Ingela y Charlie tenían de lo emocionante, y de que este las pusiera en peligro una y otra vez.

—En realidad ya lo he hecho. Vamos al lugar donde se encuentran los botes de remos. Siempre podemos volver al barco si vemos que la cosa pinta mal —añadió de mala gana, para hacer callar a Ingela.

Liu dio una patada en el suelo.

—Sabes muy bien que, si llega ese momento, ya no podremos volver atrás.

—Y también sé muy bien que para llegar al fumadero de opio hay que pasar antes por la Ciudad Antigua. Vamos, Liu, lo único que tienes que hacer es arreglártelas para que los guardias nos dejen pasar, y luego guiarnos por la puerta oculta antes de llegar al gran paifang.

—Ah, entonces ¿eso es todo lo que tiene que hacer? —espetó Raquel. Cada vez que a Charlie se le metía una idea entre ceja y ceja, era imposible disuadirla... aunque Liu acabara en una prisión china—. La última vez te acompañé, ¿te acuerdas? Casi no lo contamos, y eso que con nosotras iba esa mujer china.

—Pero ¡si Liu es una mujer china! —gritó Ingela.

A Charlie se le agotaba la paciencia.

—En serio, si todas estáis en contra de esta idea, ¿para qué habéis venido?

Raquel se cruzó de brazos e inclinó la cadera a un lado.

—Todas queríamos hacerlo, Charlie. Pero queríamos hacerlo después de haber trazado un plan razonable. En cambio, tú te pones en marcha como un pollo sin cabeza. ¡Si estamos aquí es para impedir que os maten a ti y a esta niña!

—¡Bueno, pues adiós! ¡Porque no os necesito para nada, imbéciles! —exclamó Ingela, casi a gritos. Echó a correr hacia el túnel de piedra.

—Estoy de acuerdo con ella. —Charlie se había familiarizado mucho con el alfanje desde la última visita al fumadero de opio, y confiaba en que esta vez podría obligar al señor Chang a mostrarse más locuaz. Le habría gustado que las chicas la apoyasen, pero tampoco le hacía falta. Sobre todo, porque actuaban como una panda de mocosas.

—¡Nos vemos! —les dijo, y se despidió agitando la mano con un gesto burlón.

Charlie entró en el túnel oscuro poco después que Ingela. Por un instante, llegó a vislumbrar una figura que se erguía sobre la niña. Notó como le arrebatában la antorcha. Charlie trató de desenvainar el alfanje, pero alguien le había sujetado ambas manos a la espalda, al mismo tiempo que otra persona le tapaba la boca con una mano enguantada.

Charlie oyó los pasos de Liu, Raquel y Sadie que se acercaban. Forcejeó, pero los atacantes la estaban atando de pies y manos con complicados nudos marineros. La

amordazaron antes de que pudiera advertir a las demás.

—Está bien, iremos con vosotras hasta los botes y...

De pronto, otros tres atacantes emergieron de la oscuridad y en apenas unos segundos agarraron a Liu, a Raquel y a Sadie. Llevaban tres antorchas encendidas, pero resultaba difícil ver algo con claridad. Para sorpresa de Charlie, al menos una de las personas que las atacaban tenía aspecto de mujer. Charlie se acordó del duelo con espadas en Marrakatra. ¿Existiría alguna relación entre lo uno y lo otro? Sintió que había alguien a su espalda que le vendaba los ojos. Charlie aprovechó para echar la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas y golpearle la frente. Una voz claramente femenina empezó a gritar palabras malsonantes en una lengua que Charlie reconoció como alemán.

—¡Esta perra sarnosa me ha mordido! —oyó que decía alguien un par de metros más abajo. No le quedó claro si era hombre o mujer, pero sí se dio cuenta de que tenía un deje irlandés, y que se refería a Ingela.

—¡Ayudadme! —gritó otra mujer. El inglés no era su lengua materna—. Me ha destrozado el pie con esas botas de hombre que lleva.

—Sí, son muy buenas luchadoras. La jefa quiere que se las llevemos; pero si seguimos así, lo tenemos claro.

—Creo que lo mejor será que utilicemos recursos extremos.

—La jefa se va a mosquear. Nos lo ha prohibido explícitamente.

—Bueno, pues tendremos que improvisar.

Entonces le llegó un olor acre, como de azufre. Charlie sintió que el corazón se le aceleraba. Peleaba con furia para liberarse. Charlie había oído que Sadie murmuraba algo, pero la habían amordazado y era imposible entenderla. De pronto, obligaron a Charlie a arrodillarse. Las angulosas piedras se le clavaron en las piernas, y la amordazaron con un trapo. Entonces comprendió lo que trataba de decirle Sadie. «Éter.» Un olor a huevo podrido se le metió por la nariz y la boca. Su cuerpo quedó inerte casi en el acto, y luego se cayó hacia delante, y golpeó con un ruido sordo el sendero cubierto de arena.

—La jefa nos espera en el cuartel —dijo la irlandesa con tono autoritario, mientras examinaba los cinco cuerpos que habían caído frente a ellas—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Eso fue lo último que oyó Charlie antes de quedarse inconsciente.

* * *

Charlie había sido la última en caer, pues había inhalado más éter. Por eso fue también la que tardó más en despertar.

Poco a poco abrió un ojo y luego el otro. Estaba aturdida, le dolían los músculos y le ardía la garganta debido a la droga inhalada. Seguía atada de pies y manos, aunque ya le habían quitado la venda y la mordaza. Al volverse vio que todas estaban atadas

a una silla, igual que ella.

—Creo que estamos en un barco —le susurraba Ingela a Liu, que también estaba recién despierta y aún no se había acostumbrado a la penumbra.

—Está anclado. Parece que nos encontramos en una especie de centro de control.

Las habían puesto en una esquina de una sala lóbrega y oscura. Para Liu era como hallarse en lo más profundo del océano. Las rodeaba una actividad frenética: personas que consultaban mapas, estudiaban cartas de navegación y empleaban extraños artilugios que Liu no había visto en toda su vida.

—¿Habéis visto que aquí no hay chicos? —susurró Raquel.

Sadie comprobó que, en efecto, Raquel tenía razón. La sala estaba tomada por mujeres, lo que ya resultaba extraño de por sí. Además, todas parecían piratas. No vestían uniformes, pero se habían puesto alguna variante de calzones, jubón, chaleco y sombrero de tres picos.

—Es verdad.

El murmullo de las conversaciones se oía por toda la sala. Sadie logró distinguir varios idiomas, pero sonaba como si se hablara por lo menos media docena.

—Y parece que, además, vienen de todas las partes del mundo.

Aún no se le habían pasado los efectos del éter y Charlie ya pensaba en huir. Trató de contorsionar el cuerpo para liberar las manos, pero las cuerdas estaban atadas con unos hábiles nudos marineros.

—Las que nos han atacado antes eran todas mujeres. Creo que he oído algo de alemán, y también un acento irlandés.

—¿La mujer que abandonó la espada Storm se encontraba entre ellas? —preguntó Liu en voz baja.

Charlie se encogió de hombros.

—Nada de esto tiene sentido. ¿Dónde estamos?

—¡Chist! —las reprendió Raquel—. ¡Que nos van a oír!

—Estás en mi barco, Sadie —replicó una voz áspera.

Sadie alzó la mirada y vio a una mujer menuda, de cabellos oscuros y lacios, que caminaba hacia ellas. Toda la actividad cesó, como si el propio aire que se respiraba en la sala se hubiera aquietado. Las otras se cuadraron a su paso.

Se volvió hacia ellas.

—Descansen.

Al oír la orden, todas las mujeres regresaron a sus tareas.

—¿Cómo... cómo puedes saber mi nombre? —preguntó Sadie estupefacta. Forzó la mirada para tratar de reconocerla, pero apenas veía nada desde la silla.

—Os conozco a todas vosotras. Ingela, Liu, Raquel, Sadie. —Calló por unos instantes y las miró a la cara, y todas vieron el parche de cuero que le cubría el ojo derecho—. Y Charlie.

Todas callaron, atónitas, excepto Charlie, que murmuraba incoherencias.

—¿Charlie? —preguntó Sadie en voz baja—. ¿La conoces?

Charlie estaba muy pálida, y su voz apenas era audible.
—Sí. —Y se puso a temblar sin control—. Es mi madre.

* * *

Las desataron tras hacerles prometer que no pelearían. Cabría entenderlo como un gesto de buena voluntad, pero era evidente que ninguno de los dos bandos confiaba en el otro. Había una mujer apostada en cada esquina, y todas ellas estaban armadas hasta los dientes.

Sin embargo, Liu no se preocupaba tanto por ellas como por Charlie, que llevaba diez minutos manoseando el alfanje. A la derecha de Charlie había una mujer alta de cabellos rubios cortados al rape. Tenía por lo menos un par de pistolas de chispa, y observaba a Charlie con suspicacia.

Todas ellas habían pasado voluntariamente a otra sala, en la que había una mesa larga y varias sillas. Docenas de farolillos alumbraban hasta las grietas, pero circulaba una corriente de aire frío que les provocaba escalofríos.

Sadie contemplaba a Eliza. No era exactamente como si viera un fantasma, porque apenas si se acordaba de la madre de Charlie. Más bien era como si hubiese vuelto de entre los muertos. Tal vez por eso transmitía una sensación sobrecogedora, casi espeluznante, reforzada por la absoluta negrura de sus cabellos contra la piel traslúcida. Charlie también tenía la piel pálida, pero no del mismo modo. Sadie miró a Charlie. De hecho, el parecido entre Charlie y Eliza no era en absoluto evidente.

—Comprendo que los métodos que hemos empleado para traerlos hasta aquí han sido extremos —decía Eliza con un ligero deje sureño. Era menuda, pero su presencia llenaba la sala—. Sobre todo, por lo del éter. Di órdenes expresas de que lo evitaran.

Sadie sonrió para sí. Eliza hablaba con tal frialdad que no quedaba claro si trataba de disculparse, o si se limitaba a narrar los hechos. Aunque no compartieran muchos atributos físicos, Charlie era una muchacha dominante y avasalladora como su madre. Por el bien de la ciencia, Sadie tuvo que reconocer que Andrew Drake también había sido un hombre autoritario, por lo que cabía entender que la naturaleza hiperimperiosa de Charlie se debía tanto a la madre como al padre.

—No nos ha quedado más remedio que secuestrarlos. —Eliza tamborileó con los dedos sobre la mesa de madera. A su espalda había un gigantesco símbolo de un ojo humano que cubría toda la pared. Era idéntico a la filigrana de la carta que Charlie había recibido y a un pequeño tatuaje que Eliza tenía impreso bajo la muñeca izquierda—. Antes de que entrarais en la Ciudad Antigua. Habría sido demasiado arriesgado. No lo habríais logrado de ningún modo. —Calló por unos instantes—. No estabas preparada, Liu.

—No te preocupes. Sabía muy bien que no lo habría conseguido.

Liu sonrió a su pesar. La madre de Charlie no era lo que se dice un modelo de ternura, pero tampoco parecía la clase de monstruo que puede abandonar a su única

hija.

Eliza se estremeció.

—Sí, la Ciudad Antigua es muy peligrosa. Por eso, la otra vez mandé a Jun para que os ayudara.

Charlie y Raquel se volvieron a la vez, y vieron a la mujer que las había acompañado hasta el fumadero de opio. Raquel saludó y Charlie le lanzó a Eliza una mirada llena de odio.

—¿Fuiste tú quien nos mandó la carta? —masculló (prácticamente escupió) Charlie.

Eliza le sostuvo la mirada rabiosa a Charlie.

—Sí. Sabía que no estabas preparada para verme, pero tenía que guiarte de algún modo hasta la fuente. Os seguí cuando salíais de la casa del señor Chang.

Raquel sonrió.

—¿Lo ves? Ya te dije yo que tenía el presentimiento de que alguien nos seguía.

Eliza no le quitaba ojo a Charlie.

—Quería estar segura de que no les comunicarías a las autoridades la información que os había revelado el señor Chang.

Charlie sonrió con soma.

—No somos unas chivatas.

Ingela miraba y se preguntaba cuál de las dos tigresas ganaría la pelea a puñetazos que la impetuosa Charlie parecía a punto de empezar. Se recostó en la silla. Charlie era una chica dura, pero Eliza también parecía capaz de actuar con fiereza.

—Entonces, ¿estás al corriente del Día de la Destrucción?

—He tratado de averiguar qué sucedió —respondió Eliza, sin apartar la mirada de los papeles que tenía enfrente—. Por qué sucedió. Quién estuvo detrás. Contamos con una red muy extensa de fuentes y estoy empezando a recomponer el rompecabezas.

Charlie le propinó un puntapié a una de las patas de la mesa.

—¿«Contamos»? ¿Quiénes? ¿Por qué querríais ayudarnos? ¿Y por qué deberíamos confiar en vosotras?

—¡Charlie! —gritó Sadie en tono de advertencia.

—Tengo información que necesitáis.

La mandíbula de Eliza se puso tensa. Abría y cerraba el puño debajo de la mesa.

—Tú no tienes nada que yo pueda necesitar.

Charlie se levantó de pronto y su silla se cayó al suelo. Echó a andar en dirección a la puerta. Eliza se incorporó de un salto, la agarró por el brazo y la obligó a sentarse de nuevo en la silla. De nada sirvió que Charlie le sacara una cabeza.

—He dicho que tengo información para vosotras.

Eliza se apoyó sobre uno de los hombros de Charlie para que no se moviera.

Eliza miró a todas las muchachas, de una en una. No volvió a hablar hasta que tuvo muy claro que todas ellas le prestaban atención.

—Vuestros padres están vivos.

AGRADECIMIENTOS

Me parece muy conveniente que una historia sobre chicas piratas haya contado con la participación de tres de las mujeres más enérgicas con quienes he tenido el placer de trabajar. A mis compañeras empollonas y gafotas: gracias. Fiona, fuiste tú la que me hizo embarcar en este viaje, y por eso te estaré siempre agradecida. Laura N.: Oh, capitana, mi capitana. Y Laura A.: tus ánimos, tu insistencia y tu inestimable sabiduría nos han permitido llegar hasta aquí. Gracias por tu confianza. El apoyo que me ha brindado Rovio ha sido abrumador y no me veo capaz de recordar a todas las personas que han dedicado su tiempo y sus energías a conseguir que las Storm Sisters cobraran vida. Por nombrar tan solo unas pocas: Terhi, Chris, Laura K., Rollo, Blanca, y Sanna L.

Muchas gracias a Elina y a su cuadrilla de rosa por sus inagotables esfuerzos y su dedicación.

A mis hermanas del alma: Lamb, Tanja, Suzy, Bron, Venia, Rena, Jen, Shad y Liis. Gracias por toda una vida de amor incondicional, de apoyo incondicional y de vino incondicional. A mis hermanos del alma, Oliver y Markus: ¡felicidades! A mis niñas del alma: Vens, que siempre elegirá su propio rumbo, y Lo, que me ha inspirado todos los ceños, gruñidos, miradas de odio y muecas. Todo mi amor y agradecimiento a la familia mundial Das-Koivisto y a todas sus sucursales en todo el mundo. A la enloquecida y maravillosa cuadrilla india. Me habéis proporcionado material suficiente para otros cien libros. A la sección finlandesa: gracias, Piini y Tarmo, por vuestros ánimos, vuestro entusiasmo, y al mejor *joulu kinkku* de toda mi vida. A la sede estadounidense: Sne, gracias por haberme enseñado a ser fuerte y también gentil. Papá: las historias de Shakespeare que me contabas al acostarme fueron mis primeras lecciones de técnica narrativa. No tenías miedo, y esa fue la lección más importante de mi vida. Todo mi amor para Dada, Sarah y Lowy. Y para mamá, Ita, Dede y Koko. Sois las estrellas en el firmamento que me guían.

En definitiva, todas las chicas piratas necesitan un hogar. Gracias, Kalle, por ser mía. Tu música de sintetizador, tus ritmos de los años ochenta, tu Roxy Music y tu pura genialidad me inspiran todos los días.



Mintie Das (India, 1976). Nacida en India, Mintie Das creció en los Estados Unidos y ahora vive en Helsinki. Después de trabajar durante 15 años en relaciones públicas y marketing, comenzó a escribir.

Su primera novela, *Storm Sisters: The Sinking World*, inmediatamente atrajo la atención internacional como una de las once novelas en la carrera por la Berlinale 2015. Actualmente vive en Finlandia y está escribiendo su serie *Storm Sisters*, sin olvidar otros proyectos de heroínas rudas, por supuesto.